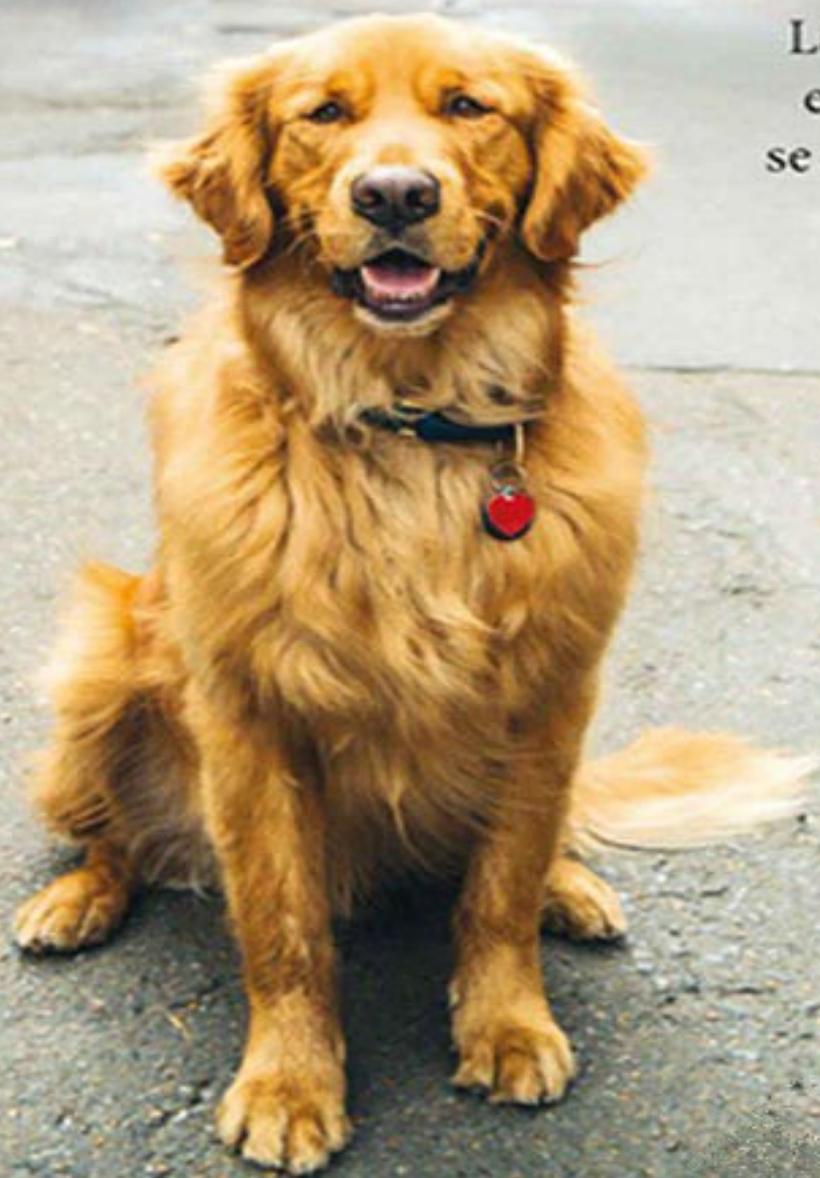


Del autor del éxito *A través de mis pequeños ojos*

EMILIO ORTIZ

todo saldrá bien

Las aventuras
en compañía
se viven mejor



Una nueva agencia de detectives acaba de nacer en Madrid. La forman un grupo de lo más peculiar y divertido: Mario, un joven emprendedor invidente; Nicolás, su amigo del alma, y Milagros y Juanma, dos jóvenes con unas capacidades muy especiales. Juntos intentarán averiguar qué le ha sucedido a una joven que lleva meses desaparecida. Al equipo de detectives se unen dos sabuesos de primera: Cross, el extraordinario perro guía ya jubilado de Mario, que tendrá que vérselas con Jazz, el juguetón pastor alemán que lo acompaña ahora. La ciudad esconde muchos secretos y peligros, pero las aventuras en compañía son, sin duda, mucho más divertidas.

Emilio Ortiz Pulido

Todo saldrá bien



Título original: *Todo saldrá bien*
Emilio Ortiz Pulido, 2019

Revisión: 1.0
09/04/2019

A Monchi Campos, por ser una guerrera incansable.
A Severiano Bercial, por ser lo más parecido
a un padre que he tenido.

A quienes lucháis por un mundo mejor,
pese a que os lo sigan impidiendo.

Al maestro Andrea Camilleri, a quien me atrevo a decirle,
desde el respeto y la admiración, que la oscuridad solo
se puede combatir cuando aprendes a caminar,
a vivir e incluso a soñar dentro de ella.

1

El límite

Le gustan las mañanas, las mañanas siempre traen cosas nuevas.

Adormilado en su jaula comenzaba a escuchar los primeros sonidos del día. Los pájaros llevaban un buen rato cantando una melodía arrulladora y desordenada, y escuchaba algún que otro paso lejano de los empleados, un cepillo rascando el suelo de cemento y el sonido de los aspersores del jardín que, como un diapasón, marcaban el ritmo de la mañana. Cross estaba tumbado en su colchoneta, donde había pasado toda la noche, al igual que el resto de noches desde que estaba en la residencia de perros guía jubilados, hacía un mes. Un rayo de sol le calentaba el lomo iluminando además una parte de la jaula al filtrarse por el ventanuco. Algún que otro perruno lloriqueaba y reclamaba que abrieran las jaulas para disfrutar en el jardín de aquel nuevo día.

Era algo antes de la hora habitual cuando Cross y los demás escucharon cómo se abría la puerta principal de la nave. No se trataba de ningún empleado de la residencia, sino de una joven pareja de unos treinta años que andaban silenciosos por el pasillo, un pastor alemán de apenas año y medio y un niño de seis años, el menos silencioso de los cuatro.

Pronto se organizó una contenida jauría entre los perrunos. Extrañamente, Cross se quedó inmóvil, venteando el aire con el hocico, mientras reconocía el olor de los visitantes. Por encima de todos destacaba uno que le recordaba a galleta lejana. Era el olor de su amigo, hermano de aventuras, su querido

Mario, acompañado por su nuevo perro guía, su mujer y su hijo.

La ensoñación olfativa que estaba experimentando Cross se tornó sólida y dulce realidad cuando escuchó al pequeño Toni llamarlo por su nombre tan pronto localizó la jaula. Se dio la vuelta y abrió todo lo que pudo sus pequeños ojos para poder dar crédito a la imagen que tenía ante él.

Mario palpaba el cerrojo de la jaula y Toni guio la mano de su padre para que este hiciera el movimiento adecuado que permitiera abrir la puerta.

«Glorioso chasquido, Mario. Me has devuelto la vida», pensé.

Enseguida comenzó Cross a olisquear a su familia humana, a aspirar con ansiosa avaricia todo el aire que la rodeaba. El olor a galleta lejana de Mario, la dulzura que María José desprendía por todos sus poros y aquel olor tenue pero agridulce, a niño, de su querido Toni. Pero allí había dos novedades muy evidentes que la ceguera provocada por la impactante visita le había logrado ocultar a simple vista.

«Y este grandullón ¿quién es?», me preguntaba, algo temeroso pero feliz de contar con un semejante en la familia-manada.

El joven pastor alemán y Cross comenzaron a olisquearse. Al primero, el segundo le olía a cierto sosiego, a mucha experiencia, e incluso percibía una pizca de sensatez. Por el contrario, a Cross, Jazz, que era como se llamaba el pastor alemán, le olía a fuerza, a viva y tersa musculatura, a torrente sanguíneo, a bendita locura de pseudocachorro, y no pudo evitar un cierto sentimiento de nostalgia al conocerlo.

«Si tuviera yo tu edad...», pensé mirando el terso pelo negro de su lomo, el color fuego de sus patas y ese porte gallardo del cual los perros sénior carecemos.

Toni saltaba de alegría entre sus dos amigos peludos y los animaba a que jugaran juntos. Mario era incapaz de pronunciar una sola palabra y su mujer lo cogía de la mano mientras observaba aquella magnífica escena.

Sí, estaba contento, claro que lo estaba, pero no sabía si esto era una simple visita o si habían venido a por mí para que volviera a vivir con ellos y con ese nuevo amigo.

Tras olfatear por completo a Jazz, Cross decidió que ya era hora de confirmar la otra novedad que había percibido. Miró atento a María José. La olfateó delicadamente a la altura del ombligo y todos rieron. Allí pudo oler la

vida humana en toda su plenitud, la esencia del comienzo, el perfume inenarrable del porvenir, algo que tan solo los perros y quizá otras especies no humanas pueden sentir.

—Sí, Cross, ahí vive mi... nuestra hermanita —dijo Toni con esa sinceridad exclusiva de los niños.

Una empleada de la residencia entró en la nave y entregó una correa a María José y unos papeles en un sobre a Mario.

—¿Me dejas que sea yo quien lo lleve, mamá?

—No, hijo, que Cross es muy fuerte y te puede tirar. Ya tendrás tiempo de jugar esta tarde con él en casa.

El hecho de que Cross retornara al hogar no despertó en mí ningún sentimiento de celos ni de envidia. Hacía ya unos meses que yo había suplantado, al menos en el plano laboral, al carismático golden retriever con el cual tenía que compartir aquella tarde la casa, la familia y el cacharro para el agua. Su mirada era triste, algo melancólica, como suele ser la de los de su raza, pero cuando entró por la puerta los ojos de mi casi anciano nuevo amigo se tornaron vivarachos. Se frotó con los sofás, las cortinas, las sillas y con su colchoneta. Menos mal que no se fijó en la mía. En cualquier caso, pensé: «Sé bienvenido, Cross, esta es tu casa y tu familia».

La casa de Mario era un piso decorado con buen gusto. El mobiliario, los accesorios y los escasos elementos decorativos formaban una armonía minimalista y daba la sensación de que allí ni sobraba ni faltaba nada. Era la casa de alguien a quien sin duda las cosas le iban o le habían ido bien, pero que no quería demostrarlo ni con extravagancia ni con humildad. Al margen de lo meramente estético, era una casa funcional, ideal para un ciego. Se notaba la mano de María José en todo eso, no había más que mirarla para percibirlo. En este caso, la casa era el espejo de su alma.

Mario, pese a ser ciego total de nacimiento, tenía un gusto refinado. Se interesaba por los colores de los muebles, la pintura e incluso por los motivos y representaciones de los cuatro o cinco cuadros que colgaban de las paredes.

—Voy a recoger los mandos a distancia y mi móvil, tú coge el tuyo también, Marijose. Y Toni, no dejes nada al alcance de los perros, sobre todo de Cross, que ahora viene Nico y ya sabes lo que hacía cuando escuchaba el timbre.

—Pero, papá, si tu móvil nunca lo cogía Cross y con mis juguetes le dejo jugar.

—Haz caso a tu padre, Toni, que hace mucho que Cross no ve a Nico y se pondrá tan contento que agarrará lo primero que pille para entregárselo como obsequio de bienvenida.

—Y le dará igual que sea el iPhone de tu padre o tu muñeco de Spiderman —añadió María José señalando al superhéroe de goma que reposaba tieso encima del sofá.

Al escuchar estas palabras no pude reprimir un suspiro. ¿Por qué siempre me tienen que acusar a mí de todo esto? Bueno, supongo que hay algo de verdad, pero ¿qué culpa tengo yo de ser alegre y cariñoso? Sonó el timbre de una manera que me era más que conocida. Nicolás, fuese la hora que fuese, siempre llamaba como si se estuviera prendiendo fuego a la ciudad. Sin duda era él.

La amistad entre Mario y Nicolás se había forjado en la mejor edad posible para ello. Se conocieron cuando ambos tenían ocho años en un campamento de verano. Mario era un chico de la calle Embajadores, hijo de dos asesores fiscales que regentaban una gestoría, y Nico era un chico de Vallecas, hijo de un mecánico de trenes sindicalista y una ama de casa entrañable. Mario estudió Económicas en la universidad y Nico dejó los estudios a los dieciséis. Mario era de Oasis, Beatles e incluso Mozart y Beethoven, y Nico, de Extremoduro y Reincidentes. Ambos pertenecían a la misma clase social, sus familias eran gentes sencillas en la concepción más amplia del término, y las diferencias se reducían a poco más que la pura estética y el distinto valor que tendría el metro cuadrado del suelo que pisaban a diario. Pero por mucho que se empeñaran los años, eran cada vez más iguales, más distintos y mejores amigos.

Nicolás trabajaba desde hacía unos años como comercial en la empresa de escaneo y digitalización de documentos de Mario, y anteriormente había sido descargador de fruta en un almacén de Mercamadrid. Su labia, su don de gentes y una inteligencia natural eran cualidades suficientes para desempeñar con dignidad el cargo que ocupaba en la empresa de su amigo.

—¡Está pletórico! Me encanta verlo así, chicos, conocer a Jazz le ha venido genial. De momento parece que guardan algo las distancias, pero ya

veréis como cuando se encuentren más a menudo se harán buenos amigos. Yo me lo llevaré al despacho todos los días que pueda y así no os echará tanto de menos. Y luego los fines, cuando venga a gorronearos la cena o la comida, lo podrá ver Toni también —dijo Nico mientras miraba al niño que, tumbado en el suelo y distraído, acariciaba el lomo de Cross.

Jazz se levantó del rincón del salón donde estaba tumbado y se fue con Toni y Cross con la intención de seguir olisqueándolo, y segundos más tarde lamer la cara del niño.

Que sí, que vale, que ha venido Cross y es un ancianito muy tierno y juguetón, pero es que a mí ya no me haces caso.

—Aisss, quita, Jazz, no me chupes. Anda ven y tumbate con nosotros aquí, que os acaricie a los dos, que en un rato se marcha Cross con Nico.

Jazz finalmente se tumbó, pero a unos dos metros de distancia de ellos. De vez en cuando suspiraba o gimoteaba queriendo llamar discretamente la atención de Toni.

—Entonces, Mario, ahora que Cross está jubilado, ¿se puede atiborrar con lo que quiera? Le podré dar salchichón, jamón, sardinas en lata o incluso alguna barra de pan de esas que intentaba robar cuando era un perro guía activo.

—No seas bestia, Nicolás, que te lo cargas en dos días. Vale que ya esté jubilado y se merezca más que nadie una vida tranquila y placentera, pero hazlo con medida, anda —le contestó Mario a su amigo.

—Que era broma, hombre, a ver si te crees tú que yo no entiendo de perros, ¿pero cerveza sí podré darle, no?

—Y whisky también. Venga, voy a traerte las cosas.

—¡Ya me estás echando!

Aquello no pintaba mal, viviríamos Nico y yo solos en una casa tan grande como la de Mario y además mejor, ya que esta estaba más destartalada y tenía más trastos por medio para poder mordisquear. Nico cogió mis pertenencias, correa, cacharro de la comida, colchoneta, una pelota de caucho maciza y un Kong. Iba todo menos mi arnés. Le dio una rutinaria colleja a Toni, que refunfuñó, una caricia en la cabeza a Jazz, otra a María José en la barriga y a Mario, dos palmadas en el pecho. Se conoce que Nico tenía mil y una maneras de despedirse de la gente que quería.

—Bueno, chicos, me marchó. No le tires tanto de la cola a Jazz, que le va a crecer y luego tu padre se tropezará con ella cuando le guíe.

—Cállate, anda, que eres un pesado, y espera que le dé un besito a Cross —dijo Toni con esfuerzo mientras se levantaba del suelo.

—Y a vosotros dos os veo mañana en el despacho, y por cierto, ¿por qué no viene María José también a la reunión? Nos vendrá bien tener una psicóloga presente por si discutimos y nos tiramos de los pelos.

—Quita, quita, yo no asisto, que eso son asuntos vuestros y ya sabe Mario que a mí no me gusta meterme, igual que tampoco quiero que él se meta en los míos —expuso María José apuntando con un dedo a su marido.

—Y hablando de meterse en asuntos ajenos, ¿cuándo vais a buscarle nombre a la niña? Que quedan cuatro meses para que nazca y aquí nadie dice nada. ¿Tú cómo quieres que se llame tu hermanita, Toni? ¿Le ponemos Eufrasia?

Marioscaneos SL era fruto del tesón de su gerente, del esfuerzo de sus trabajadores frente a las dificultades y, sobre todo, de la calidad humana de sus cuatro integrantes. Juanma trabajaba de escaneador y tratador de textos. Se embebía por completo en su trabajo cuando se ponía a ello. Sus ojos, las manos e incluso su gusto y su olfato se entregaban al teclado y al papel formando un solo conjunto. Para dirigirse a él, mientras realizaba su tarea, el resto de compañeros le tenían que dar un toque en el brazo. Esto no se debía ni mucho menos a la hipoacusia que padecía —Juanma era sordo total—, más bien era fruto de la entrega con la que hacía su labor, pues en ese momento solo tenía vista y los otros tres sentidos restantes para la pantalla del ordenador y para el papel.

Milagros era analista de datos, título que provenía poco más que del encabezado de su contrato laboral, ya que carecía de la más mínima titulación académica. Había dejado Ingeniería Informática en primer curso porque le aburrían las clases y las lecciones vacías de unos profesores que intentaban enseñarle tareas con métodos que ella siempre calificaba de protocolarios, aburridos e inútiles; ¿para qué perder el tiempo aprendiendo cerrajería si sabes entrar por la ventana incluso sin romper el cristal? Sabía tanto o más de

redes visibles e invisibles, legales o ilegales, de datos, programación, desprogramación, encriptación, desencriptación que cualquiera de sus profesores. Cuando un comercial iba a Marioscaneos a ofrecer algún nuevo programa, ella sonreía socarronamente y preguntaba siempre quiénes eran sus creadores —equipos dotadísimos de talentosísimos informatiquísimos de una universidad extranjerísima. Ella se limitaba a seguir sonriendo, a decirles que gracias por la visita, pero que no estaba interesada en aquel producto, mientras que por dentro pensaba que ese nuevo programa lo hubiera diseñado ella perfectamente, a los dieciséis años y en un día de resaca. La mesa de Milagros era la única de la empresa que no disponía de silla, pues ella llevaba la suya puesta de casa: era hemipléjica.

—Bien, compañeros y compañera...

Había dado comienzo la reunión, los cuatro apenas solían reunirse, al menos no con tanta oficialidad y formalismo como en aquella ocasión. Salvo el día de la fundación de la empresa, en algún momento que tuvieran un determinado problema con un cliente importante o para explorar nuevas vías de desarrollo. Cross, en sus tiempos de perro guía, había sido un asiduo de esas reuniones, pero también de aquellas que tenían un carácter más informal y espontáneo. Esta era la primera vez que Jazz y Cross coincidían bajo la mesa de juntas. Ambos suspiraron al escuchar las primeras palabras de Mario, quien las pronunció carraspeando, como se dicen las palabras que uno jamás quisiera pronunciar.

—Ya sabéis cuál ha sido la dinámica de trabajo de este proyecto desde su fundación. Fue una iniciativa empresarial que arranqué con el fin de encontrar una salida laboral tras terminar la carrera. Un ciego recién salido de la facultad tiene las mismas dificultades para incorporarse al mercado laboral que cualquier otro joven, pero sabemos que estas se multiplican por mil en una sociedad que aún no ve el potencial que muchas personas con discapacidad tienen para ocupar puestos de trabajo y de responsabilidad en las instituciones públicas y en la empresa privada. Cuando di los primeros pasos tras conseguir la financiación adecuada y se hizo la cesión de estos despachos por la que más tarde fue mi pareja, vuestra amiga y nuestra compañera de oficina, la psicóloga María José Alcaraz, la siguiente meta fue que el proyecto debería ser llevado a cabo por personas con discapacidad, con capacidades distintas.

Después decidimos contratar como comercial a mi amigo Nicolás cuando vimos una posibilidad de expansión que no queríamos dejar escapar.

No sé tú, pero a mí hoy nuestro dueño me está aburriendo un poco. Aunque para la buena verdad, ya no es mi dueño, ahora lo es Nico, a ver si habla él y anima esto un poco. Te voy a dar un poco con mi pezuña en tu patita, que te veo también aburrido.

—No escogimos un mal momento al inaugurar Marioscaneos, aunque la abrimos en un contexto de crisis económica ya visible y la desarrollamos en distintas etapas de recesión, nuestro proyecto garantizaba operatividad e incluso ahorro a muchas empresas.

Vaya con el abuelo, qué ganas tiene de marcha. Pues te voy a contestar, aunque Mario me eche la bronca. ¡Toma lametón en el hocico!

—¡Jazz, quieto! Pues bien: como sabéis, desde hace unos años, ya no somos la única empresa de Madrid dedicada al tratamiento de documentación, escaneo y transformación. Tenemos competidores muy fuertes que han conseguido abaratar bastante los costes de producción a costa de bajos salarios, aprovechándose, a mi juicio, de la estrechez económica de muchos jóvenes y de la desesperación de estos por tener un puesto de trabajo sea como sea.

Qué botas más chulas con cordones que lleva hoy Milagros.

Huy, ya huelo yo las intenciones del jovenzuelo este.

—Nosotros vamos a buscar todas las fórmulas de viabilidad que nos sean posibles antes de tener que llegar a decisiones dramáticas, despidos, bajada de sueldos o incluso cierre.

—Quita, Cross, deja mis botitas, que estamos hablando —pidió Milagros con un susurro.

—¿Perdón, Mila? No te he oído bien.

—No, Mario, continúa, solo era que Cross estaba jugueteando con mis cordones —comentó sonriendo.

Lo que faltaba, que esté yo aquí tan formal, y que el niñato o, mejor dicho, cachorrato este, le muerda los cordones a Milagros y me lleve yo las culpas. Pues me doy media vuelta y me pongo a mirar a la pared, que con un poco de suerte me duermo.

—Yo, para no extenderme mucho, os quisiera proponer que Juanma y tú —

dijo mirando a Milagros— hagáis un informe sobre los ingresos de este año, una previsión de los ingresos netos y brutos del que viene y que, en arreglo a ese documento, nos volvamos a reunir los cuatro para acordar una nueva distribución salarial.

Noté en ese momento como los corazones de los cuatro se aceleraban, sobre todo el de mi dueño y el de Nico. Mientras tanto, Cross comenzaba a roncar, dulce vejez la de mi amigo. Seré bueno y lo dejaré tranquilo, pero si veo que duerme mucho, habrá que darle un lametón o algo.

—También adelanto, antes de que se produzcan malentendidos, pues jamás los ha habido en esta casa, que la redistribución que yo propondré en su momento será igualitaria y no proporcional, como la actual. Esto supone dos cosas: que yo renuncio a poseer el superávit que pudiera tener la empresa, pasando a percibir un sueldo como el vuestro, y que si hubiera ingresos extras, se repartirían. Solamente existen dos escollos que hay que superar en esto que os propongo: el primero es que Nicolás cobra sueldo y comisión y tendría que renunciar a lo segundo para entrar en dinámica con la posible redistribución salarial; y el otro es si todos estaríais de acuerdo en bajaros el sueldo si esto fuera necesario en caso de que los ingresos de la empresa bajaran aún más.

La reunión había sido tensa, difícil, pero sobre todo triste. Hasta los dos perros lo habían notado. Jazz, aunque tuviera ganas de jugar con los cordones de las botas de Milagros, había terminado mentalmente agotado, lo cual notaría más tarde Mario en su comportamiento. Cross, por su parte, había tenido un duermevela intranquilo y poco reparador.

—Bueno, Mario, tú no te preocupes, que estamos contigo hasta el final —dijo Milagros tocando el brazo de su jefe antes de salir por la puerta.

—Yo también me marchó, Mario —anunció Juanma mientras se ponía una chaqueta—. Y lo mismo que dice Mila, estamos contigo y con el proyecto. Somos un equipo y lo seguiremos siendo.

Mario se despidió de ellos efusivamente y algo emocionado. Sin embargo, Nicolás, que aún estaba en el despacho, apenas pudo musitar un «hasta luego, chicos». Juanma tuvo dificultades para leer estas palabras de los labios del comercial de Marioscaneos, los cuales siempre eran muy expresivos. María José salió de su despacho al ver que Milagros y Juanma se marchaban.

—¿Qué pasa, Nico? —preguntó Mario al ver a su amigo de aquella

manera.

—Nada, amigo, nada. Que me emocionan tu generosidad y la fuerza que tienes. Sabes que siempre te he admirado mucho.

—Gracias, Nico, pero no es necesario que me adules. Como ha dicho Juanma, esto es un equipo y yo ocupo un lugar más en él.

—Sí, Juanma lleva mucha razón, pero quiero decirte una cosa, Mario: no será necesario tu plan de distribución salarial para salvar la empresa. Me marchó de Marioscaneos. Dile esta misma tarde a Milagros que me tramite la baja laboral cuando pueda y de la manera menos perjudicial para la... quiero decir, para el equipo.

2

Deséame suerte

—Sigo sin comprender por qué te empeñas en sacrificar tu futuro en aras de la supuesta supervivencia de la empresa, pudiendo repartir la carga de la crisis entre todos.

—Mario lo dijo bien claro. Tenemos un desequilibrio entre la carga de trabajo y el gasto salarial. O se aumenta lo primero o se reduce lo segundo. Es la primera vez que conozco un jefe que está dispuesto a repartir por igual las ganancias de su empresa. Además de una opción generosa, me parece inteligente. Es la mejor o quizá la única manera que tiene de salvar su proyecto.

—Cuando ayer tarde me pidió que comenzara los trámites me quedé paralizada y por supuesto me negué a ejecutar tu baja de la empresa sin antes tomarme un café contigo —espetó Milagros a Nicolás mientras mantenía fija la mirada en los ojos de este y apenas moviendo los músculos del rostro.

—Bueno, pues ya lo estamos tomando, por tanto, tramita la baja cuando puedas. Por cierto, ¿quieres otro? Yo me voy a pedir más chocolate y un par de churros, que hoy necesito energía. ¡Quieto, Cross, que los churros son para mí!

La cafetería donde solían desayunar los miembros del equipo y María José había sido hasta esa semana un bar más de la calle Atocha, pero Ana, la hija de Gerardo, el propietario del negocio, había convencido a su padre para que este declarase el local dog friendly. Cross siempre había pasado libre y

legalmente, al igual que Jazz, pero cuando el primero se jubiló perdió los derechos legales para poder acceder a lugares públicos o privados de uso público. Al quedarse Nico con Cross, este le pidió a Gerardo si podía seguir pasando con él pese a que ya no era un perro guía. El bigotudo camarero se encogió de hombros y le dijo que por su parte no habría problema, pero que ignoraba si aquello era legal. Su hija, una veinteañera que estudiaba Filología y ayudaba en algún rato libre a su padre en la cafetería, era una gran amante de los perros y los animales en general, y lo convenció para admitir canes desde entonces en aquel espacio.

—¿Y jamás me vas a dar una explicación de por qué te vas?

—No, Mila. Simplemente creo que sin mí la empresa puede seguir funcionando como lo hacía antes de que yo llegara. Mario puede ejercer de comercial otra vez. Este es el motivo, que quizá yo sea el único prescindible.

No me hacía demasiada gracia que dejaran pasar al bar Ana a todo tipo de perros. Cuando yo era el único que entraba había más migas o servilletas pringosas que llevarse a la boca, tiradas por el suelo, pero ahora o se las comen los demás o barren más a menudo.

—No sé, Nico... Todos somos necesarios allí arriba, hasta los dos peludos son como del equipo, y Marijose igual, aunque no trabaje para la empresa. Si uno de nosotros no está, esto no será lo mismo —suspiró Milagros aguantando el llanto.

No pude contener las ganas de gimotear, notaba tristeza y tensión entre Milagros y Nicolás. A ver si terminan ya de desayunar y de charlar, subimos al despacho y veo a Jazz para que se me pase todo este mal rollo. Y sigo sin tener un sucio palillo, servilleta o migaja que llevarme al colmillo.

—Intuyo algo, Nico, y no sé si sentirme halagada u ofendida, aunque sé que lo segundo jamás lo harías adrede.

—¿El qué, Mila? ¿De qué estás hablando? —preguntó Nico tembloroso y sorprendido.

—Tú eres la única persona de los cuatro que no tiene discapacidad. Seguro que te marchas porque piensas que tendrás más posibilidades ahí fuera para encontrar trabajo. Y bien pensado, llevas toda la razón. Si nosotros tres fuéramos a una empresa con el currículum bajo el brazo, ni se molestarían en leerlo, ni siquiera nos harían una prueba de acceso, que, modestia aparte,

superaríamos con creces dadas nuestras capacidades, pero lo único que verían en nosotros sería el bastón blanco de Mario o a Jazz, la necesidad de Juanma de tener que leer los labios para entender lo que dice la gente o mi silla de ruedas.

—No, no es eso, de verdad —dijo Nico, muy convencido—. Soy el menos preparado de los cuatro. Juanma es un gran documentalista, con la carrera de Biblioteconomía, que yo casi no sé ni decirlo. Y él, siendo sordo, desarrolla su trabajo mejor que nadie. Qué decir de Mario, licenciado en Económicas, y que sin poder ver ha creado todo esto él solito, los demás vinimos después. Y de ti... solo puedo afirmar que jamás he conocido una persona tan inteligente como tú. Serías capaz de hacer cualquier cosa con un ordenador. Yo creo que por eso te pusieron de nombre Milagros, pues eres capaz de hacerlos —susurró Nico cogiendo la mano de su compañera y amiga.

«Ojalá todo se pudiera hacer con un ordenador, como conseguir que no te marches nunca, por ejemplo», pensó Milagros sin atreverse a decirlo.

—¡Y no te preocupes por mí, que ya tengo un plan! —exclamó Nico sonriendo de oreja a oreja y dando un cambio radical al tono de la conversación.

—¿Hablas en serio? —preguntó Milagros de ese modo tan dulce que algunas personas saben adoptar tras pasar del llanto contenido a la risa.

—Hablo totalmente en serio y será una gran sorpresa para Mario. Esta tarde a las siete, si te apetece, te recojo y me acompañas a un lugar que quiero enseñarte, pero ni una palabra allí arriba a nadie, ni siquiera a Juanma, que aunque no oiga, el tío habla por los codos. Y te doy a elegir entre dos posibilidades, vamos con mi coche y te subo en brazos como a una princesa en el asiento del copiloto o me llevas con el tuyo —explicó Nicolás, y consiguió provocarle una suave carcajada.

El Mármol Blanco era un pub tranquilo, uno de esos locales en los cuales la música cumplía uno de sus papeles fundamentales: el de agradar. Al contrario de lo que sucedía en otros muchos establecimientos de la ciudad, donde la música se convertía casi en una molestia, en este local la tenían siempre lo suficientemente alta para poder distinguir lo que sonaba y lo suficientemente

baja para permitir el desarrollo normal de una conversación. El nombre le venía al establecimiento de su decoración o su decoración del nombre; nunca ningún parroquiano de la época lo supo. El suelo, las paredes y la barra eran de mármol blanco, y las sillas, taburetes y algún elemento ornamental, de color negro, lo que daba al lugar un tono de sencilla elegancia. Nicolás y Mario descubrieron el Mármol una tarde que habían comido en un bareto de la calle Villamil cuando ambos tenían dieciocho años y más hambre que dinero en los bolsillos. El bar donde comieron lo solían frecuentar por ser muy económico o, mejor dicho, muy barato, ya que un término tan técnico distorsiona al hablar de un lugar donde los gritos de los escasos camareros, el ruido de la plancha y la cafetera apenas permitían escuchar la radio, aunque esta estuviera siempre a todo volumen. Era un sitio donde no olía a otra cosa que a fritanga, un lugar de enormes hamburguesas, generosas raciones y gigantescos bocadillos. Allí todo era enorme, menos los precios, el espacio de la barra y el cuarto de baño, donde había que entrar siempre de frente y salir dando marcha atrás por no haber ni un centímetro de sobra para maniobrar.

Al salir del «grasabar» vieron el Mármol, que apenas llevaba abierto una semana, se tomaron sendos gin-tonics y desde aquel día no dejaron de frecuentarlo al menos una vez por semana hasta que Mario fue padre y cambió muchos de sus hábitos.

Los dos amigos eran más que conocidos en el lugar y tenían además muy buena relación con una de las camareras, Luz. Un día, años más tarde, cuando Toni ya tenía casi seis, Mario y su familia se la encontraron en el parque del Retiro con su perrita, una pastora alemana llamada Madrid, y les contó a Mario y María José, la cual nunca llegó a conocer el pub, que lo habían cerrado hacía algún tiempo por la crisis.

¡No me lo puedo creer! Pero si este es el sitio donde venía yo de joven con Nico y Mario. Todo continúa en su sitio pero todo es tan distinto... Antes el lugar tenía vida, gente riendo, chocando sus jarras de cerveza, tirando al suelo las servilletas manchadas de grasa y olía al perfume de Luz y a los cacahuets que ponían de tapa. Ahora es un lugar muerto, nada brilla aquí y huele a polvo y a alcantarilla.

—Bien, pues como le dije, el local está en perfecto estado, solamente hay que hacerle una limpieza a fondo, encargar género y listo para abrir. Y no se

preocupe, Nicolás, que aquí estoy para lo que necesite. Si usted lo alquila, yo me encargo de contratar y pagar la empresa de limpieza y le facilito una lista de proveedores. Yo regento ahora otro bar en Diego de León. El Mármol lo llevé hace muchos años, igual usted ni había nacido. Se llamaba antes de otra manera, el nombre actual y la decoración lo puso mi último inquilino.

—Conozco el lugar; aquí he pasado buena parte de mi juventud —dijo Nico con profunda nostalgia.

Venteé el aire con el hocico, a ver si encontraba algún rastro de Luz, la risueña camarera que de vez en cuando dejaba caer algún cacahuete pelado con disimulo para no enfadar a Mario y yo me lanzaba a por él, cual león tras su presa. No hallé el menor rastro de ella. Conocía bien su olor, incluso los más fuertes e íntimos, había estado varias veces en su casa acompañando a Mario antes de que María José entrara en nuestras vidas. Luz y mi dueño solían encerrarse en la habitación de ella mientras a mí me dejaban en el salón con la tele puesta. Jadeaban e incluso chillaban mucho, pero no se hacían daño, pues siempre salían de allí sonriendo.

—El lugar me parece precioso —apuntó Milagros en voz baja—, y a Cross parece gustarle... No para de olfatear y mover la cola, ¿qué estará pensando?

—Igual echa de menos a Luz, una chica que trabajaba aquí y que lo quería mucho. Era muy amiga nuestra... Bueno, don Andrés, pues muchas gracias por todo. Déjeme un par de días para organizarme y le contesto —propuso Nico mirando a su alrededor—. Entonces habíamos quedado que el alquiler son dos mil al mes, ¿verdad?

—Sí, y no se olvide de los cincuenta mil euros del traspaso.

—Cierto, el traspaso —musitó Nico como si le hubieran recordado algo que no quería escuchar—. Por curiosidad, don Andrés, ¿cómo se llamaba el Mármol antes, cuando usted lo regentaba?

—Todo Saldrá Bien. Ya sabe, los ilusionantes años ochenta.

De vuelta al coche, Nico iba con la mano puesta en el mentón y la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, pensativo y sorprendentemente callado. Milagros, mientras conducía, rumiaba una pregunta que sopesaba una y otra vez, al igual que hacía lo propio con las consecuencias que pudieran derivar de su formulación, viérase o no su curiosidad satisfecha; le doliese más el

saber que el ignorar. Pero finalmente carraspeó y se lanzó.

—¿Erais muy amigos de la chica esa?

—¿Perdón? ¿Qué chica? —preguntó Nico sorprendido y aturdido como si acabara de despertarse de una pesada siesta y se encontrase con un interrogatorio inesperado.

—Luz, la camarera. ¡Mira!, hasta Cross ha levantado la cabeza cuando he dicho su nombre.

—Sí, era muy maja —aseguró. «Y estaba buenísima», pensó—. Pero el que mejor se llevaba con ella, aparte de Cross, era Mario. Lo pillas, ¿no?

—Claro que lo pilló —respondió Milagros moviendo la cabeza de un lado a otro, riéndose—. Vaya con el serio de Mario, que tenía sus rollitos y todo de jovenzuelo. Habéis contado muchas batallitas, pero esa no me la sabía.

—Siempre pasaba lo mismo, pero no te vayas a pensar, que eso ya ocurría desde que teníamos ocho años. Recuerda que yo, antes de acostumbrarme a llevar estos trajes horribles y la puñetera corbata, era un macarrilla de chupa de cuero, de imitación, eso sí, plástico puro de mercadillo, pantalones ajustados y, según me daba el puntazo, llevaba pelo largo o corto y de punta. Mario nunca ha sido un pijo, ni un niño bien, pero con ese porte que tiene y esa elegancia natural se las llevaba de calle. Yo era el que hacía el esfuerzo, ponía la labia y contaba los chistes, pero luego conmigo no querían nada. Yo siempre era ese gracioso del cual las chicas no terminaban nunca de fiarse, mientras que Mario lo tenía todo. Buena percha, un tío culto, inteligente y con gusto para vestir. Un dandi.

—Entonces, ¿el jefe en sus tiempos mozos tuvo un montón de amantes?

—Qué va... pero las habría tenido de haberlo querido. Estuvo toda su infancia, adolescencia y buena parte de su juventud pillao por una tal Sandra que no le pegaba ni con cola.

—Sí, he oído hablar de ella.

—Es muy amiga mía todavía, pero me alegré cuando lo dejaron, no lo voy a negar. Jamás hubieran sido felices juntos. Y ahora con su Marijose... ya ves cómo mola verlos.

—Pues cambiando de tema y dejando de chismorrear del jefe, me encantaría verte vestido como lo hacías hace diez años, con tu chupa y tus vaqueros ajustados —sugirió Milagros dulcemente mientras activaba el

intermitente derecho para coger el último desvío que los llevaría a la calle Atocha.

Jazz lloriqueaba en el suelo a los pies de su gran amigo humano, este le acariciaba el entrecejo, la parte superior del cráneo y jugaba con sus orejas puntiagudas.

Las mías sí que son unas orejas como Dios manda, firmes y atentas, siempre alerta. No como las de Cross y el resto de golden, que parecen dos guardapolvos para los oídos. Hablando de Cross, lo noto cerca, creo que lo voy a ver pronto. ¡Qué alegría!

Estaba muy serio y agotado, hacía más de una hora que había apagado su ordenador después de que sus tres compañeros de trabajo se hubieron marchado de la oficina. Sobre su escritorio se encontraba un libro en sistema braille cuyas hojas estaban frías, pues Mario, tras abrirlo, ni siquiera había pasado los dedos por él.

Continuaba paralizado y había tenido minutos antes ganas de llorar. Esperaba que María José terminase con su último paciente, y cuando esto ocurría se solía quedar en el despacho escuchando música, leyendo o bajaba al bar Ana a tomarse una cerveza o una copa de vino. Hoy no había nada de eso, nada más que espesura mental, incomprensión propia y ajena y una tensión que lo inmovilizaba de pies a cabeza. Absorto en sus pensamientos amorfos y abstractos, oyó al fondo del pasillo como se abría la puerta del ascensor, del cual salían unas risitas de mujer y de hombre. Después pudo escuchar el ruido característico que hacía la silla de ruedas de Milagros al salir del ascensor, las medallitas de Cross tintineando y miró la hora: las veintiuna y treinta.

Menuda sorpresa me llevé al entrar en el despacho y ver allí a Jazz junto a mi antiguo dueño. Pegué tal tirón de la correa que esta se soltó de la mano de Nicolás y tuve tiempo más que de sobra para pegarle un buen lametón a mi colega Jazz, que estaba con el arnés puesto y en modo trabajo. Miró a Mario como pidiendo aprobación. Vamos, chico, ámate. Sé desobediente por una vez en tu vida. En mis tiempos yo lo hacía de vez en cuando. Los chavales de ahora parece que no tenéis sangre.

—¡Quieto, Jazz! Pero ¿qué hacéis aquí?

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —preguntó Nico a Milagros asomándose por la parte trasera de su silla y por encima de la cabeza de esta.

—No, no, esto te toca a ti, amigo —contestó meneando el dedo índice de la mano derecha mientras con la otra mano levantaba la tapa de cartón duro del libro de Mario para ver su título en caso de que este estuviera escrito en tinta.

—En quince días te invito a tomar una cerve en el Mármol.

Mario se encogió de hombros y frunció el ceño con ademán interrogativo, mientras intentaba con esfuerzo poner orden en el juego que recientemente Cross y Jazz habían iniciado.

—Es Asesinato en el Comité Central, de Manuel Vázquez Montalbán, Milagros.

Esta sonrió con admiración, pero sin sorpresa, por la tremenda capacidad de observación que tenía su jefe, quien, pese a estar pendiente de la inesperada visita, la confusa conversación con Nico y la pelea-juego de los dos perros, se había dado cuenta de que su empleada y amiga tenía curiosidad por ver lo que estaba leyendo.

¿Qué te pensabas, abuelito, que no sería capaz? ¡Pues toma doble lametón y empujón!

—Lo llevo ya por la mitad, Milagros, aunque esta noche lo he abierto y apenas he comenzado a leer, pero dejemos descansar a Carvalho para que Nico me aclare un poco las ideas, si es que puede. ¿De qué me estás hablando? Llevo horas exprimiéndome el coco para ver cómo solucionamos todo esto, ¿y me sales con eso? Explícamelo, que creo que no soy el único aquí que está volviéndose medio loco.

—Joder, Mario, el Mármol Blanco. Aquí tienes a su nuevo gerente y camarero. ¡Ladies and gentlemen, el Mármol abre de nuevo sus puertas!

3

¿Dónde estás?

Milagros escribía siempre con el teclado del ordenador de un modo especial, como especiales eran todas sus acciones. Lo hacía con rapidez y fluidez, rítmicamente y sin hacer demasiado ruido. Más que escribir, parecía que estuviera interpretando una sonata de Mozart para piano. Cincuenta, cien o quinientas pulsaciones con un suave traqueteo, y después el clic del ratón, otras cincuenta, otras cien o miles de pulsaciones, y de nuevo el clic: «tatata clic, tatata clic, tatata clic». Sus ojos azules miraban la pantalla con ademán absorto, no exentos de cierta devoción e incluso misticismo hacia aquel compendio de letras, números y todo tipo de caracteres que surgían a lo largo y ancho del monitor a la velocidad del rayo.

No era por tanto nada extraño que Nicolás en muchas ocasiones quedara hipnotizado al ver a Milagros trabajando. No se veía capaz ni siquiera de expresar un «buenos días» o un «bueno, ya hemos llegado». Siempre esperaba a que fuera ella quien empezara la conversación.

Daba la impresión de que su persona se dividiera o se dualizara, pero no en dos mitades, sino en dos enteros: una, Milagros que continuaba con la tarea, y otra que surgía del interior más profundo de la primera para comunicarse con el mundo exterior.

—Hola, Nico, ¿ya estás aquí? —saludó sin mover la vista de la pantalla.

—Sí, eso parece. ¿Ha llamado alguien preguntando por mí? ¿Está por aquí el jefe? ¿Has tomado café?

—El que parece que ha tomado mucho café eres tú. ¿A qué quieres que te conteste primero?

Nicolás se limitó a responder con una sonrisa. Soltó a Cross de la correa y este se fue de inmediato a beber agua del cacharro que ahora compartía con Jazz y, segundos más tarde, a olisquear por debajo de la puerta del despacho de Mario.

—Ah, canalla, que buscas a Jazz —aseguró Nico—. Entonces la respuesta de si está el jefe te la perdono, Mila, que me lo acaba de confirmar Cross.

—Y las otras dos son dos noes. Así que cierro y nos vamos al bar Ana a tomar un café y me cuentas si quieres lo de la llamada que esperas. O mejor tú te tomas una tila doble, que te veo alterado.

—No, Mila, no, ahora te cuento, es que el tío del banco no me ha llamado todavía para lo del crédito del traspaso. Le di mi móvil y el teléfono de Marioscaneos, y el correo electrónico lo miro cada minuto y nada.

—Espero que eso último no lo hagas mientras conduces —pidió Milagros con tono casi maternal—. Oye, ¿por qué se relame Cross?

—Porque acaba de beber agua.

—Ah, qué susto, pensaba que ya había hecho una de las tuyas. Venga, vámonos —propuso al tiempo que accionaba la silla con una pequeña palanca.

—Vale, voy a avisar a estos dos a ver si quiere bajar uno de ellos al menos —señaló Nico dando tres toques a la puerta.

Juanma, al ver que Jazz se levantaba de súbito, miró hacia la puerta y avisó a Mario de la presencia de Nicolás.

—Gracias, Juanma, ya lo estoy oyendo. Baja tú si quieres, yo voy a terminar esto y me voy con María José a una revisión ginecológica.

Bueno, amigo, ya iba siendo hora de que fueras tú de vez en cuando quien se salte las normas. Por lo menos hoy has levantado el trasero del suelo. ¡Bravo por ese recibimiento!

—Yo ya he tomado café, gracias, bajaos vosotros dos y otro día ya lo tomaremos juntos —contestó Juanma algo inquieto con el típico tono de no saber qué excusa poner—. Me estaba contando ahora Mario lo del bar ese al que ibais antes, cuando erais casi dos polluelos, y que ahora vas a regentar. Qué pasada, Nico, me parece una idea genial. Además, debes de estar muy contento, pues será un lugar muy entrañable para ti, pero que sepas que aquí te

echaremos de menos.

—Sí, será toda una experiencia estar por primera vez al otro lado de la barra. Tengo mucha ilusión, lo que no tengo es un duro, pero bueno. Todo se arreglará. Ya estoy deseando veros por allí. Yo también os extrañaré un mazo.

—Cuenta con ello, pero ¿pondrás buena música o de esa que te gusta a ti? —preguntó Juanma con toda la socarronería que pudo.

—Pues pondré un poquito de todo, a gusto de los parroquianos, pero... ¿a ti que música te gussss...? ¡Joder, ya me has vuelto a pillar! ¡Si es que parezco tonto! —decía Nicolás mientras palmoteaba en el marco de la puerta.

—Es que estás espeso últimamente. Mira, hasta Jazz y Cross se están riendo de ti. En serio, Nico, te deseo toda la suerte del mundo y ya nos juntaremos otro día para tomar un café o una cerve, ¿vale?

—Vale vale pues nos bajamos Mila y yo. ¡Jazz, siéntate y obedece a tu dueño! —gritó Nico entre risas mientras cerraba la puerta y tiraba de la correa de un Cross remiso a salir de allí. Abrió de nuevo el despacho, esta vez sin llamar, y dijo—: Hacéis un equipo fabuloso los dos. ¿Habéis visto No me chilles que no te veo?

Mario contestó sin abrir la boca, sonriendo, y arrugando un trozo de papel, se lo tiró y le dio en plena nariz. Juanma aplaudía y los tres se troncharon de la risa. Los dos perros se alborotaron, como era de esperar.

Menudo ejemplo nos dan.

Yo, resulta que no puedo levantarme cuando estoy trabajando ni siquiera para darle un lametón a mi amigo Cross y estos, mira qué jolgorio en plena oficina, menudos días llevan.

—Vosotros dos sí que hacéis un buen equipo —murmuró Mario una vez cerrada la puerta—. ¿Eh, Juanma?

Cuando bajábamos en el ascensor, Nicolás aún se iba riendo mientras le contaba a Milagros lo sucedido en el despacho, y después se dirigió a mí rascándose la nariz.

—Menudo fiero tu exjefe, qué puntería ha tenido el cabrón. Luego dice que no ve.

El más templado de los hombres es capaz de perder la cabeza, aunque sea por

unos instantes, cuando contempla que lo que ha construido con todo el esfuerzo y toda la ilusión posible se resquebraja como lo haría una masa de hojaldre.

Mario no concebía su proyecto si faltaba uno solo de sus miembros, bien fuera este humano o perruno. Ni siquiera la ilusión que mostraba Nicolás con el hecho de verse como nuevo gerente del Mármol mitigaba la angustia que sentía un talante perfeccionista poco acostumbrado a los cambios, sobre todo si estos tenían tintes negativos.

A ratos estaba paralizado. En otras ocasiones se encontraba demasiado acelerado e irritado, casi siempre estaba desconcentrado. El metódico Mario se olvidaba ahora en ciertas ocasiones incluso de echarle agua a Jazz, y este tenía que pedírselo con ladridos o lloriqueos. Perdía libros y documentos por la oficina, se los olvidaba en casa o en el coche de María José. La tristeza, la rabia o la melancolía, emociones casi desconocidas por aquel prodigio del equilibrio, ahora lo asediaban, a veces de una en una o incluso por parejas o en grupo. A duras penas lograba abstraerse en la lectura más de diez minutos, lo justo para que la imagen de una oficina sin Nicolás y de un futuro incierto para su proyecto se le plasmara delante de las narices con toda su crudeza. Solo encontraba algo de paz y sosiego cuando sentía la nueva vida de su retoño al reposar la palma de la mano sobre la tripa de su compañera, o cuando su hijo Toni le distraía con alguna de sus ocurrencias estrafalarias.

—Me marchó, Juanma, imagino que los chicos no tardarán en subir. Ya no creo que vuelva a la oficina hasta después de comer. Por cierto, María José, ¿ves por aquí un libro en braille? No lo encuentro por mi despacho.

—Sí, está aquí fuera, pero... tiene una hoja mordida y no debe de ser de hace mucho, pues aún está húmeda.

—¡Ya te vale, Jazz! No me puedo descuidar ni un minuto, habrá sido ahora mientras me ponía el abrigo. ¡Mal, muy mal! Y para colmo es de un capítulo al que no había llegado todavía. Tendré que pedir un nuevo ejemplar a la biblioteca para continuar leyendo.

—Si me permites intermediar, cariño, creo que la culpa no ha sido del todo de Jazz. Tú siempre has sido muy cuidadoso con tus cosas, sobre todo con los libros. No es muy normal que te dejes un libro encima de la mesa de las revistas.

—Llevas toda la razón del mundo, la culpa es del despiste que llevo

últimamente. Tengo que volver a centrarme. Voy a tirar este volumen al cubo de reciclaje de papel y nos vamos. Siento haberte chillado, orejotas —dijo Mario acariciando la cabeza de Jazz.

¡Pero qué orejotas ni qué hocicos! Siempre me tengo que llevar yo las culpas de todo. Reconozco que ganas de darle un buen bocado no me faltaron, pero es que olía ya a las babas de alguien muy conocido por mí y no he querido hacer nada, pues esa pifia ya tenía firma.

—Adiós, chicos —dijo Nicolás golpeando con los nudillos el ventanal del bar Ana al ver pasar por la acera a Mario, María José y, por supuesto, a Jazz.

Mientras tanto, raro en él, Cross quedaba inmóvil bajo la mesa de la cafetería pese a oler la presencia de sus tres amigos. Sintió un leve reflujo que le subía de la boca del estómago hasta la garganta y vomitó una más que viscosa bola de papel. Allí estaba la carga de la culpa, llena de babas y sin poder haber sido digerida por los jugos gástricos del golden.

Las nuevas tecnologías, o mejor aún, las nuevas costumbres, se ponen en muchas ocasiones a favor de la cobardía. Ya no será nunca más obligatorio tener que mirar a los ojos de un ser otrora amado para decirle «Ya no puedo más, esto terminó». Un amor veraniego, un matrimonio de treinta años o un noviazgo a punto de pasar por el altar son finiquitables en menos de veinte segundos y en apenas ciento cuarenta caracteres, sin que a nadie le tiemblen las manos o le sude la frente.

Atrás quedaron las taquicardias que probablemente sufrieran algunos jefes a la hora de decir a sus subordinados «Esta empresa ya no contará a partir de ahora con sus servicios». Un SMS, un e-mail o un whatsapp serán suficientes para truncar gratuitamente la vida de alguien, o por el módico precio de quince céntimos de euro, IVA no incluido, en caso de no disponer de tarifa plana de mensajería.

Ni siquiera tendrán que tornarse temblorosas las piernas de los jefes de Recursos Humanos cuando comuniquen a los cuatrocientos diecisiete candidatos que no han sido admitidos para el codiciado puesto de trabajo

como cajero reponedor.

Un corta y pega de un texto predeterminado, otro para la base de datos, en copia oculta, eso sí, y listo para borrar casi quinientas sonrisas de un plumazo.

Apreciado... siento comunicarle que su préstamo solicitado para..., cuya cantidad era de... euros, ha sido denegado por no cumplir los requisitos adecuados. No obstante lo anterior, puede seguir contando con todos los servicios y el resto de los productos que le ofrece su banco amigo, para proporcionarle todo aquello que necesite para cumplir sus sueños, como dice nuestro lema.

Atentamente, Jaime Espino Gómez, director de la sucursal 5114.

El tal Jaime comunicó de un modo limpio y mecanizado a su cliente que se olvidara por completo de su plan de futuro con tan solo tres movimientos de ratón. Nicolás García Requena clic, Negocio de restauración clic, 60.000 clic, y a otra cosa, mariposa.

¡El sufrimiento que habrían evitado las herramientas de mensajería instantánea a toda suerte de traidores y cobardes a lo largo de la historia de haber existido hace miles de años! Si Judas o Pilatos hubieran tenido una cuenta de Yahoo, Gmail o Microsoft, qué fácil hubiera sido redactar un «no quiero saber nada de este jaleo del nazareno»; no hubiera sido necesario lavarse las manos ni antes ni después de teclear la frase en la tableta del prefecto de Judea; o tener la oportunidad de poder negar al maestro tres veces antes de que sonara el despertador del iPhone con tres simples pasos de edición nivel usuario apostólico.

—No pasa nada, Mila, no te preocupes. Hablaré con Mario y aceptaré su

plan de redistribución. Le estoy poniendo un whatsapp para decirle que esta tarde nos reunamos los cuatro. Al menos lo he intentado. Creía que era posible buscarme la vida por mi cuenta sin perjudicar el proyecto de Marioscaneos, y por supuesto, a vosotros. No te preocupes, que estoy bien, algo impactado por el e-mail, pero se me pasará. Mirémoslo por el lado bueno, el equipo sigue junto. Si te parece, nos subimos ya al despacho, que tengo que llamar a don Andrés para decirle que no voy a alquilarle el Mármol.

No pude evitar soltar un prolongado suspiro al notar la tristeza que invadió repentinamente a mi dueño. Miraba el trozo de papel que había vomitado y ni siquiera tenía ganas de volver a comérmelo, me daba ya igual que Nico lo descubriese. Además, dudo que tuviera fuerzas suficientes para poder regañarme. Milagros intentaba animarnos a los dos.

Todo transcurría como cada tarde menos una cosa: eran ya las cinco y cuarto y el despacho se abría siempre a las cinco. Mario pudo oler el perfume sutil de Milagros y notar que Jazz la había visto, ya que este dio el consecuente tirón de la correa para acercarse a saludarla, pero allí no sonaba ningún teclado, ni hoja de papel cortando el viento mientras cambia de lugar a manos de la analista de datos, ni se podía escuchar tampoco su típico canturreo de cifras, búsquedas, nombres de archivos o códigos alfanuméricos, todo ello mezclado sin desentono con alguna melodía de pop inglés.

—¿Mila?

La presencia de Milagros era siempre tan evidente que ni su jefe, pese a ser ciego, tenía que saludarla de modo interrogativo, hasta ese momento.

—¿Mila?

Enseguida Mario y Jazz se habían percatado de que ella estaba allí, pero sin estar plenamente presente. Alguna parte más que importante de la joven se había marchado volando, huyendo como lo haría una bandada de pájaros tras oír un disparo. Su mente había salido lanzada, sin importarle las leyes fundamentales de la física, por una ventana cerrada de una de tantas oficinas de Madrid, a intoxicarse entre las nubes de monóxido, flotando moribunda por encima del tráfico de la ciudad sin poder alcanzar jamás la estratosfera. Un alma vagabunda y embriagada por la tristeza.

—¿Mila?

—Hola, chicos, estoy aquí, ¿todo bien en el ginecólogo? ¿Y Marijose?

—Bien, todo muy bien. Ha pasado directamente a su despacho. Tiene ahora un paciente. Te ha saludado cuando he abierto la puerta, no la habrás oído. ¿Te encuentras bien?

Milagros tuvo la tentación de contestar que no con la cabeza, eso habría servido en cierto modo para desahogarse sin que su jefe la viera, pero conociendo las capacidades de Mario y la espesura de su abundante cabello rizado pensó que sería mejor no hacerlo, y sacando fuerzas de sus rincones más recónditos sonrió y contestó que sí. En ese momento alguien abrió la puerta del despacho de Mario y Jazz se sobresaltó, comenzando a mover el rabo al ver a Cross, Juanma y Nicolás.

Hola, jovenzuelo, así que ya estás por aquí. A ver si nos sueltan y jugamos un poco, que hoy el ambiente está algo triste y enrarecido. No sé qué les pasa a estos humanos. Igual es que les falta agua o pienso, o que no llevan las vacunas al día.

—Compañera, compañeros, jefe y perrunos. Vamos a sentarnos todos en la mesa de juntas, que tenemos que hablar —propuso Nicolás en tono desenfadado y logrando alegrar al menos el rostro de Milagros—. Toma asiento, Juanma, y pásale una silla a Mario.

—¿A mí no me ofreces asiento? —preguntó Milagros guiñándole un ojo.

—A ti te lo ofrezco todo, pero no pienso picar dos veces en el mismo día, que ya me la ha pegado esta mañana aquí el amigo con el tema de la música.

—Dinero no tendremos, pero sentido del humor, el que queramos —dijo Juanma algo azorado por el flirteo que se estaba llevando a cabo apenas a un metro de donde se había sentado.

—Sí, ya lo creo, humor que no falte. Sobre todo a ti, Juanma, que eres el único empleado de la empresa al cual no le importa que le chille el jefe.

—Pero, Nicolás, si nuestro jefe nunca chilla, bueno, salvo cuando se arrea un golpe con el pico de alguna mesa —explicó Juan María señalándose el muslo derecho.

—Es que parece que no las veo.

—Si me hubieras hecho caso, Mario, cuando te dije que tenías que comprar todas las mesas de oficina redondas, eso no te pasaría. Ahora ya la

cosa no tiene remedio, aunque siempre puedes venir al curro con armadura de caballero medieval, yo sé de un sitio en Toledo donde las hacen cojonudas. Son un poco caras, eso sí.

»Bueno, fin del cachondeo. Vamos a lo serio. Esperamos dos segundos a que se le pase la risa a Mila... parece que ya... ¡Ahora! A ver: ¿Por dónde empiezo? Mirad, llevamos unos días muy malos todos, y creo que esta reunión es más que necesaria. Los cuatro somos compañeros de trabajo, los seis, perdón, Jazz y Cross, os queremos un hue... un montón. Observo que últimamente, salvo en estos ratitos de bromas y risas que solemos tener, el resto del tiempo estamos con caras tristes, que no largas, pues aquí no hay malentendidos entre nosotros, pero no me negaréis que algunos de los cuatro, de los seis, no estamos, desde hace un par de semanas, libres de una especie de tristeza, malestar, incomodidad, o no sé bien cómo definirlo. Estamos en algunos momentos eufóricos, luego con un bajón del carajo, parece que nos cuesta mirarnos a los ojos entre nosotros. Mirad:

»Juanma, que es un tío que se embebe en su trabajo cuando está en ello, últimamente no sé qué le ocurre que tiene despistes que jamás he visto en él, como meter los documentos al revés en el escáner, no darse cuenta de que lo tiene apagado, o enterarse más tarde de que ha guardado una ficha OCR sin corregir, etcétera.

»A Milagros, desde que la conozco, nunca, y digo nunca, la había visto tener un solo error, una sola distracción. Siempre ha sido capaz de estar diseñando un programa, creando una base de datos, reparando los desaguisados de Mario, de Juanma o los míos en nuestros ordenadores, y llevar al mismo tiempo una conversación sobre tendencias gastronómicas en Europa del Este y quedarse más ancha que larga. Y ahora, sin embargo, cada dos por tres se nos queda con las manos en el teclado mirando al infinito. Yo siempre he sido el más despistado de los cuatro, pero es que ahora no doy pie con bola. El otro día ya había terminado mi jornada y salí de aquí con el coche con la intención de irme a casa a comer y descansar cuando me di cuenta de que iba camino de Aluche en vez de a Vallecas, como si fuera a hacer una visita a Vicente Manzano, nuestro cliente, el historiador. No sé, pero desde luego algo nos está pasando a los cuatro.

»Ya sabemos las dificultades que atravesamos, pero hagamos lo posible

para que esto no nos afecte tanto, por lo menos anímicamente. Y para ti, Mario, también tengo, que lo sepas. —Mostró señalándolo con el dedo—. Me he encontrado un libro tuyo en braille en la caja del reciclaje del papel.

—Eso tiene una explicación.

—Vale, pero no me negarás que tú estás igual que todos. Porque cada dos por tres pierdes u olvidas algo, cosa que no te ha pasado en la vida.

»Y ahora que ya os he expresado mis preocupaciones sobre vosotros, paso a narraros en qué situación se encuentra lo mío.

—Aquí no existe lo tuyo, somos un equipo —dijo Juanma levantando los hombros.

—Gracias. Bueno, pues lo nuestro está en la siguiente situación.

Todo aquello me estaba aburriendo tanto que no pude evitar caer en un sueño soporífero. Cada vez escuchaba la voz de Nico más y más lejos. Me desperté cuando comenzaron a mover de nuevo las sillas tras terminar la reunión y allí estaba Jazz con sus orejas tiasas y bien espabilado, ¿cómo habría aguantado el campeón todo aquel rollazo humano? Debe de llevar la disciplina alemana en la sangre.

Todos respiraban ya algo más aliviados pese a que habían notado cierta desilusión en Nicolás al relatar que le habían denegado el préstamo para abrir su propio negocio. Parecía que todo iba volviendo poco a poco a su sitio. Con una nueva situación, eso sí, pero el equipo al menos continuaba unido en torno al mismo proyecto.

—Por cierto, ya que hemos terminado te explico lo del libro —comentó Mario—. No fue un despiste reciclarlo, pero sí que lo tiré por causa de una distracción. Resulta que me lo dejé en la mesa de las revistas y Jazz...

Ya estamos con que Jazz. Claro, con esa carita de bueno que tiene el abuelito dormilón, cualquiera le echa las culpas. Yo no probé ni un bocado de ese libro granuloso. A ver si les entra de una vez en esas cabezotas semidespeluchadas de humanos.

—O quizá fue tu perro —continuó Mario acariciando a Cross—. No lo sé, quienquiera que fuese le pegó un mordisco a una de las páginas y se comió por lo menos la mitad. Para colmo, me faltaban unas siete para llegar a esa y por tanto no puedo seguir leyendo. Ha quedado inservible y por eso lo tiré al reciclaje.

—Vayamos por partes, Mario. Mi perro es más bueno que el tuyo y no come papel, y si lo hace es porque tú no supiste enseñarle bien cuando era tuyo —contestaba Nicolás entre carcajadas—. Y en segundo lugar, ¿por qué no te saltas esa página y sanseacabó?

—Ah, claro, resulta que yo ahora tengo la culpa de lo que hace tu perro. Y para colmo, me sueltas que qué más da que siga leyendo el libro saltándome una página. Mira... mira... que con lo que estaba yo disfrutando con Pepe Carvalho y ahora tengo que esperar dos semanas a que me llegue el ejemplar nuevo.

—Ah, sí, era ese del Asesinato en la Junta Directiva. ¿Pretendías quitarnos a alguno de en medio por el bien de Marioscaneos y querías aprenderlo en el libro?

—Asesinato en el Comité Central, burro, que eres un burro, y no va precisamente de la junta directiva de ninguna empresa. Se trata de un detective privado que investiga un crimen en el comité central del Partido Comunista.

—¡Anda, salen comunistas como yo!

—Sí, pero los comunistas de entonces no se limitaban a escuchar a Reincidentes y a votar una coalición de partidos cada cuatro años como tú.

—Vaya, ya está el jefe, quien por cierto aún no sabemos qué vota, dando lecciones de política. Y el Carvalho ese que escribió el libro, ¿era detective privado en la realidad? No sé de qué te estás riendo.

—Pues de qué me voy a reír, Nicolás. El libro lo escribió Manuel Vázquez Montalbán, otro rojo como tú. Escribió muchos sobre este detective de origen gallego y residente en Barcelona, pero esta novela concretamente está ambientada en Madrid, y que te quede claro que Carvalho es un personaje inventado.

—OK, Pepe Carvalho no existió, vale, pero... ¿Montalbán... o Montalbano? —preguntó Nicolás pensativo—. No sé de qué me suena a mí eso. ¿Seguro que no existió un detective italiano con ese nombre?

—Y el Principito también existió. Lo de Montalbano y Camilleri te lo explico otro día tomando una cerveza; ahora voy a trabajar un rato.

—Montalbán, Montalbano, Nicolae, Nicoliano —balbuceó este entre dientes y absorto en sus pensamientos cuando ya se había quedado solo—. No suena mal.

Algo parecido a la normalidad había vuelto a aquella manada perruna-humana que componíamos los seis. Hacía ya dos días que más o menos los humanos guardaban cierto equilibrio entre los ratos de euforia y de desasosiego, entre los de trabajo y los momentos para las risas. Las dos semanas anteriores habían sido terribles para todos. Ellos estuvieron más perdidos en esos días que mi pelota de goma. Por cierto, cuando llegue a casa olisquearé debajo del sofá a ver si está, a riesgo de sufrir otro ataque de estornudos provocado por las pelusas que Nico parece guardar allí abajo. ¡Anda, si vienen Mario y Jazz y yo por aquí suelto, qué chollo!

—Para, Cross, para, déjanos al menos que nos quitemos el arnés y la chaqueta. Hola, Mila, ¿es que no se ha llevado hoy Nico a este grandullón?

—Hoy se reunía con unos clientes muy peculiares, por lo visto, y ha preferido dejarlo.

—Sí, con el Centro de Familiares de Excombatientes de la División Azul. Espero que ese macarra que se esconde detrás del traje de rebajas de enero no nos fastidie el negocio. Al parecer tienen mucha documentación. Hola, Juanma, buenos días —exclamó Mario al salir el empleado del despacho que ambos compartían.

—Buenos días, ¿tenemos guantes de látex o de vinilo? Me acaba de mandar un whatsapp Nicolás preguntándomelo.

—Parece mentira que no lo conozcas, Juanma —señaló Milagros girando la silla con la palanca para poder mirar de frente a su compañero mientras se reía—. Mario, al parecer habemus contratus.

—Sí, ya veo. Mira, hablando del Rey de Vallecas —lanzó Mario al entrar Nicolás por la puerta.

—Pero usted qué va a ver, jefe, si no ve tres en un Seat Toledo. Bueno, ¿qué me dices? Que me ganaba a los fachillas o no me los ganaba —le indicó a Mario dándole efusivos golpes en la espalda—. Guardan tanta documentación que tendré que ir con una furgoneta.

—Vamos con mi coche si quieres, es más grande y más bonito que los vuestros —propuso Milagros.

—OK, guay. Hay mogollón de informes, panfletos, cartas personales, de amor..., menuda tela. Nos vendrá genial tener tanto curro. En tu carro igual sí

que cabe, Mila, y si no, hacemos dos viajes.

—Ahora pillo lo de los guantes —dijo Juanma en tono inocente.

—No... si yo lo decía porque esos documentos siempre traen polvo. Guantes y mascarilla te harán falta, ya lo creo.

—Ya —contestó secamente el especialista en tratamiento de documentación impresa.

—¡Chicos! ¿Está Cross en vuestro despacho? —preguntó Milagros de modo repentino girando la cabeza y mirando a todos lados.

—Huy, voy a mirar, que este es capaz de destrozarme el programa de Fiestas de San Isidro de 1973 que estaba escaneando. ¡No, aquí no está! —se escuchó decir a Juanma desde dentro.

Nicolás asió con premura a Mario del brazo y se fueron con Milagros a buscarlo por el edificio.

—Bajad vosotros a mirar en las demás plantas, yo voy al despacho de María José a ver si está.

Milagros llamó a la puerta de la psicóloga y esta abrió con la suficiente cautela para respetar la privacidad del paciente que estaba atendiendo. Cross no estaba allí ni en la sala de espera que compartía con Marioscaneos.

Dándole las explicaciones justas a María José, las suficientes para justificar su repentina presencia y las necesarias para no alarmarla, bajó en el ascensor a la planta siguiente.

—¡Yo me ocupo de esta, chicos, bajad hasta la segunda! ¡Así ganamos tiempo! —espetó Milagros a voces como si se tratase de la capitana de un equipo de fútbol o la general de un regimiento vikingo—. ¡Rápido!

A mí me huele por aquí a mi amigo, menuda pieza está hecho el abuelo. Ha pasado por estos pasillos seguro.

Los tres humanos iban con el corazón acelerado mientras gritaban desesperadamente el nombre de su amigo peludo a voces.

—¡Cross! ¡Cross! ¡Cross! ¿Dónde te has metido?

Personal de otras oficinas abrían asustados las puertas preguntando qué pasaba, que si había fuego o algo así. Al contarles Milagros, Mario o Nicolás lo que ocurría, muchos se reían.

—No os preocupéis, chicos, será una de sus trastadas. Por aquí no está, si lo veo os llamo, pero estaos tranquilos.

Según pasaban los segundos y minutos que parecían horas e incluso días, el miedo iba creciendo y las posibilidades de que aquello no tuviera un buen final, también. Salvo las partículas de perfume «perronal» de Cross que Jazz detectaba venteando el aire, no había ningún otro indicio que pudiera tranquilizar a aquella manada que buscaba a uno de sus miembros.

Milagros accionaba la palanca de su silla con tanto ahínco que podría haberla partido. De nada le servía, pues no por mucho apretar corría más su vehículo. Pero era tal la ansiedad provocada por la desaparición repentina de Cross en aquel laberinto de puertas, pasillos y escaleras que de buena gana hubiera abandonado la silla para echar a correr en su búsqueda.

Jazz, Nicolás y Mario se encontraban en la planta baja, descendiendo rápidamente las últimas escaleras, dejando el cuarto de la limpieza y la garita del portero a la derecha.

Mientras que, en frente, Nicolás y Jazz podían ver la puerta de la calle abierta de par en par iluminando con gran nitidez toda la superficie del portal, Mario notó el ruido de la calle y el fresco en su rostro palidecido por el miedo y la angustia.

—Está abierta, maldita sea —dijo con voz temblorosa—. La puerta, Nicolás. La puerta de la calle está abierta.

—Llama a Mila a ver si ha visto algo por allí arriba, y a Juanma por si ha vuelto a la oficina.

—OK. Espera, hay ruido en la garita, vamos a preguntar al portero y ahora llamo a los chicos. Joder, joder, joder, qué mal pinta todo esto.

—Vamos a tranquilizarnos, Mario. Ahí dentro suena ruido; debe de haber alguno de los porteros.

—O el personal de limpieza. Parece que están almorzando; huele como a salchichón o algo así. Aquí en la garita no hay nadie, el ruido y el olor parecen venir de ahí dentro, del cuarto de la limpieza.

—Mira tú, Nico, que tengo que sujetar a Jazz, está muy nervioso.

Dejadme a mí que entre.

—¡Oigan! ¡Perdonen! Somos de Marioscaneos. ¿Han visto a nuestro perro, el golden? ¿Oigan? ¿Oigan? ¿Me oyen?

Al otro lado de la puerta entrecerrada, se escuchaba un ruido de bolsas de plástico que estaban siendo abiertas o agitadas. También parecía que estaban

rasgando algún papel, un sonido similar a cuando se abre un regalo o un bocadillo envuelto. Nicolás y Mario tenían claro que allí estaban los porteros o el personal de limpieza dando buena cuenta de su almuerzo, pero no entendían por qué no se dignaban a contestar sus preguntas.

Si ya estaban exasperados por la huida de Cross, la falta de consideración para con ellos por parte de aquellas gentes logró que hasta Mario perdiera la paciencia.

—¡Nicolás, por Dios, abre ya la puta puerta!

4

La paz es verde

Cuando Nicolás se disponía a abrir la puerta del cuarto de limpieza, una voz chillona que procedía de la salida del portal sobresaltó a los dos humanos; Jazz ya se había percatado de la presencia del portero de turno.

Ya está aquí el narizotas este. El que se entromete siempre en los asuntos de los demás y que se pasa la vida opinando sobre lo que conoce y desconoce. Que si atención con los perritos que no se orinen por el edificio, que si parece que sueltan mucho pelo, que cuidado que no vayan a morder a nadie, que no rompan nada, etcétera. Y eso que sabe de sobras que tanto Cross como yo somos perros con estudios y educación. Y en cuanto a lo de soltar pelo concretamente, se conoce que él debe de tener algún trauma con eso, pues ya soltó todo lo que tenía que soltar en su momento y su cabeza tiene menos pelo que mi pelota de goma. Además, tiene una narizota tan larga que perfectamente podría medir más que nuestros hocicos de golden y pastor alemán. Por cierto, mi pelota de goma se me ha perdido, supongo que estará debajo del sofá, como siempre. Cuando llegue a casa le lloriquearé a Toni para que meta su bracito y la saque.

—¡Pero qué hacéis aquí! Menudo susto me habéis dado con esos gritos.

—Buscamos a Cross, uno de nuestros perros. ¿Lo has visto? Estamos muy preocupados. Has dejado la puerta de la calle abierta y se ha podido escapar. Gritábamos porque ahí dentro hay alguien almorzando, suena ruido de bolsas y mira qué peste a chorizo o a salchichón sale, y no nos están haciendo ni

puñetero caso. Ya íbamos a abrir la puerta. Supongo que serán de la empresa de limpieza —dijo Nicolás mientras miraba extrañado al portero, el cual también parecía estarlo.

—No, no, qué va —negó el portero sacudiendo la cabeza—. Esos nunca almuerzan aquí, además ya se han ido —continuó explicándoles mientras retrocedía asustado unos pasos—. Si oigo ruido voy a llamar a la policía. A saber quién se nos ha metido ahí; algún vagabundo o un fugitivo peligroso, cada vez este barrio está peor.

Nicolás y Mario se miraron encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿contestas antes a la pregunta que te ha hecho mi compañero? —preguntó Mario visiblemente cabreado por la actitud dispersa del portero—. Aunque claro, si no estabas en el edificio, difícilmente habrás podido verlo.

—No, yo... no, mira... yo había salido a comprar dos... —titubeó tembloroso escondiendo las dos latas de cerveza que traía bajo la chaqueta... a comprar unas cosas para almorzar. Voy a... voy a... a llamar desde la garita.

Se rascaba la calva, se subía las gafas con un dedo, se tocaba una oreja, se aseguraba una y otra vez que las cervezas permanecieran ocultas bajo la chaqueta y tartamudeaba y titubeaba cada vez más hasta que finalmente se tropezó marcha atrás con sus propios pasos y se le cayó una de las latas, que se reventó contra el suelo.

—¡Quieto, Jazz!

Aquello olía apestosamente bien. Intenté acercarme para darle un lametón al suelo manchado por la espuma blanquecina.

—¡Quieto, Jazz! Mira, yo ya no puedo más, voy a abrir a ver quién narices está ahí dentro.

—¡No! ¡No lo hagas, tú eres ciego y si te atacan a ti luego vendrán a por nosotros! —decía el portero antes de salir corriendo por la puerta hacia la calle pidiendo socorro a gritos.

—¡Madre mía! —dijo Nicolás mirando al interior del cuarto, llevándose las manos a la boca y en un tono que confundió a Mario—. ¡Madre mía!, ya puedes llamar al portero para darle tres noticias muy, pero que muy importantes.

—¿Qué pasa, Nico? ¿De qué noticias hablas?

—Una, que Cross ya ha aparecido; dos, que deje de correr como un cagón; y tres, que se compre otro bocadillo de salchichón porque Cross se lo está comiendo.

No sé por qué todo cambió desde aquel día con respecto a uno de los tres porteros del edificio, el más metijoso, el que nos tenía manía a Jazz y a mí, el que siempre nos miraba a los siete miembros de la manada por encima del hombro. Desde entonces se mostraba huidizo y bajaba la mirada ante Mario y Nico, sin embargo, a estos se les dibujaba una sonrisita socarrona en la cara. Mientras tanto, al azorado portero se le sonrojaba hasta la calva.

—Mira, por ahí viene el comercial de Marioscaneos —indicó uno de los porteros a su compañero—. Nico, cuéntale aquí a mi colega Pablete lo que le pasó el otro día al Pelucas.

—Pero si ya me lo has contado tú veinte veces. Cada vez que me toca cambio de turno con él, me lo suelta. Ya me da hasta pena el pobre chaval, con lo borde que es y todo. ¿Qué tal va todo, Nico?

—Bien, Pablo, bien, ¿y tú?

—Pues que me largo ya a casa a dormir, aquí os dejo con Tomás. Oye, Nico, ¿a ti no te importaría...?, no sé cómo pedírtelo, ¿...que le dieras mi teléfono o me dieras el suyo si ella quiere, de...?

Algo le pasó a mi dueño, se le aceleró el corazón y pude notar la tensión.

—De la morenita esa de los ojos azules que curra con vosotros. Mercedes, creo que se llama.

—Milagros, se llama Milagros. ¿Y por qué no se lo pides a ella?

—Pues no se lo pide porque es un cansino y la chica huye de él cada vez que se le acerca. Que si te abro la puerta, preciosa; que si necesitas algo, encanto; que qué guapa vienes esta mañana... Y la chica, menudos ovarios tiene, que abre las puertas con una maña que lo flipas y cómo maneja la silla, yo creo que hasta acelera y todo cuando ve a este.

—Ya será para menos, Tomás. Bueno, Nico, amigo, lo dicho. Yo que sé, háblale bien de mí o algo. Joder, que nos hemos criado en el mismo barrio y sabes que no soy mal chaval.

—Bueno, os dejo. Me subo al despacho —dijo Nicolás por toda respuesta.

—Esta tarde tiene turno el Pelucas —insinuó Tomás mientras Nicolás y Cross entraban en el ascensor—. Ya hemos comprado papel higiénico de sobra para tener aquí en la garita por si vuelve la banda del gánster del cuarto de la limpieza.

—Adiós, chicos, sed buenos —se despidió Nicolás mientras se cerraba la puerta del ascensor.

Parece que ya suben Cross y Nico, ya los huelo, pero menuda decepción se va a llevar mi colega el golden retriever cuando vea cómo está el despacho, lleno de paquetes de documentos, y cajas y bolsas de tela con más papeles. Y que por todo esto (imagino que a él también se lo harán) nos tengan que tener atados... Yo alguno sí que lo mordería, pero no creo que sea para tanto. Aquí tiene que haber casi una tonelada de celulosa. Haría falta por lo menos una manada de quinientos perros para dar buena cuenta del botín. Lo que haré es revolcarme por este trocito de suelo para dejar mi perfume y después me pondré panza arriba, a ver si a alguno se le escapa una caricia.

—¡Buenos días, familia! Si ya casi lo habéis colocado todo, a mí aún me duelen los riñones de descargar tanto bulto anoche. Y la cabeza, de escuchar al pelma ese que se vino con nosotros en el coche hasta Embajadores.

—Sí, ya vi que te cayó muy simpático. Y que hicisteis muy buenas migas. Cuéntale a María José y Juanma lo que te regaló.

—Quita, quita, ni me lo recuerdes, que no sabía ni qué cara ponerle. Se lo acepté por el bien de tu empresa y de nuestros puestos de trabajo; no me toques más los huevos, jefe. Además, es casi vecino de tus padres, ya te podría haber hecho el regalito a ti.

—Venga, Nico, cuéntalo —lo animó también Milagros—. Si en el fondo lo pasamos genial anoche.

—De Franco, un puto llavero de Franco. A mí, que mi bisabuela hizo la guerra con Líster y la Pasionaria.

—Pero lo que no sabemos es lo que hizo después con el llavero.

—No lo sabrás tú, Mario, pero seguro que Mila lo vio.

—¿Yo? Yo no vi nada, Nico.

—Irías concentrada conduciendo. Lo tiré por la ventanilla en la glorieta de Carlos V. Que seguro que al Caudillo le haría mucha ilusión estar cerca del emperador.

—Estás como una cabra, amigo —soltó Mario entre risas—. Bueno, ¿y cuál era esa sorpresa que nos darías hoy?

—Ah, sí, lo vais a flipar, chicos. Ato a Cross y os lo enseño.

Ah, dulce cachorro, cómo te revuelcas por el suelo cual cochino en el barro. Menudo cambio le han pegado a la oficina, hacía tiempo que no la veía tan llena de papeles. Vaticino que hoy no nos soltarán. Voy a revolcarme yo un poco también y si me entra sueño me dormiré pensando en el olor a papel viejo y sabroso.

—¡Nicolás! —exclamaron al unísono María José, Milagros y Juan María.

Nicolás había sacado del bolsillo interior de su chaqueta una pistola. La cogió con ambas manos y comenzó a realizar todo tipo de movimientos al más puro estilo cero cero siete. Dio vueltas por la oficina apostándose entre las ventanas, saltando entre los fardos de papel de la Fundación de Familiares de la División Azul, haciendo toda clase de poses a lo CSI, Mentecriminales y todas las series policíacas que se le ocurrieron. Tarareó un popurrí de bandas sonoras de James Bond, Misión imposible y Los hombres de Harrelson, para terminar con unos compases de Apatrullando la ciudad, de Torrente, el brazo tonto de la ley. Todo hubiera sido para troncharse de la risa si no llega a ser porque tres de las cuatro personas presentes estaban más que asustadas al verlo y la cuarta, Mario, se encontraba absolutamente desconcertado. Solamente ante las primeras palabras que Milagros pudo pronunciar Nicolás cesó aquella coreografía, que de momento no había caído demasiado bien entre sus amigos.

—¡Nicolás! ¿Quieres dejar eso ya de una vez, por favor? No sé de qué vas. Yo no le veo la gracia.

—¿Y alguien me va a explicar qué narices pasa? —preguntó Mario más que asombrado.

Nosotros permanecemos tan tranquilos. El hierro que sujetaba Nico no olía a peligro, pero ellos estaban muy nerviosos. No hay quien entienda a estos humanos, ¿verdad, Cross?

Nico, ahí con sus bailes, cantando y riéndose, los otros más nerviosos que las palomas cuando me ven llegar al parque, Mario que no se entera ni de la mitad y aquí Jazz y yo atados como dos presuntos destructores de papel. Y cambiando de tema, ya te podrías echar un poco más para allá, que estás

ocupando mi terreno, jovenzuelo.

—¿Que qué pasa? Pues que el gracioso de Nicolás se está paseando con una pistola por la oficina, y el muy inconsciente encima se ríe —contestó Juan María.

Mario lo miró incrédulo. Conocía a su empleado desde que eran unos niños y había sido en todos estos años testigo de honor de muchas de sus bromas. Sabía también que en circunstancias normales a este le gustaba separar el tiempo dedicado al trabajo del destinado al asueto. Y como mucho, las pocas gracias que Nicolás realizaba en tiempo lectivo las hacía en aras siempre de mejorar el clima del despacho. Jamás una de sus payasadas había transgredido ningún límite que no debiera y nunca estas habrían contribuido a la merma del desarrollo del trabajo.

—¿Es eso cierto, Nicolás?

—Sí —afirmó tranquilamente—. Es la hora del almuerzo y solo quería que os rierais un poco.

—¿Poniendo en riesgo la vida de tus compañeros? —dijo una Milagros decepcionada—. Y ahora no me vengas con que es de fogueo, pues también son peligrosas. O que está descargada, pues las carga el diablo o como cojones diga el refrán ese.

El tono y las formas de Milagros cayeron sobre Nicolás como sendas jarras de agua helada (nunca se lo oía decir un solo taco), y aterrizó entonces en el verdadero presente que lo rodeaba.

—Lo siento, Mila, lo siento, Mario. Perdonadme, chicos, me he dejado llevar por la emoción, pero puedo explicarlo.

—Pues más vale que nos convenzas —respondió aún más malhumorada Milagros.

Nicolás, derrumbado, se sentó en la mesa de las revistas tras apartar algunas. Explicó a sus compañeros que toda aquella pantomima era para contarles que había decidido sacarse la licencia de detective privado, que la pistola era un simple decorado y una réplica que ni siquiera admitía munición. La había comprado por internet ex profeso para aquel teatrillo, y no era mucho más que un juguete muy bien hecho: una réplica exacta, al menos en su exterior, de la Walther PPK.

—Pues menudo susto nos has dado, Nico —dijo Juan María rompiendo el

silencio tras las disculpas de Nicolás.

—A mí todo me parecía muy raro, sé que estás muy loco, pero también me consta que jamás nos pondrías en peligro —añadió Mario en tono conciliador.

—A mí me vais a disculpar, pero me marchó media hora a mi despacho, que aún me tiemblan las piernas —confesó María José.

Milagros mientras tanto miraba fijamente a los ojos de Nicolás, que reposaban sobre el suelo. La experta en análisis de datos inhaló profundamente, exhalando después el aire en forma de una extraña mezcla de suspiro, llanto y risa.

—Disculpa, Mila. No quería asustarte.

—Tranquilo, Nico —le contestó mientras se acercaba a él accionando la palanca de su silla—. Uf, me habías asustado mucho, pensaba que habías perdido la cabeza, no comprendía nada y me extrañaba que fueras capaz de jugar alegremente delante de todos nosotros con una pistola de verdad. Ya se me va pasando algo el susto y no te preocupes —dijo bajando la voz—, que a mí no me tiemblan las piernas —concluyó con la mejor de sus sonrisas a escasos centímetros de Nicolás, el cual sonrió tiernamente.

—Bueno, Mario y yo nos vamos si eso a desayunar, ¿verdad? Luego bajáis vosotros si queréis y comenzamos con el escaneo de todo esto —explicó Juan María mirando los distintos montones de papel distribuidos por la habitación.

Cuando Milagros se acercó a Nicolás este sintió algo parecido al miedo, pero no de ella, sino miedo de sí mismo, terror al fracaso, a haber decepcionado irremediablemente a su amiga. Comenzó a sudarle todo el cuerpo y se puso tan tenso y tan constreñido que ni siquiera escuchó a Juan María, que con la inconsciencia que da la adrenalina no pudo controlar el volumen de su voz mientras le confesaba a Mario al salir por la puerta de la oficina que estaba loco perdido, que era peor que un chiquillo, que aparte de la bromita de la pistola, ¿qué era la historia esa de que se iba a hacer detective? «Este se cree que es como en las series de televisión o en las novelas policíacas; se piensa que le van a dar la licencia en dos días. Loco, está muy loco y cada vez peor. Y mira que yo lo aprecio».

Las apariencias jamás han sido una ciencia exacta. En algunas ocasiones engañan, pero en otras dicen la verdad. Nicolás había sido visto siempre como el gracioso, el guasón o el bufón, en todos aquellos colectivos de los cuales

había sido integrante. La apariencia se convertía en un indicador muy complejo de utilizar para juzgarlo, a no ser que quien lo hiciera lo conociese en profundidad.

Su gran generosidad podría ser el motivo principal que lo llevara en un principio a explorar nuevos territorios en el plano profesional y personal. Quizá no era el mejor momento para aventurarse, y era consciente de ello, pero su gran intuición le decía que sí.

Comenzó a trabajar con dieciséis años como ayudante de repartidor con un tío suyo cargando y descargando cajas de cerveza, al poco tiempo entró en Mercamadrid como descargador de un almacén de venta al por mayor de frutas y verduras. Cuando Mario le ofreció el puesto de comercial en Marioscaneos lo aceptó sin reticencias. Supuso un cambio radical: pasó de ejercer un trabajo rutinario y mecánico a otro que requería múltiples habilidades personales, capacidad de estrategia e improvisación. Estas no eran cualidades que tendría que aprender en ninguna escuela de marketing ni nada parecido, pues las poseía de forma natural. Cada jornada sería distinta desde entonces; cada cliente, también. Sabía adaptarse de modo camaleónico a cualquier situación.

Las crisis siempre habían sido para Nicolás una oportunidad en el sentido más neutro del término. Oportunidad de empeorar, hundirse, estrellarse o, si las circunstancias y el ánimo lo permitían, también podían suponer la oportunidad de propiciar un cambio radicalmente positivo.

Era una persona valiente, pero no temeraria. Su ímpetu era tan fuerte que podía convertir cualquier acción susceptible de ser catalogada de desfachatez en una realidad factible, y todos los que lo conocían bien lo sabían. Juan María se dejó llevar por lo estafalario que había tenido la broma de la pistola, pero sabía que si Nicolás había pensado hacerse detective privado, lo conseguiría.

Poseer un grado universitario en Derecho, Criminología u otras carreras relacionadas con la ley y el orden eran algunos de los requisitos para acceder al permiso concedido por el Ministerio del Interior para poder ejercer esta profesión. Nicolás había dejado los estudios a los dieciséis sin obtener el título de Bachillerato. Con todo esto, la opción más rápida para cumplir su sueño era realizar un curso de dos años de duración, homologado por el Ministerio, para obtener la licencia. Le atraía más la idea de matricularse en

las pruebas de Acceso a la Universidad para mayores de 25 años, estudiar el grado de Criminología y así comenzar a ejercer con una buena base teórica, pero lo apremiaban las ganas y el tiempo. Pensó que el orden de los factores no alteraría sustancialmente el producto y que si obtenía la licencia por la vía rápida, más tarde podría ampliar su formación estudiando una carrera al tiempo que ejercía ya el oficio.

—Estás muy loco, pero sabes que me encanta tu locura —decía Milagros en un tono que denotaba que había pasado página—. Confío en tu capacidad, pero aún más confío en tu ímpetu.

—¿Impe... qué?

—En tu ímpetu, tus ganas, tu energía, que le echas muchos huevos a la vida, vaya.

—Ya es la segunda vez que te oigo decir tacos en lo que llevamos de día. Sí, pondré todo mi empeño, y yo a todo eso que tú me dices lo llamaría cabezonería.

—Además, los planes que me cuentas tienen una gran ventaja: que al menos te tendremos aquí durante dos años más. Pero se me ocurre que podrías hablar con Marijose y que te alquile un rinconcito de la oficina para abrir tu primer despacho. Luego, cuando te hagas un detective famoso y tengas una extensa plantilla bajo tus órdenes, ya tendrás tiempo de buscarte algo más grande.

—Muy graciosa, Mila. Tampoco aspiro a crecer mucho, creo que incluso prefiero trabajar solo. Soy un lobo solitario que quiere recorrer las calles haciendo justicia por doquier. Pero sí, hablaré con ella, aunque aquí ya estamos muy apretados, aunque siempre me puedes hacer un huequecito en tu mesa.

Milagros se reía por el tono «de tebeos» que adoptó Nicolás, pasando en segundos a una risa nerviosa y azorada al imaginarse a su amigo trabajando a escasos centímetros de su piel.

—¿Sabes, Mila? Lo que peor llevaré en ese oficio será el uso de un arma.

—No será por la bronca que te hemos echado con la bromita de la pistola de James Bond.

—Noooo, qué va. Siempre me he considerado pacifista y pacífico. Nunca tendrán las armas la razón.

—Qué profundo —exclamó suavemente Milagros.

—Es una frase de una canción de Barricada. No te he contado una cosa por vergüenza. Busqué algún recinto donde se practicara tiro deportivo, no con la intención de aprender a disparar sino para ver cómo reacciono en un sitio donde se pegan tiros de verdad. Ya he ido dos veces.

—¿Y qué tal?

—Bien, no estuvo mal. La primera vez no pude quedarme más de cinco minutos. Cross se asustó con el ruido de los disparos y me tuve que marchar antes de tiempo. La segunda vez fui sin él; me acompañó Tomás, el portero, que es socio; habló con el presidente por si me apetecía hacer alguna que otra visita más antes de decidirme a tramitar la licencia de armas. Y bueno... no fue tan traumático, al fin y al cabo le disparan a platos, hélices o a una diana de cartón. Me gustaría ir una vez más, pero es complicado coincidir con los turnos de Tomás.

Creo que Nico estaba hablando sobre algo que nos pasó el otro día cuando estuvimos en un sitio horrible. Algo parecido a los cohetes sonaba a cada momento. Lo pasé fatal. Los humanos llevaban en las manos esos cacharros fríos que huelen a miedo y que hacen ese ruido seco y espantoso. No, no quiero volver allí.

—Yo, si quieres, te puedo acompañar, aunque he de confesarte que a mí tampoco me gustan nada las armas ni quienes las utilizan.

—Ya, que me lo digan a mí. Menuda metedura de pata he tenido hoy.

—No lo decía por eso ni por ti. Tú me vas a gus... Tú me vas a caer bien con o sin pistola, pues sé que tipo de persona eres. Y no te preocupes más por lo de antes, que todo ha sido un malentendido. Si llego a saber que eso era un juguete, me hubiera reído y te hubiera seguido el juego. Y quiero que sepas una cosa: estabas muy gracioso y muy atractivo así.

Entrábamos en el portal con un ánimo muy distinto al que habíamos salido minutos antes en dirección a la cafetería. Cuando pasamos a la oficina, Mila y Nico también habían cambiado el chip, aunque creo que los humanos literalmente no lo llevan insertado en el cogote como nosotros, y esto en ellos es un decir, pero que vamos, que tanto a Juanma con Mario en el bar Ana como a estos dos tortolitos, sendas charlas les habían bajado los humos. Quien todavía no había dado señales de vida era María José, ¿seguirían temblándole

las dos patas? Cross estaba allí con cara de aburrido, el pobre. Me ataron a su lado y me dieron ganas de incitarle a la rebelión, pero opté por darle con la patita para que se apartase un poco, pues estaba invadiendo el territorio que antes yo había marcado revolcándome. Anda, por ahí viene María José.

—Hola, chicos, ¿todo bien? —preguntó Nicolás, al tiempo que se le ocurría una de esas ideas espontáneas nada más ver a Juan María, pero prefirió darse unos minutos.

—Sí, todo genial, Nico. Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento de antes. Me dejé llevar y me arrepiento de no haber confiado en ti. No sé cómo se me pudo pasar por la cabeza que estuvieras haciendo el tonto con una pistola de verdad. Que hacer el tonto ya sabemos que es habitual en ti, pero lo otro, no —añadió esto último mientras le daba unos conciliadores toques en los hombros.

Nicolás vio entonces la oportunidad de soltarle a su compañero la idea estrafalaria que se le había ocurrido segundos antes.

—Oye, Juanma, le estaba contando a Mila que he estado un par de veces como visitante en unas prácticas de tiro y quisiera ir una vez más, pero que a Cross le da miedo venir. Por el ruido y todo eso...

¿Por el ruido y todo eso? Es que parece que los humanos estáis todos sordos. Nosotros tenemos un oído bien desarrollado y cualquier ruido se nos multiplica por mil. Además, ¿por qué tenemos que soportar estruendos que no van con nosotros? Jo, qué pesado se está poniendo últimamente Jazz, que sí, que ya me aparto, que solamente quería descansar olfateando tu olor mientras regresabas. A estas generaciones de perrunos no sé qué les pasa. Son buenos chavales, pero quieren empezar a dominar demasiado pronto.

—Pues que había pensado que me podrías acompañar tú.

Juan María se quedó quieto unos segundos sopesando las palabras de Nicolás y otros pocos ponderando la respuesta.

—Eres un cabrón. Al principio no lo pillaba, pero ya sé por dónde vas. En serio, Nico, si necesitas que te acompañe, lo haré, pero que sepas que esos sitios no me van mucho. Y efectivamente, los ruidos de los disparos no me afectarán como a Cross.

—¿Clases de tiro? —preguntaba Mario—. Yo una vez tiré. —Todos se rieron en la oficina, hasta los perros se levantaron—. ¡Quieto, Jazz! Que sí,

que es totalmente en serio. Hay una carabina especial diseñada para ciegos que emite un pitido que se escucha con unos auriculares, y cuanto más te acercas al centro de la diana más agudo es el sonido, y al contrario si te alejas.

—Es cierto, yo lo acompañé y no veáis cómo acertaba el amigo —confesó una ya repuesta María José—. Disfruté como un enano ese día. Yo no, me pasa como a Juanma: me ponen nerviosa los sitios donde hay armas.

—Pues lo llevo claro. Tenemos a dos perros que se asustan con los tiros y vosotros tres que odiáis las armas tanto como yo, y luego está Mario, que donde pone el ojo pone la bala.

Cuando dos seres pasan veinticuatro horas al día, siete días a la semana y prácticamente trescientos sesenta y cinco días al año juntos, y además sin que haya desavenencias entre ambos, ya no estamos hablando de un par o de una pareja. Se trata más bien de una unidad dual. «¿Qué estará haciendo ahora en este momento?» era lo que Mario, y a buen seguro Jazz, se preguntaban cuando estaban separados. El quejido de las chinas de gravilla al ser apisonadas por las ruedas del coche de Nicolás, el olor a hierba mojada y el sonido de algún que otro gorrión fueron pruebas concluyentes para que Mario adivinara que el recinto de prácticas de tiro estaba situado en una zona mínimamente verde. Pensó que tanto a Cross como a Jazz les encantaría estar por allí corriendo, pero un sonido seco que se repetía constantemente hizo que Mario cambiara rápidamente de opinión.

—Eso son tiros, claro.

—Sí, cuando vine con Cross ya desde el coche estaba con la mosca detrás de la oreja. Al bajar metió el rabo entre las piernas y quería irse campo a través. Logré convencerlo para entrar a base de sobornos con galletas, pero una vez dentro aguantó apenas unos minutos.

—Bueno, yo prometo portarme bien, Nico, pero me tendrás que sobornar también.

—Lo siento mucho, me he dejado las galletas de perro en la oficina.

—Con un par de cañas servirá. Porque imagino que aquí sirven alcohol a los que no disparamos, ¿no?

—Y creo que incluso a los que disparan también. Por allí hay un pabellón que tiene un restaurante con varios salones —explicó Nicolás señalando con el brazo de Mario—. Se pueden celebrar todo tipo de eventos.

—¿Todo tipo?

—Sí, también hacen campeonatos de tiro a nivel estatal.

—Bueno, eso sí, pero ni yo que soy más neutral que tú veo muy normal que se celebren aquí bodas, bautizos y comuniones. ¡Traiga a sus pequeños para ver cómo sus papás pegan los primeros disparos de la temporada!

—¿Qué quieres decir con eso de neutral? Imagino que te referirás a tu pasotismo con las guerras, la OTAN y esas cosas que tenéis las gentes modernas de centro.

—Quien te oiga... Yo odio las guerras tanto como tú, pero veo necesaria una fuerza militar que defienda los valores democráticos occidentales y además, yo nunca te he dicho que sea de centro.

—Eso último es cierto, pues empiezo a sospechar que eres de derechas —dijo Nico zarandeando amistosamente a Mario—. Por eso tendré que aprender a disparar, por si vienen algún día a por mí tus amigos de la OTAN.

—Vale, señor Gandhi, ¿entonces te parece buena idea que comencemos por la cafetería?

—Me parece perfecto, mister Solana. ¡Dos bien frescas, una de ellas sin alcohol! —pidió Nicolás a un camarero con pinta de figurante en Las brujas de Zugarramurdi.

—No, yo prefiero un vino tinto, que no esté frío. ¿Y cómo es el personal que viene por aquí? —susurró Mario.

Si en algo se diferenciaba la demografía de aquel lugar con el resto de cafeterías era precisamente en que este tenía una pluralidad muy bien equilibrada. En los bares de la capital siempre había, pese a su variedad, algún grupo social que ganaba, aunque fuera por mayoría simple, al resto. Si se trataba de un bar de jubilados, tampoco era extraño encontrarse un padre con su hija, una madre con dos bebés gemelos, un estudiante solitario o una pareja de emos blanquecinos y tristes por no haber estado lo suficientemente deprimidos aquel día. Igual pasaba en los bares punkis, donde podrías encontrar a un abuelo de setenta años tan enganchado al chinchón como lo estaban otros parroquianos al speed, pero con la seguridad de que allí este no

sería juzgado por sus coetáneos.

En la cafetería del Club de Tiro estaban tomando té un joven matrimonio sin hijos con pinta de programadores y un grupo de unas tres familias tradicionales y tradicionalistas, con un par de niños cada una, se tomaban su primer vermut del día; después pasarían a comer al restaurante y se sentarían cada uno con sus respectivas familias, ya en la sobremesa se segregarían por sexos y edades. Los niños irían al parque a jugar a la guerra mientras escuchan de fondo los disparos de sus padres, imaginando que están salvando a los Estados Unidos, y por extensión a todo el mundo democrático, de la invasión Charly, como bien aprendieron en las películas de papá. Las mujeres tomarían café o té, al tiempo que despellejan a los maridos mientras piensan en sus amantes entre sorbo y sorbo. Ellos, los machos alfa, reunidos en manada de primates con pene, hablarían de su última adquisición de juegos para la PlayStation, el nuevo sistema de sonido para el equipo de música del Audi que aún no han terminado de pagar y si hay suficiente confianza entre ellos y además se tercia, se charlará sobre putas, fútbol y de lo contentas que están sus mujeres con los regalos que les hacen y los viajes que realizan con ellas mientras las abuelas disfrutan de los nietos.

Un grupo de veinteañeras con pinta de deportistas eran las más discretas, serias y las que más profundamente parecían vivir la pasión por el tiro deportivo. Chicas federadas que hablaban de fechas, campeonatos, marcas de armas, técnicas y pistas de tiro. Nicolás, al verlas, pensó de nuevo que «nunca tendrán las armas la razón» y añadió que, tras conocerlas, perfectamente se podría decir que salvo «si se les da el uso que estas mujeres les otorgaban».

Había también un joven de unos treinta años con pinta de embrutecido. No se sabía si había dejado la ESO, o la ESO le había dejado a él. Tenía la cabeza rapada y vestía ropa de camuflaje. En los escasos momentos en que levantaba la vista del móvil lo hacía para mirar con desprecio a Mario y a Nicolás. Este ya le había descrito a su amigo la flora y fauna del lugar con todo detalle, excepto que el tipo de la ropa de camuflaje los estaba observando y parecía estar hablando por whatsapp con alguien al mismo tiempo.

—Bueno, Mario, nos tomamos la última y nos vamos.

—¿Ya te has mimetizado con el mundo de las armas? Si quieres, nos

tomamos otra a ver si terminas de integrarte. Pensaba que pasaríamos a las pistas de tiro.

—Era una toma de contacto. A las pistas no puedes pasar si no eres socio. Yo pasé el otro día un rato porque iba con Tomás, el portero. El tema de la licencia y todo eso va muy lento, tengo que informarme mejor, pero por lo menos tardarán los trámites y las pruebas casi un año. Y si no me saca la licencia de armas tampoco pasa nada; no es obligatorio para ser detective.

—Vaya con mister Gandhi.

—Pero para «mimetizarme» ya tengo mi Walther PPK.

—Lo que daría por verte en tu casa jugando con tu pistolita de juguete. ¿Recuerdas cuando jugábamos al Equipo A? Yo siempre hacía de Fénix, con lo mal que me cae ahora ese personaje tan pedante.

—¿Cómo? Ah, sí, claro, tú siempre hacías del guaperas y a mí me tocaba el papel del loco, el de la gorra. Qué tiempos.

—Te noto como ido.

—Pago esto y te explico.

El sol del mediodía les bañaba todo el cuerpo con su potente luminosidad. Aún hacía fresco en el aparcamiento pero el calor del astro propiciaba una sensación lo suficientemente agradable como para que ambos continuaran la charla fuera del coche.

—Estaba pensando dos cosas a la vez, pero que sepas que te escuchaba, amigo Fénix —se burló Nico con tono infantil—. Había un tío algo siniestro a la par que bobalicón que no paraba de mirarnos en la cafetería, aunque a lo mejor son cosas mías. Y por otro lado, estaba pensando en pedirte prestado el DVD grabador ese que no utilizas.

—OK, Murdock. Cuenta con el DVD. Imagino que lo querrás para alguna de tus misiones.

—Sí, sí, es por... un motivo de trabajo —expresó Nicolás disimulando pésimamente.

—Y respecto de lo otro, creo que ya te estás metiendo tanto en tu papel de futuro detective que ves cosas raras. Igual es algún agente secreto que nos persigue para robarnos el microchip de una nueva arma de destrucción masiva. Tomaremos precauciones al volver a casa, quizá nos hayan microfonado el coche o nuestros pisos.

—Anda, si tiene sentido del humor el jefe y todo. A mí, mientras no me microfoneen el culo, por lo demás no tengo nada que perder. Venga, vámonos.

De nuevo las chinas de la gravilla pedían auxilio desesperadamente bajo las ruedas del coche. La mayoría eran aplastadas y las más afortunadas salían disparadas como perdigones al pillarlas de refilón con los neumáticos.

En el camino que unía el aparcamiento con la carretera un utilitario con el capó levantado dificultaba el paso.

—La gente de armas es muy prudente, por lo que veo —apuntó Nicolás—. Hay un coche aquí averiado y el hombre ha puesto el triángulo de advertencia y todo, si por este camino pasan cuatro gatos... —Y, tras bajar la ventanilla del copiloto preguntó—: ¿Necesita ayuda?

El hombre que se afanaba con el motor contestó que no sabía lo que le ocurría al vehículo, que lo más probable fuera que la batería se hubiera descargado. Dijo todo esto sin levantar la cara del amasijo de tubos, cables, circuitos y componentes que olían a grasa y gasolina.

—No se preocupe, jefe, que yo llevo unas pinzas y ahora lo arrancamos. ¿Te bajas, Mario?

—Claro.

Cuando Nicolás se introdujo en el maletero de su coche para buscar unas pinzas que a buen seguro estarían poco o nada accesibles, como suelen estarlo los objetos que nunca o casi nunca se utilizan, no pudo oír los pasos de cuatro hombres que se acercaban hacia ellos. Mario sí se percató, pero no supo qué decir.

—Bueno, aquí están, ya las tengo, el cable se encuentra algo enmadejado pero servirán —decía un Nicolás fatigoso desde el interior del maletero.

Mario notó una pequeña punzada en el cuello y de inmediato se llevó la mano ahí pensando que se trataba de la picadura de algún insecto campestre, pero lo que sus dedos descubrieron fue algo mucho peor: el filo de una navaja cuya punta presionaba levemente su fina piel. Tragó saliva en silencio.

—Ni se te ocurra moverte hasta que yo te lo diga.

Nicolás se dio la vuelta con prudencia y vio la escena: tres hombres que lo miraban fijamente y un cuarto que apuntaba con un arma blanca a su amigo. Se sintió algo ridículo con los cables y las pinzas en la mano. Barajó rápidamente las posibilidades: usarlas como arma, atacar con los puños o pedir alguna

explicación, pero de inmediato se dio cuenta de que no estaba precisamente en una posición ventajosa, y se limitó a preguntar qué querían.

—Buena pregunta, para ser un maricón de mierda no debes de ser tonto del todo, pero aquí las preguntas las hacemos nosotros —declaró el individuo de la navaja.

Tan solo en ese momento Nicolás se percató de que este era el tipo que los estaba observando en la cafetería del Club de Tiro.

—Ahora nos vais a explicar qué coño hacíais ahí dentro sin entrar a pegar un solo tiro. ¿Buscáis a alguien? ¿O es que habéis tenido la desfachatez de venir aquí a ojear el sitio para celebrar una de esas bodas de maricones?

Mientras hablaba el que parecía ser el lidercillo, los demás asentían con la cabeza, rompiendo solamente el silencio con pueriles risotadas cuando este profería algún insulto.

—Discúlpeme, caballero, pero no entiendo nada de lo que nos está preguntando —hablaba Mario con tono conciliador—. Mi amigo y yo hemos venido simplemente a conocer el recinto. Él quiere aprender a tirar pero no tiene licencia. Así de sencillo. Ni somos gais, ni buscamos a nadie, ni mucho menos vamos a celebrar ninguna boda de ningún tipo.

—¿Gais? Se dice ma-ri-co-nes —dijo el de la navaja silabeando—. Entonces, si sois tan machitos, ¿por qué cojones vais agarraditos hasta para ir al servicio?

A Mario y Nicolás les dieron ganas de reír a carcajadas ante la torpeza de aquel personaje, pero obviamente no estaba el horno para bollos. A Nicolás le había dado tiempo de observar en estos segundos que los cuatro tenían una estética nazi acorde con sus preguntas: pelo rapado, ropa militar y el líder llevaba una esvástica a modo de espuela en una de las botas. «Se la habrá puesto al salir de la cafetería», pensó.

—Discúlpeme, caballeros, es normal que no se hayan percatado con las gafas de sol, pues...

—Otra costumbre de maricón, gafas de sol en un bar.

—¿A mi amigo no se le nota que es ciego total? Esa es la razón por la que va agarrado a mí por los sitios que no conoce. —«Llevar gafas de sol en interiores es más bien de cateto fascista», pensó Nicolás sin atreverse a decirlo.

—Tato, ¿puedo decir una cosa? —preguntó uno de los integrantes del cuarteto con tono sumiso.

—¿Qué pasa ahora? —contestó con tono de reproche, probablemente por haber revelado su nombre o mote—. Escupe.

—Que como bien hemos aprendido, la ONCE la creó el Caudillo y este señor es ciego. Franco quería mucho a los ciegos y hubo bastantes en el «Movimiento». Algunos de ellos eran heridos de nuestra cruzada contra los rojos o en la División Azul.

—Vale, ¿alguna gilipollez más? —contestó el Tato con desprecio a su camarada—. ¿Y qué me dices de Hitler, que los exterminaba? Soy franquista como buen español, pero no solo pienso con el corazón. El nacionalsocialismo es mi guía y quiero un mundo limpio de lisiados, tarados, desviados y de gente que no nos sirva para la gran nación que vamos a construir.

—Por cierto, camaradas, ¿y Mussolini qué pensaba de todo esto de los ciegos? —preguntó uno de ellos que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra.

—¡Ya está bien! ¿Qué es esto, un simposio de la desfachatez y de la ignorancia? —exclamó Mario con toda rotundidad dejando a todos boquiabiertos—. ¡Vámonos de aquí! ¡Se me acabó la paciencia!

—Mira, niñato, ahora por listo vas a ponerte de rodillas y vas a besar esta cruz tan bonita que llevo en la bota.

—No lo pienso hacer —decía Mario en tono neutro—. Y supongo que te refieres a una esvástica, símbolo incoherente donde los haya en cuanto a su utilización desvirtuada por parte de los nazis.

—¿Te crees que eres la Wikipedia, Sheldon Cooper? He dicho que la beses y lo harás —dijo el Tato haciendo un gesto a dos de sus hombres, que sujetaron a Mario y lo pusieron de rodillas.

El Tato le quitó del rostro las gafas de sol y las arrojó con fuerza contra la gravilla del camino. Los ojos blanquecinos de Mario perdieron así su anonimato. Volvió a ponerle la punta de la navaja esta vez en el extremo derecho de la frente.

—Si no lo haces, dibujaré con mi navaja una esvástica que llevarás de recuerdo en la jeta para toda tu puta vida.

Mario asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

5

¿Dónde está la salvación?

Cuando en alguien la mediocridad confluye con la crueldad, la mezcla provoca siempre acciones nefastas. La diferencia, por lo general, estriba en el número de personas que se ven afectadas por ello. Un mediocre cruel puede importunar durante unos minutos a un semejante o a varios, convertirse en un asesino en serie o provocar un holocausto. El mediocre cruel se siente superior cuando las circunstancias, aunque estas sean perversas, se ponen de su lado. Estos casos vienen a dar como resultado una total indefensión de la víctima, que eleva la inferioridad del mediocre a un nivel superior, ante la oportunidad de realizar amplias acciones con escasos medios intelectuales. Para colmo, esto estimulará exponencialmente su otro cincuenta por ciento nocivo, que no es más que la capacidad de ser cruel con los demás.

Mario comenzó a sentir el escozor que le producía su propio sudor al entrar en la herida que la punta de la navaja comenzaba a hacerle en la frente.

—Tato, vamos a dejar que se marchen, que ya ha quedado todo claro. ¿No ves que son dos pringaos que ni son maricas ni nada? Debemos actuar con más cabeza y no meternos en líos a lo tonto —dijo el más joven de los cuatro, que era el único que no había entrado en acción tras sujetar los otros dos a Mario.

—A ti nadie te ha pedido opinión, y si vuelves a decir mi nombre, la cruz gamada te la hago a ti en el culo, imbécil.

El joven, azorado y ofendido por el cabecilla, se retiró unos dos metros hacia el borde del camino, haciendo un ruido exagerado cuando sus botas

restregaban la gravilla. Se colocó de espaldas a todos mientras observaba los pinos que había en el lateral del camino como un niño que se enfada con su padre por no dejarlo intervenir en la conversación de los mayores.

—Pero ¿qué coño haces? Ven para acá, que vas a llamar la atención —le soltó el Tato en tono paternal.

Nicolás, aprovechando que estaban todos más pendientes del berrinche de su camarada que de ellos, introdujo la mano en el maletero de su coche cuidadosamente. Sintió un frío metálico en la yema de los dedos. Allí estaba lo que buscaba, un objeto que se movió con tan solo rozarlo. Pensó en Mario y en cómo él siempre lo encontraba todo utilizando el tacto. Haciendo pinza con el pulgar y el índice de la mano izquierda logró hacerse con él.

—Dejadme en paz, que no quiero saber nada de este lío, ya podréis los tres con un minusválido y con el acojonado de su amigo. Yo, si me meto en un fregao, es para que merezca la pena —volvió a hablar el chico sin quitar la vista de los árboles.

—¡Ya está bien de gilipolleces! ¡Las manos bien arriba y donde yo las vea! ¡Tú! ¡Tira ahora mismo esa navaja al otro lado del camino! ¡Soy capitán de la Policía Nacional! —gritaba un convincente Nicolás ante la perplejidad de todos, pero sobre todo ante la de Mario.

El gerente de Marioscaneos notó cómo cesaba por fin la suave pero molesta punzada de la navaja del Tato.

—Dadme uno a uno vuestros DNI y sin hacer tonterías, que mi pipa tiene el gatillo muy flojo —continuó gritando Nicolás con la réplica de la PPK en mano.

—Mi capitán, por favor, nosotros no queremos meternos en ningún lío —suplicó el Tato—. Apoyamos a las fuerzas del orden y sobre todo a la Policía Nacional... Nos identificaremos si usted lo desea, pero le ruego que no nos denuncie. Tan solo somos cuatro patriotas que aspiramos a hacer de España un país mejor. Una nación que se sienta orgullosa de serlo, que tenga trabajo para todos y en la que nuestros hijos puedan nacer y vivir de forma segura. Al fin y al cabo, mi capitán, salvando las distancias y poniéndome a los pies del Cuerpo Nacional de Policía, estamos todos los patriotas en el mismo barco. Si llegamos a saber que usted pertenece a esa institución tan amada por nosotros cuatro, junto al Instituto Armado de la Guardia Civil y los tres ejércitos, nada

de esto habría pasado. Ruego que perdone nuestra torpeza, sobre todo la mía. Y usted, caballero —continuó, ahora dirigiéndose a Mario—, no piense que de verdad quería hacerle eso. Reconozco que era una bravuconada y que ya nos íbamos a marchar. Le suplico que me perdone, señor, las palabras que le he dicho. Imagino que si usted es amigo del capitán también será un buen patriota. Mis camaradas y yo nos ponemos a su disposición. Y para que usted lo sepa, dado que por su minusvalía no puede verlo, en este momento con toda la humildad de la que soy capaz le estoy haciendo el saludo militar.

—Muy bien, Tato, me parece muy bien tu cutre discurso patriótico, pero yo soy un profesional condecorado del orden y la ley y vosotros de momento sois unos patéticos aspirantes a justicieros, ¿entiendes? —exclamó Nicolás bien metido en su papel, mientras Mario se levantaba con esfuerzo del suelo.

—Sí, mi capitán, a sus órdenes —contestó haciéndole también el saludo castrense—. Y vosotros, vamos, haced lo mismo con el capitán y su amigo —solicitó el Tato con voz temblorosa a sus tres camaradas.

—Vale vale, no es necesaria tanta pantomima. Dadme vuestros carnés que al menos quiero saber quién cojones sois y dejaré correr el agua, ni siquiera informaré a mi departamento.

Las emociones de Mario eran ya una mezcla explosiva de distintos gases que iban llenando una bombona a punto de estallar. Primero, el gas de la rabia, que había aparecido abundante y caudaloso ante el maltrato psicológico con los insultos que le habían proferido por su condición de persona con capacidades distintas; después vendría el gas del miedo, que hizo presencia en menos cantidad, pero de modo convulso, ante la amenaza de ser gravemente herido; y más tarde llegó el gas del desconcierto a toda presión sin tener ya más escape que el de reventar el continente.

Mario estaba a punto de estallar con un ataque de risa o de histeria. Tras hacer Nicolás fotografías con el móvil a los cuatro documentos de identidad de los individuos les ordenó que se metieran en el coche y que se marcharan. Entraron en el vehículo con ademán sumiso y continuando con todo tipo de parabienes a los agentes y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Cuando el Tato arrancó el motor bajó la ventanilla y se dirigió a Mario.

—Si algún día necesita algo de mí, cuente con ello, caballero. El capitán tiene mis datos. Estoy a su disposición. ¡Viva España!

—Dudo mucho que alguien como yo necesite algo de una persona como usted —contestó Mario con todo el desprecio que pudo, preocupando profundamente a Nicolás por si mandaba al traste su estratagema—, pero le voy a hacer un par de aclaraciones: la cruz gamada, o mejor dicho, las cruces gamadas, son unos símbolos de procedencia hindú usados desde hace miles de años por muchas culturas, algunas de ellas odiadas por gentes de su calaña. Usted me puso la navaja en la cara con la intención de dibujarme una esvástica sangrienta. Me clavó la punta en la parte derecha de la frente, con lo cual es deducible que pensaba comenzar a dibujar hacia mi izquierda, con lo que el aspa superior de lo que usted llama esvástica apuntaría a la izquierda y la inferior, a la derecha, visto desde una perspectiva frontal, que es como se analizan los símbolos. Todo muy simbólico, demasiado semiótico, que diría Umberto Eco, alguien a quien a buen seguro usted no ha leído ni leerá en su puñetera vida. Esta cruz gamada que usted quería perpetuar en mi rostro apunta, como le digo, con el aspa superior hacia la izquierda. Los hindúes veneran las partes superiores de todo objeto y símbolo e incluso del cuerpo humano, pues la cabeza está más cerca del cielo, y por otro lado, desprecian las partes inferiores como son los pies. Su cruz, señor Tato —lo mencionaba con tono de maestro de Primaria dirigiéndose a un alumno díscolo—, sublimaría la izquierda y despreciaría la derecha. Le repito que la cruz gamada es un símbolo de procedencia hindú y cuando se representa como usted quería hacerlo no se denomina esvástica sino sauvástica. Y otra cosa más, señor Tato, yo no soy ningún minusválido, esto va también para su joven amigo o camarada, como dicen ustedes —señalando el asiento trasero donde sorprendentemente se encontraba el muchacho, el cual agachó la mirada ante el aplomo y la seguridad de Mario—. Soy una persona con capacidades distintas y, dicho sea de paso, les diré sin modestia alguna que con altas capacidades funcionales e intelectuales. Quienes son minusválidos, es decir menos válidos, son ustedes cuatro.

En este punto Nicolás daba ya por perdido todo el trabajo realizado anteriormente y comenzó a marcar el número de la policía, de la verdadera, pero los nazis arrancaron el coche poniendo los pies en polvorosa, tragando saliva y orgullo a borbotones.

—¡Mario, Mario, Mario! ¡Has estado a punto de cagarla! Si ya estaban con

las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Con la charla que les has pegao veía que o estaban a punto de echarse a llorar como colegiales o, por el contrario, les iba a dar el venazo de sacar las navajas, los bates y los puños americanos para hostiarnos.

—¿Hostiarnos? ¿A nosotros, que tenemos una PPK igualita que la de Harry el Sucio? Ven poco cine estos nazis de ahora. Les pasa como a Juanma, a Mila y a Marijose —decía Mario con una sonrisa sarcástica en su rostro aún palidecido—. De todas maneras, Nico, te reconozco que me he acojonado con lo de la cruz gamada. Si no llega a ser por ti, estaríamos ahora camino del hospital como mínimo. Me has salvado literalmente el pellejo. Gracias, amigo, ya no veía la salida.

—Normal que no la vieras. Y hablando de cine, acuérdate de prestarme el DVD grabador. Y vámonos, que no respondo de la capacidad de retención de mis intestinos.

Nicolás y Mario pararon de camino a la oficina a tomarse un par de tilas, infusiones que nunca habían probado y si acaso habían oído hablar de ellas era a sus abuelas o en alguna frase hecha.

—Pero si esto huele a los porros de polen que fumaban los chicos de mi barrio cuando yo era más joven.

—Qué va, ni se parece.

—Tú qué sabrás a qué huele el polen, y no me refiero al de las flores del jardín privado del patio que hay entre la garita de los porteros y el portal en la casa de Santa María de la Cabeza de tus papás. Hablo del polen marroquí, de un olor suave parecido a esto.

—A ver si te piensas que solamente se fuman canutos en Vallecas. Además, me importa un carajo a lo que huelo esto. Vamos a tomárnoslo a ver si dejan de temblarnos las piernas. Que ya verás como Marijose me lo nota.

—¿Marijose? Más temo yo a Cross y a Jazz. A esos no hay Dios que les oculte nada.

Le hubiera sobrado a María José la licenciatura en Psicología y el máster en

Solución de Conflictos en la Pareja a través de la Terapia Recíproca para darse cuenta de que algo pasaba. Mario ni siquiera con la tila pudo relajarse para advertir de que se le había escapado un detalle esencial.

—Buenas, cariño, ¿qué tal se ha portado Jazz?

—¿Y tus gafas? —espetó María José a bocajarro.

«Tiradas en un camino de gravilla de un club de tiro de las afueras de Madrid por un neonazi que intentó herirme», pensó Mario. Calculó el escaso tiempo que tenía para contestar e intentó ganar algo diciendo vaguedades de un modo temeroso. Tenía miedo, claro está, a la profesión de su mujer, pese a que ella le solía decir: «Mario, cariño, que soy psicóloga, no adivina».

—Ah, sí, las gafas. Cuando te lo cuente ni te lo vas a creer. Ay, las gafas. ¡Hola, Jazz!

Allí pasaba algo, el corazón de Mario latía a mil por hora y físicamente yo lo veía raro. Ah, claro, no lleva ese adorno que se pone, las gafas. Y no tiene pinta la cosa de que se vaya a dormir o a duchar. Y a Marijose también la noto rara. Su corazón está menos acelerado que el de Mario, pero está en guardia. Esto no me gusta, creo que me voy a tumbar bajo la mesa, que yo no quiero líos.

—Bueno, pues cuéntamelo y ya veremos si me lo creo o no —decía María José de modo pausado.

—Pues mira, que resulta que me agaché para atarme los cordones y no las llevaría muy bien ajustadas y se cayeron.

—Ya. Pues yo he visto como se te caen muchas veces estando de pie y salvo una vez que se rayó uno de los cristales, siempre han salido indemnes. Y digo yo que al estar agachado la distancia del suelo es menor y por tanto el impacto... también lo sería.

—Sí, claro, pero es que no me has dejado que termine. Ni me enteré de que se me habían caído y como fue en el aparcamiento del Club de Tiro, cuando me di cuenta ya las había aplastado un coche. Las tuvo que coger Nico y tirarlas a una papelera para que nadie se accidentara, que allí van niños y todo. ¿Sabes? Celebran comuniones y hasta bautizos —contestaba Mario pésimamente disimulando.

—Ah, muy interesante lo de las celebraciones, casi tan interesante como que el metódico Mario se ate los cordones de los zapatos en un aparcamiento.

Por cierto, todo un detalle, el de Nico, por retirar unas gafas de sol hechas añicos, desde luego que es de buena educación no dejar residuos en el suelo, pero Mario, que las gafas ya no son de vidrio, al menos las tuyas no lo eran, ningún niño se iba a lastimar, te lo aseguro. Vamos a vuestra oficina a ver a los chicos, que ya he terminado por hoy.

Cuando María José se levantó y se puso a la altura de su marido pudo ver un pequeño arañazo que tenía en la parte derecha de la frente. No quiso hacer más preguntas. Lo atribuyó a algún raspón provocado por la rama de un árbol o algo similar, a buen seguro relacionado con la historia de la desaparición de las gafas de sol. Tenía dos certezas: una, que Mario no le decía la verdad, y la otra, que acabaría diciéndosela sin tener que pedírselo.

—O sea, que nos estás diciendo que habéis ido a conocer más en profundidad el mundo de los clubes de tiro y no habéis salido del bar. Sois incorregibles —se reía Juan María.

Al entrar Mario en su oficina, Nicolás cayó en la cuenta de que a él también se le había escapado un detalle. Milagros y Juan María lo notaron de inmediato pero no dijeron nada por prudencia. Los siete formaron una especie de corro alrededor de la mesa de Milagros, como solían hacer en determinados descansos o cuando terminaban el trabajo.

—¿Y a ti qué te ha parecido el lugar, Mario? —le preguntó Milagros mientras este acercaba una silla.

—Un sitio curioso, va todo tipo de gente —contestó mientras se decía a sí mismo: «Y tanto que va todo tipo de gente»—. Digamos que no existe un estereotipo de tirador deportivo o de persona aficionada a las armas. No sé si aquí nuestro detective privado opinará lo mismo.

—Sí, había buen ambiente en la cafetería. Además, ya he tomado una decisión —revelaba Nicolás—. Aunque no descarto que si algún día llevo a ejercer de detective lleve un arma, de momento me voy a centrar en sacarme la licencia profesional, en estudiar a tope y lo de la pipa, ya veremos. Y mientras tanto puedo ir ahorrando para tener algo de pasta y poder abrir mi agencia.

—En un principio podrías instalarte en Marioscaneos si al señor Mario no le importa —propuso María José—. Así te tendremos cerca y estos dos cachorritos podrán seguir siendo amigos —continuó mientras acariciaba sendas cabezas de Jazz y Cross.

—Por mi parte no habría problema —contestó Mario—. Todo lo contrario, pienso que sería bueno en lo personal y en lo laboral. Un proyecto nutriría al otro. Nosotros tenemos clientes de todo tipo a los que les pueden venir muy bien tus futuros servicios, y seguro que al contrario también.

—¡Es una idea genial! —exclamó Milagros—. Desde la Fundación de Familiares de Excombatientes de la División Azul al Ayuntamiento de Madrid, empresas de todo tipo son susceptibles de necesitar los servicios de un detective privado.

—Además, si estos clientes quedan traumatizados por los resultados de Nicolás García Holmes Requena, podrán contar también con las terapias de Marijose —añadió Mario.

—No me hagas hablar, jefe, que más de un cliente tuyo habría necesitado terapia para poder superar determinados traumas tras pasar por esta nuestra noble empresa. ¿Te acuerdas del señor del Opus Dei?

—Ni me lo recuerdes —contestó Mario—. Desde aquel día decidimos contratar a Mila.

—Eso no me lo habéis contado. Cuenta, porfa, porfa —pidió Milagros mirando con carita de niña buena a Nicolás.

—Pues que nos trajo una clienta un libro de sexualidad que había escrito su abuela o bisabuela, no lo recuerdo bien. Era de los años veinte. Transgresor a más no poder, incluso ahora lo sería. El título era más o menos: El derecho al orgasmo femenino. El final del patriarcado en las relaciones sexuales. Era una publicación hecha por un ateneo anarquista catalán y reivindicaba lo del título y mucho más. Hablaba de masturbación femenina, de la cosificación que ejercía el hombre ante el cuerpo de la mujer en las relaciones maritales, y tenía un capítulo dedicado a dar pautas de cómo una mujer se podría autosatisfacer con o sin el marido delante y de cómo este debería actuar para conseguir una equidad en el coito. Recuerdo que uno de los capítulos se titulaba «Contra el mito de la penetración». El libro era la caña.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver aquí un señor del Opus? —preguntó Milagros encogiéndose de hombros.

—Pues tiene todo que ver —explicó Nicolás mientras Mario se sonrojaba—. Aquel señor nos trajo otro libro titulado: Pautas para el equilibrio de la familia cristiana a través del reparto de responsabilidades divididas por

posición jerárquica y sexos en el seno de la misma. Vamos... un encanto de libro.

—¿Y también lo había escrito la abuela de ese señor?

—No, lo había escrito él mismo en los años ochenta. No lo publicó, pero imprimió artesanalmente cuatro o cinco ejemplares en el taller de un encuadernador. Y como estos ejemplares ya se iban deteriorando, quería una copia digital —explicó Nico a punto de estallar en un ataque de risa.

—Bueno, yo me voy al servicio, que desde que hemos llegado... ni me habéis dado tiempo a ir —confesaba Mario azorado—. Y tú sigue contándole a Mila la batallita del Opus y el anarquismo sexual.

Pero ¿qué le pasa hoy al hombre este? Ahora le suda todo el cuerpo, me tiene desconcertado. Bueno, aprovechando que se marcha solo al servicio, voy a darle un poquito con la pezuña a Cross.

—Pues lo que ocurrió es que como todos éramos novatos en esto, andábamos con mucho jaleo, demasiados pedidos y no teníamos las fichas ordenadas adecuadamente. Un día que yo estaba visitando a unos clientes y que Juanma había ido no sé adónde...

—A la Asamblea de Madrid a traerme unos tochos de las primeras actas de constitución para su escaneo.

—Buena memoria, compañero. En fin, que se presentó sin avisar el señor del Opus a pagar nuestros servicios y como el hombre recelaba de que alguna conspiración «judeomasonicomunistoide» le pudiera robar su obra del e-mail, nos exigió la entrega en una llave USB.

—¿Y qué pasó? —preguntó Milagros impaciente.

—Pues que el santo varón se llevó el tratado de sexualidad en la misma llave que guardaba las obras completas de san Ignacio de Loyola, no sabemos si lo llevaría a bendecir tras formatearlo, lo que sí supimos es que estuvo a punto de denunciarnos. Menos mal que lo convencimos para que no lo hiciese. No hubiera estado demasiado bien visto que una organización tan misericorde denunciara a un ciego por cometer ese tipo de errores. Son ya las dos y media, ¿es que no tenéis casa? Propongo pedir una pizza —concluyó Nicolás mientras todos se tronchaban de la risa, sobre todo Milagros.

El fantasma del suceso del Club de Tiro parecía haber desaparecido momentáneamente de la mente de Nicolás; no tanto en la de Mario, que tenía

una conversación pendiente con su mujer.

—Nosotros no podemos —decía Mario—. Mi madre ha ido a recoger a Toni al colegio y después vamos a comer allí todos juntos. Para quieto, Jazz, deja en paz a Cross, que no quiere jugar.

—¿Y si bajamos al Ana a comer nosotros tres? —preguntaba Milagros—. Esta mañana he visto que hay tiramisú casero de postre en el menú, Juanma.

¡Bravo, cachorro! Que si estos se lo están pasando pipa con las risas, nosotros también tenemos derecho. ¡Toma empujón!

—Vale, le mando un whatsapp a mi madre y bajamos —dijo el experto en tratamiento de textos en tono jovial ante la posibilidad de almorzar su postre favorito.

Pues ya están tardando hoy en darnos la comida a nosotros. A estas horas solemos estar llegando a nuestras respectivas casas, en autobús, en metro o en coche, relamiéndonos pensando en nuestro pienso. ¡Vaya! Ahora suena el teléfono, pero si no son horas de estar trabajando. Si esto se prolonga mucho, me zampo una revista o lo que pille. Mira Cross qué potra tiene, que ya se lo llevan.

—Marioscaneos, le atiende Mario, ¿dígame? No, no está, hace un minuto que ha bajado a comer. ¿Quiere que le deje algún recado? Sí, claro, no hay ningún problema, le puedo dar su móvil. Pero ¿le importaría decirme quién es? Vale, apunte.

Y ahora ¿qué le pasa a Mario? Si ya vino nervioso antes de la calle, ahora el corazón se le sale del pecho, le tiembla hasta la voz. Espero que no se complique, que por aquí ya va habiendo más hambre de la cuenta.

—¿Qué pasa, Mario? Estás pálido, ¿te encuentras bien?

—Era la policía preguntando por Nicolás.

—Bueno, ¿y qué? Recuerda que estos días ha estado informándose sobre la licencia de Detective Privado y de Armas.

—Lo de la licencia de Detective lo lleva el Ministerio del Interior, y la de Armas, la Guardia Civil. Era un comisario de la Policía Nacional.

«¡Ya está bien de gilipolceces! ¡Las manos bien arriba y donde yo las vea! ¡Tú! ¡Tira ahora mismo esa navaja al otro lado del camino!

»¡Soy capitán de la Policía Nacional!

»¡Soy capitán de la Policía Nacional!

»¡Soy capitán de la Policía Nacional!

»¡Soy capitán de la Policía Nacional!».

Esta frase le martilleaba a Mario en la cabeza. Él y Nicolás se habrían metido probablemente en un buen lío y todo por intentar salir indemnes de una situación que no habían provocado. A buen seguro, suplantar la identidad de un cargo de la Policía era un delito muy grave, incluso Mario pensaba que el cargo de capitán lo mismo ni existía en el escalafón. Así que, además de incurrir en uno o varios delitos, habrían hecho el ridículo.

La desesperación lo inundó por completo y tuvo que bajar algo el nivel de nerviosismo para poder ver con claridad que se encontraba ante un cúmulo de pensamientos absurdos. Difícilmente un grupo de nazis acudiría a la policía a decir que una de las dos personas a las cuales habían atacado motivados por su homofobia se había hecho pasar por un agente apuntándolos con un arma. Además, Mario daba por seguro que la pantomima de Nicolás se la habían comido con patatas.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Gonzalo Ramírez.

—¿Gonzalo Ramírez?

—Sí, ¿lo conoces?

—Creo que no.

—¿Entonces a qué viene ese interrogatorio?

—No sé, Mario, no te había oído bien. Parece que no soy yo hoy quien tiene que dar explicaciones de algo, ¿recuerdas?

—Está bien, pero dime la verdad sobre este comisario, anda.

—No hay nada que contar al respecto, cariño, y sobre lo que os ha pasado hoy en el Club de Tiro, ya me lo contarás cuando quieras —le propuso la psicóloga en un tono conciliador. Y cambiando de tema—: ¿Qué te parecería, y te lo hago saber a modo de sugerencia, yo aún no lo tengo claro, si a la niña le ponemos de nombre Milagros?

—No lo sé... Claro que a Mila le haría mucha ilusión, pero de no ser porque tenemos una amiga que se llama así, creo que no se lo pondría, y que conste que el nombre es precioso, por mi parte lo incluiremos entre los candidatos. ¡Mira! El otro día le estuve dando vueltas al tema y se me ocurrió una idea genial. Hacemos cada uno una lista con cinco nombres que nos gusten

y de esa lista saldrá evidentemente otra con diez. Después le ponemos por separado a cada nombre una puntuación que puede ir desde el uno hasta el diez y el nombre más votado sería el que le pondríamos a la pequeña. ¿Qué te parece? —preguntó Mario con entusiasmo olvidándose por unos segundos, al menos, de la extraña llamada telefónica.

—Pues qué quieres que te diga, Mario, que eso más que un método para elegir el nombre de nuestra hija parece las primarias de Podemos. Vámonos ya para casa de tus padres, que se nos hace tarde.

¡Por fin! Ya era hora, vamos de una vez por todas al coche. Mi pienso va en el maletero, esta mañana lo he podido oler, hoy como fuera de casa y del trabajo. ¿Otra vez el teléfono? Hoy no comemos, hoy no comemos.

—Es Nicolás.

—Pues cógelo, yo te ayudo con Jazz. Vamos bajando al coche.

—Nico.

—¡Joder, Mario! ¡Estoy metido en un lío gordo!

—Yo que tú hablaría en plural, amigo —susurró Mario lo suficientemente bajo para que su mujer no lo escuchara.

—No, la ocurrencia fue mía y este marrón me lo tengo que comer solito. Tú no tienes nada que ver.

—Pero si lo hiciste para salvarme. ¿Qué te ha dicho el hombre ese?

—Pues en verdad no me ha dicho nada al respecto. Quiere que nos veamos en un restaurante para charlar.

—Para charlar y comer, supongo. Entonces, Nico, no creo que tenga nada que ver con lo del Club de Tiro.

—¿Y para qué coño quiere comer conmigo un comisario de la Policía Nacional?

6

De las dudas infinitas

Un elegante monovolumen plateado estacionó provisionalmente en una plaza de la calle Claudio Coello de Madrid. La conductora ejecutó la maniobra también con elegancia y seguridad, pues estaba más que acostumbrada a llevar vehículos grandes desde siempre, ya que no los había conducido de ningún otro tipo, incluyendo el primero que manejó en las prácticas de la autoescuela. Le gustaban estos coches de la misma manera que le agradan unos zapatos a una persona que es usuaria de una talla minoritaria, bien sea por exceso o por defecto de tamaño, que finalmente termina enamorándose de la belleza de los únicos zapatos que existen de su número en la tienda. Milagros entraba, conducía y salía del vehículo con total maestría y autonomía. Cuando se subía a él montada en su silla de ruedas en plena calle a veces se hacía un corrillo de curiosos que prontamente se disolvía en el momento que aceleraba y se perdía por las calles con lo que ella llamaba «mi tanque».

—Yo me bajo ya. Vosotros si queréis podéis esperar por aquí un rato y os mando un whatsapp cuando compruebe que la cosa está tranquila y os marcháis —les indicó Nicolás a sus cuatro amigos.

—Ten cuidado, Nico. A la mínima avísanos —suplicó Milagros—. Ya ha entrado en el restaurante. Podemos dar un par de vueltas a la manzana y hacemos tiempo mientras tanto.

—No, espera un segundo, por ahí viene el comisario —dijo María José sorprendiendo a todos.

La miraron los tres de modo confuso y desconfiado. Segundos más tarde Milagros y Juan María dirigieron la mirada al hombre que venía por la otra acera y que María José señalaba con el dedo al tiempo que le indicaba que ya habían llegado. Mario seguía mirando a su mujer. Gonzalo Ramírez era uno de esos tipos pertenecientes a la policía secreta, y esta última peculiaridad quedaba en agua de borrajas nada más echar un primer vistazo a su aspecto. Peinado de policía, nariz de policía, traje de policía, gafas de sol de policía, cara de policía, andares de policía, complexión de policía, mirada de policía y conversaciones de policía eran las principales características del comisario, las cuales le hacían un flaco favor a la hora de intentar preservar el anonimato de su dedicación profesional. La única diferencia entre este tipo de «secretas» y los demás agentes comunes viene a ser que los segundos llevan uniforme y los primeros no lo necesitan para revelar su condición. Apeataba a policía (que dirían en el ambiente), aunque se bañara en un bidón de la última fragancia de Antonio Banderas.

—¿Qué hay, Marijose? ¿Ya está tu amigo en el restaurante? —preguntaba Gonzalo Ramírez mientras la psicóloga bajaba la ventanilla trasera del monovolumen—. Buenas tardes al resto, chicos. Me presento, soy Gonzalo Ramírez.

—Sí, pasa dentro, que te está esperando. Todo está en su sitio, nosotros ya nos marchamos.

Apenas el comisario abrió la puerta del establecimiento, en el interior del coche las miradas de los tres miembros del equipo restantes se clavaron interrogantes y retadoras en los ojos de María José. A Mario ni siquiera le salían las palabras.

—Yo no muevo el coche de aquí hasta que alguien no me explique qué es lo que está ocurriendo —dijo Milagros con tono desesperado—. Nuestro amigo está ahí dentro con un poli y ninguno de nosotros sabemos el motivo. Perdón, ninguno, no —añadió clavando sus ojos azules en los de la psicóloga.

—Mila, arranca, por favor. Vamos a tomar algo por ahí o a la oficina y os lo cuento todo. No hay nada malo en esto para Nicolás; más bien todo lo contrario, confiad en mí.

Mario no dejaba de sobarme las orejas puntiagudas, se lo notaba impactado. Menudos días llevaba mi pobre amigo. Yo sabía que Nico estaba

bien, cuando pasó al restaurante con Cross este me miró como diciéndome: «Tranqui, que todo está OK».

—Espero que le guste el lugar, don Nicolás —decía el comisario con aire de hombre refinado—. Busqué un sitio dog friendly, pues sabía que usted va siempre acompañado de su amigo Cross, y que este maravilloso ser ha perdido el derecho al acceso a lugares públicos desde que se jubiló como perro guía.

Si conoce mi nombre y todo el tipo este... Yo también conozco su olor, uno de esos perfumes pegajosos que duran tres o cuatro días incluso después de haberse marchado. Mario, cuando era más joven, tuvo una novia que olía parecido, qué pesadilla. Estoy alucinando, nunca había entrado en un restaurante con tanto perro, ni siquiera el bar Ana es visitado por tantos peludos de cuatro patas. Voy a lamerle los zapatos a Nico a ver si deja de mover las piernas como si estuviera bailando.

—Conocía ya el lugar. Vengo en ocasiones con mis compañeros y amigos de oficina. Cross, evidentemente, también ha estado aquí en alguna ocasión.

—Sí, también lo sabía —contestó Gonzalo.

—Al parecer sabe muchas cosas sobre nosotros, comisario, y yo ni siquiera sé qué narices hago aquí con usted. Podría empezar por explicármelo y luego si quiere hablamos del restaurante, de mi perro o del sexo de los ángeles —dijo Nicolás con la valentía que le otorgaba la incertidumbre.

—Iré al grano. Quiero ofrecerle un trabajo.

—Yo ya tengo trabajo, comisario.

—Seré más explícito y le contaré todo tipo de detalles para que comprenda cómo hemos llegado hasta aquí.

En el coche de Mila iban los cuatro humanos callados. María José estaba tranquila, pero los otros tres no paraban de rascarse la cabeza, de crujirse los dedos de las manos y de suspirar con profundidad melodramática. Voy a lamerle la mano a Mario a ver si lo animo.

—A mí me suena el hombre ese... Lo he visto por tu consulta, aunque cliente de Marioscaneos desde luego no es —decía Milagros mientras conducía en dirección al bar Ana.

—¡Cierto! Yo lo he visto también por allí —exclamó Mario desde el asiento trasero.

—¿Que lo has visto? —preguntó Juan María mientras leía los labios de Mario por el retrovisor.

—Sí, claro que lo he visto. Conozco su voz y eso es igual que verlo, listillo. ¿Y a ti también te suena como a Mila, Juan María?

—Bueno, dejad de discutir. Soy yo quien tiene que daros explicaciones y pedir os perdón si es preciso, pero es que no había otra manera de hacerlo y cuando os lo explique lo entenderéis todo —indicó María José inclinándose desde la parte trasera de la furgoneta hacia el asiento del copiloto para que Juan María pudiera leerle los labios.

—Si no estamos discutiendo, Marijose. Parece mentira que no nos conozcas a tu marido y a mí.

Nicolás estaba en el punto más álgido de su desesperación cuando el comisario se disponía a relatarle los motivos de aquella reunión. Agarraba el borde redondo de la mesa como si esta pudiera servirle de tabla de salvación ante una riada que probablemente se precipitaría con la próxima frase del comisario. Sintió un poco de rabia, pero también alivio, cuando la camarera los interrumpió al acercarse para tomar nota.

—Yo quiero la ensalada de la casa y unas berenjenas rellenas, y para beber, una copa de vino blanco, verdejo si puede ser. ¿Y usted, Nicolás?

Este soltó apresuradamente la mesa para agarrar la carta y pedir lo primero que leyó.

—Solomillo de cerdo al Pedro Ximénez y una cerveza, en tercio si puede ser —dijo imitando en cierta forma burlesca el refinamiento del comisario.

La camarera se alejó tras hacerle a Gonzalo un gesto de conformidad, brindarle una sonrisa a Nicolás y regalarle a Cross una caricia.

Siempre hubo clases. Qué maja es, pero seguro que ahora se lava las manos. Los humanos tienen esas manías cuando nos tocan y luego comen o manipulan alimentos. Ni que les fuéramos a contagiar algo.

—Buena elección el solomillo, Nicolás. Yo llevo unos meses sin comer carne, intento hacerme vegetariano.

—Lo más normal sería que ahora le preguntara por los motivos que lo han llevado a tomar esa decisión alimentaria e ideológica tan profunda, señor comisario, pero teníamos una conversación pendiente y mi paciencia tiene un límite.

Nicolás estuvo a punto de no pronunciar la última frase, pues sonaba a amenaza por los cuatro costados, máxime si se la dirigía a un alto cargo de la policía, pero los nervios lo traicionaron.

—Lleva toda la razón, pero ¿sabe? Una cosa está relacionada con la otra.

No había duda, Gonzalo Ramírez hablaba como un policía. Incluso cuando era o intentaba ser amable sus palabras sonaban misteriosas, escrutadoras o amenazantes.

—Verá, usted y yo ya nos conocemos de antes, por eso su perro está tan tranquilo. Nos hemos visto más de una vez en el pasillo que separa la empresa en la que usted trabaja, Marioscaneos, y la consulta de la psicóloga María José Alcaraz, de la cual soy paciente. Sí, un comisario de la Policía Nacional necesita la ayuda de una psicóloga para poder seguir adelante con un mínimo de equilibrio.

—Entiendo, imagino que su profesión debe de ser muy dura —interrumpió Nicolás ya más tranquilo—. Y ahora que lo dice, claro que nos conocemos, y en el ascensor hemos subido juntos varias veces también. No veo nada de anormal en que un comisario asista a sesiones terapéuticas. Su profesión es muy compleja y tiene una gran carga emocional.

—Créame que lo es. Pienso que todos los agentes del orden deberían visitar un psicólogo para descargar toda la basura emocional que sedimentamos los polis. Yo no lo hice en su momento y así me fue, pero no es por mi condición de agente del orden por lo que visito a María José.

—Espero que no lo haga para tirarle los trastos. Es la mujer de mi mejor amigo.

—No, Nicolás, no. Ese no es el motivo —dijo Gonzalo Ramírez tomándose bien la broma—. Mire, soy padre de una única hija de veintiún años a la cual no veo desde hace un año. Para mí, se trata de una desaparición en toda regla: ni su madre, de la cual estoy divorciado hace cinco años, ni nadie de la familia sabe su paradero. Antes de que me pregunte si el caso está denunciado, le contesto que no. A efectos legales no es una desaparición. Me

dejó una carta de su puño y letra en la cual me pedía, por mi condición de policía, que no la buscase, que estaría bien y que no nos preocupásemos por ella. Jimena, que es como se llama, es una niña que siempre ha buscado, cómo decirlo... la perfección, el equilibrio en el plano espiritual. Es vegetariana, practica meditación vipassana y es amiga de todas esas cosas orientales que supuestamente favorecen la pureza y la iluminación del alma. Jimena es una mística moderna, para que usted me entienda. Se matriculó en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia, pero tras marcharse no consta en ningún expediente universitario en toda Europa, América Latina ni los Estados Unidos, y es que uno tiene conocidos en la profesión. Como habrá deducido, yo ahora intento seguir sus pasos ideológicos, ya que preciso encontrar algo de equilibrio en mi mente. De ahí el hecho de haberme convertido en vegetariano. Además, voy un par de veces por semana a un centro de yoga que tiene un compañero de la policía y allí practico chi kung, yoga, taichí y, por supuesto, medito. Estoy acercándome espiritualmente por medio de muchas lecturas al budismo, al pensamiento holístico y a muchas otras corrientes que buscan el equilibrio interior del individuo.

—Me parece genial que cuide su cuerpo y su mente, señor comisario, pero ¿qué quiere usted de mí? —terminó tajantemente Nicolás con voz estropajosa.

—Quiero que encuentre a Jimena —espetó secamente el comisario mirándolo fijamente.

Nicolás se empezó a encontrar cansado por momentos. Todo el nerviosismo acumulado ante la posibilidad de que aquella reunión estuviera relacionada con el suceso de los nazis había generado en él tal tensión que le había agarrotado el cuerpo por completo. Tras comprobar que nada tenía que ver con el tema, aflojó, y al descubrir la densidad emocional que tenía el relato del comisario y las espesas dudas que le iban surgiendo según lo escuchaba, su mente se descargó de energía como lo hace la batería del juguete mecánico de un niño cuyas luces y motorcillo mueren repentinamente para dar paso a la quietud y al silencio.

—Quiero que me disculpe por mi insolencia inicial, don Gonzalo —decía con voz agotada—. Estaba muy nervioso ante la incertidumbre de esta cita, pero ahora no es que me encuentre mucho mejor precisamente. Me pongo en su lugar y me solidarizo con su desgracia, pero le ruego que me perdone si lo

molesto con mi ignorancia. Hay muchas cosas que no me encajan y no sé bien, dada mi espesura mental actual, cómo exponérselas.

—Inténtelo y si quiere nos vemos en cuantas ocasiones precise.

—Vamos a ver si soy capaz: no comprendo cómo todo un comisario de la Policía Nacional quiere que un pringao como yo lleve este caso. Imagino que en Madrid, en todo el Estado, en Europa, existirán centenares o miles de agencias especializadas en desapariciones. Yo ni siquiera tengo una licencia. Soy un aspirante que todavía no ha dado un solo paso en este mundillo, que no ha pegao un palo al agua en la profesión. Imagino que usted conoce mis aspiraciones profesionales gracias a nuestra amiga común, la psicóloga Alcaraz, pero no me entra en la cabeza que haya pensado en mí para buscar a su hija. Perdóneme de nuevo, señor comisario, pero si tuviera que encontrar a bote pronto algún motivo para justificar todo esto son múltiples las posibilidades que acuden a mi mente y ninguna positiva. Es más, no me atrevo a decírselas por el respeto que me suscita su situación emocional con el tema de Jimena y por su cargo.

—Esto no es una reunión con un comisario, Nicolás. Aquí soy un padre que quiere recuperar a su hija. Hable con toda libertad, se lo ruego —pidió Gonzalo Ramírez por primera vez en la conversación sin parecer un policía.

—Está bien, se me ocurre que todo esto sea una broma pesada; lo que usted propone no tiene ni pies ni cabeza. ¿Dónde está la cámara oculta? —preguntó Nicolás mirando a todas partes, con tono indignado y socarrón—. Se me ocurre que esto sea alguna encerrona y que se haya utilizado a Marijose para ello, pues confío plenamente en ella. Ni puedo llevar este ni ningún otro caso, señor comisario, suponiendo que usted sea comisario, don Gonzalo, e imaginando que ese sea su verdadero nombre. No, no me enseñe ninguna placa, que las he visto en internet a buen precio, además, réplicas perfectas made in China.

—Comprendo lo que dice —contestó Gonzalo adoptando un tono cada vez más humilde, mientras guardaba de nuevo la placa en su chaqueta—. Y permítame, por favor, que me explique: precisamente por esas condiciones que usted relata, por sus peculiaridades y por su situación, es por lo que me gustaría contar con usted. Soy comisario del distrito Centro de Madrid, podría perfectamente llevar a cabo yo mismo la investigación o incluso confiarla a

mis compañeros. El caso ni siquiera está denunciado, pues, como ya le he explicado, no se trata de una desaparición si lo miramos desde el punto de vista legal, procesal o policial. Jimena no es menor de edad y además dejó muy claro que quería marcharse y que deseaba que su familia no la buscara. La carta estaba escrita adrede de su puño y letra, y fue verificada por un grafólogo que además determinó en el informe que esta no había sido redactada bajo coacción, amenaza ni en un estado narcótico. No quiero poner el Cuerpo Nacional de Policía patas arriba para encontrar a mi hija precisamente para evitar levantar demasiado polvo, y en el probable caso de que se encuentre más o menos voluntaria, o más o menos convencida o inducida en una secta peligrosa, que la estructura de esta pueda llevar a cabo alguna acción nociva para la integridad de Jimena. Si llevo el caso a alguna agencia de prestigio internacional, corro el riesgo de que el escándalo se extienda por todo el país como una mancha de aceite y que esto pueda provocar un desenlace indeseable del tema.

Más que por la línea argumental que exponía Gonzalo, Nicolás empezó a tranquilizarse de nuevo e incluso hasta cierto punto a creer a su interlocutor, tal era el cambio radical que se había producido en su aspecto. El rostro, la voz, el lenguaje oral y corporal de Gonzalo se habían transformado por completo. Era como si alguien hubiera borrado con acetona la totalidad del barniz que lo recubría y que lo convertía en comisario. Verdaderamente allí, en esos minutos, estuvo sentado el padre, el hombre, un ser humano al desnudo.

Había desaparecido el personaje que era capaz de dar órdenes a más de ochenta agentes armados, entrar a sus cincuenta años de un salto, pistola en mano, por una ventana del chalé de un narcotraficante, redactar informes de más de cien folios o ponerle nombre y apellidos a un delito viendo una simple fotografía del escenario.

—Ahora mismo estoy bloqueado, don Gonzalo. Entiéndame.

—Lo comprendo perfectamente.

—Estoy abrumado.

—No se preocupe. No tiene que darme hoy mismo una respuesta, pero sí que me gustaría que realizase las pesquisas oportunas para comprobar que lo que le estoy contando es absolutamente cierto. Puede venir a verme a mi

despacho de la comisaría cuando desee.

—¿Podría enseñarme ahora una fotografía de Jimena? —solicitó Nicolás pensando segundos más tarde si tenía algún sentido su petición.

—Claro, pero primero comprométase conmigo a que me va a tomar en serio y que va a hacer lo posible para despejar todas las dudas. Créame, este caso es una gran oportunidad para usted, y si yo no confiara en su valía, no estaría aquí sentado.

—Hombre, valía y que doy el perfil exacto, como usted dijo: el perfil de novato que no levantará sospechas en el entorno en el cual se pueda encontrar su hija. Digamos que soy un tonto útil, un idiota en valor, un pringao que cotiza al alza.

—No es exactamente así, Nicolás —lo corrigió Gonzalo sonriendo por la nobleza que le inspiraba la sinceridad de Nicolás—. Usted es una persona con una gran inteligencia natural, muy hábil con todo lo que hace, intuitivo y perspicaz. Da el perfil exacto, en eso estamos de acuerdo.

—Gracias, señor comisario, puede enseñarme la foto y me comprometo a llevar el caso.

La cara del comisario cambió de repente; le hubiera dado un fuerte abrazo al joven si no estuvieran en un sitio público y esto no fuera a parecer un exceso de confianza. Sus ojos chisporroteaban como los de un adolescente a quien su amada quinceañera le hubiera dicho que sí. El comisario se había marcado como objetivo arrancar de Nicolás el compromiso de tomarle en serio y de repente había logrado la meta final.

—Mire, esta es Jimena —dijo Gonzalo acercándole la imagen en un teléfono móvil de gama alta—. Le adelantaremos cien mil euros por sus honorarios y para sus gastos, después le daremos otros cien mil cuando cierre el caso y una gratificación extra de cien mil más si la resolución supone la aparición de Jimena.

A Nicolás se le cayó el teléfono del comisario encima del café, volcó la taza y esta terminó en el suelo. El móvil salió indemne porque pudo cogerlo al vuelo.

Pero ¿qué es esto? Está calentito, menos mal que no quema, huele bien. Aggggg, si esto ya lo había probado yo. Lo ponían en casa todos los días Marijose y Mario. Nico también lo hace por las mañanas y tengo un vago

recuerdo de que alguna vez metí la lengua por completo en una taza llena de este líquido. ¡Café! Creo que estaba ese día con alguien antes de conocer a Mario, probablemente fuera el hombre aquel que me enseñó tantas cosas, mi entrenador. Sí, ahora lo recuerdo. Ay, mi anciana cabeza, que apenas me permite acordarme de los olores, sonidos e imágenes que se van perdiendo con el tiempo. Lo que tengo muy claro es que el café huele a hogar y sabe a rayos. No obstante, quizá sea vicio, le voy a pegar un par de lametones. Anda, si se acerca Spock, el perro de la mesa de al lado. ¿También le gustará el olor del café? ¿Y detestará su sabor igual que yo?

—No se preocupe, caballero —dijo la camarera, fregona en mano—. Huy, lo único es que creo que el perrito lo ha chupado un poco. No creo que le pase nada... Seguro que a ellos no les afecta.

Otro golden retriever que había en la mesa de al lado, un perro guía, hizo ademán de chupar el líquido vertido, pero su dueño, un invidente de unos cuarenta años, lo impidió de inmediato. Solo en ese momento Nicolás se dio cuenta de que conocía al dueño del otro golden y a su perro guía. Nicolás, tras secarse todo lo que pudo los pantalones y disgustarse por la mancha que le había quedado, volvió a mirar la foto de Jimena. Era rubia y tenía un rostro angelical con unos ojos claros de color azul muy enigmáticos. Su mirada parecía estar viva dentro de la fotografía, y Nicolás quedó absorto. Si su rostro era de ángel, la mirada era de diosa. En sus pupilas parecía encerrarse el universo entero, la sabiduría universal al completo. Había algo mesiánico en ella. Devolvió el teléfono a Gonzalo sin mediar palabra. No sabía qué decir, tampoco pudo explicarse ni siquiera a sí mismo las impresiones experimentadas tras ver la foto de su hija. ¿Es de verdad? ¿Se ha dado cuenta de que su hija despierta algo sobrenatural con su mirada? Cosas así hubieran sido las únicas que le habría dicho, pero era imposible que esas preguntas las formulase un escéptico ateo como él y mucho menos en el contexto en que se encontraba, pero las sensaciones habían sido así mismo.

—¿Sería mucho pedirle que me pasara la fotografía? —preguntaba Nicolás mientras sonaba el aviso de su whatsapp.

—Justo estaba en ello —contestó el comisario—. Ya la tiene. Disculpe mi deformación profesional, he visto que miraba al caballero de la mesa de al lado, ¿lo conoce?

—Sí, sé quién es.

—Me refiero a que si lo conoce personalmente. Yo también sé quién es; soy policía y mi hija Jimena además es lectora suya.

—Lo conozco básicamente de verlo por aquí, también a su perro Spock, que se lleva de maravilla con Cross. Si coincidimos algún día en la salida, hablamos un ratito de perros o de trabajo. Con Mario, mi jefe, se lleva muy bien y charlan bastante de libros. También ha encargado de vez en cuando algún trabajo a Marioscaneos y le hemos digitalizado libros antiguos para que pueda leerlos con su ordenador.

—Qué interesante, suele escribir libros relacionados con el mundo de los perros, ¿verdad?

—Sí, aunque se dice por Madrid que ahora está enfrascado en una novela policíaca.

—¿Una novela policíaca con perros de por medio? —dijo Gonzalo riéndose.

—No creo. Sería una locura si lo hiciera, imagínese. Lo echarían de la editorial. Le preguntaré a Mario, que, como le digo, tiene más contacto con él. ¿Nos trae la cuenta cuando pueda? —preguntó Nicolás mientras hacía una señal a la camarera.

—Ojalá estuviera aquí mi hija. Además de ser una gran lectora, es una amante incondicional de los animales en general y de los perros en concreto. Permítame que lo invite yo hoy —propuso el comisario con la tarjeta de crédito en mano.

—Gracias, don Gonzalo. Voy a avisar a mis amigos para que me recojan, que no he traído coche.

—Me he permitido avisarles hace unos diez minutos y le he mandado un mensaje a Marijose. Se pondrán de camino enseguida; están tomando un tentempié cerca de su oficina.

Nicolás no se tomó bien del todo este último detalle, pero intentó comprender que era un hombre acostumbrado a tenerlo todo bajo control. Por un momento volvieron la incertidumbre y la sensación de no verlo todo claro. Era consciente de que aquel caso era una gran oportunidad para él, un chollo incluso, empezar antes de empezar. Tener un gran caso más que bien pagado, sin llegar a pasar unos años arrastrándose como «huele-braguetas» por Madrid

buscando esposos infieles, traidores del business, vigilar a adolescentes cocainómanos por encargo de los padres o destapar estafas de medio pelo a compañías de seguros. Demasiado grande todo para ser verdadero o del todo cierto. Intuía que más pronto que tarde la letra pequeña del contrato, evidentemente verbal, saldría por algún sitio, que al chollo pronto se le vería algún descosido, rasguño o agujero.

De nuevo todos juntos en el vehículo de Milagros hablaban ya siendo los cinco conocedores de todos los detalles, o al menos, de los que hasta ese momento se podían saber, de lo increíble que era todo aquello.

Vamos a jugar, mi anciano amigo, que aquí parece haber vuelto la alegría. No sé cómo te habrá ido a ti ahí dentro con Nico y el hombre ese tan perfumado, pero aquí en la furgoneta y en el bar Ana la cosa estaba más que tensa. ¿Ellos ahora bromean? ¡Pues nosotros a revolcarse se ha dicho! No sé qué te pasa, Cross, que estás ahora como si tuvieras mi edad, menudo baile me llevas, retorciéndote cual culebra mientras muerdes los cordones de Nico y de Mario. ¿Te has tomado algo? Sin duda que sí, te apesta el aliento a café.

—Yo te doy mi palabra, Nico, de que el comisario es un hombre cabal y que no te defraudará, confía en mí —decía María José cogiéndole el brazo.

—Y cuenta con todo nuestro apoyo —añadió Milagros mientras Juan María asentía con la cabeza desde el asiento de al lado.

—Al final vamos a ser como el Equipo A. La furgoneta ya la tenemos, aunque la conductora es mucho más guapa que en la serie —añadía Nicolás haciendo sonrojar a Milagros y reír al resto.

—Pues yo digo que más que al Equipo A nos parecemos a Acción mutante —contestó Mario.

—¿Acción mutante? Pero ¿qué es eso? —preguntó Nicolás extrañado.

—Es una película rarísima de Álex de la Iglesia que a tu amigo le encanta. Son una especie de comando anarquista del futuro cuyos miembros son un cojo, un ciego y ya no me acuerdo de mucho más, una paranoia de peli —contestó María José.

—Es buenísima, un día la vemos todos juntos —decía Mario—. Yo le cuento a Juanma lo que van diciendo los personajes y él me narra lo que

hacen. ¡Ay, no me tires un CD, bruto, que casi le das a Jazz!

Me encanta sentir la moqueta de este vehículo cuando me revuelco en él. Me rasca la espalda superbien. Además, ahora que no tengo que llevar arnés, la siento mucho mejor. ¡Madre mía la de pelo que estoy dejando, ya verás qué bronca me echa luego Mila! Huy, ha llovido un CD de no sé dónde. Vamos a morderlo un rato antes de que se den cuenta. Ya está el serio de Mario echándole la charla a Jazz.

—¡Mirad! —interrumpió Milagros—. ¿No es ese nuestro comisario?

Un BMW negro se cruzó con el monovolumen de Milagros a la altura del 155 de la calle Claudio Coello. El vehículo lo conducía el comisario y lo acompañaba, sentada en el asiento de al lado, una joven de entre veinte y treinta años de edad, pelo largo rubio, y su rostro era de sobra conocido por Nicolás, quien sacó de inmediato el móvil del bolsillo y abrió la fotografía de Jimena que Gonzalo Ramírez le había mandado, comparando mentalmente el rostro de Jimena con el de la acompañante del BMW.

—¿Todo bien, Nico? —preguntó María José al ver cómo palidecía su amigo.

7

Ojillos de agua marina

Si no me saca pronto, me lo hago encima. O mejor, ya que nos ponemos, levanto la pata en las cortinas del salón y les quito ese olor tan pegajoso que tienen desde que Nico las sacó de la lavadora la semana pasada. Voy a morderle mientras tanto los cordones de las zapatillas, a ver si se da cuenta de que ya va siendo hora de salir. No sé qué pinta hoy desde tan temprano sentado en el escritorio y con el ordenador apagado.

Enfrentarse a un bloqueo es luchar contra un ente que tan solo con su mirada y su quietud te vence mientras intentas zafarte, gastando todas tus energías en vano para romper las ataduras que te inmovilizan los pies y las manos, todo tu cuerpo y toda tu mente.

Nicolás se enfrentaba a la página en blanco de un bloc sin estrenar, sin ser capaz de poder escribir un «¿por dónde empezar?». De vez en cuando cogía el teléfono móvil y abría la foto de Jimena, y se perdía de nuevo en su mirada. Su cuerpo se colaba por una de sus pupilas como si esta fuera la boca de un pozo sin fondo. Bajaba por sus aguas azules e infinitas, blandas, tibias y paradisíacas. Caía sin miedo ni angustia, ¿qué tenía esa mirada? Cuando cerraba la fotografía y regresaba al mundo de lo natural, enseguida le venía la imagen de Gonzalo conduciendo su BMW acompañado. ¿Acompañado por quién?

—Buenos días, espero no haberte despertado, Mario.

—¿Despertado? Somos padres de una criatura de seis años y trabajadores.

¿Tú crees que me vas a pillar algún día a las siete de la mañana en la cama? Imagino que hoy no vendrás por el despacho, pero tú tranquilo, que ya nos juntaremos para ordenar la agenda, tú ahora dedícate al caso.

—Gracias, Mario, pero no te llamaba por lo de la agenda. Sí por lo del caso.

—Dispara entonces, detective.

—Pues que no sé ni por dónde empezar. ¿Qué haría ahora el Carvalho ese?

—Probablemente desayunarse unos riñones al jerez y una copita de vino blanco mientras quema un ejemplar en la chimenea del 18 de brumario de Luis Bonaparte, de Carlos Marx.

—Pues ahora sí que me has apañado, amigo. Me has descolocado y no me he enterado ni de la mitad.

—Vale, vale, no te preocupes, detective —dijo Mario a carcajadas al otro lado del teléfono—. Carvalho es un excomunista que quema libros en su chimenea y además, un gran gastrónomo, cuestiones que con matices compartía con Manuel Vázquez Montalbán, su creador.

—Pero yo no tengo chimenea, cachondo.

—Tú no tienes ni chimenea, ni libros, ni puñetera idea de gastronomía, pero pese a todo serás el mejor detective de Madrid y parte del extranjero. Por lo menos eres medio comunista. Ya te pareces en algo a Carvalho.

—Oye, y que la gastronomía también me interesa. Que mis buenas hamburguesas con sus patatitas fritas, aquí abajo en el bar de Paco, o las que hace Gerardo en el Ana acompañadas con una buena cerveza fresquita, no hay quien me las quite los sábados.

—Sí, eso sí. Además, eres todo un patriota del fast food, nada de Burger King; tú, grasabar del barrio, si hay que morir, que sea por los nuestros. Bueno, tío, ahora en serio. Tengo una ligera idea de cómo podrías comenzar. Coge papel y boli.

—Ya lo tengo.

—Hazte un esquema con el posible entorno de esa chica.

—Jimena.

—Un nombre precioso. Padre, madre, abuelos, hermanos, primos, tíos, amigos, compañeros de clase, vecinos, conocidos, compañeros de hobbies. Y te entrevistas de nuevo con el comisario, apuntas nombres, direcciones, tipo

de relación que tenía con ellos, personalidades, comportamientos y con todo ese material estoy seguro de que se te encenderá alguna bombillita en esa privilegiada cabecita tuya y empezarás a tirar del hilo.

—¡Gracias! Me has sido de gran ayuda, te debo una. Cross, estate quieto que me vas a romper los cordones.

—Ay, ese granuja... Aquí tengo yo a Jazz que no se despegaba de la mochila de Toni, pues lleva el almuerzo dentro; nos vamos a llevarlo al cole. Luego dame un toque y me vas contando. Me llevo el DVD grabador a la oficina, ya te pasarás a por él.

—Vale. ¡Oh, no, las cortinas limpias! ¡Te tengo que dejar, Mario!

Aún resonaban en los oídos de Mario, mientras iba en el coche con su mujer camino de la oficina, los gritos provocados por la algarabía formada a las ocho cuarenta y cinco en la entrada del colegio público Emilia Pardo Bazán de la calle Ventorrillo, al igual que sucedía en todos los colegios del país y del resto del mundo con el mismo huso horario. Millones de niñas y niños insuflaban una energía descomunal al mundo pálido y gris de los adultos. Saltos de alegría, frases sin sentido aparente que se sobreponen las unas a las otras. Los libros, los cuadernos, los bocadillos y los estuches con los lapiceros moviéndose dentro de las carteras a cada brinco interpretaban un ritmo de percusión universal.

Para Mario, al igual que le ocurre al resto de personas ciegas, los sonidos significaban una parte muy importante a la hora de sentir la vida. Esa música informe de los gritos de las amigas y amigos de Toni en la cual de vez en cuando se colaba alguna estrofa inteligible, «¡Qué grande es tu perro!» «¿Muerde?» «¿Tu papá conduce el coche?» «¡Vamos para dentro!» era el himno gutural de la tribu universal de los inocentes.

Aunque en la radio del coche sonaban a escaso volumen los minutos finales de algún programa «despertador» de una radiofórmula cualquiera, Mario seguía disfrutando del regusto sonoro que todavía perduraba en su cabeza.

Mientras tanto, Jazz, casi de la misma manera que su dueño, aún expresaba en forma de jadeo la alegría sentida hacía escasos minutos rodeado de

cachorros humanos que se disputaban los trozos de su pelaje para acariciarlo.

—Te veo muy pensativo, cariño —dijo María José girando levemente la cabeza mientras conducía.

—No, qué va. Estaba pensando en la que se lía todos los días en la entrada del colegio y la que se liará en todas las entradas de todos los colegios de Madrid.

—Interesante, pues Jazz debe de estar pensando algo parecido. No te imaginas qué carita tiene de alegría.

—Sí, aunque siempre lloriquea cuando dejamos a Toni.

Entretanto, Nicolás se dirigía en su coche hacia la calle Leganitos con la radio a todo volumen: «Allá va la republicana, ondeando libertad. Libre, libre, libertad, igualdad y solidaridad». De vez en cuando miraba hacia atrás para hablar con Cross sobre la pifia de las cortinas y este, como si la cosa no fuera con él, apoyaba la cabecita en el asiento y seguía durmiendo mientras seguían sonando los Reincidentes en los altavoces delanteros.

—¿A qué hora tienes el primer paciente? —preguntaba Mario ya en el despacho de María José mientras quitaba la correa y el arnés a Jazz.

—Dentro de media hora, ¿por?

—Por contarte una cosa que tengo pendiente.

Huy, esto se pone serio. Voy al despacho de al lado a ver si ha llegado Cross. No, no está hoy por aquí, pero está Mila. Aisss, qué manos más suaves tiene, da gusto que te acaricie el cogote. Sé que cuando estoy con ella no debo tumbarme, le cuesta mucho trabajo agacharse a rascarme la panza, y si acaso lo hago es para lamerle los tobillos o jugar con los cordones de los zapatos.

—Bueno, Cross, vamos a apagar la radio, que tenemos que hablar con nuestro colega el madero. Te gustan los Reinci, ¿eh? —decía Nicolás a un visiblemente aburrido Cross mirándolo por el retrovisor—. ¿Don Gonzalo? Soy yo, el detec... Nicolás García Requena, estuvimos comiendo el otro día, no sé si...

—Nicolás —interrumpió el comisario—, no hace falta que me dé tantas señas, que ahora es usted una de mis prioridades, así que sobran los recordatorios. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, comisario, voy camino de su comisaría, si no le importa, me gustaría reunirme con usted unos minutos, pero si no puede me doy la vuelta y no pasa nada.

—No, no se dé ninguna vuelta. Le recibiré en media hora.

Allí se iba bien, sujeto con mi arnés de viaje al cinturón de seguridad y todo el asiento trasero para mí solito. Cuando era perro guía en activo tenía que ir delante con Mario, en el asiento de al lado del conductor, e iba algo más apretado. Aquel ruido que escuchaba Nicolás, sobre todo por las mañanas, creo que lo hacía para alegrarse, pues cuando sonaba él cantaba y se ponía contento. A mí me daba sueño del aburrimiento que me entraba. Me gustaba verlo animado, claro que sí, a mi nuevo dueño, pero como sonido prefiero, la verdad, el que hace mi pienso al caer en mi cacharro metálico, el del pan al partirse o el de un arroyo de agua fresca donde darse un chapuzón.

Cuando Jazz se cansó de las caricias de Milagros y esta tuvo que ponerse a sus quehaceres, regresó al despacho de María José, a ver si la cosa había cambiado ya de tercio.

Se encontró a su dueño y a la mujer de este abrazados y notaba la emoción, sobre todo de María José, a flor de piel. Se puso en medio de ambos y logró hacerlos reír.

—Mira quién viene por aquí. Me ha impresionado mucho lo que me has contado, Mario. ¡Ay, Dios mío, si te llega a pasar algo, piensa en mí y en Toni! Joder, qué vida esta, me paso horas dando consejos a la gente para que venzan sus miedos y ahora estoy yo paralizada por el pavor. Me pregunto, ¿en qué mundo vivimos?

—Tranquila, ya pasó todo. Fue un maldito cúmulo de casualidades. No nos volveremos a encontrar a esos tipos en la vida con lo grande que es esta ciudad, y además, ya te he contado en qué condiciones se marcharon —decía Mario riéndose con esto último.

—No hay que fiarse, Mario. Te ruego que extremes al máximo todas las precauciones, y además creo que tendríais que denunciarlo.

—Imposible, Nico se hizo pasar por capitán de la poli y eso debe de ser un delito gordo por mucho que lo hiciera en defensa propia o más bien por

salvarme a mí.

—Entiendo, pero ahora podéis contar con Gonzalo Ramírez, es un hombre de confianza.

—Sí, ya pude comprobar que tienes muy buena relación con el madurito ese —expresó Mario con retintín.

—Anda, anda, no te me pongas en plan celosón ni posesivo, que sabes que no me mola ese rollito. Además, ¿me voy a fijar yo en ese teniendo aquí a mi superhéroe capaz de enfrentarse a las fuerzas del mal y del neonazismo? —proponía María José de un modo tan socarrón como insinuante—. Porque tengo que atender ahora a una paciente, que si no, no te me escapabas hoy.

—Toda una lástima, pues estás más sexi que nunca —contestó Mario acariciando la ya más que incipiente barriga de su mujer—. Me marchó a ver a los chicos. Vamos, Jazz, que andas hoy muy disperso.

Cuando entró, Nicolás percibió esa sensación extraordinaria que se suele tener cuando se hace algo por primera vez. Con la excepción de alguna ocasión en la que habría buscado un objeto perdido, las veces que tuvo que renovarse el DNI y poco más, jamás había entrado en una comisaría. Se sentía como si estuviera en una serie de televisión; se encontraba literalmente de película. Tuvo la impresión de sentirse detective por primera vez y pensó que era muy afortunado por poder experimentar todo aquello incluso sin una licencia en el bolsillo.

—Disculpe —dijo el policía de la entrada—. Aquí no puede pasar con perro.

—Vengo a ver a Gonzalo Ramírez. Voy entonces a dejar a Cross en mi oficina y regreso. Dígale que me retrasaré un cuarto de hora más de lo previsto.

—Ah, disculpe mi torpeza. Usted debe de ser Nicolás García Requena. Pase con su amigo Cross. El comisario ya le está esperando. Es por este pasillo al fondo y después a la derecha, el último despacho.

Vaya, allí éramos algo importante, por lo que percibí. El humano que estaba custodiando todo aquello se dirigió a mí como si yo fuera un embajador o ministro de cuatro patas. El sitio no terminaba de gustarme del todo: había

gente muy rara y que me miraban raro. Pasó una chica con las manos atadas con una cadena sujeta a dos aros de metal; creo que nunca había visto a un humano encadenado. La muchacha me sonrió, y fue, pienso, la única que lo hizo. Igual es que se solidarizó conmigo por ir yo también atado con una correa y un collar. La mayoría de personas que trabajaban allí vestían igual «Qué poca originalidad», pensé. Llevaban colgando de la cintura cadenas de esas para atar humanos y un palo negro. En otras circunstancias eso me hubiera incitado a jugar con aquel palo, pero algo me decía que no lo hiciera.

El chirriar de las zapatillas de deporte de Nicolás, el tintineo de las medallitas metálicas del collar de Cross, el tecleto de algún agente o funcionario que escribía con su ordenador, los buenos días que le iban dando a Nicolás y a Cross las limpiadoras según caminaban por los pasillos eran el lado claro del escenario sonoro de la comisaría. Por otra parte los «¡Suélteme, que yo no he hecho nada!», «Con esta ya van tres veces las que me han robado la moto», «Como me la vuelva a cruzar la arrastro de los pelos y que me metan presa luego si quieren», «Con la de mangantes que hay en el Congreso y que me multen a mí por vender bocadillos en la calle, ¿qué quieren, que me vaya a mangar carteras? Pues si lo tengo que hacer, lo haré»... también se podían escuchar a cada paso, sin desentonar, sin embargo, unos sonidos con los otros. Los detenidos, los indignados, las víctimas de un delito o las víctimas de la miseria gritaban indiferentes a la calma con la que otro semejante tecleaba concentrado en su ordenador o pasaba una enorme mopa por el suelo brillante. Ambos mundos convivían en un mismo espacio como si el otro no existiese, pero al mismo tiempo, como si uno formara parte del otro.

—Buenos días, don Gonzalo.

Juan María comía en su despacho el sándwich que se había llevado para el almuerzo mientras de espaldas a la puerta observaba una estantería en la cual había dos enormes montones de papel. Intentaba distinguir cuál de los dos era más alto, pues apenas había diferencia entre ambos. El de la derecha correspondía a los que le quedaban por escanear y el de la izquierda, a los ya escaneados. Percibió que alguien le tocaba con sumo cuidado el codo derecho y notó una sensación táctil húmeda y algo fresca.

—Hola, Jazz, tú por aquí... ¿A qué vienes, a echarme una mano con el trabajo? Toma, anda, un trocito del borde del pan de molde, que sé que te encanta. Cómetelo rápido, que si te pilla Mario nos echa a los dos a la calle.

Mientras Jazz se relamía el paladar aprovechando el último resto del manjar, se posicionó frente a Juan María y comenzó a mover el rabo mirando por encima del hombro derecho de este. Juan María intuyó que no solo era la presencia del sándwich lo que ponía contento a Jazz y se giró con la silla.

—Ah, que te ha avisado este precioso de que estaba aquí, ¿cómo llevas el tajo? —preguntó Milagros.

—Bien, ya tengo otra caja casi terminada..., bueno, para la buena verdad, creo que me queda justo la mitad. ¿Sabes si Nico podrá llevarse las cajas de documentos escaneados a la Fundación?

—Va a venir hoy a recoger un aparato que le ha dejado Mario en mi mesa. Mañana he quedado para comer con él. Anda superocupado con el caso del comisario. No te preocupes por las cajas, que lo hablaremos con Mario y si eso las llevamos en mi coche. O que vengan los de la División Azul, los de la Fundación, quiero decir, que dicho así suena regular —añadió Milagros sonriendo.

—Sí, más bien sonaba a que nuestros queridos clientes podrían venir a invadirnos —agregó Juan María.

—Mila, dile que no se preocupe, que luego si Marijose sale pronto nos las llevamos nosotros en el coche —gritó Mario desde el despacho de fuera—. ¡Jazz ven para acá y deja tranquilos a los chicos!

La puerta del despacho de Gonzalo Ramírez estaba abierta. Pese a ello, Nicolás anunció su llegada dando tres toques con los nudillos. Un agente que se encontraba de espaldas a ellos se giró y se marchó de inmediato; allí parecía saber todo el mundo quiénes eran Cross y Nicolás. El comisario se levantó de su mesa para recibirlos con un sincero apretón de manos al humano y una enérgica caricia al perruno.

—Tomen asiento, por favor. ¿Quiere tomar un café, un poco de agua, quizá? ¿Le traemos un cacharro a Cross para que beba?

—Sí, si es tan amable póngale agua a él. Yo no quiero nada, muchas

gracias.

Una chica simpatiquísima que iba vestida como la mayoría de los que allí trabajaban me trajo un cuenco con agua fresca y limpia. Se quedó un rato observándome y yo hice una pausa para tomar aire, y aprovechando, le olisqueé los pantalones. Olía a perro lejano, seguro que tenía a un semejante mío en su casa. Lo siento por él, que estará allí aburrido mientras yo disfruto de la amabilidad, simpatía y generosidad de su amiga humana. Bueno, y ya que nos ponemos también le daré un lametón en esas manos tan bonitas que tiene y que huelen a crema.

—Parece que a Cross le ha caído bien la agente Niza —dijo el comisario, mientras esta se retiraba—. Bien, Nicolás, cuando usted quiera. Aquí estoy para atenderle y ayudarle en todo aquello que precise.

Nicolás pensó de inmediato en la acompañante del coche y en su gran parecido con Jimena, suponiendo que no fuera esta, y en la posibilidad todavía latente en su pensamiento de que todo aquello pudiera ser una extraña trampa urdida, pero cuando se disponía a comenzar su batería de preguntas un SMS le llegó de su banco: «Nicolás García Requena, hemos ingresado en su cuenta corriente 0045*** la cantidad de 100.000 €. Concepto: Donación. Emisor: Gonzalo Ramírez Cuesta». ¿Quién iba a gastarse tal cantidad de dinero en una trampa? ¿Y con qué fin? Nicolás no tenía enemigos ni pertenecía a ningún grupo social de presión ni de ningún tipo que pudiera interesar a nadie. Con la excepción de los nazis protagonistas del desencuentro del Club de Tiro no había nadie a quien pudiera interesar hacerle daño, y si aquellos tuvieran alguna intención de hacerlo, ni serían estos los métodos ni los medios que iban a utilizar.

—Bien, comisario —aceptó suspirando y decidiendo dejar la pregunta del asombroso parecido entre Jimena y la acompañante de Gonzalo para más tarde—. Me gustaría saber quiénes y cómo son las personas que han rodeado a Jimena hasta el momento de su desaparición. Amigos, familiares, grupos sociales, etcétera.

—Bien, pues comencemos por los más cercanos. Su madre y yo. A mí ya me conoce, mi exmujer es la doctora Pilar Bilbao. Trabaja como médico de familia en un centro de salud.

—¿Con quién vivía Jimena cuando desapareció?

—Con Pilar.

—¿A usted lo visitaba a menudo?

Nicolás notó un poso de tristeza en el comisario tras hacer esta pregunta; su intuición le dijo que debería anotar este detalle, pero había cometido la imprudencia de poner su bloc de notas encima de la mesa al alcance de la vista del comisario. Se le ocurrió dibujar rápidamente en la hoja de abajo un emoticono con cara triste. Él mismo sonrió ante su propio ingenio, que le había servido para corregir su torpeza de novato.

—Solíamos vernos con cierta frecuencia, se quedaba en mi casa incluso a temporadas.

Parecía que Gonzalo decía la verdad, pero algo había en su expresión que Nicolás percibió. Pensó que ocultaba algo, que necesitaba llegar a ello rápidamente antes de que al comisario le diera tiempo a rehacerse y se lanzó como lo haría un tigre ante su presa.

—Concretamente, antes de la desaparición, ¿cuándo fue la última vez que la vio?

—Hacía seis meses que no nos habíamos visto.

—Yo a eso, con todos mis respetos, don Gonzalo, no lo llamaría asiduidad —contestó Nicolás sibilinamente.

—Verá —reconoció Gonzalo como quien no tiene otro remedio que dar explicaciones—, es cierto que nos veíamos con frecuencia, prácticamente todas las semanas, pero concretamente los seis meses anteriores a su desaparición se distanció de mí. No me cogía el teléfono, no respondía mis mensajes...

—¿Conocía los motivos de aquella actitud? —preguntó Nicolás asestando el golpe final.

El comisario tomó todo el aire que pudo, miró a su derecha, se concedió unos segundos para contestar, consultó su reloj y finalmente miró de nuevo a los ojos de su interlocutor.

—Mire, Nicolás, evidentemente usted está aquí para ayudarme a encontrar a mi hija y yo le proporcionaré todos los medios necesarios para ello. Le daré todos los datos que le sean precisos, aun siendo algunos de estos del ámbito privado y demasiado sensibles, pero créame cuando le digo que lo que usted intenta saber en este momento no tiene nada que ver con lo que aquí nos ocupa.

De ser así se lo contaría sin duda alguna, pero no es necesario y ni siquiera le sería de utilidad conocer ese dato.

Aquello cayó como un jarro de agua fría sobre el detective. ¿Estaba ante una demostración de desconfianza de su cliente? Se sintió paralizado, pero decidió que lo debería aparcar a un lado para poder seguir avanzando.

—Bien, comisario, respeto su intimidad familiar, pero comprenda que usted ha depositado mucha confianza en mí y que se juega demasiado en esto. Por cierto, me acaba de llegar su transferencia; le doy las gracias por ello. No hurgaré más, de momento, en esta cuestión, pero quiero que sepa que si determino finalmente que ese dato es importante para el caso, me lo tendrá que dar o, de lo contrario, me verá obligado a abandonar.

—Por favor, continúe con las preguntas —solicitó Gonzalo asintiendo.

—Deduzco que Jimena es hija única. ¿Tiene primos?

De nuevo el comisario volvió a ponerse tenso, apesadumbrado y además, esta vez Nicolás percibió que le invadía un gran agobio que, gracias a sus habilidades profesionales, consiguió esconder, aunque fuera demasiado tarde.

—Solo tiene una prima por parte de madre.

—¿Su nombre?

—Silvia —contestó, mientras miraba su reloj de muñeca—. Nicolás, lo tenemos que dejar aquí; ahora tengo otras obligaciones. A lo largo de esta tarde me comprometo a redactarle un correo electrónico con todos los datos del entorno de mi hija y si tiene alguna duda sobre lo que yo le envíe estoy a su disposición veinticuatro horas al día. Además, podemos vernos cuando usted desee.

—Muchas gracias por dedicarme este tiempo, señor comisario —se despidió Nicolás mientras estrechaba la mano de Gonzalo—. Una última curiosidad —dijo volviendo la cabeza cuando ya casi salía por la puerta.

—Dígame, detective —contestó sonriente el comisario.

—¿La prima Silvia guarda un parecido físico con Jimena?

8

Contigo

Nico estaba verdaderamente gracioso. Me entretenía observándole cantando y bailando al ritmo de la música que sonaba desde el salón mientras abría envases de comida en la cocina. Yo lo seguía con la mirada a ver si caía algo al suelo que pudiera llevarme a la boca. A veces agachaba la cabeza poniendo la más triste y sumisa de mis expresiones para despertar en él la emoción exacta e insoslayable que no le dejara más remedio que darme algo; ya era un perro guía jubilado y tampoco había que ser tan disciplinados con mi alimentación. Hubo suerte. Cogió de una fuente blanca un cuadradito de masa que parecía llevar algo dentro y lo miró como si le preguntara al alimento si sería bueno o malo para mi tripa. Lo volvió a dejar en su sitio y mi cola, que a aquellas alturas había comenzado a ventilar el aire por doquier, se paró de inmediato, mientras mi boca por el contrario seguía salivando. Con un cuchillo cortó un pedazo de pescado y lo metió en un trozo de pan. Cuando me miró con aquello en la mano clavando sus ojos en los míos sonriéndome, pensaba que la cola se me soltaría de la articulación que la une al cuerpo. Comenzó a batir de tal manera que, a buen seguro, cuando esta chocaba contra el suelo de la cocina, la vecina de abajo la oía en su techo. Me levanté para recibir como Dios manda aquel manjar que mi amigo humano acercó a mi hocico. Nico siguió cantando y bailando, mientras yo masticaba feliz. Baila, amigo, baila. Tras engullir el delicioso bocado, abusé de su confianza y, sin permiso, cogí el pan que había sobrado del mostrador de la cocina y di buena cuenta de él antes

de que mi dueño se percatase. Canta, canta, amigo, que da gusto oírte.

—Si nos dejáis, la la la la, si nos dejáis, la la la la si nos...^[1] ¡Cross, no!

—¡Cross!

Ya lo tenía Nicolás todo listo cuando sonó el timbre. Se estaba lavando las manos y salió corriendo a apagar la música, pero se dio cuenta de que no se había secado, entró de nuevo al baño e hizo lo propio con la toalla. Al salir, se tropezó con el bidé y estuvo a punto de caer al suelo. Notaba el corazón palpitando en la garganta. Detuvo la música con un clic de ratón, echó a correr por el pasillo, se olió las manos y notó que pese a habérselas lavado dos veces con jabón de olor a golosinas aún le seguían oliendo ligeramente a pescado. Se sonrojó y empezó a sudarle la frente. Se percató de que llevaba la toalla todavía en la mano, «No hay mal que por bien no venga», pensó, mientras se secaba el sudor con ella. A esas alturas ya no sabía qué hacer: si ir toalla en mano a abrir la puerta, regresar a dejarla al servicio o pedir que la tierra se lo tragara. Abrió la puerta del cuarto de invitados, que lo pillaba a un paso, y arrojó allí el empapado trozo de tela como si fuera un fardo de hachís a punto de ser interceptado por la guardia costera. Volvió a sonar el timbre, pero esta vez, el de arriba.

—Pero ¿cómo has subido tan rápido? Pensaba bajar a ayudarte con la puerta de la entrada.

—Tranquilo, Nico, que con lo que has tardado en abrirme me hubiera dado tiempo a subir y bajar tres veces —decía Milagros sonriente—. Me ha abierto una vecina que salía en ese momento.

—Pasa, pasa, adelante. Ya sabes dónde está el salón. Si necesitas algo, pídelo.

—Bueno, pues de momento lo único que necesito es que te apartes del pasillo para que pueda pasar con la silla —solicitaba Milagros mientras acariciaba el brazo de su amigo.

—Ah, claro, sí, mira, el pasillo. Pe, pe, pe, pe, perdona —tartamudeaba Nicolás, que cubría con el cuerpo la puerta del cuarto de invitados como si guardase allí el secreto del Santo Grial.

—Aunque también me podrías haber pasado en brazos —gritaba Milagros

socarrona desde el salón mientras Nicolás abría la puerta del cuarto y cogía la toalla.

—¿Y Cross, dónde está? —preguntaba a gritos Milagros desde la otra punta de la casa—. Ah, ya no es necesario que me respondas. Lo estoy oyendo rascar la puerta de tu habitación, ¿puedo abrirle?

Resulta que está aquí mi amiga Mila y no puedo salir a saludarla por haberme comido un mendrugo de pan. Manda hocicos.

—Sí, en brazos o a coscoletas, tú pide por esa boquita. Espera, ahora le abrimos. Voy con la correa para atarlo, que está la mesa puesta y no me fio. Antes ha pillado un trozo de pan, lo que quedaba de la barra de hoy, encima que le había dado un trozo con filete de marrajo y todo. Lo tendría que dejar ahí encerrado toda la tarde por malo —sugería Nicolás en voz alta para que Cross lo oyese y entendiese.

—Suéltalo, hombre. Total, por un poco de pan... Si quieres bajo yo ahora a por otra barra. O no comemos pan, así guardamos la línea.

Mientras Milagros explicaba esto, Nicolás miraba el cuerpo de su amiga: le parecía perfecto y sublime. Se quedó con las ganas de decirle que a ella no le hacía falta guardar la línea, que era preciosa, que tenía cuerpo de diosa, que en aquel momento sentada en su silla y con aquel pelo moreno, rizado, cayéndole como una voluptuosa cascada por la espalda y hombros, con aquella mirada azul tan dulce como penetrante, aparentaba... No, no aparentaba. Era una faraona que reposaba en su trono. Tuvo que carraspear y tragar saliva para poder contestarle.

—No te preocupes, que lo decía de broma... Lo voy a soltar ahora mismo, que por una barra de pan no vamos a aplicarle la perpetua revisable.

Por fin libre, aunque con correa. Da gusto olisquear a mi amiga. Aunque huele mucho a colonia como el resto de humanas, ella es mi amiga y se lo perdono todo. Qué bien saben sus manos a crema amarga. Y... pero ¡qué huele mi hocico!

—¡No, Cross! Mila, está oliendo la bolsa que llevas colgada detrás de la silla.

—Ah, claro, traigo unos pastelitos; profiteroles. Ya sabes, para guardar la línea y mantener el tipo. Ponlos a buen recaudo, que siempre nos sentarán mejor a nosotros que a este granujilla. Aisss, qué hocico tiene mi chico, que

me lo comía a bocados.

Mientras Nicolás, correa en mano, tiraba de Cross para dirigirse a la cocina a guardar los pastelillos, Milagros se fijó en la mesa. Una fuente de cristal blanco contenía raviolis ligeramente bañados en salsa de tomate y rellenos de espinacas frescas, nueces y *mozzarella*. Otra fuente metálica y alargada con tapa guardaba, aunque Milagros no podía verlo, varios filetes de marrajo a la plancha con poco aceite, poca sal y algo de perejil. Una botella de vino tinto del Priorato presidía con aire solemne el centro de la mesa. «Recomendación de Mario», pensó Milagros sin equivocarse en absoluto. En un lateral, junto a la fuente del pescado, había una fresquera llena de hielo que cumplía su misión con un Estola blanco, de la variedad verdejo, ídem en cuanto a su recomendación se refiere. Dos copas, una en frente de la otra, esperando a ser llenadas de vida, de vino. Aguardando para besar a su amante en un brindis se miraban cristalinas y vacías la una a la otra. Dos platos blancos y llanos sin adornos y unos cubiertos perfectamente colocados eran los últimos objetos que Milagros observó sobre el mantel también blanco e impoluto. Se fijó en que solamente había colocado un asiento en uno de los sitios; en el otro, un hueco lo suficientemente amplio para que ella cupiese con la silla de ruedas, y no pudo ni quiso evitar expresar una sonrisa de emoción. Todo era sencillo, minimalista y elegante, inesperado por otro lado de alguien que habitualmente no utilizaba vaso para la cerveza, que cuando desayunaba lo hacía en una taza de AC/DC y removía los cereales con el Cola-Cao utilizando una cuchara cogida prestada del restaurante de la azotea del Círculo de Bellas Artes en una tarde que estuvo con Mario y que, eso sí, desde entonces presumía con sus amigos de que él siempre desayunaba con mucho *rock* y mucho arte.

—Están deliciosos los raviolis —confesó Milagros con sinceridad.

—Espero que no se hayan quedado fríos.

—No, están geniales, Nico.

—Gracias. Voy a poner la tele, suelo ver el Saber y ganar, no sé si te gustará.

—¡Sí! Yo a veces también lo pongo mientras como.

—Qué casualidad —dijo Nicolás con cierta complicidad buscada.

El eterno Jordi Hurtado apareció en pantalla con su imperecedera e imperturbable sonrisa tras la música característica del programa. Unas canas apenas perceptibles que parecían puestas como excusa en la cabellera rizada del presentador eran la escasa prueba de que el programa y él llevaban ya más de veinte años acompañando cada día las comidas y sobremesas de todo un país y parte del extranjero a través del canal internacional.

No sé por qué hoy come Nico con la tele puesta, suele hacerlo escuchando música de ruidos infernales, de humanos chillando como si se hubieran quedado encerrados en una jaula. Ah, si es el hombre este, me cae simpático. Mario y Marijose lo solían poner y Toni y yo nos quedábamos siempre fritos en el sofá mientras ellos dos competían a ver quién acertaba más preguntas.

—De segundo tenemos marrajo a la plancha, como sé que te gusta el pescado... Espero que esté bueno. No tengo demasiada experiencia en la cocina, lo reconozco.

—No te preocupes, Nico —lo disculpó Milagros como si hablase a un chiquillo—. Que está todo genial. Los raviolis, sabrosísimos y el vino, excelente. Nunca había probado un vino del Priorato.

—Es catalán, me lo recomendó Mario, y los raviolis tampoco es que sean demasiado mérito mío porque ya venían hechos. Ha sido calentarlos con un poco de salsa de tomate y listos. El pescado sí que lo he hecho yo.

—Con tu permiso —pidió con aire ceremonial Milagros levantando la tapa metálica de la fuente del pescado.

Si una imagen vale más que mil palabras, este valor se multiplica infinitamente cuando la imagen es una expresión del rostro de una mujer como Milagros, que sabía hablar con él voluntaria e involuntariamente. Sus ojos azules parecían inspeccionar la superficie de los filetes de marrajo como lo haría desde la altura un helicóptero de la policía rastreando de noche con su potente foco una zona geográfica en busca de algo o de alguien, pero a la analista de datos de Marioscaneos no le hizo falta escrutar demasiado lo que debería ser el segundo plato de aquella entrañable comida para darse cuenta de que el marrajo estaba tan crudo por algunas partes que aún brillaba como si estuviera expuesto en el mostrador de la pescadería.

—¿Quieres que le dé yo otra vuelta de sartén? —propuso Milagros

apartando la mirada del pescado y observando con ternura a su amigo.

—Oh, no, eres mi invitada y bajo ningún concepto lo permitiré. Abro el Estola blanco y enseguida me levanto a darle otra vuelta a este muchachote. Espero no churruscarlo ahora.

—Mira, comienzan las preguntas: «Cada sabio con su tema». Vamos a ver si acertamos alguna y ahora haces si quieres lo del pescado, ¿te parece bien?

—Vamos a ello.

«... y aquí está la primera invitación: unas capitales, son “Capitales coloniales”. Y tenemos también para usted, si lo desea, “Figuras geométricas”. ¿Qué prefiere?», preguntaba la voz del invisible Juanjo Cardenal a un concursante de unos cuarenta años con gafas de pasta, escaso pelo y sobrada ilusión en el rostro. «Figuras geométricas», eligió.

—¡Bien! —exclamó Nicolás mientras giraba el sacacorchos penetrando con la espiral de acero en la silicona del tapón.

—¿Te gusta la geometría? —preguntó Milagros sorprendida.

—Bueno... algo sé —dijo Nicolás arrancando al mismo tiempo el corcho de la botella.

Ambos amigos quedaron en silencio mirando fijamente al televisor mientras Juanjo Cardenal lanzaba su primera batería de preguntas. Parecían dos corredores de atletismo preparados en la salida esperando el pistoletazo para salir disparados con todas sus fuerzas en dirección a la meta.

«... A diferencia de un cuerpo geométrico, una figura geométrica es...»

—Bidimensional —contestó Nicolás antes de que lo pudiera hacer Milagros y el propio concursante.

«Bidimensional. Correcto».

«¿Qué forma tienen las celdas de los paneles de las abejas?».

—Hexagonal —continuó Nicolás mientras con aire calmado rellenaba unas copas limpias.

«Hexagonal. Correcto».

«¿Qué arquitecto diseñó el pavimento de forma hexagonal que recubre el paseo de Gràcia de Barcelona?».

—Gaudí —volvía a contestar, ya ante la mirada medio sorprendida, medio devota, de Milagros.

«Antoni Gaudí. Correcto».

—Bueno, bueno, no he dicho el nombre, pero me la hubieran dado por válida tan solo con el apellido —le explicó a su amiga con tono seguro.

«Un balón de fútbol no es una esfera, sino un icosaedro truncado compuesto de...».

—Doce pentágonos y veinte hexágonos.

«Doce pentágonos y veinte hexágonos».

«Correcto. ¿Qué país europeo tiene monedas en forma de heptágono equilátero curvo?».

—Reino Unido.

«Dinamarca».

«No es correcto».

—Claro que no es correcto, se trata de Reino Unido. La moneda de cincuenta peniques fue un diseño innovador cuando se sacó en circulación en 1969 —apostilló apresuradamente Nicolás para que le diera tiempo a escuchar la siguiente pregunta ante una Milagros cada vez más boquiabierta.

«¿Cuál de estos artistas fue pionero de la abstracción en la pintura?».

«Piet Mondrian».

«No es correcto».

—Es Kandinsky, hombre, Kandinsky, por favor —contestó tras el error del concursante con cierto aire indignado.

«Para los hinduistas y budistas, ¿cuál es la función del círculo llamado mandala?»

—¡Meditación! —exclamó levantándose de la silla de modo triunfante tras haber acertado hasta la última pregunta.

«Meditación. Correcto».

—Bueno, Mila, voy a darle un golpe de plancha a esto —decía mirando al pescado.

—Eres un hombre sorprendente, Nico. Mario dice que tienes una inteligencia natural elevadísima, pero lo que no sabía es que además eras tan culto. Me has dejado alucinada hoy.

—Qué va... no será para tanto —contestó desde la cocina quitándole importancia.

Pero ¡qué hace este! ¿Dónde va con el pescado? Voy a seguirlo a ver si al final se estira y me da otro trozo con... no, con pan no, que me lo he comido

todo. Menudo aroma va dejando. Imposible reprimir las ganas de ventear el aire impregnado de un olor fresco y salino.

—¡Atento, Nico, que Cross va para la cocina!

Nicolás cocinaba de nuevo con sumo cuidado los filetes de marrajo hasta que al fin quedaron hechos uniformemente. Mientras se asaban a fuego no demasiado alto aprovechó para tirar los envases de los raviolis y de la salsa de tomate junto a los demás objetos reciclables y pringosos que se encontraban sobre la encimera y que Cross olfateaba extasiado estirando el cuello al máximo.

Nicolás sacó una galleta de perro, se la dio a su amigo y este la trituró con avidez formando un rítmico crujido a cada abre y cierra de mandíbula. Después Cross se relamió mirando el cubo de basura en cuyo interior estaban ya los codiciados envases.

La galleta, riquísima como siempre, pero qué buenos lametones les pegaba yo a esas cosas que Nico ha tirado... El muy aguafiestas ahora irá y le pondrá la tapa al cubo.

—¿Qué te parece, peludete? Es preciosa y qué dulce que es. Sé que tú la quieres un montón... Se la ve a gusto ¿verdad? Ha flipado con lo de las preguntas —le decía Nicolás en voz baja a su amigo peludo mientras este lo miraba con gesto tierno—. ¡Vamos al salón, Cross, no te quedes aquí, que no me fio!

Milagros recibió a los dos amigos con la mejor de sus sonrisas. Dio un leve sorbo al vino y observó el pescado que Nicolás puso con ademán profesional ante sus ojos.

—¿Está bien así, señora?

—Señorita, si no le importa. Y sí, el pescado tiene una pinta magnífica. Hummm, qué rico está, Nico. Hoy estoy comiendo genial: el vino, los raviolis, el marrajo y... sobre todo vuestra compañía. Es todo magnífico.

—Gracias. Me haces muy feliz diciendo eso.

—Bueno, cuéntame cositas, corazón. ¿Cómo va tu vida de detective? ¿O prefieres seguir viendo Saber y ganar?^[2]

—No, apago ya la tele y charlamos. Lo primero es lo primero.

Cross emitió un largo y profundo suspiro que hizo reír a los dos humanos. El sabor de la galleta de premio ya había desaparecido por los laberintos del

tiempo, pero el olor a pescado que tanto lo incitaba seguía allí bañando toda la atmósfera. Además, como la mesa era de cristal, de vez en cuando levantaba la mirada para ver pasar un trozo de comida. Finalmente se durmió arrullado por la conversación de Milagros y Nicolás.

—Va todo muy bien. Me siento afortunado. Estoy seguro de que no existe en el mundo detective privado que haya tenido tanta suerte como yo en sus comienzos. El caso es un gran caso, la garantía económica y la cantidad monetaria son más que solventes. Es cierto que también hay numerosas incertidumbres en todo esto. A veces pienso que es demasiado bueno para ser cierto y no sé si estoy ante una oportunidad o ante una mentira.

—Los inicios cuando no son duros son difíciles y en ambos casos suelen ser complejos. Te entiendo; ahora tu mundo se ha puesto patas arriba y supongo que nada o casi nada encaja, pero ya verás como poco a poco cada pieza se va colocando en su sitio.

—Eso espero, Mila. De momento este finde planificaré reposadamente una estrategia, una línea de acción y el lunes seguiré con la marcha. Ese día tengo una cita con una doctora en Alcobendas.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Milagros con voz susurrante como si alguien los pudiera estar escuchando.

—No, se trata de Pilar, la madre de Jimena, la ex de Gonzalo Ramírez.

—Ah, vale, me dejas más tranquila. Seguro que una madre será quien más información pueda proporcionarte sobre su hija, probablemente esta sea la persona más importante en el entorno de Jimena. No quiero ni imaginarme lo mal que lo estará pasando la mujer sin saber dónde está su pobre hija —decía Milagros apenada—. Tendrás que recabar todo tipo de datos de las personas que rodeaban a la chica, desde los más cercanos a los que no lo son tanto. Sobre todo también de aquellos con los que más contacto mantuvo en los últimos días antes de la desaparición.

—Ayer me reuní con el comisario y por la tarde me mandó un correo con información del entorno de la chica. Tiene un círculo de amigos y familiares más o menos normal, el típico de una mujer de veintiún años, pero hay tres personajes que me rechinan. Una prima suya de la cual Gonzalo me proporciona poca o ninguna información y un antiguo matrimonio que parece estar metido en política al mismo tiempo que en ciertas cuestiones

espirituales, nada peligrosas ni mucho menos, todo lo contrario, pero creo que Gonzalo me insinúa que ambos son piezas clave en todo esto.

—Si necesitas cualquier cosa de mí en tu labor de investigación, puedes contar con ello. Ya sabes que me muevo bastante bien en las redes, tanto en las visibles como en las profundas e imperceptibles para el común de los mortales —dijo Milagros tan exenta de humildad como de soberbia, segura de lo que indicaba.

—Me serás de gran ayuda, es una suerte poder contar con la mejor analista de datos que conozco, gracias.

—Eso se lo dirás a todas las analistas —alegaba Milagros con ojos y sonrisa pícar—. Vamos a brindar por nuestra amistad, por tu nueva vida y por Cross, aunque lleve ya casi media hora roncando.

Asunto: Información entorno

De: Gonzaloramirez-7171@gmail.com

Para: Ngarciarequena@yahoo.com

Reenviado: para Milagros@Marioscaneos.es

Apreciado Nicolás:

Aquí le mando la información que me solicitó. Si necesita algún otro dato, ya sabe que me tiene a su entera disposición.

*—Madre: Pilar Bilbao, médica de familia en el Centro de Salud de Valdelasfuentes en Alcobendas. Telf. 607 *** ***. También le proporciono el teléfono directo de su consulta 914 *** ***.*

—Marta Bercial: es la mejor amiga de Jimena.

*Hicieron la ESO y el Bachillerato juntas. Ahora ella está estudiando Derecho. Telf. 686 ****.*

—Carlos: es amigo de la pandilla. Creo que es informático. Lo conoció en Bachillerato.

—Esther: también amiga desde la ESO. Trabaja de camarera en un pub de Malasaña.

—Marina: pertenece al mismo grupo de amigos que los anteriores. Estudia Trabajo Social o algo así.

—Silvia: prima de Jimena, 31 años.

Las dos siguientes personas cuyos datos le facilito merecen a mi juicio especial atención por ser quienes desde el punto de vista ideológico y filosófico más influyeron en mi hija en los últimos meses. Además, destaco que ambos rondan los 45 años de edad.

—Linda Paesa: diputada por el Partido Popular en la Asamblea de Madrid. Fue militante de Izquierda Unida, es seguidora de los Sannyasins, un grupo internacional de orientación espiritual que sigue las enseñanzas del maestro Osho. Puede encontrar mucha información al respecto variada, controvertida e incluso contradictoria en internet. Si necesita hablar con alguien que sea experto en

el tema, cuente conmigo a la hora de buscarlo.
—Alberto Ximénez: exmarido de Linda Paesa, masón declarado, militante del Partido Socialista y aspirante a la secretaría general del partido en Madrid.

Respecto de los amigos de mi hija, no dispongo de más teléfonos que el de Marta, pero ella le podrá facilitar los contactos de los demás, con la excepción de los dos últimos, a los cuales probablemente Marta ni siquiera conozca.
Reciba un cordial saludo, Gonzalo

9

Dulce introducción al caos

Allá donde se junten un niño y un perro encontraremos la unión de los sentimientos más puros y nobles que jamás hayamos tenido oportunidad de experimentar. Ambos gozan de un gran nivel de compatibilidad y comprensión mutuas.

No debe de ser para nada agradable que unas manos menudas, pero frenéticas, estiren de tus orejas continuamente, aunque se haga con todo el cariño del mundo.

El rabo de los perrunos es la protuberancia por excelencia favorita de los niños. La gracilidad de sus movimientos, el hecho de que sea algo que se encuentra adherido al trasero de estos y, sobre todo, que se trate de un miembro físico del que los humanos hoy día carecemos es lo que más llama la atención y despierta al máximo la curiosidad de los cachorros de dos patas. Todo ello forma un conjunto de cualidades óptimas para que estos estiren de él como si el perro, más que ser un animal, fuese un muñeco de peluche.

Que te introduzcan un fino dedo en el ojo, por mucho que este huela a galleta o a piruleta de fresa, no debe de ser tampoco nada placentero. No habría adulto humano, por cercano que fuese el parentesco con el pequeño, que soportara esta tiranía de la inocencia como sí lo hacen sin embargo sus amigos de cuatro patas. La crueldad de un cachorro humano es limitada, pero no por esto deja de ser molesta. Los perrunos muestran con ellos su nobleza más profunda y una paciencia inagotable.

Jazz tenía dos grandes motivos por los cuales deseaba llegar a casa en la mitad del día, siempre en torno a las dos o las tres de la tarde. Uno era el momento en que Mario llenaba su cuenco de pienso, y el otro era el hecho de poder jugar con Toni. Este, mientras tanto, esperaba impaciente a que Jazz terminase su comida para poder revolcarse por el suelo con él.

—¿Qué te pasa, orejotas, que levantas la cabeza, has olido u oído algo? —preguntaba el pequeño a un atento Jazz—. Anda, suena el timbre. Ya están aquí.

Los dos pseudocachorros, el humano y el perruno, salieron corriendo hacia la puerta. Toni descolgó el telefonillo.

—Mamá, es Nico, ¿le abro?

—¿Tú qué crees, hijo mío? —contestó la madre—. Claro que le puedes abrir, que además vendrá con Cross.

—Pero deja pasar solamente a Cross —decía el padre entre risas desde la cocina—. Nico que se quede fuera, que se bebe nuestra cerveza. Y ata a Jazz, que no se escape.

—Que me ha dicho mi papá que solo puede pasar Cross —le explicaba Toni a Nicolás—. Aisss, quita, que me vas a tirar, bruto —chillaba, pataleando ya elevado a metro y medio del suelo en brazos de Nicolás.

—Este saco de patatas cada vez pesa más, con lo bien que se aupaba hace unos años —afirmó Nicolás agitando el cuerpecillo de Toni en el aire, el cual acompañaba el ritmo de sus botes con sonoras carcajadas.

Cuando volvía a casa de mi anterior dueño las emociones se me ponían siempre a flor de pelo. Estaba evidentemente contento de regresar a mi antiguo hogar, oler de nuevo aquellos aromas, sentir el fresco del suelo de madera bajo mis pezuñas, ver a Toni cada vez más cambiado, jugar con él y con Jazz, además, poder ver cómo crece ese pequeño gran trozo de vida que Marijose alberga en su barriga, pero también tengo que reconocer que sentía celos cuando Nico interactuaba con mi pequeño amigo humano, mi hermano de dos patas. Si Nico jugaba al mismo tiempo con Jazz y con Toni, los celos se multiplicaban. Luego se me solidificaban en el pecho en forma de una bola viscosa, atravesaban la garganta y finalmente salían disparados por mi hocico transformados en aire en forma de prolongado suspiro. Yo no sé si seremos mejores o peores pero... perrunos por todo esto. Imagino que antes, cuando

nuestros antepasados no se habían mezclado con los humanos apenas, no teníamos este tipo de emociones contradictorias. A buen seguro las hemos aprendido de ellos. No obstante, Nicolás se daba cuenta pronto de estos detalles y enseguida cedía a mis chantajes emocionales. No porque sintiera lástima de un perro adulto, que no viejo, como yo. Lo hacía porque uno tiene su carisma amén de una perronalidad arrolladora. Sigo siendo Cross, el atractivo golden retriever que todo el mundo quiere, y Jazz, sin embargo, es ese perro joven y vital, pero con menos gracia que yo, y que conste que yo tengo muchos amigos pastores alemanes y no soy para nada racista.

Que las emociones tengan que ser encorsetadas significa una de las mayores pérdidas de tiempo para nuestra especie; que no las dejemos fluir como hacen el resto de animales, que para colmo les impongamos a ellos nuestras normas no absurdas, pero sí nocivas. Pues sería un requisito casi indispensable para que este hecho fuera tratado de absurdo que el mismo no tuviera justificación, y ahí estriba buena parte del problema, en la justificación y la motivación que le damos. Reprimimos emociones en aras de un orden establecido, de una comodidad, de una determinada obsesión por la seguridad. Cuando Nicolás había cogido en brazos a Toni, Cross se había puesto celoso, pero si su dueño no lo hubiese llevado atado de la correa, podría haberse unido al juego y no se habría sentido desplazado. Jazz, tres cuartos de lo mismo. Estaba atado en un rincón observando cómo las emociones salían a chorro en distintas direcciones: Nicolás, Toni y Cross. De haber estado sueltos y libres los dos perrunos se habría armado una algarabía tremenda. Cross se vería desbordado de alegría al volver a su viejo hogar, ver a su pequeño Toni, a Mario, María José y a su nuevo amigo Jazz. Este se revolucionaría al observar el reencuentro y se uniría a la jauría. Toni brincaría extasiado y ebrio de vida. El único que quizá jugaría un papel más observador y pasivo, pero no por ello menos entusiasta, sería Nicolás, que como mínimo disfrutaría a más no poder siendo testigo de excepción de aquella orgía de amor, inocencia y diversión. Los daños colaterales a lo sumo podrían haber supuesto algún que otro arañazo en la piel tierna y blanquecina de Toni, una o dos servilletas de papel hechas trizas, un rasguño en la mesa de madera o en las puertas perfectamente lacadas o un insignificante desgarró en la sudadera de Nicolás. Un precio demasiado bajo para renunciar a la alegría instintiva. Somos una

rara especie, no hay duda.

—Venga, chicos, un poco de calma. ¡Toni, ya! Que vas a alterar a los perros más de lo que están —dijo Mario intentando hacerse oír entre los ladridos con tono paciente pero autoritario—. Vamos a sacarlos a los dos a la terraza aprovechando que hoy no hace nada de frío. Les voy a dar un hueso a cada uno y así comemos nosotros más tranquilos.

—¿Y yo me puedo quedar con ellos en la terraza? —preguntó Toni ante las risas de los adultos—. No sé de qué os reís. Sois unos aburridos.

—No te enfades, cariño, pero es que nosotros queremos comer contigo —le explicó dulcemente la madre.

—Ya, pero es que yo prefiero comer con ellos.

—A la mesa, Toni —zanjó Mario—. Después ya tendrás tiempo de jugar con Cross y Jazz.

Toni se sentó con los adultos refunfuñando y visiblemente enfadado, pero en dos segundos la expresión de su cara y el estado de ánimo cambiaron. Los mayores habían puesto en la mesa diversos aperitivos, Toni fijó la mirada en uno de ellos, el más sencillo: un pequeño bol de patatas fritas. Los ojos se le abrieron como platos y su brazo se estiró instintivamente hasta que alcanzó una con su pequeña mano.

—Te habrás lavado las manos, supongo —indagó María José con la actitud de quien dice lo mismo todos los días a la misma hora y en el mismo lugar.

Toni se encogió de hombros y miró a Nicolás, que se aguantaba la risa.

—Sí que me las he lavado; esta mañana en el cole. Y tú no te rías, que a ti tampoco te las he visto lavar desde que has llegado —le decía a un Nicolás ya desbordado en carcajadas—. ¡A que te tiro una patata!

—¡Toni, ya! —exclamó su madre.

—A que yo te tiro una aceituna con hueso y todo.

—¡Nico, ya! —gritó Mario también.

Los cachorros humanos, al no haber sido infectados todavía por el virus del resentimiento, pasan, al igual que los perrunos, de un estado de ánimo a otro en segundos, incluso prescindiendo de cualquier tipo de fase transitoria.

—¿Y es verdad que ahora te has hecho detective, Nico? —le preguntó el niño con tono cariñoso al amigo de la familia.

—Sí, sí. Ahora trabajo de eso.

—Pero ¿matas muchos malos?

Nicolás se atragantó con la espuma de la cerveza y su amigo Mario le tuvo que dar golpes en la espalda para que pudiera volver a disfrutar del lujo de respirar.

—¿He dicho alguna cosa mala, papá?

—No, hijo, pero igual te has confundido un poquito por haber visto en la tele alguna serie o película a deshora. En su nuevo trabajo Nicolás se ocupa ahora de averiguar datos sobre personas para ayudar a la gente que le contrata.

—¿Entonces es igual que Vitoria, la vecina esa que siempre está asomada a la ventana, a la que mamá y tú llamáis «la cotilla»? ¿A Vitoria también le pagan, mamá?

Vamos, Cross, que resulta que nos han dado un hueso idéntico a cada uno y tú lo llevas más avanzado que yo. Con razón los de tu raza tenéis esa fama de glotones. Míralo cómo mastica el abuelo... menuda dentadura tiene y qué ganas le pone. No me hace ni caso, tampoco mira a los humanos de dentro y parece que para él solamente exista el hueso. Yo lo voy a dejar un rato y voy a llamar a Toni, a ver si nos abre la puerta.

—Eso quisiera la vecina, que además le pagasen por cotillear —contestó María José.

—¿Les puedo abrir ya? Jazz está arañando la puerta.

—No, que aún no hemos terminado de comer y se van a poner un poco pesados —dijo su padre.

—Pues dejadle que salga con ellos, que hoy no hace frío en la calle —sugirió Nicolás.

—¿Eso, mamá! Me salgo con los perritos, que yo ya he terminado de comer, no como vosotros, que sois muy lentos.

—Bien, pero ponte una chaquetita.

—¿No nos vas a contar qué tal la comida del otro día con Mila? —preguntó Mario nada más escuchar que su hijo ya se encontraba fuera del radio auditivo.

—Pues una comida entre dos compañeros, qué queréis que os cuente —dijo Nicolás moviendo la mano como queriendo quitar importancia al tema—. Por cierto, ya os puedo devolver el DVD.

María José y Mario vieron sonrojarse a su amigo por primera vez desde que lo conocían. Ambos se miraron con complicidad y este se sintió acorralado, con lo cual se vio forzado a cambiar de tema.

—Me tenéis que contar cosas sobre la masonería y los Sannyasins.

Viene Toni y no trae hueso. Por si acaso me voy a retirar un poco, no me lo vaya a quitar. Jazz no parece hacerle mucho caso al suyo, qué juventud, esta. Yo no he perdido las ganas ni las fuerzas para luchar por robar furtivamente de vez en cuando un trozo de pan o de disfrutar con toda mi alma de un buen hueso de premio. Cuando tenía la edad de Jazz yo era igual que soy ahora. Ni he cambiado ni pienso hacerlo. Y más le vale al jovenzuelo que espabile, que como se descuide en cuanto termine con el mío me lanzo a por el suyo y si se tiene que liar parda, que se líe.

—Jo, Jazz... Cross no nos hace mucho caso hoy. Resulta que hace un montón que no lo veía y parece que quiere más a su hueso que a mí. Tú lo ves todos los días en la oficina de papá, yo a veces lo echo de menos. No te pongas celoso, ¿vale? Voy a acariciarlo a él un rato mientras sigue royendo — dijo Toni mientras ambos perrunos lo miraban con gesto de entender cada palabra que el niño pronunciaba.

María José, que estaba sentada frente a la cristalera de la terraza, podía ver cómo su cachorro humano interactuaba con los dos perrunos. Tenía el rostro iluminado, impregnado de gozo y de futuro, pues mezclaba la visión que le proporcionaba el presente con la imaginación. Se puso la mano en el vientre y se movió algo, alguien. Era ella. La niña sin nombre era la que ahora sentía a su hermano de seis años y a sus dos amores de cuatro patas a través del cordón umbilical de la madre. Cordón que sin duda alguna no solamente transportaba vitaminas, proteínas y calorías necesarias para la vida física sino que además transmitía emociones, sentimientos y sensaciones. María José imaginaba a su hija allí en la terraza jugando felizmente con Cross, Jazz y Toni.

—Sí, algo sé de la masonería. Hace unos años me dio por leer libros de ese tema y la verdad es que me sigue apasionando su mundo. De los Sannyasins he oído hablar mucho, sobre todo en la época en que practiqué yoga y meditación. Son gente inofensiva que quieren crecer espiritualmente hablando, igual que los masones, aunque evidentemente en un plano muy

distinto. Quien te puede hablar de los Sannyasins o Neosannyasin, que son los seguidores de Osho, es aquí la señora psicóloga que controla mucho esos temas —contestaba Mario a una serie de preguntas que le había formulado Nicolás mientras le leía el email que el comisario le mandó hacía unos días.

—¿Cómo? ¿Qué pasa con Osho y sus seguidores?

Ambos amigos se percataron de que María José regresaba de inmediato al mismo mundo que ellos pisaban. Era habitual entre esta pandilla de treintañeros bromear cuando alguien aterrizaba procedente del espacio sideral de los recuerdos y las emociones, de lo anhelado o de lo futurible al presente mundano. Es en estos momentos cuando surgen expresiones del tipo «Estás empanado», «Te has quedado grogui», o «Vuelve, Futanito, vuelve».

Mario y Nicolás miraron a la psicóloga con toda la candidez del mundo. El primero no podía ver su rostro, pero gracias a su gran poder de intuición y a los lazos sentimentales que lo unían a ella pudo sentir lo que su mujer estaba experimentando. El segundo, Nicolás, no había visto jamás aquella expresión en el rostro de su amiga y le pareció tan bello, tan dulce, que no quería ser él quien pudiera poner fin al momento.

—Nada, cariño, que Nico me ha leído un correo que le mandó el comisario y... —explicó Mario pausadamente como quien habla a una niña pequeña que acaba de despertarse—... dicho correo habla de dos personas del entorno de su hija. Una es Sannyasin y otro, que por cierto es actualmente amigo y exmarido de ella, es, entre otras cosas, masón. Dice Nico que se reunirá con ellos pronto y que si le podemos contar algo al respecto para no presentarse allí de vacío, ya me entiendes. Yo, de todas maneras, Nico, si cuando vayas a reunirte con ellos puedo sacar un hueco, te puedo acompañar.

—Quisiera visitarlos a los dos por separado. Creo que así será mucho más efectivo —contestó Nicolás a Mario mientras miraba algo preocupado a la mujer de este, que parecía estar entrando en una especie de trance.

—Creo que has acertado en el orden en que vas a entrevistarte con las gentes del entorno de Jimena. Esta tarde la madre te dará una visión de la chica más sentimental y emocional. En cuanto a estos dos amigos, a primera vista —dijo Mario señalándose las gafas de sol con uno de sus dedos índices provocando que Nicolás sonriera—, no parecen sospechosos de nada, pero ya sabes que mucha gente es medio abducida por ciertas creencias y no quiero

decir con esto ni que los masones ni los Sannyasins ni ningún otro grupo de carácter espiritual esté metido en rollos turbios, pero que hay que andar con cuidado, sobre todo con la interpretación que individuos o ciertos grupúsculos pertenecientes a estos grupos puedan hacer de sus enseñanzas. Hay millones de organizaciones, hermandades, partidos políticos y todo tipo de confesiones que quieren cambiar el mundo a mejor y me parece algo muy respetable. Además, en el fondo lo están consiguiendo. Aún hay guerras, miserias, hambrunas y todo tipo de injusticias, pero si te fijas, poco a poco se van reconociendo ciertos derechos humanos y civiles que antaño solamente reivindicaban grupos mal llamados extremistas. Quizá vamos en la dirección apropiada, pero lo hacemos a cámara lenta. Perdóname por el sermón, Nico, lo que te quería decir es que tengas cuidado con las buenas intenciones de ciertos individuos, ya que tras ellas pueden existir métodos muy peligrosos. Si esta chica frecuentaba este tipo de creencias tan saludables e inofensivas, probablemente se haya podido cruzar con alguien capaz de haberla retenido mediante un lavado de cerebro o vete tú a saber de qué manera.

—¿Cómo se llama la hija del comisario? —preguntó María José obviando como si estuviera hipnotizada el tema de la conversación—. Llevo haciéndole terapia casi un año y nunca me lo ha dicho.

—Jimena —contestó secamente Nicolás.

—Jimena, Jimena, Jimena —repitió susurrante María José mientras se tocaba el vientre—. Mario, es un nombre precioso.

Todavía rememoraba Cross, tumbado en el asiento de atrás del coche de Nicolás, el sabor del hueso que hacía casi una hora había triturado con sus impecables muelas y dientes de perruno adulto. Hubo además un intento de alcanzar el hueso de Jazz, al cual no parecía entusiasmarle tanto como al insaciable golden retriever, pero este protestó con un gruñido llevándose su tesoro a un rincón de la terraza. Toni puso paz entre ambos con un inocente «No discutáis, que sois amiguitos. Venga Cross, que tú ya te has comido el tuyo, y Jazz, no te enfades, que él pensaba que ya no querías más hueso».

Las imperceptibles vibraciones de los vehículos modernos no lo son tanto para la sensibilidad de los perros como lo son para nosotros. Esta sensación

siempre arrullaba a Cross desde que su amigo humano accionaba el motor. El vibrato que le proporcionaba el vehículo y la música habitualmente estridente de Nicolás, que sonaba tan solo en los altavoces delanteros, lo solían arrullar de tal manera que casi siempre se adormecía.

«Cómo quieres que escriba una canción si a tu lado no hay reivindicación. La canción de que el tiempo no pasara, donde nunca pasa nada. Una racha de viento nos visitó y al árbol ni una rama se le agitó».^[3]

Nicolás había decidido poner una música medianamente tranquila y melodiosa en comparación con lo que solía escuchar, Cross lo agradeció entrando en un sueño más profundo de lo habitual, y a él le sirvió para poder calmar su revolucionada mente. Iba a visitar a la madre de una joven desaparecida que al parecer se juntaba con todo tipo de gente, en principio, toda buena y socialmente integrada, pero ahora era el momento de buscar alguna mala influencia, el garbanzo negro del cocido el cual probablemente ni fuera negro ni garbanzo. El que en la lista de amigos y conocidos de Jimena hubiese un masón y una seguidora del gurú indio Osho parecía demasiado evidente, un hilo conductor muy remarcado para ser cierto. Su enorme intuición le decía que claro que habría que investigar minuciosamente a estos dos individuos, pero no pasar por alto a quien menos sospechas infundiera.

Mario y María José, en una breve sobremesa, le habían explicado someramente quiénes eran los masones y los Sannyasins. Los primeros claro que los había oído nombrar en múltiples ocasiones y en distintos escenarios y épocas. Su abuela, militante del Partido Comunista, le había contado que Franco estaba obsesionado con los judíos, los masones y los comunistas de forma enfermiza y paranoica. Ya de mayor, al adquirir unos conocimientos básicos de cultura general, supo separar los tres grupos ideológicos y fue consciente de que lo único que tenían en común era la desgracia de ser odiados por el mismo dictador militar.

—Claro, el contubernio judeomasónico marxista, pero ¿qué cojones tenían que ver unos con otros?

Mario le había explicado por encima que la masonería procedía de las primeras logias de constructores y que con el tiempo y una caña,

probablemente varios siglos después, llegaron a conformar un poder paralelo a la religión oficial y a la Iglesia Católica, pero siempre desde el respeto a otras confesiones. Que en la actualidad son hombres y mujeres a los que les gusta iniciarse con sus propios ritos y simbolismos. Que algunos grupos hoy día caen en un esoterismo un tanto folclórico, pero que otros son personas muy serias que entienden a Dios como el arquitecto del universo y trabajan teniendo en cuenta el conocimiento, la ciencia, la espiritualidad e incluso las ciencias sociales para mejorar y crecer interiormente y espiritualmente, y para conseguir un mundo mejor con mejores personas. Y que todo el halo de ocultismo, hermetismo o clandestinidad que los había rodeado hasta la fecha se debía poco más que a la fuerte persecución que sufrieron a lo largo de los siglos. Que en el presente era normal encontrar personajes públicos que se declaraban masones y que estos incluso tenían presencia en las redes sociales. Y que lo poco que les queda de secretismo a día de hoy se debe básicamente a la privacidad que cualquier grupo ideológico precisa y que si no se habían deshecho del todo de esta cuestión sería por pura tradición, por cierta estética mística o por una especie de síndrome de Estocolmo colectivo.

Por otro lado, María José le explicó algo sobre los Sannyasins. Ahora, mientras conducía, recordaba alguna cosa, pero el nombre no había conseguido memorizarlo demasiado bien.

—Yasines, Santachines... ¡Hostias!

Recordaba poco más que habían sido unos monjes de la India que existían desde siglos atrás y que un tal Osho... A Nicolás este nombre le sonaba a oso salvaje y no podía reprimir imaginarse un enorme oso polar agitando sus garras al aire mientras gruñía. Bueno, que el tal Osho, el de la «h» intercalada, reformó en los años sesenta y setenta del siglo XX las normas de dichos monjes que hoy día continuaban esparcidos por medio mundo, incluyendo Occidente. Que antaño fueron religiosos muy ortodoxos que renunciaban a la vida material, que no constituían una orden al uso, con sus monasterios, sus normas y jerarquías, sino que eran peregrinos libres que vagaban por toda la India, y que Osho, en los tiempos modernos, promulgaba que el Neosannyasin no debería renunciar a la vida material, pero sí a su pasado cultural, emocional y de conducta. Vamos, que según interpretó Nicolás, ahora estos monjes podrían ser banqueros o albañiles. Los primeros, sin tener que

deshacerse de su Ferrari y los segundos, sin el deber de renunciar al partidito de fútbol en el bar tomando unas cervecitas con los amigos. Siempre y cuando consigan eliminar el ego, las emociones de todo tipo y se pongan una túnica naranja para recitar mantras solos en casa o en comunidades místicas de vez en cuando.

Nicolás sacudía la cabeza a uno y otro lado mientras conducía, como queriendo decir que no entendía nada. «Ya me lo explicarán con mayor profundidad —pensaba—. Ay, Dios mío, santo cielo, como diría mi abuela paterna».

Dio un profundo suspiro secundado por otro de Cross, mientras activaba la luz intermitente del coche para tomar el desvío que lo sacara de la autovía del Norte.

El lugar donde aparcamos me resultó bastante agradable, estiré el cuello para ver la calle. El día era soleado aunque no hacía excesivo calor. Desde dentro del coche podía oler la hierba de algún jardín cercano. Notaba también en mi hocico cómo olían las hojas caídas de los árboles. Era un olor ligero y seco, conocido pero nada llamativo para mi gusto. Al bajar del vehículo, menos mal, pues llegué a pensar que me dejaría dentro, olfateé algún montoncito de hojas secas a ver si algún perruno se había atrevido a anticiparse. La verdad, no encontré mucho rastro por allí de ningún semejante, así que me aventuré poniendo a prueba la paciencia de Nico a detenerme aquí y allá para echar algún que otro chorrete que humedeciera las insípidas hojas.

Nos acercamos al edificio y yo aún no sabía si me dejarían pasar o no. Nico se detuvo antes de entrar, se quedó mirando a un banco de piedra, después a un árbol cercano y más tarde, a una farola que estaba a la sombra. Sacó algo del bolsillo y me lo enganchó en el collar a la altura de la nuca. Vaya, así no alcanzaré para poder mordisquear este cacharro y convertirlo en un juguete. Me ató y al principio me quedé extrañado, pero me di cuenta de que mi amigo de dos patas estaba relajado y eso me tranquilizó. Nicolás sacó su móvil y lo estuvo manipulando un rato. Ajustó la cosa esa que me había puesto en el collar, miró a ambos lados de la desierta calle y pasó al edificio.

—Aquí te dejo, campeón. No te preocupes, que parece una zona tranquila. Y con esto que te he puesto en el cuello te tendré vigilado.

Las suelas de las zapatillas de Nicolás chirriaban al rozar el suelo

brillante e impoluto del centro de salud donde trabajaba Pilar Bilbao. Las personas que se encontraban sentadas en los pasillos que hacían a la vez de salas de espera eran en su mayoría de edad avanzada. Según iba sonando el fri, fri, fri de sus pasos, interrumpían sus conversaciones susurrantes para mirar al joven. Este había vuelto a la chupa de plástico imitación de cuero negro y a los vaqueros ajustados, algo menos ajustados que antes, eso sí. Dejó atrás el traje y la odiada corbata de los tiempos de Marioscaneos y pensó que si llamaba de aquella manera la atención en ese lugar, qué hubiera pasado de haber entrado con Cross.

Bueno... No se está mal aquí y qué amable es este ancianito que me acaricia.

—Vamos, Anselmo, deja al chucho, que se te va a pasar la hora.

—Pobrecito, que lo llaman chucho, con esa carita que tiene. No te preocupes, mujer, si el doctor siempre llega tarde, y total, para que me mande los mismos potingues de siempre, más valdría que me quedara aquí con mi amigo.

—A ver si te va a morder o a pegar alguna pulga.

—Que no, Manola, pero ¿no ves lo limpio que está? Se parece al de la Reme.

—Qué va, si el de la Reme es blanco y este es color canela.

—Pero mira, tiene la carita blanca.

—Eso es porque es viejo.

—Tú sí que eres vieja.

—Y tú, ¿no te digo? Habló el jovenzuelo.

—Vamos para dentro, que al final se me va a hacer tarde.

—Tira, anda, tira y lávate las manos antes de pasar a la consulta.

Nicolás, sentado como si fuera un paciente más, miraba la pantalla de su teléfono móvil y escuchaba algo con los auriculares puestos mientras se tronchaba de la risa.

—Eso es que está viendo vídeos en el «yutus» como mi nieto.

—Ea, si el muchacho no hace mal a nadie... La juventud de ahora es que

es así.

Lloriqueé y gimoteé un par de segundos cuando se fue mi amigo y la mujer que finalmente me dedicó una sonrisa y todo al despedirse. Pensaba que me quedaría solo hasta que Nico saliera, pero dos muchachos que iban en bicicleta pararon a saludarme.

—Mira qué guapo, tío.

—¿Lo habrán abandonado?

—Qué va, si tiene su collar y todo y está muy limpio. Los dueños estarán en el médico. ¿Y esto qué es? —dijo el muchacho señalando el dispositivo que Cross llevaba en el collar.

—Parece una radio o una cámara o las dos cosas.

—¿Se la sisamos?

Mientras yo movía la cola para saludar a mis dos nuevos amigos, algo sonó detrás de mis orejas y los dos muchachos salieron corriendo en sus bicis como si fuera la hora de la merienda.

La doctora Bilbao guardaba un gran parecido con su hija, se podría decir que eran idénticas salvo que esta había vivido treinta años más, y pese a tener los ojos del mismo color que Jimena no tenía aquella mirada envolvente que tanto había impresionado a Nicolás.

Ambos se miraron y en sus expresiones se adivinaba que se alegraban al verse, al conocerse, al encontrarse, pero ninguno de los dos sonrió.

—¿Nicolás García Requena?

—Sí —respondió Nico como si fuera un paciente más.

—Pase, Nicolás.

—Disculpe un segundo, doctora —se excusó el detective tras cerrar la puerta de la consulta—. Muchachos, aléjense del agente Cross, es un perro policía y está participando en una misión secreta. Si no quieren ser fichados y detenidos, guarden sus intenciones de robar material perteneciente a la policía y de atentar contra la autoridad —añadió Nicolás hablándole a su teléfono móvil mientras la doctora lo miraba con perplejidad—. Disculpe, ya he terminado, señora Bilbao. Es que tengo afuera a mi ayudante, y dos mocosos que iban en bicicleta lo estaban molestando.

—¿Y por qué no pasa con usted su ayudante?

—Es un perro... No se preocupe, que está a salvo. Hoy estreno un dispositivo que lleva cámara, micrófono y un minialtavo de alta potencia que me sirve para estas ocasiones.

—Disculpe, detective, me parece muy bien su ingenio, pero tengo una consulta por delante con cuarenta pacientes que debo atender en tres horas, con lo que cada uno podrá disponer de cuatro minutos y medio de mi atención, toda una utopía cronológica y matemática.

—Entiendo, doctora —asintió Nicolás—. Malditos recortes —murmuró.

—Sí que quisiera permitirme unos segundos para darle las gracias por haber aceptado el caso. Me tiene a su disposición y cualquier cosa que pudiera quedar hoy pendiente no se preocupe, que lo podremos aclarar en otro momento.

—Gracias, comenzaré entonces sin más dilación con las preguntas —dijo Nicolás pareciendo más un presentador de Pasapalabra que un detective—. ¿Cómo fue la relación con su hija en los últimos meses, los previos a la desaparición?

—Se podría decir que estuvimos más unidas que nunca. Jimena siempre ha sido muy reservada y en esos días, sin embargo, me contaba muchas cosas. Jamás me dijo, ni siquiera cuando iba al colegio o más tarde al instituto, si le gustaba uno u otro chico o chica, pero igual que le pongo ese ejemplo era similar con otras cuestiones. En esos meses me habló de Carlos...

A Nicolás enseguida se le encendió un piloto de alerta, miró su agenda y subrayó el nombre en el listado de amigos de Jimena.

—Un amigo de toda la vida. Creo que se conocieron en el instituto y que últimamente le estaba haciendo tilín —confirmó Pilar sonriendo al evocar aquel recuerdo—. Me confesaba sus miedos, las notas que sacaba en la universidad, cómo eran las profesoras y los profesores, sus compañeros de facultad. —Suspiró prolongadamente y continuó hablando—. Era otra persona.

Nicolás se encontró ante la tesitura de darle un giro inesperado al interrogatorio, pues lo último que hubiera pensado es que Jimena, en vez de mostrarse rara, esquivada o irritable en los momentos previos a desaparecer, hiciera todo lo contrario. Según Pilar, se había convertido por arte de birlibirloque en una chica dialogante, afable, colaboradora y transparente.

Subrayó la siguiente pregunta enérgicamente en el cuaderno de notas rasgando sonoramente el papel y con la misma fuerza disparó tras leer la frase, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Conoce los motivos por los cuales seis meses antes de desaparecer dejó de hablarse con su padre?

Pilar agachó la mirada y la dirigió hacia su izquierda fijándola en un taco de pólitos que tenía en la mesa. Levantó los ojos de allí y miró a Nicolás, quien se fijó en ellos con atención. Ojos azules como azules eran los de Milagros. Azules igual que los de Jimena, pero radicalmente diferentes pese a tener los de las tres mujeres un color y una tonalidad idéntica. Los de su amiga, dulces e inteligentes como de gata, los de la chica desaparecida, místicos, enigmáticos, profundos, bíblicos, mesiánicos, parecía que encerraban dentro al universo. Los de Pilar eran de un azul calmado, sufrido, agotado, apagado.

La doctora endureció el gesto y se cruzó de brazos mirando fijamente al detective.

—Me niego a contestar a eso. Pregúnteselo a Gonzalo.

—Lo he hecho y se ha negado a contestar aduciendo que eso no aportará nada a la investigación.

Pilar puso cara de estar pensando «Maldito hijo de puta, que voy a tener que ser yo quien se lo cuente a este señor después de todo».

—Probablemente Gonzalo tenga razón y el motivo por el cual Jimena dejó de hablarle a su padre nada tenga que ver con su desaparición —contestó la doctora tras hinchar sus pulmones de aire y hacer un gran esfuerzo por tranquilizarse—. Lo que no entiendo es por qué se niega a contárselo.

—Bueno, pues dígamelo usted, si al parecer no tiene importancia... Puede que sea cierto que no nos sirva para aclarar nada en cuanto al caso, pero tampoco pienso que el hecho de que yo me entere de esta cuestión entorpezca mi labor.

—Le he dicho que me niego y me niego.

—¿Tiene miedo al señor Ramírez? —preguntó Nicolás dándose cuenta décimas de segundo después de que esta pregunta podría significar una impertinencia que hiciera saltar de golpe la tapa de la caja de los truenos. Menos mal que una sonrisa cargada de ironía que venía a decir «Pobre inocente, usted no sabe a quién tiene delante» disipó su temor.

—¿Miedo yo? Mire, Nicolás, si algo puedo sentir por el padre de mi hija en este momento es pena. Sí, Gonzalo me da mucha pena. Se ha convertido en un ser patético, pero no voy a ser yo quien desvele sus miserias. Que lo haga él si tiene lo que hay que tener.

—Pues así poco vamos a avanzar, señora Bilbao, si ustedes, que son quienes me pagan, quienes me piden que encuentre a su hija, se niegan a... — A punto estuvo de decir «a colaborar»... a contestar determinadas cuestiones, lo cual provoca que yo tenga lagunas nada más iniciar la investigación.

—¿Tiene alguna pregunta más, señor García? —dijo la doctora inclinándose hacia delante como queriendo imponerse con superioridad a Nicolás.

—Sí, una más y ya me marcho. Aparte de usted ¿hay alguien en la familia de edad similar a Jimena que tenga un parecido asombroso con ella?

Pilar palideció y se llevó la mano al estómago como si sintiese un repentino pinchazo, giró la silla hacia el lado donde tenía el ordenador de la consulta y fijó la mirada en el monitor. Así estuvo al menos un minuto. Finalmente volvió a posicionarse frente al detective diciéndole de modo severo:

—Márchese ya, señor García, mis pacientes ya llevan mucho tiempo esperando.

10

This is the life

Llevaba varios días sin pasar por la oficina. Había estado ordenando ideas, apuntes y pistas, intentando analizar al máximo los testimonios de Gonzalo Ramírez y la doctora Bilbao. Ellos no lo sabían, pero Nicolás grababa todas las conversaciones para después, tranquila y sosegadamente, escucharlas en casa y así poder escudriñar cada detalle, tono, expresiones, pausas, etcétera. Incluso se analizaba a sí mismo con el objetivo de mejorar profesionalmente. Nicolás estaba descubriendo a un Nicolás que ni él mismo conocía.

Quería empezar la mañana rodeado de sus amigos, y ahora también consejeros, por lo que decidió ir al despacho sin avisar, por sorpresa. Le apetecía ver el rostro de Mario, el de María José, el de Juan María alegrándose por su llegada, la cola de Jazz meneándose frenética al ver a Cross, pero sobre todo se moría de ganas de ver los ojos azules de Milagros clavados en los suyos, la sonrisa de sus labios perfectos y la luminosidad de su rostro enmarcado en una preciosa cabellera de rizos morenos.

En el asiento del copiloto llevaba una carpeta con documentos para fotocopiar y tratar digitalmente en Marioscaneos con el fin de dejar copias de seguridad en distintos sitios. En el asiento trasero iba Cross, como siempre contento, pues intuía por la energía de su amigo de dos patas hacia dónde se dirigían. En el aparato de música del coche llevaba insertada una llave USB con las grabaciones de la investigación y alguna que otra nota tomada en casa con el ordenador. Más tarde también dejaría copia en el disco duro del PC que

tenía en su nueva mesa que ocupaba un espacio gentilmente cedido por María José y Marioscaneos. Como no todo iba a ser trabajo, documentos, notas, grabaciones y análisis, dejó un hueco de unos cinco megas en el pen para el corazón, para estimular sus emociones, regocijarse en la infancia, en el pasado reciente y en todo lo que le evocaba aquella canción que había guardado. Un tema que nada tenía que ver con sus gustos habituales, una música y una letra que había escuchado tararear miles de veces a su madre tras poner el desgastado disco de vinilo bajo la aguja.

Como iba solo en el coche en cuanto a humanos se refiere, es decir, que el único ser que lo acompañaba era Cross, un animal noble y puro que jamás juzgaría a nada ni a nadie, se permitió la licencia de cantar aquel tema a voz en grito. Una canción que cualquier amigo de su edad y de su barrio hubiera catalogado de hortera. Gesticulaba con las manos y movía la cabeza con teatralidad exagerada.

¿Cuántos años hace que estáis aquí sentados?
¿Cuántas ilusiones habéis aquí encerrado?
Cada día vais cumpliendo
el trabajo cotidiano;
primavera, otoño, invierno...
¿Cuándo llegará el verano?
¿Cuántas horas de vuestra vida en la oficina?
¿Cuántos sueños hay archivados en la oficina?
Cuando acaba la jornada
y la noche se avecina,
le decís «Hasta mañana» a la oficina.^[4]

—¡Pero qué ven mis ojos! —exclamó Mario provocando la risa de sus compañeros tras escuchar abrirse la puerta y oír las inconfundibles pisadas de Nicolás y Cross.

El veterano golden retriever enseguida logró escaparse arrastrando la correa, en busca de Mario o Jazz, nadie lo tenía demasiado claro. Puso sus patitas en las piernas del primero, apenas dándole a este tiempo para regalarle una caricia, y después hundió su húmedo hocico en el pelaje de su semejante.

Mario soltó a Jazz para que los dos perrunos pudieran jugar a sus anchas y Juan María salió corriendo a cerrar la puerta de su despacho antes de que estos pudieran hacer un destrozo irreparable en los innumerables montones de documentos en papel con los que estaba trabajando, pues de no hacerlo a buen seguro Cross y Jazz habrían terminado en minutos con gran parte de la memoria histórica de la División Azul.

Los perrunos no tardaron en perseguirse, mordisquearse, lamerse, empujarse y ladrarse el uno al otro. Las colas peludas sacudían todas las superficies de la oficina. Tiraron una grapadora al suelo, arrasaron con todo el contenido de la mesa de las revistas, y de no ser porque María José se encontraba en ese momento en Marioscaneos e iba anticipándose a los dos perrunos retirando objetos, hubieran hecho lo propio con más utensilios, como portalápices, calendarios, la perforadora de papel o el sello de la empresa, tinta incluida. Si los dos amigos peludos se habían saludado efusivamente, los dos bípedos tampoco se quedaron cortos. Se dieron un prolongado abrazo como si hiciera años que no se veían. Mario, que era algo más alto que el detective, palmoteaba sonoramente en la espalda de Nicolás cubierta por su cazadora imitación de cuero.

Aquello era magnífico, fantástico. ¡Mi gran amigo Cross! Tampoco hacía tanto que no nos veíamos, pero ya no podía disfrutar a diario de su compañía. La última vez no fue hace mucho, en casa; me intentó quitar mi hueso en la terraza, pero nosotros no somos rencorosos. No es que olvidemos pronto, es que lo malo ni siquiera lo recordamos. Tú me quitas ahora un hueso, una ración de pienso, mi pelota preferida o mi muñeco de goma maciza, te gruño, te apartas y ya está todo listo para que podamos jugar, chuparnos o lamernos como si no hubiera pasado absolutamente nada. Además, ¿qué rencor iba a tener yo hacia aquel maravilloso, juguetón y protector ancianito que había vivido tantos años en mi casa?

—Bueno, bueno, bueno, un poco de calma, chicos —propuso Juan María saliendo de su despacho—. Que menuda estáis liando..., como venga ahora un cliente se va de aquí espantado.

—No me dirás que te molestan los ladridos, Juanma —le dijo Nicolás—. Anda, ven aquí que te dé otro abrazo.

En la oficina y sueltos, esto es una maravilla. No tuvimos cuidado alguno,

tiramos de todo al suelo, nos subimos a las sillas, a las mesas, pusimos nuestras pezuñas encima de los humanos. Bueno, con una excepción. Nuestro instinto nos prevenía, y de hecho nos lo impidió, de molestar en absoluto a Milagros, quien sonriente nos miraba desde su silla. Yo me acerqué para darle un cálido lametón en una mano. Para decirle «Oye, que sé que estás aquí, amiga mía», Jazz hizo segundos más tarde lo propio. Parece que va aprendiendo este jovenzuelo.

Tras saludar también efusivamente a Juan María, y cariñosamente a María José, Nicolás buscó con su mirada lo que tanto anhelaba, que no era otra cosa que su amiga Milagros. Y allí estaba ella, ladeada en su silla de ruedas con las manos aún puestas una en el teclado y otra en el ratón, con el cuerpo y el rostro girados hacia Nicolás, sonriéndole y mirándolo de un modo especial. Parecía que estuviera posando para un cuadro. Nicolás quedó estático unos segundos, los suficientes para poder contemplar aquella imagen sublime y ni uno más para que no se notara su abstracción. Se acercó a ella y le dio un único y cálido beso en la mejilla, al mismo tiempo que la analista de datos quitó por fin las manos de sus herramientas de trabajo y rodeó jovialmente con los brazos el cuello de su amigo.

Los demás contemplaban la escena como quien veía en el cine un film romántico. Incluso los perrunos detuvieron momentáneamente el juego, ya que Cross, al ver como su dueño, su amigo de dos patas, se abrazaba y besaba con tanta dulzura a Milagros, comenzó a gimotear suavemente, luego más fuerte y finalmente ladró. Lo que hizo que todos, y sobre todo Nicolás y Milagros, repararan en ello y carraspeantes se dirigieran al amigo peludo.

—Ya ya, bonito mío, que no pasa nada, venga, que os vamos a echar agua y os daremos unas galletas —decía un Nicolás azorado y sonrojado.

Me gustaba que Nico y Mila se quisieran, claro que me gustaba, pero me era difícil asumir que yo no fuera imprescindible para ellos en determinados momentos. Hasta la fecha estos no se besaban como hacen otros humanos en los hocicos, pero un arrumaco por allí, una caricia por allá, unas risitas tontas eran suficientes para que me sacaran de quicio. Y qué más les daba hacerme partícipe a mí de todo aquello. Yo no pedía otra cosa que poder estar siempre por medio, ¿eso es molestar? Para la lógica de los humanos, por lo visto sí. En nuestro caso es distinto, a la hora de jugar, a la hora del amor; cuantos más,

mejor.

—Pues nada —propuso un enérgico Nicolás frotándose las manos mientras activaba el ordenador como si estuviera encendiendo una chimenea en un día de frío—, paso estos archivitos y me marcho a desayunar al bar Ana, que hace un siglo que no me como una hamburguesa como las que prepara Gerardo.

—No cambias, tío, una hamburguesa a las diez de la mañana. Si me como yo eso ahora no me entra nada más hasta la hora de cenar —exclamó Juanma.

—Es que sois un poco flojitos los de por aquí.

—¿Los de dónde? —preguntó el escaneador y tratador de textos.

—Los del centro, los de la calle Atocha.

—Pero qué dices del centro, chalao, si yo soy más de la periferia que tú..., si soy de Parla.

—Entonces no eres de la periferia, eres de pueblo, y los de pueblo se pueden comer una hamburguesa a las diez o a las seis de la mañana. ¿Te vienes?

—Vale, voy, pero de mi zumito, tostada y café con leche no me saques.

—Joder, zumito y todo, seguro que de naranja natural. Si es que pareces del barrio de Salamanca, y hablando del barrio de Salamanca, Mario...

El gerente de Marioscaneos, que estaba acariciando a Cross, levantó de repente la cabeza como si le hubieran puesto un resorte.

—Mañana voy a ver a Linda Paesa.

—Ah, vale —contestó Mario, ya más tranquilo, volviendo a acariciar la panza peluda de su antiguo perro guía—. Te puedo acompañar, como te dije.

—¿Sabes quién es Linda Paesa, Juanma? —le preguntaba Nicolás ya en el bar.

—No sé, tiene nombre de famosa.

—Bueno, algo de fama sí que tiene.

—La habré escuchado en la radio, supongo —le dijo a Nicolás con ojos pícaros.

—Puede ser porque se dedica a... ¡Eres un cabrón! —exclamó tirándole una patata frita mientras se tronchaba de la risa en frente de él—. Se dedica a la política. Bueno, en el periódico o en la tele, en las noticias esas que son traducidas a la lengua de signos, igual sí que la has visto. Resulta que es una

exmilitante de Izquierda Unida y ahora es diputada en la Asamblea de Madrid, ¿adivinas por qué partido?

—PSOE, seguro. Muchos se cambian la chaqueta.

—Sí, esta se cambió la chaqueta, las bragas y el resto del vestuario, ahora es del PP.

—¡No jodas!

—Pues sí, jodo y sin joder.

—Y si me lo puedes contar, claro... ¿Qué tiene que ver eso con el caso?

—Esta mujer se mueve mucho por los ambientes del rollo espiritual y todo eso —continuó Nicolás bajando la voz—. Jimena se movía o se mueve también en esos ambientes. Ya sabes, terapias alternativas, multirreligión, neobudismo, pensamiento holístico y patatín y patatán. Una mezcla entre hippies, Hare Krishna y templarios. No te rías, que es así. Y Jimena tenía al parecer mucha amistad con Linda Paesa y el exmarido de esta, que a la sazón es masón y socialista.

—Menudo pisto. Por cierto, yo no tengo ni puñetera idea de lengua de signos, solamente, y no es poco, sé leer los labios.

—Entonces ya sabes más idiomas que yo. Bueno, volviendo al rollo: mañana vendrá Mario a la entrevista con Linda, pero el tema está complicado pues el teléfono que me dio el comisario está continuamente apagado o fuera de cobertura. He conseguido su dirección. Vive en la calle Juan Bravo, en un ático, nos tendremos que presentar allí sin avisar y, claro está, no me hace demasiada gracia.

—Oye, ¿y por qué Mario se ha sorprendido tanto cuando le has dicho lo del barrio de Salamanca?

—Ah —se reía Nicolás poniendo ojos de chiquillo—, Mario tuvo una novia del barrio de Salamanca, muy del barrio de Salamanca, aunque ahora vive con su maridito en un adosado de nuevarica en Getafe. Sandra, se llama la chica. Quieto —le dijo a Juan María reteniéndolo con la mano—, no pagues, te invito yo y me marcho ya mismo, que tengo un encuentro con la pandilla de amigos de Jimena. ¡Cross, deja esa patata, que te pondrás malo! —exclamó el detective mientras el golden masticaba indiferente. Hacía mucho que las cosas no eran como en los viejos tiempos. Aun así, cuando lo eran, había variaciones de diversa índole. Mario iba sentado en el asiento del

copiloto mientras Nicolás conducía. El gerente de Marioscaneos llevaba entre sus piernas a su perro guía, pero este no era Cross sino Jazz. El vehículo no era ya aquel Opel Corsa fabricado antes de que su dueño naciera, ahora Nicolás conducía un Toyota híbrido. Cross iba tumbado, como venía siendo habitual en los últimos meses, atado con su correa de seguridad.

—Pues nada, al barrio de Salamanca se ha dicho. Esto es como en los viejos tiempos, amigos —confesaba Nicolás moviendo la cabeza mirando uno a uno a todos los ocupantes del vehículo, incluyendo por supuesto a los perrunos.

—Déjate de viejos tiempos. Todo ha cambiado mucho, Nico. Nunca he sabido además por qué les dicen viejos tiempos si éramos tan jóvenes.

—Pues por eso precisamente, ¿tanta carrera y tanto libro para eso? Los viejos son los tiempos, nosotros seguimos siendo jóvenes, ¿a que sí, chavales? —dijo el detective a su auditorio en forma de habitáculo automovilístico mientras introducía una llave USB en el aparato de música.

—No jodas, ¿ya vas a torturarnos con AC/DC? —resoplaba Mario.

Por los altavoces comenzó a sonar dulce y melodiosa la voz de una mujer madura no precisamente exenta de severidad, pese a la calidez de su tono. Se dirigía a alguien como señor García. Nicolás, al darse cuenta de que era la voz de Pilar Bilbao hablando con él mismo, se puso nervioso y avanzó unas tres o cuatro pistas pulsando la tecla correspondiente. Sonó de nuevo La oficina, de Víctor Manuel. Mario ya no sabía qué cara poner y acariciando la cabecita de Jazz con la mano derecha, girándose hacia el asiento trasero para acariciar con la izquierda el lomo de Cross, suspiró y dijo con socarronería:

—Desde luego, amigos, nada es como en los tiempos jóvenes, pero esto no está nada mal. ¿Me pones una de Serrat?

El resto del camino entre la calle Atocha y Juan Bravo transcurrió con una solución transaccional en cuanto a música se refiere y también a otras cuestiones. Sonaba una radiofórmula cualquiera a bajo volumen mientras Nicolás le contaba a Mario el encuentro con los amigos de adolescencia y juventud de Jimena.

La cita se había dado en el piso de Marta. Dos sofás y un sillón relax color

crema, una mesa de fumador de cristal y otra de comedor de madera, una tele de pantalla gigante y un mueble estilo nórdico, junto a la ausencia de los padres y la presencia de Carlos, Esther, Marina y la propia Marta y el detective conformaban todo aquel escenario. No hubo café o té de cortesía.

—Me gustaría empezar por ti, Marta. Según mis fuentes eras, eres la mejor amiga de Jimena. —La muchacha asintió—. Cuéntame a grandes rasgos cómo era Jimena.

—Pues... Jimena era especial, Jimena es especial, es una persona hipersensible, siempre dispuesta a mejorar, es bondad en estado puro, es noble, buena amiga... Lo único... y esto no lo digo con acritud, es que Jimena siempre ha sido muy reservada para sus emociones más profundas. Tiene mucho de mística, una humildad natural tremenda exenta de ego. Imagino que ya sabrá usted que ella era... —A Nicolás le cambió el gesto al verse tratado de usted por aquella veinteañera a la que tan solo le llevaba nueve años, pero se autoengañó diciéndose a sí mismo que sería por su condición de detective —, que ella es, quería decir, una chica muy espiritual.

—Sí, de eso luego hablaremos y de sus compañías en ese mundillo, también.

—Y que lo que ella tenía de modo innato es lo que las personas de lo que usted llama «mundillo» persiguen y tardan años en conseguir, si es que lo hacen.

—¿A qué te...? ¿A qué se refiere? —decidió vengarse Nicolás tratándola de usted.

—Iluminación, nirvana, elevación espiritual o como se quiera llamar eso. Yo solo soy una simple estudiante de Derecho, y aunque me atraen esos temas en cierta medida, no soy ninguna experta. Ella está en un estado de paz constante. Jamás pierde la calma. Su rostro..., su rostro es como si tuviera luz, y su mirada... su mirada es imposible de describir, incluso en una fotografía es fácil detectar todo esto que le cuento. ¿Ha visto alguna vez una?

—Sí, claro, he visto varias y sé de lo que usted me habla —dijo Nicolás carraspeando después para cambiar de tercio—. Bien: la siguiente pregunta le va a sorprender, pero es de obligado cumplimiento para mi trabajo. —Todos, incluyendo Cross, se tensaron en ese momento—. ¿Usted sabe dónde está Jimena?

—No —contestó la joven algo molesta.

—¿Jimena tenía algún tipo de relación sentimental con alguien?

Marta miró a Carlos, el cual se echó hacia atrás en el sofá como si le hubieran golpeado físicamente con algo, se dio cuenta enseguida de su torpeza y retiró la mirada del joven poniéndose visiblemente nerviosa sin saber dónde ubicarla. En la mesa de fumador, en el techo, en el suelo, en el televisor apagado, hasta que finalmente decidió mirar a Cross, que había vuelto a dormirse plácidamente.

—No, no que yo lo supiera. Ya le he dicho que es muy reservada.

Nicolás se recordó a Gonzalo Ramírez. «¿Me estaré volviendo como ellos?», se preguntó al darse cuenta de que sus cuestiones tenían tanto de útiles y necesarias como de molestas.

—Termino con usted, ¿qué relación tenían en los meses previos a la desaparición de Jimena Ramírez Bilbao esta y sus padres, Pilar Bilbao y Gonzalo Ramírez?

Esto lo preguntaba Nicolás remarcando cada nombre y cada apellido como si estuviera pasando lista.

Marta puso expresión pensativa, primero como si analizara si aquello era una pregunta trampa, después como si estuviera repitiendo mentalmente los tres nombres dados por Nicolás, más tarde, como si intentase encajar aquellas tres piezas y finalmente su gesto, todo su rostro se tornó serio y severo, demasiado para tratarse de una joven de veintiún años.

—Lo siento, señor García —(«De usted y ahora con señor y por el apellido», pensó Nicolás llegando a escucharse refunfuñar dentro de su cabeza)—, pero eso son cuestiones familiares a las cuales no pienso responderle.

En este punto Nicolás ya no estaba solamente tenso. Sintió tal rabia que Cross lo detectó y se puso alerta levantándose del suelo.

Nicolás interrogó primero con la mirada a Esther, a Carlos y a Marina haciéndolos sentirse verdaderamente incómodos. Lo hizo uno a uno, siendo consciente de que no pasaría al siguiente objetivo hasta que el anterior no estuviera, psicológicamente hablando, herido de muerte. Pese a todo, los tres sobrevivieron al ataque. Sus rostros se sonrojaron por completo, se frotaron las manos con un más que visible nerviosismo, movieron espasmódicamente

las piernas y sus ojos no aguantaron la mirada de Nicolás más de siete segundos. Finalmente, desesperado y mirando al techo, los interrogó verbalmente:

—¿Ustedes tres tienen algo que añadir a esto último que he preguntado a su amiga?

El detective obtuvo por únicas respuestas tres encogimientos de hombros casi al unísono, algún carraspeo de garganta, tres noes prácticamente inaudibles y poco más.

—De acuerdo, aquí al parecer nadie puede hablar. Me marchó entonces, siento no quedarme más, pero es que mi tiempo es muy valioso para estar perdiéndolo.

—Lo lamento mucho, señor García, pero le he dicho cuanto sé y todo lo que puedo contar. Créanos —decía Marta adoptando el tono de portavoz del grupo—, nosotros tenemos tantas ganas como sus padres de volver a ver a nuestra Jimena, pero hay cuestiones que son otros y no nosotros quienes se las deben aclarar. ¿Usted cree que Jimena está bien, señor García? —preguntó la joven poniendo su mano en el antebrazo del detective.

Parece ser que nos marchamos. Noto a Nico tenso y a punto de explotar. Sí, será mejor irse, que este sitio no me gusta. Lo noto muy frío y para algo bueno que tiene, que son unos sofás mullidos, están ocupados. Huy, ¿qué hace esta poniéndole la manaza encima a mi amigo de dos patas. ¿A que ladro? Que no se pase ahora de mimosa, que bien que ha estado seca y cortante todo el rato, que aunque yo estuviera dormido lo notaba en el ambiente. Seguro que ahora ha marcado el brazo de Nico con ese olor que tanto gusta a los humanos y que sacan de unos botes de cristal. Pues que no se pase la niña, que cojo y me echo un buen chorro en el pasillo antes de salir, que total, como soy un perro anciano todo se me perdona.

—¿Y los demás qué te dijeron? —preguntaba Mario en el coche.

—Nada, me jodió tanto el tema que pasé de interrogarlos más y me largué. Lo único que hice es que cuando me despedí aproveché una oportunidad que tuve al quedarme casi a solas con Carlos para decirle que hablaría con él aparte un día de estos. Me habría gustado que vieras qué cara puso.

—Sí, ya lo creo que me hubiera gustado verla —contestó Mario.

—Bueno, tío, hablo en sentido figurado. En pocas palabras, se acojonó. Ya estamos entrando en Juan Bravo, ¿oléis a niños pijos?

La puerta de entrada al edificio era de cristal con los complementos metálicos de color plateado, los justos para poder sostenerse, además de un tirador tan elegante como sencillo del mismo color. El portal tenía todo el suelo de granito blanco atlántico y las paredes, de mármol travertino, todo un homenaje a la sobriedad.

Nicolás escrutó el portero automático; cuatro viviendas por planta: A, B, C y D. Aparte, arriba, ático y abajo, portería.

—Joder con la concejala.

—Diputada —corrigió Mario.

—Lo que sea. Tiene toda una planta para ella sola.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mario, a lo que contestó Nicolás explicándole la distribución del portero automático—. Ya tienes madera de detective, amigo, pero ¿vas a llamar o qué?

Nicolás se rascaba la cabeza y veía la escena. Dos treintañeros, dos perros de tamaño grande presentándose sin avisar en la casa de una diputada. Por allí pasaba una pareja con aire otoñal: ella, de cabello rubio con mechas, él con traje de Emidio Tucci. La mujer llevaba con una correa un yorkshire con peinado de peluquería que vestía un chalequito rosa y blanco y un colgante aparentemente de plata. La señora apartó al perrito al pasar al lado de ellos como si Jazz y Cross se lo fueran a almorzar. Nicolás levantó las cejas.

—¿Qué hacemos? No me atrevo a llamar, la verdad.

Mario se reía.

—¿Te acuerdas, Nico, cuando éramos críos y llamábamos a los timbres y después salíamos corriendo? Pues bien, hagamos lo mismo, pero sin correr.

—Es verdad, pero qué coño. ¡Como en los viejos tiempos!

Tututututú, una llamada corta y tímida, veinte segundos de espera y nada. Tututututututú, otra algo más larga, dos minutos y ni contestaban ni abrían.

—Estará en el Congreso —dijo el detective.

—En la Asamblea de Madrid —corrigió Mario.

—Eso, si es que ya no me caben más datos en la cabeza. Llevo semanas leyendo en internet que si la masonería, el pensamiento holístico, los «santachines» esos y la madre que los parió a todos. Aquí no abre ni Dios, ¿nos vamos?

Un perro que olía a persona, pero ¿dónde estamos? El caso es que nos ha mirado con aire simpático. No entiendo por qué la dueña no ha dejado que se nos acercase. Cross creo que ni se ha enterado... Desde que hemos llegado lleva olisqueando el aire, parece que conoce este barrio.

—Llama a la portería, podemos dejar nuestros datos.

—Buena idea, Mariete.

El portero, enjuto, alto, los recibió bajo el marco de la puerta de la garita, masticando algo, y sin perder tiempo en su misión alimenticia los escrutó de arriba abajo a los cuatro. Más que pasar al interior del portal parecía que estaban cruzando una frontera aduanera. «Bien, cuando deje de mirarnos le explico qué hacemos aquí», pensó Nicolás.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó el portero aún con la boca casi llena—. Una cosa que sí voy a pedirles antes que nada es que tengan cuidado con las mascotas. El portal está recién fregado y aquí los vecinos son muy exigentes con la limpieza.

—No se preocupe, caballero, son perros adiestrados —contestó Nicolás con amabilidad fingida.

—Mascotas —murmuró Mario entre dientes.

—¿Son ustedes de la policía?

Nicolás se lo quedó mirando un momento con ganas de contestarle que sí, pero se acordó de la escena con los neonazis.

—Buscamos a la diputada Linda Paesa —planteó Mario.

El portero se atragantó y tuvo que pasar a la garita a beber algo.

—¿A la señora Paesa? No, decididamente ustedes no son policías, ni periodistas, como había llegado a pensar también.

—Bueno, dejemos de jugar ya al juego de adivinar profesiones y tenga mi tarjeta, soy Nicolás García, detective privado, y este es Mario, mi colaborador. Dígale a la señora Paesa que estoy interesado en hablar con ella.

El portero miró a Nicolás con expresión morbosa, carroñera, como si disfrutara con la noticia que les iba a dar, que sin duda le situaba en una

posición ventajosa. La información es poder, también para los porteros de bloque.

—Señor García, don Mario, siento decirles que doña Linda Paesa murió hace cinco días. Apenas ha salido reseñado en la prensa, se lo puedo asegurar, ya que soy un hombre informado, pero miren —continuó mientras entraba en la garita—, aquí lo tienen —dijo enseñándoles de modo triunfante un recorte de un periódico gratuito.

LA DIPUTADA DEL PARTIDO POPULAR EN LA ASAMBLEA DE MADRID, LINDA PAESA, APARECE AHORCADA EN SU ÁTICO DEL BARRIO DE SALAMANCA

Al parecer, la política madrileña, natural de la localidad de Pozuelo de Alarcón, sufría depresión desde hace unos meses, según confirman a este medio fuentes cercanas a la fallecida.

11

Mírame

—¡Venga ya, mario! No sé qué cachondeo es este, me tienen hasta-los-co-jones —decía un más que malhumorado Nicolás con la voz quebrada, haciendo posible el hecho contradictorio de poder gritar en voz baja—. Porque estás tú aquí y me has quitado el teléfono de la mano, que si no, a la mierda, a la mierda todo y todos. Resulta que hay personas aquí que son cruciales para la investigación y todo el mundo está vetado a la hora de hablar de ellas... La familia tiene rencillas internas que son evidentes, pero que ni siquiera yo, que soy su detective privado y pagado, puedo saber. Me tenías que haber dejado llamar a Gonzalo para presentar mi renuncia, no sin antes decirle cuatro cosas bien claritas. Joder, Mario, que esto es como ir al médico o al psicólogo y negarse a contar lo que te pasa. Hasta los huevos, Mario, hasta los huevos. Y ahora la puntilla final, una muerta, pero ¿esto qué es, una novela policíaca? Estoy hasta los mismísimos, ¿nos pedimos otra?

—Sí, creo que nos vendrá bien. ¿Está por aquí la camarera?

—Por ahí viene, ya se las pido yo. ¿Nos pones otras dos tilas? —pidió Nicolás levantando de modo ceremonioso la taza de la infusión.

—Ya sabes que yo muchas veces pecho de prudente y tengo fama merecida de persona reflexiva, pero hoy en cambio, Nico, te aconsejo que cuando termines esa tila, vayas en caliente a hablar con el comisario y le pongas las cartas sobre la mesa. Eso sí, antes nos dejas a Jazz y a mí en la oficina, que tenemos mucho trabajo.

—Hecho. Nos tomamos la última y nos vamos.

Todos se hacían a un lado cuando Nicolás, con aire decidido, pasaba por los pasillos de la comisaría del distrito Centro. Era tal el ímpetu y la seguridad con la que pisaba el suelo que nadie se atrevió a preguntarle a quién buscaba, a qué había venido y mucho menos a decirle que tuviera cuidado, que por allí no se podía caminar a tal velocidad, ya que a punto estuvo de chocarse con tres agentes. Cross se vio obligado a saltar la gran mopa que limpiaba el brillante suelo de uno de los pasillos cuando ambos pasaron al lado de la trabajadora de la limpieza. Esta tenía la mirada floja, rutinaria y algo melancólica, posada de forma aleatoria bien en la mopa, bien en los zapatos de algún agente o algún carterista que pasaba por allí de igual manera que pasaban las horas. Enseguida miró a la pareja humano-perruna que se le acercaba y se echó a un lado como si esquivase un camión de reparto que se ha saltado un paso de cebra. Fue la única persona a la que Nicolás pidió perdón con un no demasiado generoso gesto de la mano derecha.

Abrió la puerta del despacho del comisario sin llamar, aunque segundos antes había salido de otro despacho la agente Paula Niza, quien portaba en una mano cuatro galletas de perro y en la otra, un cuenco con agua. Nicolás ni siquiera la había visto.

Pero ¿dónde irá este hombre tan deprisa?, casi me trago el paño ese con palo y él por poco tira al suelo a esa señora que estaba allí trabajando sin meterse con nadie. ¡Qué bien, ha venido mi amiga! Nico ni la ha olido. Yo sí que la he olfateado y bien olfateada. Sus manos deliciosas que sabían a crema amarga, según recuerdo, ahora huelen a galleta. Nicolás no para, pues yo me doy la vuelta diga lo que diga el jefe.

—Hola, Cross, ¿me has conocido? Yo a ti sí, he oído tus medallitas por el pasillo y he dicho: «Aquí está mi amigo perruno». ¿Qué tal está Nicolás, viene a ver al comisa...?

Nicolás dejó con la palabra en la boca a la agente, quien se percató de que no estaba en el sitio apropiado ni en el momento oportuno. Como buena policía era capaz de oler las situaciones segundos antes de que se produjeran. Se retiró al otro despacho diciendo discretamente que si Cross necesitaba algo

ella estaba en aquella puerta de allí.

Gonzalo apartó los ojos del informe que estaba leyendo y fingió no estar sorprendido por la repentina visita del detective. Sonrió y se levantó a saludarlo como si tuvieran una cita concertada.

Hay que ver cómo patina este suelo. Que no, que no quiero entrar ahí, Nicolás, que me voy con la chica de la coleta, que tengo sed y hambre, no seas cabezota.

—Una alegría verlo por aquí, Nicolás. Parece que Cross quiere algo. Tira mucho de la correa.

—Sí, lo llevaré con su agente y ahora vengo a hablar con usted —dijo Nicolás con tono serio.

—Es la agente Paula Niza. Estará en aquel despacho de allí. La última vez que nos visitaron ustedes ella le trajo agua a Cross.

—La recuerdo perfectamente —refunfuñó Nicolás algo fatigado intentando sujetar al anciano fortachón.

Tras dejar a Cross en manos de su amiga policía, con la seguridad que otorga la desesperación, con la locura que ofrecen las situaciones límite, entró de nuevo con el mismo ímpetu al despacho del jefe de la comisaría, del hombre que tenía a unos cien agentes armados bajo sus órdenes, y sin pedir permiso, sin la mínima dilación, agarró una silla alzándola con fuerza por el respaldo y la situó de frente a Gonzalo Ramírez, sentándose en ella y mirándolo fijamente a los ojos. Al comisario se le borró ipso facto la sonrisa de cortesía del rostro, que dio paso a un gesto de sobriedad policíaca probablemente aprendido de forma inconsciente a lo largo de los muchos años de servicio.

—Lo escucho, Nicolás.

—No vengo a que me escuche. Vengo a exigirle que me conteste unas preguntas y de su respuesta dependerá que yo quiera seguir con el caso o no.

Ante la posibilidad de que el detective pudiera dejar a Gonzalo en la estacada a aquellas alturas, este policía de cinco décadas de edad y casi tres de profesión se vino emocionalmente abajo durante unos segundos. El Gonzalo padre apartó de un empujón al Gonzalo comisario, como ya había pasado en alguna que otra ocasión.

—No me diga usted eso, Nicolás, por favor. Usted es mi última esperanza

—imploró Gonzalo con ojos enrojecidos y una modestia más que natural juntando las manos a modo de plegaria.

—Iré al grano, comisario. Silvia Bilbao es sobrina de su mujer, tiene treinta años, aparenta poco más de veinte y guarda un parecido asombroso con Jimena. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es —contestaba Gonzalo pareciendo no entender nada.

—¿Qué relación tiene usted con la sobrina de su exmujer?

Gonzalo se reclinó en su aparatoso y elegante sillón de color negro, dejó caer los hombros y agachó la cabeza como derrotado, suspiró profundamente, miró a un archivador que tenía a su derecha, después miró a la nada como queriéndole pedir permiso a esta para hablar y finalmente se inclinó con suavidad hacia delante para contestar en voz baja y sincera a su interlocutor.

—Silvia Bilbao es mi pareja.

—Gracias, comisario. Obviamente me ahorraré la siguiente pregunta.

—No tiene por qué hacerlo.

—Supongo que ese será el motivo por el cual Jimena se distanció de usted.

—No tenga la menor duda, Nicolás. Siento mucho habérselo ocultado, pero quiero que entienda que todo esto no es fácil ni para mí, ni para Silvia y mucho menos para Pilar. Jimena jamás me reprochó nada, pero su silencio primero y su ausencia después fueron más que suficientes. Cuando digo ausencia me refiero a los meses anteriores a la desaparición. Dejó de venir a visitarme y no contestaba ni mis llamadas ni los mensajes. Yo no quería remover nada de esto, pues procuro ser lo más feliz que puedo con mi compañera. Tener una hija desaparecida y que la persona que amo y con quien convivo sea su prima es muy difícil, pero no tiene nada que ver con la desaparición de Jimena.

—Esperemos que no —contestó Nicolás cuidadosamente—. Existe otro tema, comisario, que me ha ocultado y que no tiene a mi juicio justificación alguna. Espero que comprenda y sepa disculpar las formas con las que me he presentado en su comisaría, pero la gravedad de estos dos asuntos me han sacado de mis casillas y, le insisto, de no salir de aquí con ambas respuestas y que estas me resulten convincentes, lo siento, señor Ramírez, pero dejaré el caso.

—Pues dígame, detective. Sinceramente, yo no le he ocultado nada más, al

menos de modo consciente. Me comprometo a no callar nada a partir de ahora mismo. Mi objetivo es encontrar a mi hija y pagaré el precio que sea necesario por ello. Y no se preocupe, que no es la primera persona que entra enfadado en una comisaría. No tiene que disculparse, todo lo contrario: soy yo quien le debe una disculpa, y grande. Dígame, señor García, ¿qué otra duda tiene?

—¿Por qué no me informó de la muerte hace cinco días de Linda Paesa, amiga personal de su hija? —le espetó el detective mirando fijamente y con rostro serio al comisario.

Ramírez palideció y se levantó de la silla, puso la mano en el mueble archivador como queriéndose sujetar de una inminente caída, con el dorso de la mano se secó una gota de sudor que le resbalaba por la frente en dirección a la nariz con toda la elegancia que la ocasión le permitía, y mirando a Nicolás con ojos que imploraban compasión, que se hacía difícil negarle, le dijo con la voz quebrada:

—Le juro por mi propia hija que no sabía nada de la muerte de la diputada.

Íbamos de vuelta en el coche, camino de casa. Aún no había comido y Nico tampoco; se nos había hecho muy tarde. Menos mal que he podido engañar el estómago con cuatro galletas que me ha dado mi amiga humana. Todavía me relamo pensando en su sabor. El jefe parece que va más tranquilo, pero, raro en él, ahora no lleva la música puesta, creo que va pensando. A mí se me van cerrando los ojitos poco a poco y eso que estoy... ¡Qué susto, suena el teléfono!... Que estoy muerto de hambre.

—Hola, preciosa —contestó Nicolás con tono cansado.

—¿Estás bien?

—Sí si no entramos en detalles.

Al otro lado del teléfono Milagros se reía y Cross, que podía reconocerla a través del manos libres, levantó las orejas y salió por unos instantes del sopor en el que estaba cayendo.

—Es que llevo un día... Hemos ido esta mañana a buscar a Linda Paesa, que es, o mejor dicho, era, una amiga de Jimena y joder, Mila, resulta que...

—No sé lo que habrá ocurrido, pero el jefe ha llegado al despacho pálido

y muy serio. Yo sabía que había quedado contigo, pero no he querido ni preguntar... Nunca le había visto así.

—Que ha muerto hace cinco días... Suicidio... Sobredosis de barbitúricos.

—Dios mío, Nicolás. Estarás muy afectado..., no sabes cuánto lo siento.

—Gracias, bonita. Menos mal que tus palabras y tu voz me consuelan.

—Eres un zalamero.

—Contigo es difícil no serlo.

—Anda, anda. ¿Has comido ya?

—Qué va, esa es otra. Después de enterarme de lo de Linda Paesa hemos ido a tomar algo y tras dejar a Mario en el despacho he ido a ver a Ramírez; necesitaba hablar urgentemente con él. Ya estaba hasta las narices. Las dudas se iban acumulando y la investigación se me atragantaba.

—Eso es normal, Nico, cielo, todo esto es nuevo para ti.

—No, pero no es por eso. No os lo había contado. El día que me acompañasteis todos a conocer al comisario, al salir del restaurante nos cruzamos con un coche negro en el cual iba él acompañado de una chica joven.

—Sí, yo iba conduciendo mi tanque. Lo recuerdo.

—Eso es, pues resulta que esa chica tiene un parecido brutal con Jimena. Llegué incluso a sospechar que era ella la que iba con el comisario y que todo esto era una trampa que alguien me tendía y que Jimena en verdad no estaba desaparecida, pero la hipótesis no tenía ni pies ni cabeza, ya que no tengo enemigos de ese cariz y si hubiera alguno no creo que tuviera motivos ni medios para pergeñar una venganza tan costosa y estudiada.

—¿Y has averiguado ya quién es la chica? No me lo digas, una hermana gemela.

—Caliente, caliente. Es una prima hermana por parte de madre. —Se hizo un espeso silencio al otro lado del teléfono—. Te estarás preguntando qué hacía con el comisario en su coche el mismo día que me contrató.

—Me quema la curiosidad.

—Es su pareja sentimental. Viven juntos desde hace año y medio.

—Uf, bueno, es totalmente legítimo, el amor no entiende de límites, pero igual la chica no se tomó demasiado bien que su padre se liara con su prima. Con eso se justifica en cierto modo que se distanciaran. Ahora bien, dudo que

su desaparición guarde relación directa con eso.

—Pienso igual que tú. Hasta hoy el comisario me lo había ocultado. Yo tenía mis sospechas pero él se negaba a darme información al respecto, me ponía una barrera imposible de saltar. Se escudaba en que esta información no aportaría nada a la investigación y quizá tenga razón. No obstante, pienso que conocer con profundidad la realidad del entorno inmediato de Jimena es fundamental. Para colmo, hoy he recibido el golpe brutal de la noticia de la muerte de la diputada Linda Paesa... El tema tiene miga ya por sí solo, si además le añadimos que supuestamente todo un comisario del distrito Centro no se había enterado de esta muerte ocurrida en el barrio de Salamanca...

—El barrio de Salamanca es otro distrito diferente, Nico.

—Ya, pero esta señora es una política de cierta relevancia y además estaba relacionada con su hija en los últimos meses, en los previos a su desaparición, e intuía que, según el perfil de la difunta, ayudó a que Jimena se involucrara con más profundidad en todas esas movidas en las que andaba metida.

—¿Insinúas que todo esto tiene que ver con alguna secta secreta o algo así?

—Es mera intuición... Yo no insinúo ni mucho menos afirmo. Lo que me preocupa es que existen dos posibilidades: una, que Gonzalo mienta y que sí que estuviera informado sobre la muerte de Paesa; y otra, que alguien, algún compañero de la policía haya vetado dicha información al comisario o haya taponado cualquier canal entre ambos distritos con alguna intención... Bueno, cambiemos radicalmente de tema, preciosa, que la cabeza me va a estallar. Cuéntame algo, ¿qué tal te ha ido a ti la mañana?

—Bien, tenemos ahora mucho trabajo. He estado todo el tiempo liada con el material que me ha pasado Juanma de tus amigos.

—¿Mis amigos?

—Sí, los de la Asociación de Amigos y Familiares de la División Azul — contestó con tono travieso.

—Ah, genial. Mis amigos, ya no me acordaba de ellos..., casi que prefiero a los de las sectas.

—Pues estos están tan contentos con los resultados que quieren un álbum digital y una página web a modo de archivo histórico y todo. Me acuerdo

mucho de ti y me río sola cuando leo algunas cosas. Por ese lado menos mal que ya no trabajas con nosotros, que si no... no quiero ni pensar en la cantidad de situaciones incómodas en las que te habrías visto. Hasta Juanma está ya agotado mental y físicamente. Muchas veces sale del despacho gritando con los brazos en alto diciendo que está hasta las narices de tanto facha y que más valdría que se hubieran congelado todos en Rusia. Como un día venga alguno de la asociación y lo oiga... no solo nos quedamos sin nuestro mejor cliente, sino que encima nos meten un puro. —Rio Milagros.

—Manda narices, Marioscaneos, viviendo gracias a... esos señores. Ya casi estoy entrando en Vallecas. Comeré algo y me echaré una siesta de «pijama y orinal».

—Yo estoy viendo el Saber y ganar, por cierto, hay algo que no entiendo. Precisamente te había llamado por eso, pero como nos hemos puesto a hablar de otras cosas no te lo he comentado.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Es sobre el programa. Resulta que me estaba tronchando de la risa yo sola porque hay un concursante, que por cierto sabe un montón, que se llama Lucas Poso, ¿lo pillas?: «Lu Casposo» —continuó Milagros riendo a la vez que hablaba.

—Sí, tuvieron mala leche los padres al ponerle el nombre.

—Lo que no me explico es que Jordi Hurtado ha dicho que lleva concursando desde el veintidós de octubre.

—Algo listo sí que es, lleva ya más de diez días, pero ¿qué es lo que no entiendes?

—Pues que tú y yo estuvimos comiendo el día veintitrés en tu casa y vimos el programa juntos y este hombre no estaba. Te aseguro que no se nos hubiera pasado por alto con ese nombre tan chusco. ¿Estás ahí?

—Sí, aquí sigo —contestó Nicolás con voz aún más agotada que al principio.

—Vale, es que no te oía.

—Iba concentrado, ya casi estoy en mi calle y tengo que buscar aparcamiento. Además, es que tengo otra llamada entrante, uno de esos números largos. Debe de ser de algún sitio oficial o alguna empresa. Pues no sé, cielo, imagino que Jordi Hurtado se habrá confundido, aunque no lo

parezca es de este planeta.

—No lo sé... El programa es grabado y es improbable que tengan ese tipo de errores, aunque no imposible. Si quieres, dame el teléfono ese desde el cual te están llamando y te lo busco, a ver de qué es.

—Vale, pero no importa. Ahora no pienso coger a nadie. Luego, esta tarde después de la siesta les devuelvo la llamada, que no tengo la cabeza para más. Apunta, Mila: 630 00 * *** **.*

—¡Eureka! ¡Lo tengo! Pero, Nico, ¿qué tipo de amigos tienes últimamente?

—¿Por?

—Te llaman del grupo municipal del Partido Socialista en el Ayuntamiento de Madrid. Y si me das dos segundos... —decía Milagros mientras tecleaba con avidez—. ¡Aquí lo tengo! Es la extensión del portavoz del Grupo Municipal, Alberto Ximénez.

La gente que caminaba a las once de la mañana de un día laborable por la calle Mayor de Madrid no solía detenerse a mirar nada. En su mayoría eran personas que pasaban uno y otro día por allí bien para ir al trabajo, para dar un rutinario paseo de jubilado o algún turista que, si miraba a algún sitio, lo haría al cielo o a las cornisas de los edificios, pero Jazz y Cross rompieron con su belleza y carisma la estadística habitual físico-temporal y circunstancial de aquel escenario que prácticamente se repetía día tras día con los mismos actores.

Dos perros grandes, con el pelaje lustroso gracias al cepillado diario, un porte elegante que los distinguía a ambos siendo este único en cada can y distinto el que uno poseía respecto al otro. Cross tenía una elegancia tierna, suave, dulce, de peluche recién comprado con su carita blanqueada por las canas y los años, una mirada inteligente y pícara. Jazz poseía la elegancia de la gallardía, unas orejas que apuntaban al cielo, una pose firme y soberana, una mirada sagaz. No hubo viandante en los tres o cuatro minutos que estuvieron detenidos en el número setenta y dos de la calle Mayor de Madrid que no mirase con admiración a estos dos magníficos ejemplares caninos obviando en sus observaciones a los dos humanos. Si en vez de estar con ellos Nicolás y Mario hubieran sido George Clooney y Napoleón III los

acompañantes humanos, habrían pasado, pese a la fama del primero y a la indumentaria decimonónica del segundo, igualmente desapercibidos. Sonrisas, muecas de admiración, algún que otro «¡Pero qué hermosura de animales!» en voz alta eran las expresiones que estos dos seres de cuatro patas despertaban en aquella ciudadanía. Por otro lado, mientras los dos seres humanos hablaban, los perrunos se comenzaban a inquietar por la indecisión que intuían en sus dos amigos bípedos. Cross escuchó un ruido que le llamó la atención unos metros por encima de él. Miró y tuvo que sentarse para tener mejor perspectiva. Jazz se dio cuenta no del ruido pero sí de la actitud de su compañero, y también observó. Ambos comenzaron a ladrar asustados por algo que quizá les parecía sobrenatural y no era otra cosa que tres banderas batientes en una mañana de viento otoñal.

—Algo tenemos que hacer con Cross. Jazz sí puede pasar, pero él no podrá —le decía Mario a su amigo el detective—. Imagino que el tal Alberto ese que venimos a ver no pondrá pega, pues dijiste que estaba muy interesado en hablar contigo, pero el despacho del Grupo Municipal Socialista está en la cuarta planta y Cross no puede pasar al edificio.

—Callaos, chicos, no ladréis, que nos van a echar de aquí antes de entrar. Le ladran a las banderas que están justo encima de nosotros. Son la de la Comunidad Autónoma, la del Ayuntamiento de Madrid y la de España —le explicó Nicolás a Mario—. ¡Callaos ya, que nos encerrarán a los cuatro por anticonstitucionalistas! ¿Crees, Mario, que les aplicarían a estos dos la ley mordaza?

—Más bien en su caso les aplicarían la ley bozal. Bueno, vamos a la cuestión de acceder al edificio. Dudo que dejen pasar a Cross.

—Mario, Mario, Mario, Mariete, parece mentira que ahora sea yo el previsor. Dame un minuto —demandó Nicolás tranquilizando a un preocupado Mario mientras sacaba un par de objetos de una mochila—. Mira, toca mi cara y toca el lomo de nuestro querido Cross.

—¿Previsor? Lo que estás es como una puta cabra, pero vale —declaró Mario entre risas—. Me gusta esta aventura. Pues ahora si tienes... lo que hay que tener, pasa tú primero.

—¡Allá voy!

Nicolás, con unas gafas de sol muy oscuras y agarrando el asa del viejo

arnés de perro guía de Cross, se introdujo seguido por Mario y Jazz al edificio.

No está mal la idea, echaba de menos mi viejo arnés. Me siento incluso importante y todo pasando a un sitio oficial como en los viejos tiempos, pero no sé... noto algo raro. Nico está asustado..., cuando hemos pasado por la puerta automática de cristal, me ha empujado como si esta nos fuera a tragar..., anda que no he pasado yo de joven por puertas así. Menos mal que aquí no hay escaleras de esas metálicas que se mueven solas, que si no, a este le da un patatús. Claro que sé guiar, eso no se olvida, pero quizá por la falta de costumbre o quizá porque... ¡Claro! Lo extraño aquí es guiar a alguien que desde que estoy con él ha sido quien me ha guiado. Bueno, haré lo que pueda. Voy a olisquear por aquí estos suelos y a divertirme un rato. ¡Huy, una papelera!

Enseguida me fui tras Cross y Nico, pero no para seguirlos como hago de modo habitual. Esta vez lo hice para ser partícipe de algún juego que sin duda los humanos nos habían preparado. Cross va con un arnés, pero no va guiando demasiado bien que se diga. Casi tira a Nicolás al estamparlo contra una papelera. Noto a Nico nervioso y a Mario, extraño.

—Cuidado, caballero, cuidado, ¿necesitan ayuda? —preguntaba una joven que se dio media vuelta cuando ya se disponía a salir del edificio.

—Sí, venimos a visitar a Alberto Ximénez, del Grupo...

—Del PSOE —interrumpió la joven—. Es mi compañero de partido. Voy a llamarlo y que baje a buscarlos. Alberto, mira, hay aquí dos señores invidentes que te buscan. Vale, entiendo, sí, tranquilo. Llevo un poco de prisa, pero ahora subimos. Caballeros, ¿cómo lo hacemos, se agarran los dos a mí?

—Si le parece bien, yo le cogeré del brazo izquierdo y mi compañero nos seguirá, es que yo ando más torpe que él, pues me han dado el perro hace muy poco —comentó Nicolás encontrando el codo de la muchacha sin ninguna dificultad.

Mario tuvo que fingir un estornudo seguido de otro también fingido ataque de tos para disimular la risa.

—Parece que se ha constipado un poquito. Es normal, con estos cambios de tiempo... Son los dos muy guapos, los perros, me refiero, son preciosos —decía torpemente la chica en el ascensor.

Un trajeado y elegante Alberto Ximénez los recibió en su despacho. Estaba al teléfono cuando los dos amigos y sus respectivos perros entraron acompañados de la chica.

—Aquí les dejo —dijo la joven tras indicar a Nicolás y a Mario dónde estaban las sillas.

Ximénez probablemente pensaría y actuaría ante la vida como un masón y como un socialdemócrata, pero vestía, olía, se peinaba y se comportaba como un dandi. Tenía unos cuarenta y cinco años muy bien llevados, un físico bien cuidado por las dietas equilibradas y quizá algo de deporte, un rostro atractivo y sin arrugas, nada de cirugía, pero a buen seguro beneficiario de sofisticadas cremas y tratamientos antioxidantes y antiedad. Su carácter era agradable y acogedor, refinado sin llegar a ser altanero ni repelente. Alberto Ximénez extendió la mano a Mario rozándole levemente el abdomen para que se percatara de ello. Se disponía a hacer lo mismo con Nicolás, pero el detective le estrechó enérgicamente la mano al dirigente socialista antes de que esta llegara a tocarlo. Alberto miró extrañado a uno y a otro de sus visitantes. Mientras tanto, Nicolás se quitaba las gafas de sol y miraba fijamente a los ojos de Ximénez.

A ver si me quitan ya el arnés de una vez, que una cosa es un juego o una broma, y otra, que me obliguen a dilatar la concesión de mi derecho a una jubilación digna. Ah, ya parece que se termina esto, menos mal.

Mario no pudo reprimir a aquellas alturas la risa que se había estado tragando por los pasillos de las dependencias municipales del distrito Centro de Madrid.

—Discúlpenos, don Alberto, le debemos una explicación. Imagino que todo esto le estará pareciendo raro. Mi compañero y asesor Mario, en cuanto termine de reírse, se presentará, pero mientras tanto yo le cuento: soy Nicolás García Requena, detective privado al servicio de Gonzalo Ramírez, eso ya lo sabe, pues fue usted quien se interesó en hablar conmigo —explicó nervioso y charlatán Nicolás mientras el dirigente municipal lo miraba con estupor—. Yo no soy ciego, como habrá podido comprobar, aquí mi asesor sí lo es. Cross es su antiguo perro guía —aclaró señalando al golden retriever, quien inspeccionaba con mirada inteligente a Ximénez—. Ahora está jubilado y va siempre conmigo. También es mi ayudante. Como los perros que no son de

asistencia no pueden acceder a los edificios públicos, no he tenido más remedio que hacerlo pasar por un perro guía, lo cual no es del todo falso, pero naturalmente me he tenido que hacer el ciego por cuestiones lógicas. Y su compañera, por cierto, muy maja.

—Sí, Raquel Sevilla, dirigente de las Juventudes Socialistas de Madrid.

—Gracias. Bueno, pues cuando Raquel se ha ofrecido a ayudarnos ya era demasiado tarde para deshacer toda esta trama urdida para poder acceder hasta su despacho. En fin, señor Ximénez, ruego que nos disculpe por habernos presentado de este modo tan esperpéntico.

Alberto Ximénez ya sonreía de nuevo una vez aclarada la situación y miró con admiración a sus dos interlocutores humanos además de hacer lo propio con los dos perrunos.

—Pues me alegro de que sus dos amigos de cuatro patas estén en mi despacho acompañados por ustedes. Y me acaban de dar una idea: propondré a mi partido que incluya en el próximo programa electoral el tema del libre acceso de perros a los edificios públicos.

—Me parece una cuestión interesante, don Alberto —propuso Mario adoptando un tono serio—. Como ya le ha dicho Nicolás, soy su asesor y también le pido disculpas por las formas con las que nos hemos presentado ante usted.

—Para nada, Mario. Ha sido divertido y créame, a estos despachos —dijo recorriendo toda la estancia con la mirada— les hace mucha falta alguna que otra risa y carcajada de vez en cuando. La política es demasiado gris para mi gusto.

—Gracias, Alberto. También quisiéramos mostrarle nuestras condolencias por la muerte de Linda Paesa. Sabemos que ambos tenían una relación muy estrecha —confesó Nicolás visiblemente emocionado.

Era peculiar que un hombre como aquel, con ese aspecto tan de señorito urbano, dirigente de uno de los partidos más importantes del país y de Madrid, tuviera aquel comportamiento tan jovial, fresco y cercano... Sin embargo todo esto no distorsionaba para nada, probablemente porque Alberto Ximénez verdaderamente era así y demostraba con hechos que era posible ocupar las altas esferas del poder, tener una estética cuidada y refinada y al mismo tiempo ser abierto de mente y mundano en el mejor sentido de la palabra.

El dirigente socialista echó unos centímetros hacia atrás su silla con ruedas y entrelazó las manos a la altura del vientre mientras daba un profundo suspiro al escuchar el nombre de su exmujer.

—Sí, Linda. Claro que sí. Agradezco sus condolencias, Nicolás y Mario. Fíjense, tanto Linda como yo somos abogados, y pese a que llevábamos tres años sin ser pareja no habíamos iniciado los trámites de la separación. En cuanto a bienes materiales se refiere, teníamos dos vehículos, un ático en Juan Bravo, una casita en Galapagar y una cuenta corriente en común. Cuando decidimos separarnos cada uno nos quedamos nuestro correspondiente coche, ella, el ático y yo, el chalecito con jardín, y por supuesto la cuenta corriente común la cancelamos previo reparto al cincuenta por ciento de unos pequeños ahorros que poseíamos. No se podría decir que fuéramos amigos tras la ruptura, pero lo que jamás fuimos es enemigos. Ella comenzó su carrera política en Izquierda Unida y después en el Partido Popular, y sin embargo jamás tuve la sensación de navegar en distinto barco: ambos buscábamos lo mismo.

—La verdad, Alberto, es que su historia con su exmujer es bastante peculiar. Tengo algunas preguntas que hacerle al respecto, todas ellas, naturalmente, relacionadas con la investigación que llevo a cabo. Ustedes tenían una relación estrecha con Jimena y además su exmujer profesaba las enseñanzas del maestro Osho, se consideraba una Sannyasin y usted es francmasón declarado y reconocido, además de uno de los candidatos a ocupar la Secretaría General de su partido en Madrid. Los dos están, Linda Paesa, por desgracia, ya no, directamente relacionados con dos importantes grupos de carácter espiritual que tienen amplias y profundas conexiones internacionales. Y después están las tres formaciones políticas a las cuales pertenecen o han pertenecido. —«Ustedes, señores míos, mojaban en todas las salsas humanas y divinas», le hubiera dicho a Alberto de buena gana, pero la prudencia no se lo permitió—. Hay un claro denominador común entre ustedes, y no es otro que cierta búsqueda de una paz interior, un crecimiento personal y espiritual, el misticismo organizado. No sé si Jimena pertenecía a la masonería o a los Sannyasins, a ambos o a ninguno, pero me gustaría averiguarlo al igual que quisiera enterarme de en qué consistía la relación que los tres mantenían. De eso si le parece bien charlaremos más tarde o incluso otro día. Ahora me

gustaría saber en primer lugar cuál es el motivo por el que se ha puesto en contacto conmigo.

Alberto Ximénez asintió con la cabeza y descolgó el teléfono de su gran mesa color caoba.

—Julián, no me pases llamadas y anula todas las visitas que tenga esta mañana. Sí, así es, Julián, hasta que me vaya o hasta que te avise de nuevo. Sí, no te preocupes, va todo bien. Gracias.

12

La vida te da

Pese a todo, Ximénez parecía sentirse a gusto, teniendo en cuenta que apenas había pasado una semana desde la muerte de Linda. La visita de los dos jóvenes con sus respectivos perros y el teatrillo montado para que Cross disfrutara de un derecho perdido lo sacaron por unos instantes de cierta tristeza y melancolía. Literalmente había entrado aire fresco en el despacho de Alberto Ximénez ya que a Jazz y a Cross la dirigente de las Juventudes Socialistas les había caído muy bien y estos empezaron a mover sus colas formando suaves corrientes de aire a lo ancho y largo.

Este sabía que en la conversación saldría el tema de Linda Paesa, lo cual era lógico, ya que él había llamado a Nicolás tras una conversación telefónica no demasiado agradable con Ramírez.

El comisario, impactado por la muerte de la amiga de su hija, llamó a Ximénez supuestamente para darle el pésame, pero el diálogo fue derivando hacia una especie de interrogatorio.

Gonzalo, que llevaba treinta años interrogando a personas, sabía distinguir casi con certeza una mentira de una verdad, aunque la conversación fuese por teléfono. Le pareció que Ximénez era un hombre honesto y de profundos principios. Lo vio muy afectado por la muerte de su exmujer y creyó firmemente que el ofrecimiento de colaborar tanto en esclarecer todas las cuestiones referentes al suicidio de Linda como en poner a disposición del comisario cualquier información que pudiera ser útil para encontrar a Jimena

era un ofrecimiento sincero.

Ahora le quedaba al comisario la difícil tarea de averiguar por qué nadie lo informó de la muerte de Linda. Era el jefe de una de las comisarías más importantes de Madrid y además la fallecida tenía vínculos amistosos con su hija desaparecida. Estaba asustado por primera vez en su vida de policía, pero sobre todo estaba asustado, y también por primera vez, en su faceta de padre. Las preguntas que se hacía le taladraban la cabeza, le robaban el sueño e impregnaban con una brumosa espesura todos los pensamientos del día.

Alberto Ximénez advirtió a sus dos visitantes humanos que aquella conversación iría para rato, y que si querían almorzar no tenían más que pedirlo y lo traerían al despacho. De momento los dos humanos declinaron la invitación, pero dos largas, fuertes y anchas lenguas perrunas se relamieron al escuchar la palabra comida.

—Bien, amigos, me llamó el comisario Ramírez ayer al mediodía. Creo que usted acababa de abandonar su despacho tras reunirse con él. Estaba muy afectado, demasiado nervioso y asustado. Se preguntaba casi entre sollozos «Por qué, por qué y por qué. ¿Por qué está mi hija desaparecida y por qué aparece ahora muerta una amiga suya?». Lo que no sé es si aquellas preguntas se las formulaba a él mismo o me las lanzaba a mí en tono acusador. No sé lo que ustedes habrán leído ni cual será su opinión acerca de los masones, pero en este país todavía flota una falaz, injusta y tenebrosa leyenda negra sobre nosotros. No es que yo quiera adelantar acontecimientos, ni jugar a adivinar los pensamientos del comisario, pero todo encaja dentro de una lógica ciertamente ilógica dada la desmerecida fama oscurantista que la masonería tiene en este país. Por otro lado confío en que Gonzalo es un policía del siglo XXI y que se escapa de aquellos que invocaban hasta la saciedad esos mantras repetitivos del «contubernio judeo-masónico-marxistizante». Pero seamos realistas, la historia y el pasado tienen un peso específico y a veces le puede caer a uno de golpe. Gonzalo tiene una hija desaparecida, una amiga suya que tenía vínculos con el poder político e inquietudes espirituales aparece muerta y para colmo su exmarido y amigo también de la desaparecida y de la fallecida, pertenece a una logia masónica. Por cierto, ¿les había dicho que yo soy masón? —concluyó Alberto en tono jovial.

—No, pero no se preocupe, que sabemos a quién hemos venido a visitar

—contestó Nicolás con seguridad en sí mismo y sosteniendo a la vez el tono del sarcasmo jovial de su interlocutor.

—Lo comprendemos, Alberto —dijo Mario—, pero vivimos en la era de la información y no creo que todo un comisario caiga en ese tipo de prejuicios. Yo la verdad es que algo he leído de masonería, y más en estos días. Nicolás también —agregó mirando a este, quien asintió con la cabeza—. Y las cosas han cambiado mucho... pienso que en general hay un buen concepto sobre ustedes.

—Quiero que comprenda, don Alberto —decía Nicolás—, que como investigadores de la desaparición de Jimena tengamos que informarnos de su entorno de un modo profundo sin tener que juzgar ni prejuzgar a nadie por sus ideas.

—Son de agradecer sus palabras. Además, ustedes pertenecen a una generación que debe de estar ya limpia de esa carga histórica. Precisamente la visión más oscura sobre nosotros en la etapa contemporánea de nuestro país surge en plena dictadura del general Franco, régimen político falaz, altamente injusto con nosotros. Les voy a dar una serie de datos que probablemente ustedes, que son jóvenes instruidos, ya conozcan, pero que sin duda desmitifican todas las creencias tanto para bien como para mal de la masonería. ¿Sabían que el presidente Salvador Allende, socialista revolucionario, era masón? —Ambos se encogieron de hombros—. Pues bien, aunque ustedes son muy jóvenes habrán oído, por desgracia, hablar de Pinochet, general golpista chileno que arrebató por la fuerza el poder al Gobierno electo en las urnas de Allende. Este dictador también perteneció a la masonería, y el padre de Francisco Franco flirteó con alguna que otra logia masónica, desconozco si llegó a pertenecer a alguna; y Ramón Franco, uno de los hermanísimos protegidos por el Caudillo, fue republicano y masón antes de ser un enchufado de don Paco. Así que ustedes mismos juzguen. Si lo desean, les puedo recomendar un par de autores que han escrito algo sobre masonería y para que vean que no quiero convencerlos de nada, uno sería afín y otro un firme detractor.

—Estaremos encantados —aceptó Nicolás mientras sacaba papel y bolígrafo.

—El autor crítico se llama César Vidal, es doctor en Historia y parece ser

que ha investigado mucho la masonería —explicaba Ximénez adoptando un tono irónico—. Y que conoce cosas que yo mismo, que soy masón iniciado desde hace veinte años, desconozco. Este autor los ilustrará sobradamente sobre todos nuestros males.

—OK, lo tengo. Dígame el nombre del otro autor.

—Se trata de Gustavo Vidal.

A Nicolás le sonaba este apellido. Miró la línea superior de su libreta y se percató de que ambos escritores antagonistas tenían el mismo. Mario soltó una risilla picarona. Ximénez le guiñó de modo espontáneo un ojo. Al momento se dio cuenta de la metedura de pata, pero tenía por tan intuitivo, inteligente y observador a aquel joven ciego que acababa de conocer que pensó que probablemente Mario se había percatado del gesto, aunque fuera por ciencia infusa, ya que este le miró sonriente.

—Anda, don Alberto, si los dos autores, el promasón y el antimasón, se apellidan igual. Qué casualidad —afirmó Nicolás.

—Así es, pues léaselos a los dos, que cada uno desde su lado de la trinchera intelectual han escrito ríos de tinta sobre nosotros. Y permítame que le cuente algunas curiosidades: Gustavo Vidal no es promasón, es masón, tan masón como yo, y por cierto, también pertenece al Partido Socialista.

—¿Hay muchos masones en el PSOE?

—Eso quisiera yo... Aparte de mí, solo conozco a Gustavo Vidal. Respecto del señor César Vidal, decirle que tiene una extensa obra antimasonónica, anticomunista y, para mi gusto, antiverdad y antidecencia intelectual, es doctor en Historia y no solo comparte con mi compañero de partido y mi hermano masón Gustavo el primer apellido, sino que además comparte el segundo también.

Nicolás quedó callado unos instantes pensando que lo que iba a preguntar era tan obvio como estúpido y optó por mirar fijamente a Ximénez, a ver si este le sacaba del apuro.

—César Vidal Manzanares y Gustavo Vidal Manzanares comparten primer y segundo apellido, además de madre y padre, pero les aseguro que no comparten en absoluto el amor por la masonería, la libertad y la fraternidad.

—Bien, le agradezco sus recomendaciones literarias y me comprometo a ampliar mi formación e información sobre ustedes a través de la familia Vidal

Manzanares, pero imagino que no solo hemos venido aquí a hablar de cotilleos familiares, masones, socialistas e historiadores de derechas.

—Bastante de derechas, diría yo, señor García, pero lleva razón. Vayamos poco a poco y cada cosa en su momento —apostillaba Ximénez gesticulando con sus blancas y perfectamente cuidadas manos—. En primer lugar, yo no tenía ni idea de que don Gonzalo Ramírez había contratado los servicios de un detective privado. Le confieso que jamás he tenido una buena opinión, por cuestiones personales, de la gente que se dedica a esta profesión, pero hoy me estoy dando cuenta de mi error y me arrepiento de haber generalizado en exceso. Le rogué a Ramírez que me permitiera contactar con usted para ponerme a su disposición, Nicolás —dijo el dirigente político mirando primero a este y después a Mario—. Si el comisario ha contratado los servicios de un detective privado siendo él quien es, hay algo que no funciona y yo no quiero estar de por medio. Me explicaré mejor: ha desaparecido una mujer mayor de edad que tenía cierta amistad conmigo y mi exmujer. Linda aparece muerta y el comisario me llama. Por sus palabras, que uno ya lleva mucho tiempo en la política y desarrolla ciertos instintos, me doy cuenta de que lo han informado recientemente de la muerte de Linda, con lo cual, alguien en la Policía se lo ha ocultado. Procuro escapar de ciertos prejuicios, pues igual que no me gusta que me prejuzguen a mí y a los míos, como les decía antes, y menos basándose en puntos de vista fundamentados en la ignorancia y en perspectivas caducas y casi felizmente superadas, no quiero ser yo quien incurra en tal falta, pero ahora bien, en esta ciudad a nadie se le escapa que Ramírez aspira a la jefatura del Cuerpo de Policía en Madrid, y supongo que, como en todos los sitios, también en la Policía se cuecen habas y que este tendrá en el seno de su institución amigos y no tan amigos. Mucha gente de la vida pública sospechamos que don Gonzalo no le quiere dar precisamente bombo mediático al tema de su hija por sus aspiraciones político-profesionales, y ahora comienzo a sospechar que en su entorno existen determinados sujetos que ocultan o manipulan información. ¿Con qué fin? Supongo que con el de entorpecer su ascenso y favorecer el de otro. Yo sabía que usted vendría a verme, igual que sé que puedo estar en la lista de sospechosos tanto de la desaparición de Jimena como de la muerte de Linda. Por todo ello me pongo a su entera disposición para aclarar cualquier cosa

que necesite.

Nicolás, según escuchaba esto, pensaba que Alberto era sincero. Se recordó a sí mismo cuando, antes de sacarse el carné de conducir, tomaba el tren de cercanías y, al no haber tenido tiempo a sacar el billete buscaba activamente al revisor para que este notara su intención. ¿Intención de qué? De no escaquearse. Ximénez quería hacer lo mismo: anticiparse antes de que el revisor viniera a pedirle el billete.

—Lo comprendo, don Alberto, y le agradezco su disposición a colaborar. Desconocía las aspiraciones de Gonzalo a la jefatura de Policía de Madrid, pero yo no me aventuraría a relacionar su discreción respecto al caso de su hija con esa cuestión. Más bien lo achaco a un derecho a la intimidad personal y familiar. Respecto de la ocultación o no ocultación de información entre agentes de una comisaría de un distrito y otro, desconozco cómo funcionan los protocolos policiales y tampoco quiero apresurarme a emitir juicios al respecto. Todo esto lo iremos viendo con calma. Ahora le ruego que nos hable de otras cuestiones: me gustaría que me cuente cómo era y en qué consistía la relación amistosa que ustedes mantenían con la hija del comisario.

Ximénez respiró profundamente, con pena, con nostalgia y con dolor. Miró a los dos jóvenes y comenzó a hablar de nuevo:

—Miren, Linda y yo todavía estábamos juntos cuando conocimos a Jimena en un centro de yoga y meditación en Villaverde Alto. Allí iba gente de todo tipo, de todas las clases sociales, profesiones, razas, culturas e incluso religiones. Era un buen sitio...

—¿Bueno para qué, señor Ximénez? —interrumpió Mario, pidiéndole disculpas con un gesto de la mano.

—Bueno para estar, para ser, para crecer —continuó Alberto adoptando un tono más místico—. Un lugar formidable lleno de paz y exento de juicio. Allí no predominaba nada, ni el budismo, ni el cristianismo, ni la meditación activa de Osho, ni la meditación vipassana ni la de ninguna otra escuela. Allí solo predominaban el silencio y las ganas de crecer por dentro, de aprender los unos de los otros, la aceptación del diferente, el amor sin juicios ni límites, las ganas de ser mejores.

—¿De esto cuánto tiempo hace, señor Ximénez? —preguntó Nicolás.

—Cinco años —contestó con seguridad Alberto sin tener que hacer el

mínimo cálculo mental.

—Entonces, si no me equivoco, Jimena tenía diecisiete, ¿y ustedes?

—Dieciséis —corrigió Ximénez—, Linda treinta y nueve, y yo cuarenta.

Se produjo un silencio de unos tres segundos, toda una eternidad si se tenía en cuenta la carga emocional del momento. Mario y Nicolás pensaron exactamente lo mismo. El primero ponderó la posibilidad de preguntarlo abiertamente, y el segundo tomó aire y se dispuso a lanzar la interrogación, pero no hizo falta. Alberto Ximénez era un hombre con muchas tablas y se anticipó.

—Jimena era para nosotros la hija que nunca tuvimos.

—¿Cuándo, cómo y por qué se separó de Linda? —espetó Nicolás adoptando el papel de detective duro. Percibía que estaba sondando una cuestión interesante y no quería dejarle capacidad de reacción.

—Hace cuatro años..., el cómo se lo he contado antes y por qué... es algo que aún hoy yo también me pregunto. Quizá Linda y yo fuimos siempre amigos, solamente amigos. Dos jóvenes idealistas que se conocen en la facultad, en primero de Derecho —dijo evocando una sonrisa de melancolía, una especie de tributo a la inocencia perdida—. Queríamos cambiar el mundo y no sabíamos cómo. Lo mismo leíamos a Marx que a Bakunin o disertábamos sobre las tesis de Raymond Aron y de Sartre. Yo me reunía por entonces en los salones parroquiales con mis amigos, mis hermanos de las Juventudes Cristianas. Por entonces yo era católico; hoy día soy ateo. No se crean que aquello era una especie de junta de mojigatos charlando de místicos y santos. Allí se trataban temas sociales y de profundidad. Que si un día la reforma universitaria, otro día la emigración, el paro juvenil, el machismo e incluso hablábamos de revolución. Linda estaba siempre mezclada en grupos anarquistas. Sus reuniones eran más espontáneas, regadas con cerveza, amenizadas con música rock y ambientadas en ocasiones con un humo asfixiante de cigarrillos o de porros. Más tarde estuvo en la Unión de Juventudes Comunistas. Linda y yo jamás nos enfrentábamos cuando discutíamos sobre cómo queríamos cambiar el mundo, sino que lo debatíamos todo pacíficamente. Siempre tuvimos claro el mundo que queríamos. Soñábamos con un mundo íntimo, un microespacio compuesto por nosotros dos y más de tres hijos educados en libertad. No era demasiado habitual que

dos jóvenes de nuestra generación y con nuestras ideas políticas soñaran con tener una familia numerosa, pero nosotros éramos así. Ambos fuimos la excepción que no confirmaba nada, pero excepción al fin y al cabo —concluyó Alberto esta parte de la conversación encogiéndose de hombros—. Queríamos que el mundo exterior por el que luchábamos fuera un hogar de paz para toda la especie humana, para todos los animales. Queríamos un planeta verde, una Tierra que se sintiera orgullosa de sus hijos y no al revés. Ese era el único patriotismo que entendíamos. Deseábamos profundizar en la democracia, derribar las fronteras, terminar con la desigualdad, las guerras, los ejércitos, toda la violencia. Queríamos conseguir la armonía universal. Y no conseguimos nada —expuso un Alberto apesadumbrado—. Si la historia de nuestras sociedades ya es por sí misma cruel, esta lo es más cuando erramos en los métodos aplicados para mejorarla. Admitimos en numerosas ocasiones que la crueldad con el diferente es justa, y que la justicia debe ser cruel con ellos. Tanto para Linda como para mí, la paz universal, la concordia y la armonía no solamente eran pilares fundamentales de nuestro estilo de vida, sino que además éramos militantes activos de esas causas, las cuales perdíamos día a día tanto en lo político como en lo personal. Ni venían esos hijos a los que educar en libre conciencia, ni la revolución utópica, no llegó nada —añadió finalmente dejándose caer en el respaldo del sillón—. El desencanto, Nicolás y Mario, el desencanto quizá fue lo que nos separó. Ahora seguro que entenderán todo ese bagaje ideológico, cambios de organizaciones, de credos espirituales y demás que Linda y yo experimentamos. Aún seguíamos queriendo un mundo perfecto y la desesperación por conseguirlo nos hacía cambiar de perspectiva, y aunque me duela decirlo porque ella no está, Linda esto lo llevaba peor que yo. Yo, al fin y al cabo, siempre he militado en el PSOE y encontré en la masonería la única, llamémosle comunidad espiritual, que respeta a los ateos. En la facultad siempre me decían que era un ateo muy espiritual y un beato muy ateo. Pues bien, ni una cosa ni otra; las dos al mismo tiempo.

Ximénez quedó en silencio mirando a la mesa mientras esperaba a que Nicolás dejara de tomar notas, cuando salió de sus cavilaciones le preguntó a Mario si querían desayunar algo. Nicolás y Mario aceptaron unos sándwiches y unos zumos de naranja que trajo un señor que no hacía más que mirarlos

como si fueran sospechosos los cuatro visitantes, tanto los humanos como los perrunos.

—Gracias por todo, Julián, vamos a seguir con la reunión.

Nicolás dibujó enérgicamente una línea horizontal en su cuaderno y levantó de nuevo la vista para mirar fijamente a Alberto.

—Bien, Alberto, entiendo lo que me dice. Ahora le voy a hacer una pregunta incómoda, pero créame, será tan necesaria como molesta.

—No se preocupe, detective, lo he llamado para colaborar y asumo cada una de las consecuencias.

—¿Usted cree firmemente en la hipótesis del suicidio de Linda?

El hombre, de rápidos reflejos y mente sagaz que nunca precisaba de tiempo para pensar una respuesta, esta vez se tomó unos segundos. Quizá no para pensar, pero sí para encajar el golpe.

—Le he hablado de la desilusión. Las personas que somos altamente sensibles y que aspiramos a crecer por dentro y pretendemos un cambio radical de la sociedad nos llevamos grandes chascos. Linda se fue de Izquierda Unida por problemas internos en la organización, problemas que no tenían nada que ver con ella, luchas cainitas de las cuales ni siquiera la izquierda más pura que a veces se erige en adalid de la ética suprema se puede librar. ¿Justificó eso marcharse a la derecha supuestamente liberal? A mi juicio, no, pero yo no iba a meterme en su vida. Entró en el Partido Popular de la mano de Amanda Tertsch, una amiga suya que impulsó dentro del partido una Comisión de Derechos Sociales, una democristiana convencida, de origen germánico por parte de padre. Por eso la idea incluso me pareció acertada. Miren a la derecha democrática de este país. Siempre le han faltado verdaderos liberales y auténticos democristianos y le han sobrado tardofranquistas. No se renuevan ni queriendo, pero bueno... allá ellos.

—Me está contestando a la siguiente pregunta que tenía prevista, don Alberto, pero con todos mis respetos...

—Sí —interrumpió Ximénez—, voy a ello, simplemente quería ponerle en situación. Colaborar en la Comisión de Derechos Sociales del PP y ayudar a Amanda Tertsch a humanizar el partido y a aprovechar el poder que este tenía para transformar el estado de las cosas fue una bocanada de aire fresco para Linda, pero no tardó en darse cuenta de que una vez más se estaba topando con

un muro de acero. Linda llevaba tiempo medicándose con antidepresivos, ansiolíticos e hipnóticos. Llegó a confesarme que ni se encontraba bien consigo misma ni se encontraba bien en este mundo. Estaba defraudada de todo y de todos y decidió quitarse la vida. No tengo la menor duda: Linda se suicidó.

—¿Usted está tan defraudado como lo estaba ella? —preguntó esta vez Mario.

—No, digamos que sigo teniendo esperanza. Ya no tengo el empuje que tenía en la juventud, pero mis ganas de cambiar el mundo marchan en este instante a velocidad de crucero. Ella tenía una energía muy fuerte, lo quería todo para ya. Como decía mi suegra: quería tener la tortilla hecha antes de cascar el huevo. Y eso también... eso también le pasaba a Jimena. Algunos queremos darle una oportunidad a la humanidad y otros sin embargo optan por darle un ultimátum.

—Habla de Jimena en pasado. He entrevistado a más gente de su entorno y es el primero en usar el pretérito —reconoció Nicolás mientras Mario lo miraba sorprendido.

—Lograré que me ponga a la defensiva, detective, si continúa por ese camino, y quisiera que esta charla fuera fluida y agradable, pero sobre todo me gustaría que fuera útil y productiva. Lógicamente hablo en pasado, pues llevo más de un año sin verla y no voy a andarme con cónicas expresiones exculporias, pues yo no tengo que esconderme de nadie ni exculparme de nada.

—Era un simple matiz, don Alberto —dijo el detective sosteniéndole la mirada—. Ha dicho que Jimena es una persona también con muchas inquietudes espirituales, de crecimiento interior, y una chica preocupada por la sociedad y los tiempos en que nos ha tocado vivir.

—No he usado esos términos, pero usted lo ha explicado incluso mejor que yo, señor García —expresó sonriendo el político socialista.

—También supongo que estas inquietudes para ella eran además aspiraciones y, según usted nos cuenta, Jimena tenía, llamémosle prisa o muchas ganas, y buscaba un cambio interior para ya mismo. Trabajaba para que la humanidad realizase un repentino cambio de rumbo.

—Cierto. Jimena, Linda y yo compartíamos la idea de que la humanidad en

su conjunto necesita un gran cambio, un amplio cambio de mentalidad, un nuevo estilo de vida, una nueva manera de vivir, de amar y de sentir.

—Entonces tenemos a tres activistas que luchan o luchaban por las causas que usted describe. Dos de ellas digamos que sostenían la tesis de forzar la situación para alcanzar tal fin. Una de ellas está muerta y otra, desaparecida. Luego está usted, que es partidario de alcanzar la misma meta con una especie de revolución espiritual tranquila y permanente. ¿Cree que la muerte de Linda y la desaparición de Jimena, sean cuales fueren sus causas, están relacionadas con su forma de percibir el mundo?

—No tengo la menor duda.

Parece que ya nos vamos. Cross, como siempre dando poco ejemplo de perro adulto y educado. Enseguida se pone a olisquear los platos de los sándwiches, pero si no han dejado ni una triste miga... Yo observo al señor que hemos venido a visitar. Me transmite buenas vibraciones, pero creo que mi dueño y Nico no terminan de fiarse de él.

Bajamos de nuevo a la calle y parece ser que ya no tengo que ejercer de guía. La gente por los pasillos nos mira muy raro. Nico y Mario no van con la alegría que habían traído al principio. Están serios y callados. Jo, ya han limpiado las papeleras y no hay restos de casi nada, ni un triste cartón de zumo escurrido y arrugado que olfatear.

A ninguno de los cuatro visitantes la charla con el masón socialdemócrata les había resultado indiferente. Dos perrunos que habían percibido energías sutiles en los humanos y que ahora iban junto a sus amos en el coche, intentando descifrarlas a su manera y dos humanos, uno al volante del Toyota y otro en el asiento del copiloto, ambos pensativos.

A ver quién es el guapo que se atreve a romper el silencio. Lo noto: tienen la mente muy cargada y uno de los dos va a hablar.

—Estás muy callado, Mario.

—Normal, cómo no voy a estar callado si no me das conversación. Estaba pensando.

—Eso no es nuevo, tú siempre estás pensando. Creo que te ha impresionado tanto como a mí el señor Ximénez, y mira que tú eres difícil de

impresionar.

—Menuda fama tengo de estar siempre pensando y de ser difícil de impresionar. Me gusta —afirmó Mario tras utilizar una pausa retórica—. Sinceramente, sí, me ha impresionado, pero más que él ha sido la conversación en sí. Tengo la sensación de que estamos ante algo inmenso. Vamos a ver, Nico, estábamos hablando de personas particulares, Linda, Jimena, Alberto, Gonzalo Ramírez, etcétera y de organizaciones más o menos grandes, más o menos influyentes, PSOE, IU, PP, la masonería o los seguidores de Osho. Hablábamos de una desaparecida, un suicidio y de la vida privada de un matrimonio. Hay centenares de suicidios al año, miles de divorcios y muchísima gente que se marcha de su casa para empezar una nueva vida sin tener que dar explicaciones a nadie. En verdad el caso que estás llevando, Nico, teniendo estos datos en cuenta desde un punto de vista objetivo, no es nada anormal ni extraordinario, pero ¿te has fijado en cómo hablaba Alberto?

—Sí, creo que sé a lo que te refieres, pero yo no sé expresarlo.

—No creas que yo sabría hacerlo, Nico. No sé... Tres personas como tantas muchas, que quieren un mundo mejor, que quieren crecer interiormente y a quienes les gustaría cambiar el estado de las cosas, que militan o participan en organizaciones de todo tipo. Repito: esto es muy normal y muy cotidiano, pero al escuchar a Ximénez me daba la impresión de que hablase de Linda y de Jimena como si estas dos mujeres tuvieran algo de mesiánico. Como si fueran dos elegidas.

—Exacto —contestó Nico tras un prolongado silencio—. ¿No estaremos siendo algo paranoicos, amigo?

—Probablemente sí. Por cierto, te felicito, Nico, eres un gran profesional. Te has formado de un modo espectacular teniendo en cuenta el poco tiempo que llevas en esto. Has dado un cambio tremendo, has ampliado tu conocimiento en un montón de datos e incluso has mejorado tu vocabulario.

—Anda, anda, no me seas pelota, tronco —contestó adoptando un perfecto acento vallecano.

—Tú disimula, que te estás convirtiendo en un detective cultureta. Espero que no termines quemando libros como Pepe Carvalho.

—Estamos llegando a la oficina. Os bajáis vosotros y yo mientras voy a aparcar. Subiré un momento a saludar.

Habitualmente, Nicolás, cuando pasaba a la sala principal de Marioscaneos, lo primero que buscaba con la mirada, y de una forma instintiva, eran los ojos azules de Milagros. La excepción rompió la regla cuando el detective entró en la oficina y tras soltar a Cross, que se fue directamente al cacharro del agua, se fijó en una caja que estaba encima de la mesa de su querida amiga. Se sonrojó.

Menuda sed traía. Estos, mucha cháchara con la joven del ascensor y el señor ultraperfumado, muchos elogios y caricias, pero ni se habían acordado de echarnos agua. Jazz debe de estar en el despacho de dentro. Ha pasado por aquí y María José también. Voy a olfatear para cerciorarme debajo de la puerta. Huy, ¿qué le pasa a Nico? Su corazón se acelera. Menuda mañanita que me lleva el jefe.

—Ho... ho... ho... hola, Mila. ¿Todo bien?

—Sí, ¿y tú? —contestó la analista de datos con una sonrisa más marcada de lo habitual.

—No me quejo —afirmaba el detective mientras tocaba la caja de cartón con extrañeza—. ¿No han cogido el DVD los chicos?

—No, me ha dicho Marijose que te lo puedes quedar, que ellos no lo utilizan, ya que con la televisión que tienen contratada pueden grabar la programación.

—Ah sí, yo es que esas cosas no las entiendo mucho ni creo que sepa manejarlas. Ahora les daré las gracias por el cacharro, alguna utilidad le daré —dijo Nicolás mientras el enrojecimiento de su rostro aumentaba.

—Será muy útil para grabar el programa Saber y ganar y después memorizar las respuestas —añadió Milagros mientras tomaba la mano de su amigo como si fuera la de un chiquillo al cual habían pillado haciendo una travesura.

—¿Quééééé? Jo, reconozco que lo hice, espero no haberte decepcionado. Solo quería, solo quería... —intentaba decir con voz temblorosa.

—¡Chisss!, no tienes que dar explicaciones de nada. —Lo hizo callar Milagros poniendo el dedo índice de su mano derecha sobre los labios, mientras que con la izquierda seguía tocando la mano temblorosa de su amigo—. Si lo que quisiste fue impresionarme, lo conseguiste, y no porque te supieras todas las preguntas de aquel programa, sino porque a nadie,

absolutamente a nadie, se le ocurriría grabar un programa cultural y aprenderse de memoria las respuestas para después reproducirlo con su amiga. Eres pura ternura, Nicolás —reconoció mientras le apretaba la mano y lo acercaba hacia sí.

Alberto Ximénez no se había movido de la silla durante los veinte minutos que pasaron tras la visita de los dos perrunos y los dos humanos. Con ambas manos colocadas delicadamente en los reposabrazos de su sillón había estado haciendo respiraciones profundas y relajantes. El aire entraba sin apenas esfuerzo por las fosas nasales, hinchaba levemente la parte baja del abdomen, después subía hasta el plexo solar, para llegar finalmente al pecho, el cual se ensanchaba abriéndose como una flor que busca la luz. Después soltaba el aire relajando todo el cuerpo. Cuando lo hacía tenía la sensación de expulsar con la exhalación parte del dolor que llevaba dentro desde hacía unos días. Giró el sillón hacia un lado y sacó de un cajón una nota escrita a mano.

Me voy, me marcho de este mundo en paz conmigo
misma. Siento el dolor que con mi ausencia pueda provocar.
Por ello quiero deciros con estas pocas palabras que no os
preocupéis por mí, que no sufráis por mí. Estoy donde debo
estar.

Sentía que la vida ya no me podía dar más de lo que
me ha dado y no me veo capaz de entregarle al mundo
lo que necesita. Simplemente le di a mi existencia un
ultimátum y esta no cumplió las expectativas.

Siempre os llevaré dentro de mí.

Linda

Una lágrima espesa y solitaria cayó encima del papel sobre el término «ultimátum». Alberto pasó el dedo índice de izquierda a derecha subrayando la palabra, mientras la repetía mentalmente.

13

Y aún arde Madrid

No es para nada alentador pensar que quienes a lo largo de la historia lucharon para conseguir un mundo mejor no tuvieron, precisamente, el mejor de los finales. La crucifixión, el fusilamiento, la horca o la hoguera solían ser los métodos utilizados para cercenar la existencia de estos hombres y mujeres. Tuvieron por única e inútil compensación la aparición de su nombre en leyendas populares y libros de historia. En la mayoría de los casos, sobre todo en el de las mujeres, ni siquiera se les concede esto último.

Cristo, Rosa Luxemburgo, Buda, el Che, Teresa de Calcuta, San Francisco, Osho, Durruti, Marx, Óscar Romero o Bakunin no cambiaron el mundo en absoluto, se tuvieron que conformar con intentarlo. Las masas, ese ente gigantesco y a veces amorfo, fácil y difícil de dominar; peligroso, dócil, revolucionario, tambaleante al que todos quieren y al mismo tiempo temen, ese ser o ente colectivo es el único desde el anonimato de sus individuos el que ha contribuido a mejorar el mundo. Lo que antes eran reivindicaciones extremistas de activistas ultratemidos por los amantes del inmovilismo hoy día pertenecen a lo cotidiano, y eso jamás ha sido mérito de ningún ser que tenga nombre y apellidos.

De igual manera, todos los males que han azotado a nuestro planeta y nuestra sociedad son también atribuibles a las masas. Las guerras, la contaminación, el hambre, la desigualdad o la violencia de todo tipo jamás son exclusiva de ningún individuo, ni siquiera de un grupo determinado. Por tanto,

nuestra historia se resume en la historia de individuos que han intentado mejorar o empeorar el mundo y no lo han conseguido, y en la historia de una gran masa llamada humanidad que ha intentado hacer una sociedad mejor que la anterior. Si Hitler, Mussolini, Franco, Hirohito o Stalin intentaron hacer en vano un mundo peor sin que sus planes lograran llegar hasta el final, cada uno de nosotros sin embargo sí que lo está consiguiendo con el apoyo del resto de nuestros semejantes.

Alberto Ximénez, a sus cuarenta y cinco años, podía decir con orgullo que aún luchaba por un mundo mejor y que este mundo no había conseguido cambiarlo. Pese a haber pasado primero por grupos de orientación espiritual católica y más tarde masónica, había seguido una única y bien definida línea de acción y pensamiento.

La Iglesia y la masonería han sido enemigos declarados a lo largo de la historia, sobre todo por parte de los primeros, pero Alberto jamás había tenido el más mínimo remordimiento o rencor hacia sus antiguos hermanos y amigos, y la verdad es que estos tampoco hacia él. ¿Entonces dónde estaba la guerra entre ambos pensamientos? Probablemente nadie lo sepa, pues la única respuesta sería tan lógica como incoherente, y es que ambas creencias se lleven mal entre ellas como si estas fueran entes pensantes y sintientes.

Alberto encontró en un principio por medio de los grupos juveniles y obreristas de la Iglesia, la fuerza y la energía transformadora que necesitaba.

En aquellas reuniones entre compañeros alrededor de una humilde mesa camilla en austeras salas de paredes desnudas encontró el caldo de cultivo idóneo donde sembrar su esperanza. Desde allí se impulsaron programas de formación para personas en riesgo de exclusión social, campañas de recogida y reparto de alimentos o se trabajaba a pie de calle con toxicómanos que atendían en unidades móviles en lugares altamente marginales y conflictivos para ayudarlos a desengancharse de la heroína, proporcionarles jeringuillas nuevas o concienciarlos sobre el alto riesgo al cual está expuesto este colectivo con lo que respecta a enfermedades como el sida y la hepatitis B.

Alberto Ximénez se encontraba a gusto aportando su grano de arena al ayudar a paliar los males que aquejaban a la marginalidad más cercana desde un punto de vista geográfico, pero esto no era suficiente para él. Una voz interior le decía que no bastaba con auxiliar a los heridos que el monstruo

dejaba tan solo con el roce de uno de sus tentáculos. Opinaba que había que observar al monstruo desde arriba, ver cuáles eran sus movimientos, descubrir qué era de lo que se alimentaba y por qué seguía fortaleciéndose. Se topó con muchas dificultades cuando planteaba sus inquietudes filosóficas, ideológicas y espirituales a la jerarquía de la Iglesia. Se desencantó, pero sin llegar a desilusionarse.

Con el tiempo fue distanciándose de todo y de todos y se centró más en la actividad política dentro de su partido, pero la política tampoco le dio las respuestas que él estaba buscando. Sin embargo, profesionalmente pudo acomodarse, ya que fue elegido concejal en las elecciones municipales de 1999 ganadas por el Partido Popular, y con el reelegido alcalde Álvarez del Manzano llegó a ser portavoz del Grupo Municipal Socialista. Siempre comedido, que no moderado, era difícil, pero no imposible, tenerlo como enemigo. Solamente aquellos elementos que no eran pocos ni mal organizados tanto dentro como fuera del partido, aquellos que tenían múltiples motivos para estar en política y ninguno coincidente con la vocación de servicio público, eran adversarios no siempre declarados —y estos eran los peores— de don Alberto Ximénez, aquel socialista convencido que se colaba otrora en las parroquias y más tarde en los templos de las logias. Aquel asceta de espíritu, dandi de costumbres, socialista en sus acciones, liberal de pensamiento y puro hasta que la vida se lo permitiera.

Desde la oposición sabía que pronto aquel «Manzano» dejaría de dar frutos, que algunas de sus hojas estaban secas, si no ya podridas. Por otro lado veía un puño que a veces se abría con intereses espurios y una rosa que se dejaba marchitar por ausencia de luz, por mucho que él y otros pocos se empeñaran en regarla a diario. En el momento de volver a perder su partido las elecciones en 2003, hubo que reestructurar la organización y uno de los puestos hasta entonces más solicitado, el de portavoz del Grupo Municipal Socialista, se convirtió en un lastre. Necesitaban un mirlo blanco y Ximénez no lo era precisamente, pues como se ha dicho, no estaba exento de detractores. Pero todos sabían que era fiable, que era el mejor amigo de algunos, el enemigo más amable de otros y sobre todo, aunque esto no importaba demasiado, que era socialista de corazón.

La masonería supuso para Alberto un remanso de paz. Para Ximénez sus

adeptos nunca habían sido los conjuradores apátridas, los místicos del mal, ni los adoradores de Baphomet ni de Satanás, como se habían empeñado en describir el régimen anterior al constitucional, la literatura franquista o incluso alguna que otra telenovela actual, pero sí que tenía algún prejuicio hacia ellos de joven. Opinaba que la masonería era un grupo elitista al cual se entraba bien por tener poder, ya fuera político, social o económico, de determinada relevancia, o por ser persona influyente en el ámbito intelectual. Pronto se dio cuenta de que algo de esto había, pero comprobó que venía provocado más bien por qué tipo de perfiles personales decidían hoy día acercarse a la masonería que al contrario. Es decir: que esta ni buscaba poder ni poderosos, intelectuales ni políticos influyentes, pero que había gente así, al igual que estudiantes, oficinistas, informáticos, dependientes de comercio o camareros.

Le atraía el simbolismo desde un punto de vista poco fetichista. Más bien lo necesitaba como una guía espiritual dogmática, pero menos que la que imponía su anterior credo. «Más peligrosos son los dogmas impuestos por el hombre a otros hombres, que el de los objetos simbólicos que guían y conducen nuestra fe», pensaba.

Lo motivaba la idea de creer en el Gran Arquitecto del Universo más que creer en Dios. No tardó en vivir con intensidad la metáfora masónica de la construcción del templo como construcción de un hermoso yo interior. Los primeros masones fueron constructores de catedrales físicas y llevaron su oficio, sus costumbres y símbolos al resto de facetas de la vida y la creación. Le gustaba pensar que todos somos constructores de un gran templo llamado mundo, que tanto los aprendices, como los compañeros y los maestros tienen que dar lo mejor de sí mismos para levantar este edificio de fuertes cimientos, estructura útil y belleza en todas sus formas.

Linda honraba con creces por dentro y por fuera el significado de su nombre. Fue una joven que soñaba con estudiar Bellas Artes, hija de abogado y abogada, pero que se le negó el dinero y el permiso familiar para tal fin. Terminó sus estudios de Derecho de forma impecable, pero no dejó jamás de escuchar a la Angelica Kauffmann que llevaba dentro. De forma natural observaba, analizaba y además acertaba en sus observaciones y análisis de los rostros de las personas; era capaz de ver en ellos el alma y de plasmarla en un lienzo. Bastó pintar dos o tres retratos a compañeros de facultad para que

familiares y amigos de estos comenzaran a realizarle suficientes encargos que le permitirían llevar una vida mínimamente acomodada tras terminar la carrera. Aunque era hija de la clase media madrileña, se dejó adoptar por aquellos que procesaban las ideas más revolucionarias, anarquistas en un principio y más tarde, comunistas. Con estas últimas siempre tuvo una lucha interior por lo que representaba el hecho de poder o saber conjugar mente con espíritu, materia con sentimientos o libertad con igualdad obligada. Pintar era para ella una profesión y un desahogo a sus angustias provocadas por un mundo que no comprendía. Le gustaba imaginar que a través de sus retratos liberaba el dolor vital de la persona retratada, pero jamás logró liberar el suyo. Sus compañeros de luchas, reivindicaciones y pancartas siempre le pedían que hiciera algún cuadro con contenido social, alguna muestra de arte crítico.

Ella siempre eludía con vaguedades estas peticiones, pero lo que verdaderamente pensaba era que sus cuadros ya tenían un gran contenido crítico, político y social. Era de la opinión de que no había nada más revolucionario que plasmar sobre un lienzo el individuo verdadero, no el que todos quieren ver. No obstante, intentó pintar más de una vez algún cuadro fuera de la clasificación del retrato, pero se bloqueaba con el pincel en la mano. No se atrevía, no por miedo artístico, sino porque temía ver la cruda e incomprensible verdad del mundo ante sus ojos y prefería seguir viendo esto mismo en los rostros de sus retratados. Al menos así podía poner nombre y apellidos a lo que veía. Más de una noche soñaba con pinceles que pintaban solos sobre un lienzo figuras no humanas, amorfas, metálicas, llenas de cables y de angustia artificial.

Una mañana decidió anotar en su libreta cómo era una de estas imágenes surgida de una de sus pesadillas, y la pintó como quien pinta un cuadro por encargo. Era una máquina dorada que devoraba supuestamente a una persona, a la cual solamente se le podían ver ya los zapatos. Siempre se avergonzó de ese cuadro y nunca lo expuso. Pensaba que no tenía la suficiente fuerza artística, que lo había pintado sin ganas, con miedo. Miedo quizá a saber decir algo con él. Tras cumplir cuarenta años se pasó a las filas del Partido Popular, perdió muchos amigos, ganó algo de peso y prácticamente desapareció su actividad artística.

A Alberto Ximénez le cayó encima de los hombros el peso del universo cuando traspasó el umbral de la puerta del ático de la calle Juan Bravo. Había decidido que esa sería la última vez que pisaría aquel suelo, la última vez que se sentiría aplastado por aquellas paredes plagadas de recuerdos visibles e invisibles. Una luz blanca y vespertina entraba desde la terraza iluminando todo el salón, lo cual sirvió para que Alberto pudiera apartar en gran medida la bruma que se había apoderado de su interior. El retrato de Jimena Ramírez presidía el salón desde la pared frontal. Alberto no quiso apartar sus ojos de aquella mirada azul y enigmática, ni siquiera mientras descolgaba el cuadro. Hizo treinta y siete fotografías a la vivienda sin preocuparse demasiado de su calidad. Pensó que si no les gustaban a los de la inmobiliaria, ya vendrían ellos a hacer más.

—¡Madre mía! Esto va avanzando, ¿eh? —exclamó Nicolás cuando vio entrar en el despacho a María José precedida por su barriga maternal.

—Como que estoy de siete meses. Dentro de dos ya seréis tíos —dijo la psicóloga refiriéndose a Nicolás y a Milagros, quienes estaban sentados en la mesa de la analista de datos.

—Pero estoy muy enfadado con vosotros —decía con aire socarrón el detective—. Aún no le habéis buscado nombre a la criatura. Si no la queréis llamar Nicolasa, la podríais llamar Milagros.

La analista de datos se sonrojó.

—Calla, Nico, que tienes unas cosas... No los pongas en ese compromiso, anda.

—Pero mira que eres pesadito con lo del nombre..., entre tú y el padre me lleváis loca con el asunto, y por cierto, hablando de avances, ¿vas bien con tu caso? Mario no me cuenta nada. Te has echado un «querido Watson» muy fiel.

—Vamos bien, vamos bien. Ahora a las doce nos reunimos con Gonzalo para intercambiar impresiones. La semana pasada estuvimos con un señor que está aportando mucha información. ¡Hombre! Hablando de Watson, creo que por ahí viene.

Oigo las medallitas de Jazz y olisqueo un aroma de galleta lejana. Me levanto para recibirlos y Nicolás me suelta de la correa, pero como aún no han

entrado al despacho, aprovecho este tiempo para olisquear a Marijose. Qué bien huele su vientre, me encanta. Además, noto cómo late la vida dentro de su barriga. Creo que los humanos suelen tener menos de nueve cachorros por parto. Son aburridos y tacaños hasta para esto. Con lo divertido que es una buena camada de por lo menos media docena de cachorritos juguetones y hambrientos. Aunque para la buena verdad no sé si yo estaría a estas alturas para esos trotes a mis doce años. ¡Mira! Ya llega el orejas-tieras de mi amigo.

Veníamos de una casa muy extraña, algo oscura y lúgubre. Me acordé de Cross pues estaba repleta de muñecos, pero no eran blanditos y suaves como los que le gustan a mi anciano amigo. Eran duros y desprendían un tufo extraño. Toda la casa olía de un modo peculiar. Tenían pequeños fuegos encendidos, me dio algo de miedo y no me acerqué por si me quemaba los bigotes. Ya huelo a Cross; ya se ha levantado para recibirme. Está hecho un chaval el orejas de pana este.

—Hola, chicos. Hola, Nico, ya estás aquí. Vengo de casa de tu amigo José Antonio, el que te regaló el llavero de Franco. Ya hemos ultimado los detalles para la página web. Vengo algo mareado..., qué peste a velas e incienso había. «Cosas de mi mujer», decía el hombre disculpándose. ¡Jazz casi tira un santo o una virgen con el rabo sin querer! Por lo visto tienen la casa llena de imágenes. Habremos estado unos cinco minutos hablando de cómo lleva Juanma los escaneos, del nuevo contrato y del formato de la página web y el resto, una hora y media, me ha estado contando el tío las peleas internas de la Falange desde el alzamiento hasta nuestros días, las disputas con la Iglesia, de la Iglesia con la Falange y de la Falange con Franco. Me contaba en voz baja para que no lo oyera su mujer que había curas que eran peor todavía que los rojos.

—Bueno, pero ¿te han pagado o no te han pagado? —preguntó Nicolás haciendo aspavientos burlescos.

—Sí, calla, que esa es otra. Me ha pagado en efectivo, nada de cheques ni tarjetas. Ahora, si no te importa, nos acercamos a un cajero y lo ingreso.

—Entonces vámonos ya, que se nos hace tarde y el comisario es muy puntual. ¡Joder, Mario, esos billetes huelen a naftalina!

La agente Niza raras veces recibía visitas deseables en la comisaría. Era una joven muy eficaz tanto en las calles como en los despachos. Sus quehaceres administrativos consistían en tomar declaración a aquellos que estuvieran de un modo u otro implicados en los casos que llevaban sus compañeros inspectores. Gracias a la gran capacidad emocional que poseía, no le dejaban demasiadas secuelas psicológicas las complejas charlas que tenía con los pequeños camellos, proxenetas, trileros y todo tipo de estafadores y estafados. Había dejado abierta la puerta del despacho que compartía con otros compañeros, pues ya estaba al caer la visita que tanto esperaba.

Mira el jovenzuelo cómo ha espabilado, sabe que le espera algo bueno. Nosotros no necesitamos palabras ni ladridos para saber. Somos capaces de adivinar o, si lo preferís, intuir. Él me ve a mí que voy tirando más de la cuenta de la correa, que me relamo y que mis patitas resbalan en este suelo tan pulido y brillante. Además, hoy tengo más prisa que nunca, no vaya a ser que Jazz me deje sin agua y sin galletas. Ya puedo oler desde aquí a la chica que huele a perro y a crema amarga.

Cross, nada más ver a la agente Niza, que tras escuchar el tintineo de las medallitas y collares de los dos perrunos ya había salido sonriente en su búsqueda, se subió con las dos patitas delanteras a la cintura de su amiga humana. Cuando las patas traseras se le cansaron de aguantar su propio peso se bajó y comenzó a olisquear sus manos primero y sus bolsillos después. Jazz llevó a Mario hasta donde estaba la agente y Nicolás aprovechó para presentársela.

Pues si el maestro lo hace, yo también. Los pantalones de esta joven humana huelen genial, como a perro lejano que quizá se le haya frotado hace unas horas y también huele a galleta perruna, pero aun siguiendo el rastro no doy con el objetivo. Las ha debido de llevar en los bolsillos. Bueno, esperaré a ver qué hace Cross, que él sabe más de estas cosas.

—Encantadísima de conocerte, Jazz. Bueno, y a usted también, Mario. Es precioso, qué perro más elegante, menudo porte tiene. Me recuerda a algún pastor alemán que tenemos en la patrulla canina, pero es que este tiene unos ojos de listo... ¿Es muy joven, verdad?

—Treinta años —contestó Nicolás dándole una palmada en el brazo a Mario con tono socarrón—. Ah, perdón, imagino que se refiere a Jazz.

—Tiene diecinueve meses. Me lo entregaron hace poco. Cross, al que creo que ya conoce, era mi anterior perro guía.

—Sí, estoy enamoradísima de Cross y ahora también de Jazz. Cuando llegue esta tarde a casa mi perrita se dará cuenta de que he estado con ellos y me olisqueará. Es la forma que tiene de interrogarme.

—¿Qué raza es?

—Es una mestiza. La recogí de una protectora. Voy a buscar unas cositas que les he traído. Ayer me dijo el comisario que hoy vendrían y quería darles una sorpresa. Si quieren, mientras hablan con Gonzalo los pueden dejar aquí conmigo. Cierro con pestillo la puerta del despacho y de aquí no se escapan. Además, mis dos compañeros están hoy de patrulla.

—Verá, es que Jazz es un perro guía en activo y...

Me lo estaba oliendo, me daba en el hocico que al abuelito lo iban a dejar allí con la chica y yo me iba a perder aquella fiesta mientras me dormía irremediadamente escuchando la charla del señor perfumado que lleva algo de hierro escondido bajo la chaqueta y mis dos amigos humanos. Gimoteé de forma espontánea, aullé de pena y después, eso sí, ya fingiendo, comencé a lloriquear.

—Qué intuitivos que son —confirmó la policía.

—Está bien, Jazz, te quedarás aquí con Cross y con esta chica —dijo Mario acariciando el lomo de su pastor alemán. Este meneó frenéticamente la cola.

—La agente Paula Niza —explicó Nicolás susurrando entre dientes y abroncando a su otrora jefe y ahora ayudante—, ¿qué es eso de la chica?

—Lo que faltaba, tú dándome lecciones de comportamiento.

—Los tiempos cambian, querido Mario —dijo Nicolás mientras daba tres toques en la puerta del comisario.

—Adelante. —Se escuchó desde el interior.

—Buenos días, don Gonzalo.

—Ah, buenos días, amigos. Han sido muy puntuales.

—Si quiere, esperamos fuera.

—No, no se preocupe, que el inspector Tertsch ya se marchaba. Les

presento: Mario y Nicolás son amigos personales de mi familia y como son dos grandes amantes de los perros, les estoy gestionando una visita a las instalaciones de la patrulla canina.

Tertsch los miró con una frialdad germánica que perdía su intrínseco sentido metafórico y, tras estrechar la mano de su compañero, se marchó haciendo un justo y escaso saludo a los dos civiles.

—Era Damián Tertsch, de la comisaría de la calle Príncipe de Asturias.

—Distrito de Salamanca —interrumpió Mario.

—Exacto. Ha venido a presentarme sus respetos y a disculparse por no haber sido consciente de que, ya no como compañero, sino como amigo, debería haber caído en la cuenta de que me tenía que informar de la muerte de Linda por el vínculo que tenía con Jimena. Pero reconozco que buena parte de la culpa la tengo yo por tener un celo excesivo con mi privacidad.

«Terx», apuntó Nicolás de modo furtivo en su libreta.

—Bueno, Mario, permítame que le dé la mano, creo que aún no habíamos hablado formalmente.

—Sí, disculpe que no los haya presentado, aunque lo conoce de sobra.

—No se preocupen, que estamos entre amigos y las formalidades pueden obviarse. Cuéntenme, ¿cómo va todo?

—Bien, comisario, creo que vamos avanzando. Me ha gustado la mentirijilla de la visita a la patrulla canina y le confieso que no me importaría hacerla algún día. Ahora necesito hacerle algunas preguntas.

—Adelante, estoy a su disposición.

—¿Qué opinión tiene usted sobre la masonería?

Gonzalo quedó confuso, pero sin llegar a estar perplejo por la pregunta. Este tema le sonaba demasiado a pasado, pero no a pasado vital sino a pasado histórico. Era como si le hubiera preguntado qué opinión tenía sobre los templarios, los maquis o el manierismo en las construcciones de edificios religiosos a principios del XVI.

—Pues no sé... Nicolás. Tampoco es que tenga yo una opinión formada al respecto. Sé o creo saber que han tenido influencia en ciertos círculos de poder a lo largo de la historia, que los primeros masones fueron constructores de catedrales que se reunían en logias y que de ahí deriva su simbolismo posterior y su estructura organizativa. Aprendiz, compañero y maestro, ese era

su sistema jerárquico en la obra, y luego lo fue en la logia. Ahora no erigen templos físicos pero construyen templos espirituales y sociales. Digamos que el masón se hace por fuera y por dentro, como si se tratara de una meticulosa obra arquitectónica.

—Pues no es poco lo que sabe, comisario —respondió Mario, teniendo en cuenta que alertaría a don Gonzalo.

—Como cualquier ciudadano más o menos formado. También sé que fueron perseguidos de forma casi paranoica durante el franquismo y poco más.

—Tan paranoica como que el Régimen contabilizaba en ochenta mil los miembros pertenecientes a distintas logias y estos pasaron después de la Guerra Civil a tres mil —añadió Nicolás—. Gracias por la respuesta, comisario. Como usted es mi cliente y no quisiera que hubiese malentendidos entre nosotros, le aclaro que esta pregunta está relacionada con la visita que le hicimos la semana pasada a Alberto Ximénez, amigo personal de su hija y masón declarado.

—Así lo había entendido. No se preocupe, Nicolás, que tengo algún dato sobre esa persona.

«Él tiene también algún dato sobre usted», pensó Nicolás acordándose de la confianza que le había contado Alberto respecto de los planes de ascenso del comisario, pero prefirió guardarse esta carta en la manga.

—¿Y qué le parece Alberto?

—No lo conozco personalmente, pero tengo muy buenas referencias sobre él. Es un hombre muy trabajador, apasionado con todo lo que hace, desinteresado, y nunca se le ha mezclado con ningún asunto turbio de los que ocurren de vez en cuando en la política de esta ciudad. Tengo la sensación de que es un buen hombre, una buena persona..., al igual que lo era su exmujer, la pobre Linda Paesa. Pienso que mi hija siempre ha sabido elegir bien las amistades.

—Hablando de Linda, ¿qué sabe?, y sobre todo, si sabe algo, ¿qué opinión tiene de Osho y los Sannyasins?

—Sobre estos no saqué nada en claro cuando me informé algo tras desaparecer mi hija. Ella solía leer libros del maestro Osho que le prestaba o le regalaba Linda Paesa. Cuando desapareció, su madre registró su habitación y no apareció ninguno, y en mi casa, tampoco. Fue entonces cuando comencé a

investigar en internet y en algún libro, ya que son muy fáciles de encontrar, y si no, siempre están esas librerías esotéricas donde se venden todas esas... fanfarrias, por llamarlo de alguna manera.

—No parece tener muy buen concepto de ello, comisario —respondió Nicolás.

—Ni bueno ni malo, más bien confuso. Yo practico yoga y meditación, participo en algunas jornadas de crecimiento personal y espiritual..., creo que esto es bueno. Además, me lo recomienda mi psicóloga María José —dijo esto último sonriendo a Mario—. Y a estos sitios acuden gentes que se consideran Sannyasins. Yo diría que estos suelen estar en dos niveles. Por un lado, los que viven su espiritualidad en lo más íntimo, leen las enseñanzas del maestro Osho y las intentan adaptar a su día a día, practican meditación activa, que era la que Osho promulgaba, cuidan de su cuerpo y de su mente y conviven como cualquier otro ciudadano. Digamos que son seguidores de Osho como lo podrían ser de Woody Allen o de Jon Bon Jovi. Por otro lado, estarían los Sannyasins militantes, que al igual que los anteriores, leen y estudian las enseñanzas del maestro, pero además asisten a menudo a lo que ellos llaman los Festivales Internacionales de Osho o visitan el Ashram de Pune, hoy día convertido en un resort de la meditación en la India. Nunca me han parecido peligrosos ni los unos ni los otros. Ya sabemos que Osho no terminó demasiado bien sus últimos días, algo comprobable con una simple búsqueda en internet, pero hoy día han quedado muy atrás todos aquellos visos de secta peligrosa, de conspiraciones internas y externas, de gobiernos que perseguían a los Sannyasins y viceversa. Sabrán que hasta la CIA y el FBI estuvieron por medio.

—Sí, nos consta —afirmó Mario.

—Pero en la actualidad, amigos míos, estos monjes posmodernos que son abogados, ingenieros, policías, repartidores de prensa o profesores de instituto durante ocho horas al día cinco días a la semana no se ponen el hábito naranja más que en su tiempo libre como quien se viste con su equipación de pádel o de runner, con el único fin de evadirse por unas horas de este mundo asfixiante en el que vivimos. O se marchan de vacaciones espirituales unas semanas a la India. Este movimiento, que tuvo fuerza en los sesenta, setenta y ochenta, no es hoy día más que una pieza perfectamente encajada en el sistema,

un producto que tiene prefijados un determinado tipo de consumidores. No son una secta internacionalmente organizada ni muchísimo menos influyente. Yo le llamo a esto el «Osho-Sannyasin-business».

Tras terminar de hablar Gonzalo, se creó una atmósfera de silencio, pero esta no era para nada densa ni preocupante, todo lo contrario. Los tres estaban más que de acuerdo con estas afirmaciones. Además, parecía que no había mucho más que rascar respecto de los dos asuntos, pues prácticamente la conversación con Gonzalo había coincidido con el contenido de la charla con Ximénez. Nicolás tenía la mirada baja mientras repasaba las notas en su cuaderno y Mario miraba hacia un lado procesando la información en su cerebro con relajada tranquilidad. Pero de repente hubo un dato que le volvió a la memoria y le hizo girar la cabeza hacia el comisario como si se le hubiera activado un resorte. En ese momento sonó el teléfono del despacho.

—Gonzalo, nos ha dicho en distintas ocasiones que usted practica yoga, meditación y otras terapias de las denominadas alternativas, ¿dónde se encuentra el centro al que asiste habitualmente?

—En Villaverde Alto. Disculpe, voy a descolgar. Comisario Ramírez, ¿dígame?

Nicolás y Mario se miraron con gran complicidad. El segundo prestó atención a los ruidos del despacho de al lado, hasta el momento no se había percatado. Se escuchaban tintinear los collares de Cross y de Jazz y las risas de la agente Niza. Nicolás se dio cuenta de que el comisario palidecía por instantes con el teléfono puesto en la oreja. Conocía aquella expresión suya. Era la misma que había puesto tras darle la noticia de la muerte de Linda. Con dificultad para atinar, colgó el teléfono y con voz temblorosa se dirigió a sus dos invitados.

—Me han dicho que se entrevistaron con Alberto Ximénez hace una semana.

—Sí —contestaron Mario y Nicolás al unísono.

—Siento decirles... —decía Ramírez arrastrando las palabras como si estas fuesen fardos de plomo— que utilicen lo mejor que puedan los datos extraídos de esa reunión, pues ya no se volverá a producir probablemente otro encuentro con don Alberto.

—¿Ha fallecido el señor Ximénez?

—No, pero la noticia no es mucho más alentadora. Dos compañeros de partido han venido a poner una denuncia por desaparición. Hace setenta y dos horas que no saben nada de él.

Nicolás y Mario se volvieron a mirar, pero esta vez con un gesto en el que se mezclaba el terror, la confusión y la pena. Alguien llamó a la puerta.

—Perdonen, estaban jugando de lo más alegre y de repente se han venido a la puerta lloriqueando. Imagino que se habrán cansado de mí y quieren estar ya con sus dueños —exponía la agente Niza mientras acariciaba a sus dos amigos peludos.

14

¿Cómo lo tienes tú?

Sí, amigo jazz, algo está pasando y también sé que tú lo has intuido. Me siento orgulloso de ti. Los dos lo hemos notado mientras jugábamos con la humana de la coleta. Observo que estás jadeante pese a que no hace precisamente calor. Vas en la parte delantera del coche como iba yo cuando ocupaba tu puesto, entre las patas, perdón, piernas de Mario. A mí me pasaba lo mismo de joven cuando veía preocupado a mi amigo humano. Se me aceleraba el pulso, pero ahora respiro profundamente y suspiro mientras espero a que todo cambie con normalidad. El tiempo te enseña que todo pasa. Ya me ves aquí tumbado en la parte de atrás con el hocico entre los asientos de nuestros respectivos dueños, relajado y seguro de que ellos se ocuparán de todo.

—Voy a pasar a la acción —declaró con tono convincente el detective mientras conducía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que espabilamos o nos comen la merienda, querido Mario. Este caso no se va a resolver realizando simples interrogatorios e intentando encajar piezas en este mosaico de Sannyasins, masones, socialdemócratas y neoliberales. Alguien está actuando y se está anticipando a nosotros.

—¿Piensas que la desaparición de Ximénez va en ese sentido? Porque si es así, Alberto debe de ser una pieza clave en todo esto. Un personaje como él no desaparece o lo hacen desaparecer gratuitamente.

—No tengo la menor duda, y ahora vamos a ser nosotros quienes juguemos

con ventaja —decía Nicolás mientras marcaba uno de sus contactos del teléfono móvil—. Hola, preciosa.

—Hola, corazón. —Se escuchó por los altavoces del manos libres—. ¿Ya has salido de la reunión con el comisario?

—Sí, voy en el coche con Mario y los peludos. Vamos de camino, así que en un rato nos vemos, pero quiero que me hagas primero una cosa.

—¡Hola, chicos! —exclamó Milagros provocando que los dos perros levantaran las orejas al escucharla—. Te hago lo que me pidas, Nico.

—Ejem... —carraspeó el detective sonrojándose ante su amigo—. ¿Eres capaz de reventar la contraseña de unas direcciones de correo?

—¿Lo dudas?

—No, en verdad era una pregunta retórica.

—Dime esas direcciones y me pongo en marcha, igual tengo resultados antes de que lleguéis.

—Apunta, la primera es la dirección de Linda Paesa: lpaesa74@snmail.com.

Milagros se quedó en silencio. Le estaba pidiendo que entrase en el correo privado de una mujer que había muerto. Lo cual quería decir que algo grave ocurría. Hizo lo posible por no mostrar su temor y se limitó a contestar con voz temblorosa:

—¿Querías que mirase alguna más?

—Sí, Alberto Ximénez: Alberto@...

—Un momento —interrumpió Milagros—. Ese hombre ha venido buscándoos esta mañana a Mario y a ti. Te lo iba a comentar más tarde.

Noté como el coche aceleraba más y más por momentos. Mario me sujetó con fuerza del collar y Cross se agarró instintivamente clavando las uñas en el asiento trasero. Cuando tomábamos una curva parecía que íbamos a salir disparados por las ventanillas.

El Toyota blanco de Nicolás estacionó efímeramente tras una llegada estrepitosa con frenada chirriante incluida ante el portal de oficinas de la calle Atocha donde se encontraba la sede de Marioscaneos. Los porteros en ese momento hacían el cambio de turno y salieron a ver si ocurría algo.

—Venga, bajaos rápido —espetó Nicolás a Mario—. Aparco y subo en un minuto. Reúne al gabinete de crisis.

—¿Gabinete de crisis? —respondía Mario extrañado.

—Joder, sí, gabinete de crisis.

—Hecho. Aviso a los chicos.

Nicolás tomó rumbo al aparcamiento volviendo a hacer chirriar las ruedas del coche, esta vez por el efecto de aceleración. Jazz esquivó a los dos porteros con gran maestría mientras Mario corría a toda velocidad guiado por él.

—Uf, ni se ha enterado de que estamos aquí.

—A mí por los pelos no me tira al suelo, ¿pasará algo? —preguntó Pablo a su compañero Tomás.

—Lo mismo el chaval se venía meando.

—¿Y qué me dices del frenazo de Nico y de que luego saliera haciendo ruedas?

—Ni puñetera idea. Hoy ha venido a verlos un señor muy elegante, que apestaba a whisky, aunque esto no es de extrañar. Esta gente recibe muchas visitas. Bueno, Pablete, te dejo, que me está entrando hambre.

Habían juntado la mesa de las revistas y la mesa de trabajo de Milagros a modo de mesa de juntas. Ya estaban todos ubicados, con un hueco para Nicolás entre Mario y Milagros.

—Vaya, ya estáis preparados por lo que veo..., me siento abrumado, jefe —reconoció Nicolás mirando a Mario—. Yo presidiendo una reunión en Marioscaneos.

—De Marioscaneos, nada —corrigió María José—. Ahora estamos todos a tu disposición. A disposición de tu caso y de tu agencia.

—Sí, tendré que buscarle un nombre a la agencia.

—Que no se te suba a la cabeza, que de momento tienes un solo empleado que eres tú mismo y los demás somos colaboradores —dijo Mario zarandeando a su amigo mientras este tomaba asiento.

—«Agencia de Detectives Nicolás. Lo que busques encontrarás». —Todos rieron al unísono—. Bueno, pongámonos serios —continuó Nicolás tras carraspear y rascarse con cierto aire de ritual la barba de cuatro días.

Nicolás y Mario pusieron al día a todo el equipo respecto de los últimos acontecimientos. El relato de la relación entre Gonzalo y su sobrina política había suscitado más de un gesto de asombro, la muerte de Linda provocó

pesadumbre y la desaparición de Alberto Ximénez, miedo y desconcierto. La visita del desaparecido en Marioscaneos buscando a Nicolás y a Mario desencajó totalmente al grupo.

Pilar Bilbao no había vuelto a visitar aquel paraje desde que su hija se encontraba en paradero desconocido. Al bajarse del coche notó el aire fresco en su rostro, el olor a campo y los sonidos de la naturaleza, pero dentro de su mente percibía todas las sensaciones vividas hacía años cuando la familia al completo bajaba del vehículo y emprendían camino al monte, cargados con sus mochilas. Aquellas excursiones de bocadillos y cantimplora las siguieron haciendo tanto madre e hija como padre e hija una vez el matrimonio se hubo separado. Jamás hubo un «¿te acuerdas cuando veníamos todos juntos?», pero siempre había por parte de los tres una nostalgia silenciosa y legible en la mirada. La doctora no llevaba víveres esta vez, ni siquiera agua para el camino, iba tan ligera de equipaje como cargada de recuerdos y pensamientos. Escuchaba su propia soledad en cada crujir de sus zapatillas cuando estas pisaban la tierra del camino. Los grillos y las chicharras se callaban al advertir su presencia. Oía la voz de Jimena a todas sus edades. «Mira, mamá, qué flor tan rara», «¿Falta mucho?», «¿Las mariposas pican?», «¿De qué son los bocatas que hemos traído?». Abandonó el camino y llegó hasta el lugar favorito de Jimena. Allí estaba la piedra en la que se solía sentar. La tocó. Estaba fría y se sentó. Miró, escuchó, lo olió todo a su alrededor. Quería saber qué era lo que su hija sentía cuando se sentaba allí de niña a jugar con un palo o a observar el trabajo de las hormigas. Más tarde, de adolescente y en la juventud, también le gustaba permanecer allí; cerraba los ojos y meditaba, a veces durante horas. Su padre o la misma Pilar en ocasiones se veían obligados a interrumpir su meditación porque ya no aguantaban más la espera o porque se hacía demasiado tarde.

Pilar había ido sin saber bien por qué, pero apenas hicieron falta unos segundos de descanso sobre la piedra para que obtuviera todas las respuestas antes incluso de formularse las preguntas. Disfrutaba de la sombra de una encina, de las vistas de algún que otro álamo blanco y de varios pinos verdes. Aquel lugar estaba lo suficientemente lejos del camino para no escuchar

ningún paso, ninguna voz, para no ver ninguna cerca, ningún muro, para no escuchar, ver, ni sentir nada que estuviera relacionado con la intervención humana. Miró al cielo y observó que desde allí tampoco se percibía ningún cable de alta tensión ni de ningún otro tipo. «Ya sé dónde querías estar, hija mía, y por qué, pero dime, por favor, ¿dónde estás ahora?», recitaba con las manos cubriéndose el rostro. Una ráfaga de aire limpio y fresco acarició todo su cuerpo y le movió el pelo. Se quitó las manos de la cara y mirando al horizonte supo que su hija estaba viva.

—Bueno, chicos, vamos a tranquilizarnos —pedía la psicóloga al resto del equipo—. Analicemos los datos y después confeccionemos una lista con todas las posibilidades, desde las más lógicas hasta las más inverosímiles, y luego hagamos un ejercicio de selección eliminando las que nos parezcan imposibles. Tenemos que despertar una tormenta de ideas; ya nos quedaremos con los rayos y truenos que nos interesen. Si os parece, hacemos una ronda de opiniones. Empecemos por el jefe..., me refiero a Nico, el jefe de la investigación.

—Allá voy: pienso que Alberto Ximénez es un tramposo, alguien con un gran don de gentes y aún mejores dotes de interpretación. Ha inventado lo de su desaparición para desviar nuestra atención del caso. Lo que no sé es hacia dónde quiere que desviemos el foco ni lo que quiere que descuidemos con ello. Sinceramente, nada me encaja, pero ese es mi aporte a la tormenta.

—Bien, ¿Juanma? —preguntó María José diligentemente.

—Existe la posibilidad de que todo esto sea un malentendido y que en el fondo no haya ocurrido nada oscuro ni perverso, sino simplemente que don Alberto, dadas las circunstancias personales por las que está pasando, decidiera retirarse unos días de la vida pública sin avisar a nadie y al volver viniera aquí a buscaros a vosotros dos simplemente para que lo pusierais al día con los acontecimientos. Y que dos compañeros con buenas intenciones se asustaran por su ausencia y denunciaran la desaparición.

—OK, Juanma, ¿Mila?

—Opino que tenemos que partir de la base de que quizá todo sea verdad, todo sea mentira o haya una mezcla de ambas cosas. Tenemos incluso que

dudar de si quienes fueron a poner la denuncia eran verdaderamente compañeros del PSOE...

—Disculpa la interrupción —decía Mario—. Para poner una denuncia hay que identificarse.

—Cierto —contestó Milagros tras una pausa—. Probablemente estos actores eran los verdaderos, pero ahora permitidme que ponga en duda entonces que el hombre que vino fuese Alberto Ximénez y no un impostor.

—Gracias, Mila, ¿Mario?

—A mí la cabeza me empieza a dar vueltas con tanto dato. Pienso que deberíamos analizar ya las ideas que habéis aportado, aunque tú también tendrás que exponer las tuyas —le explicó a su mujer.

—A mí me ocurre lo mismo que a Mario. Opino que debemos escudriñar las posibilidades que habéis expuesto.

—Creo que el análisis deberías hacerlo tú misma, Marijose, como psicóloga —dijo Nicolás.

—Lo intentaré. A ver: la tesis de Nico es probable, pero no encaja con la forma de actuar de un hombre como Alberto Ximénez. Sería muy torpe fingir una desaparición y presentarse en la oficina donde trabaja el detective que lleva el caso y su equipo, pues sabe de sobra que aquí tenemos contacto directo con el comisario Ramírez. Además, no encuentro un móvil que encaje con esta huida. La versión que expone Juanma me parece la más verosímil y la que tiene más posibilidades de ser cierta, pero, eso sí, tenemos que ser conscientes de que si la damos por buena y después no lo es, hemos caído en la trampa que probablemente alguien esté intentando tendernos. Con lo cual, prosigamos, compañeros. Mila, la tuya me parece también muy certera, pero sinceramente, creo que la descartaría cualquiera. ¿Sabéis por qué? —Todos quedaron en silencio—. Porque es la que más miedo da. Por tanto, opino que no la vamos a descartar aunque nos cueste trabajo estudiarla.

—¡Un momento! —exclamó Juanma levantando la mano—. Perdón por interrumpir, Marijose, ¿me permites decir algo?

—Adelante.

—Tenemos la posibilidad de comprobar si el hombre que vino a buscar a Mario y a Nico fue o no el verdadero Alberto Ximénez. Busquemos una foto en internet.

Mientras hablaba el escaneador y tratador de textos, Milagros tecleó una búsqueda. Antes de que esta diera su veredicto los demás ya sabían la respuesta por la expresión de su cara, incluso Mario lo intuyó por la espesura de su breve silencio. Jazz y Cross también notaron algo gracias a su infalible sistema canino de detección de estados de ánimo.

—No es él, tiene cierto parecido, pero no es él.

La doctora Bilbao regresaba de vuelta al coche como lo haría una autómatas. Tenía la mirada perdida y sus pies se arrastraban desgastados por el camino. Ignoraba la melodía de la naturaleza compuesta por los cantos de los pájaros, el aire que rozaba las ramas y hojas de los árboles y algún que otro insecto revoloteando alrededor. Volvía sin fuerzas, apagada, espesa y con el nivel energético bajo mínimos. Tenía los ojos enrojecidos, pero no había soltado ni una sola lágrima. Llegó al coche, el asiento y el volante estaban algo calientes por haber estado expuestos al sol pese a que en el exterior no hacía calor. Se sentó y fue impasible durante unos segundos al dolor físico que sentía en las manos puestas sobre el volante. Finalmente estalló en un llanto seco, cargado de angustia y desesperación. Poco a poco este fue desapareciendo. Cuando se tranquilizó sacó el móvil de la guantera y comprobó que tenía tres llamadas perdidas de su exmarido, el comisario Gonzalo Ramírez. Soltó el teléfono, que también quemaba en el asiento del copiloto, y accionó el motor del vehículo.

—Queridos amigos —empezó Nicolás—. Con este dato tenemos la seguridad de que alguien está jugando sucio con nosotros y aumentan las posibilidades de que ciertamente Alberto haya desaparecido. Ya sabemos que hemos recibido la visita de un farsante, pero hay algo que no entiendo. Si esa persona sabía que nosotros conocemos a Alberto, sería de idiotas darnos gato por liebre cuando hace unos días nos hemos reunido con la liebre.

—Un momento —decía Juan María—. Existe otra posibilidad. Que quien viniese o quien ordenó a ese sujeto que viniese a visitaros supiera de sobra que vosotros no estabais aquí.

—¿Entonces por qué nos buscaba? —preguntó Nicolás sorprendido.

—Según mi teoría, el fin de la visita no era encontraros sino despistaros. Quien esté detrás de todo esto sabía de vuestra ausencia, mandó a un tipo que se parece algo a Alberto, incluso puede que estuviera caracterizado, y nosotros después os describiríamos a esta persona de tal manera que daríais la visita por buena.

—¿Y qué ganarían con eso? —preguntó Mario.

—Como mínimo tiempo, amén de desviar vuestra atención sobre algún foco en concreto. Es lógico, Ximénez desaparece y Ximénez viene a buscaros. Quienquiera que sea pretende que perdáis tiempo intentando encajar un puzle al que le faltan piezas —concluyó Juan María solemnemente.

—Interesante —murmuraba Nicolás frotándose pensativo la barbilla—. ¿Quién de los que estamos aquí sabría hacer un retrato robot? Milagros le vio la jeta al tío.

—Yo me ofrecería voluntario —propuso Mario provocando la risa de todos—. Si estuviera aquí Toni, él sí que dibuja genial. O si no, Milagros, tú misma podrías dibujar la cara de este hombre.

—No, chicos, no, estamos en el siglo XXI. No será necesario un retrato robot para que conozcamos todos el aspecto de este señor. Hay otra forma más sencilla y certera —dijo la analista de datos dejando a todos con la boca abierta.

El novato de mi amigo parece no aguantar un asalto. Se ha quedado frito, el pobre, tras tanta tensión y tantas prisas por llegar. Qué ricura de pseudocachorro, qué gusto da verlo así con sus orejitas picudas ahora sin fuerza rendidas al sueño. Duerme, amigo, duerme, que aquí estará Cross alerta.

Gonzalo estaba leyendo en su despacho la denuncia de desaparición de Alberto Ximénez. Se la había traído la agente Niza y esta se quedó allí unos instantes charlando sobre lo maravillosos que eran los perros de sus amigos. Pero la joven policía vio en sus ojos las ansias de querer quedarse solo sin más compañía que la del documento y enseguida se marchó a su despacho. Interrumpió la lectura un sonido de mantras tibetanos, era la melodía de su teléfono móvil.

—¿Todo bien, Gonzalo? Tengo tres llamadas tuyas —decía la doctora Bilbao al otro lado de la línea.

—Siento decirte, Pilar, que no va todo bien... No te asustes, no es ninguna noticia directa sobre la niña, pero es que Alberto, el exmarido de Linda, ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Unos compañeros de partido han venido a mi comisaría a poner una denuncia por desaparición. Por lo que cuentan en la declaración, el concejal es un hombre muy formal y jamás ha tenido una ausencia sin justificar y sin previo aviso a su organización. Además, estos dos socialistas que han venido dicen ser amigos personales de Alberto, y este tiene el móvil apagado o fuera de cobertura desde hace tres días, los mismos que lleva sin aparecer por el despacho del Ayuntamiento.

—Esto no pinta demasiado bien —dijo la madre de Jimena tragando saliva e intentando contener de nuevo las lágrimas—. Pero tengo esperanza: la niña va a aparecer. ¿Sabes dónde estoy?

—Dime.

—He venido a dar una vuelta por Valdelatas y he estado allí, donde ella se solía sentar. Me he sentado en su piedra y he podido sentir lo que ella sentía, era como estar con ella... ¿Cómo lleva las pesquisas Nicolás García?

Cross se levantó a beber agua. Había sido un día muy fatigoso y eso su garganta lo notaba. Eso hizo que Jazz se despertase. El joven pastor alemán estiró su cuerpo a más no poder poniéndose panza arriba. Enseguida Mario le acarició la barriga tras notar su movimiento. Con la otra mano le retiró cuidadosamente dos legañas en sendos ojos. Cross observó la escena con algo de nostalgia, pero también con ternura y cariño hacia esos dos seres con los que tenía una relación tan especial.

—Pues bien sencillo, amigos —exponía Milagros en tono explicativo—. Ese impostor ha sido grabado en vídeo por las cámaras de acceso al edificio. Solamente tenemos que conseguir que alguno de los porteros nos deje verlas.

—Uf, pues como hoy esté el Pelucas..., mejor esperemos otro momento. Yo he entrado hoy con tanta prisa que ni los he saludado, no sé quién está

ahora de turno —decía Mario rascándose la cabeza—. Por cierto, Mila, felicidades por tu idea.

—De nada, jefe.

—Oye, que este es el jefe en Marioscaneos. Pero en Investigaciones García el jefe soy yo.

—¿Pero no era «Investigaciones Nicolás, lo que busques encontrarás»?

—O «Investigaciones García, resolvemos un caso cada día». Bromas aparte, yo sí sé quién está de turno. He visto que se marchaba Tomás y entraba Pablete. Ese está coladito por ti, Mila.

—Pero no pretenderás que zorree con el portero para conseguir el vídeo.

—¡No, por Dios! —exclamó Nicolás—. Tú tienes herramientas suficientes como para hacerte con ese vídeo; eres el fichaje de oro de mi agencia.

—Ahora vengo, chicos —soltó la analista de datos al mismo tiempo que accionaba su silla de ruedas.

Nicolás se quedó mirando con gesto de cándida admiración cómo salía su amiga por la puerta e incluso una vez estuvo Milagros fuera, él seguía con los ojos puestos en el mismo lugar y con idéntica expresión. Una palmada de Juan María en la espalda lo sacó de aquel estado.

—Pues mientras sube Mila debemos llevar a cabo un par de misiones más, jefe —le decía Mario socarronamente a su amigo.

—Tú dirás, querido Mario.

—Dar de comer a los peludos y pedirnos unas pizzas para nosotros.

Una luz blanquecina, que proyectada sobre cualquier otra superficie no grasa hubiera sido mate, adoptaba un tono satinado en el sudoroso rostro de Pablo, el portero. Milagros había bajado al portal utilizando el ascensor número cinco, que nunca usaba por ser el que se encontraba más lejos de la puerta de Marioscaneos, pero esta vez sí lo hizo, por ser precisamente también el más lejano a la garita de los porteros. No activó el motor eléctrico de su silla de ruedas y con gran esfuerzo avanzó silenciosamente empujando con las manos las ruedas en dirección a la garita. Allí estaba Pablo. Milagros, a escasos cinco metros, ya podía escuchar los gemidos provocados por las actrices y actores de la película que estaba visionando. Sacó su teléfono móvil y lo

manipuló con las manos temblorosas, no por miedo ni vergüenza, sino por el sobreesfuerzo físico.

—¡Buenos días, Pablo!

—Ah, ho... eh... ho... hola, preciosa, ¿qué tal? —contestó el portero tras darse la vuelta de un respingo.

—Yo muy bien, y por lo que veo tú no estás mal —dijo Milagros sonriendo.

—Sí, aquí currando, como siempre. Bueno... en verdad estaba buscando en internet los resultados del fútbol, a ver si acierto una de catorce. — Suspiraba el azorado portero—. ¿Te marchas ya a comer?

—No, hoy comeremos en la oficina. Tenemos mucho trabajo. He bajado a verte.

Al portero se le abrieron los ojos como platos y adoptó esa actitud a medio camino entre lo patético y lo ridículo que suelen adoptar ciertas personas cuando se ven halagados por alguien cuya correspondencia les parece imposible. Se levantó de la silla, metió barriga hasta el punto de que su rostro quedó multicolor, mezcla de rojo, amarillo y morado. Ganas le dieron a Milagros de fulminarlo preguntándole si es que se había vuelto republicano, pero aún necesitaba algo que él tenía y tuvo que hacer un esfuerzo por continuar siendo prudente.

—¿Y a qué se debe esta visita, muñeca? —preguntó Pablo John Wayne.

—Verás, es bien simple. En primer lugar retírate un poco más de mí, no vaya a ser que accione sin querer la palanca de la silla y te pise un pie.

—Sí, sí, ejem... —respondió carraspeando y realizando todo tipo de aspavientos exculpatorios.

—Y ahora iré al grano: quiero que me proporciones una copia del vídeo que registran las cámaras del portal, concretamente, de la franja que comprende desde las diez hasta las once de esta mañana.

—¡Pero Milagros! ¿Te llamas así, verdad?

—Exacto.

—Eso es imposible.

—¿Imposible técnicamente o imposible laboral y legalmente?

El portero, saturado a más no poder, se rascaba la cabeza sudorosa. Había pasado de ser el chico duro de la película a ser el personaje torpe y gracioso.

—Ppopopopo por motivos legales, claro. Eso solamente se lo puedo facilitar a mis jefes o a la policía si me lo solicitasen —contestó Pablo Jerry Lewis.

—Mira... Pablo, ¿te llamas así, verdad? Si me facilitas las imágenes, esto quedará entre tú y yo. Nadie más sabrá nada.

El portero se secó el sudor con un pañuelo de papel y bebió algo de agua, pero apenas llegó a reponerse. Pese a todo, sacando fuerzas de flaqueza, quiso quemar el último cartucho.

—Es cierto que te las puedo facilitar, pero si mis jefes se enterasen me metería en un buen lío. Si quieres, quedamos una noche para picar algo, tomar una copa o dar una vuelta por ahí y luego te enseño las imágenes en el DVD de mi casa o vamos a la tuya. No te las voy a dar ahora; es algo que hay que meditar tranquilamente. ¿Entiendes?

—Entiendo. En resumen, me quieres decir que me las podrías facilitar, pero tengo que pagar cierto coste por ello —contestó fría y severamente la analista de datos.

—Bueno, mujer... dicho así... no suena demasiado bien. No tendrás que pagar ningún precio, cielo, simplemente te pido que seamos un poco más amigos y así poder confiar más y mejor en ti.

—Mira, Pablo —decía Milagros poniendo los brazos en jarras—. En primer lugar, para que tú y yo fuéramos mejores amigos, tendríamos que haber sido amigos previamente, y tú para mí no pasas de conocido raso. Sin embargo, puesto que me estás pidiendo un precio por las imágenes, te hago una contrapropuesta que sería pagarte el puñetero vídeo con otra cosa que no sea una cita.

—No, no me interesa —contestó Pablo en tono despreciativo—. ¿Y cómo me lo vas a pagar: con Visa, Mastercard o en efectivo?

—No, te lo voy a pagar con un nuevo método: se llama teléfono —dijo Milagros mientras sacaba su móvil y se lo ponía ante los ojos al portero, con el volumen del sonido al máximo—. Imagino que tus jefes se pondrán muy contentos cuando se enteren de que uno de sus porteros ve porno en horas de trabajo. ¿Sabías, por cierto, que ambos son del Opus?

15

Como un huracán

Siempre existía un cuñado que tenía uno igual, siempre había un «son la mejor raza que existe». No fallaba nunca. Es la conversación obligada en los taxis dog friendly, como lo es hablar en los ascensores sobre el tiempo que hace. Imposible que la charla verse sobre otro tema que no sea el de nuestros amigos peludos. Lo mismo le da al conductor del vehículo que le estés contando que te han concedido el Nobel de Física o que tu suegra se haya clasificado para los Juegos Olímpicos de 2024 en la categoría de salto de altura con ochenta y ocho años que obviará el tema y reconducirá la conversación hacia los perros. Y hacen muy bien, e incluso llegado el momento es de agradecer, pues si no vas con perro te tocará escuchar un incómodo silencio en el mejor de los casos, o una perorata insufrible sobre el rumbo político que lleva nuestro país. Los taxistas son el colectivo de oposición política civil más importante que existe. Abundan los taxistas de derechas cuando gobierna la izquierda, como proliferan los de izquierdas cuando gobierna la derecha. Son la cámara intermedia entre Parlamento y Senado en cualquier país en que existan taxis y democracia.

—Es que no me diga usted que esta glorieta aquí pinta algo, y si no en esta otra calle, ¿para qué le cambian el sentido si antes se circulaba mejor? Y venga manifestaciones todos los días, cuando no son los maestros, los enfermeros o los bomberos, pero ¿es que no cobran ya un sueldo? A esos los querría ver yo quince horas al día con la «rosca» en la mano. Que quieren

hacer ruido y nada más. Y eso que los que gobiernan ahora son de los suyos... Habría que verlos en Cuba o en Venezuela, vería usted cómo se volvían a los dos días. ¡Y este dónde va! Ni el intermitente pone, el gilipollas.

—Está adiestrado, porque fue perro guía de joven, pero ya está jubilado —decía Nicolás con aire distraído, pues tenía la cabeza en otra parte.

—Ya le digo que mi cuñada tiene uno igual en la parcela, son los perros más listos que hay. ¿Es un labrador, verdad?

—No, es un golden retriever. Disculpe, me llaman.

—Un golden, un golden —repitió el taxista en voz baja como un niño que se aprende la lección—. Sí, el Antonio Banderas tiene uno de estos y la Pataky, otro. Es que a veces cuando hago zapping veo programas de esos de cotilleos. Disculpe, disculpe, conteste al teléfono, que lo estoy distrayendo. Un golden, un golden.

Un rostro que antaño había sido atractivo, ahora aparecía abotargado y maltratado por las horas de excesivo whisky y cortas noches de sueño. Los ojos de aquel hombre, pese a la inexactitud de la imagen que con su tratamiento digital había perdido calidad, hablaban de derrota y desgracia muy probablemente autoinfligida. Milagros miraba la instantánea en la pantalla de su ordenador, la que había extraído del vídeo grabado por las cámaras de seguridad del edificio mientras marcaba el número de teléfono de Nicolás. A Milagros la visita de aquel señor lo había intranquilizado. Ahora casi podía oler el tufo a copazo mañanero a través de la imagen, pero allí, retenido por el LCD del monitor, parecía más inofensivo.

—Hola, preciosa, muy buenos días.

—Buenos días, corazón. Tengo noticias, no sé si buenas o malas, pero jugosas desde luego sí que lo son.

—Voy en un taxi camino del despacho de Ximénez para hablar con sus compañeros, pero puedes ir contándome.

—Tendrás entonces que disimular, pues sin duda te vas a asombrar con lo que te cuente.

—No me asustes.

—He estado tratando las imágenes que conseguí del impostor, con un

programa milagroso y milagrero de reconocimiento de rostros a través de las redes sociales, y he dado con su identidad. Cuando te diga quién es este sujeto no te caerás de espaldas porque vas sentado en el asiento de un taxi, pero... es algo muy fuerte.

—Me tienes en ascuas, cielo.

—Empezaré contándote a qué se dedica. Te doy una pista: su profesión tiene mucho que ver contigo.

—¿Descarga fruta, comercial, detec...? —dijo esto último mirando de reojo al taxista—. Bueno, a lo que me dedico ahora, quería decir.

—Justo. Es detective privado y cuando escuches cómo se llama te vas a espantar. Hablamos de don Javier Ximénez, y para rematar, te diré que es el hermano menor de Alberto. Me ha costado trabajo localizarlo en las redes pues no tiene perfil de Facebook, Twitter ni Instagram, pero aparecía en las fotos de una publicación de Face en la comunión del hijo de un concejal del PP de Valdemoro.

—Por favor, estacione por donde pueda y déjeme ya por aquí. No será necesario que me lleve hasta la calle Mayor —le informó Nicolás al taxista.

—Como usted diga, caballero, ¿se encuentra bien?

¿Y ahora qué hacemos aquí en medio de la calle? No hay mal que por bien no venga..., me hacía pis. Ese jardín tiene buena pinta.

—Un segundo, Mila, que Cross está tirando fuerte de la correa y casi se me escapa. Voy a acercarlo a un jardín que tenemos aquí. ¡No muerdas las flores!

Huele demasiado bien para mi gusto, está muy regado y además hace tiempo que por aquí no mea ningún colega. Pues a marcar se ha dicho.

—Claro, querrá oler la hierba el pequeñín. Cuidado que no se envenene con ninguna flor.

—Ahora lo entiendo, Mila.

—¿El qué?

—Ximénez nos contó a Mario y a mí que no tenía un buen concepto de los detectives. Alberto no es precisamente un hombre que juzgue a la ligera. Voy a tomar otro taxi, me marchó a la comisaría a ver a Gonzalo. Necesito información sobre este sujeto.

Milagros cerró todas las ventanas del sistema operativo, la primera, la de

la imagen de Javier Ximénez. Sintió miedo y no quería ver ese rostro. Temía por su amigo Nicolás. Giró con la silla de ruedas y llamó a la puerta del despacho de Mario y Juan María. Los puso al día de sus averiguaciones y les rogó que dejaran la puerta abierta sin dar más explicaciones.

Noté que Milagros me necesitaba. Los humanos dicen que olemos el miedo. ¡Qué tontería más gorda! ¿Cómo se va a oler el miedo? ¿Se huele acaso la alegría, la tristeza o el equilibrio? Es cuestión de instinto, de inteligencia emocional y capacidad de observación, cosa que los humanos parecen estar perdiendo. Vale que tenemos un olfato muy desarrollado, pero de eso a que pensemos con el hocico en vez de con el cerebro, va un trecho. Bueno, eso sí, existe una manera de oler el miedo, pero solamente en circunstancias extremas. Esto sería si el humano literalmente se hiciera caca encima, entonces sí que lo olerían hasta ellos mismos, pero no era el caso. Milagros olía igual que siempre, pero sus ojos miraban de otra manera, sus manos se movían distintas y la postura de su cuerpo era rígida, nada tranquila y relajada. Enseguida agradeció mi compañía acariciándome la cabecita. Suspiré.

Mientras tecleaba algo temblorosa y distraída miró la pantallita del teléfono fijo que estaba sonando. Se había sobresaltado. Era una llamada de la portería. «Lo que me faltaba», pensó, pero rápidamente recordó que estaba de turno Tomás. En cierto modo se sentía culpable por la trampa que le había tendido a Pablo para conseguir el vídeo; en el fondo le daba pena.

—Mila —dijo en voz baja y misteriosa el portero—, aquí hay dos tíos un poco raros que buscan a Mario y a Nicolás, pero dicen que prefieren no subir, que si pueden bajar ellos.

—Nico no está, se lo comento a Mario. Los tíos no sé si serán raros, pero que no quieran subir sí que me lo parece —pensó en voz alta mientras giraba la silla para llamar a su jefe.

Sonó el din de un whatsapp. Abrió el mensaje; era de Tomás, el portero. «Te lo digo por aquí, pues han entrado en la garita. No me gustan un pelo. Tienen pinta de matones o de polis o de ambas cosas. Que Mario no baje solo».

No más de cuatro personas ni más de quinientos kilogramos ni tampoco niños solos, rezaban los carteles reglamentarios de los cinco ascensores del edificio. Entre Mario y Juan María no sumaban más de ciento cincuenta kilos.

Alto y enjuto el primero e igualmente delgado y de estatura normal el segundo, ambos se armaron de un coraje innato que se sumaba a los treinta y dos kilogramos de juventud y gallardía del fabuloso pastor alemán.

—¿Y si llamamos a la poli? —le había dicho Juan María a su jefe mientras el ascensor descendía.

—Tampoco nos garantizaría nada, no sabemos si ellos mismos son la poli. No obstante, le he mandado un whatsapp al comisario, pero aún no lo ha visto —le contestó Mario con la voz algo temblorosa.

La puerta automática del ascensor se abrió con ruido de roce metálico. Mario notó que Jazz se ponía en guardia.

—Están ya aquí —advirtió Juan María a su amigo invidente.

Dos hombres altos y fornidos les impedían el paso. Ambos vestían con traje y sin corbata. El rubio de ojos azules y porte germánico vestía todo de negro a excepción de una camisa color vino; el moreno, pantalones negros, camisa blanca y chaqueta de cuadros pequeños algo pasada de moda. Los dos miraron de forma amenazante a Juan María, a sabiendas de que era el único humano que los podía ver, después dirigieron una mirada apática a Mario y otra mirada, esta de precaución, a Jazz. Finalmente se miraron el uno al otro. Parecía que estos dos hombres obedecían, pese a sus diferencias morfológicas, a un único cerebro.

—¿Nos permiten el paso, caballeros? —decía Mario.

—Queremos hablar con vosotros, muchachos, y a mi amigo y a mí, este nos parece un sitio ideal, ¿verdad? —explicó el hombre rubio a su compañero, el cual asintió con un mohín.

—Pues a mí me parece un sitio demasiado estrecho para mantener una reunión —contestó Mario con calma fingida.

Una mano carnosa y de grandes dimensiones rodeó más de la mitad del fino cuello del gerente de Marioscaneos, ejerciendo en segundos una presión insoportable que le impedía respirar.

—Mirad, muchachos, aquí los temas de conversación los proponemos nosotros, y el lugar de reunión, también, así que portaos como dos buenos anfitriones y no nos toquéis las pelotas —dijo el hombre del traje negro con algo de acento extranjero, mientras aumentaba paulatinamente la presión sobre el cuello de Mario.

Al joven las sienas le comenzaron a palpar, un chorro incontrolado de sudor le caía por la espalda y le empapaba la camisa, su rostro empezaba a ponerse de color morado, pero Juan María estaba igualmente inmovilizado por el miedo. Se sentía impotente y culpable por no ser capaz de socorrer a Mario. También era consciente de que cualquier intento empeoraría la situación. La espera era tan descorazonadora como irremediable. De repente, la fornida mano aflojó la intensidad hasta soltar el cuello del gerente de Marioscaneos. El agresor retrocedió por lo menos cinco pasos con su enorme cuerpo de uno noventa y cinco de estatura y ciento veinte kilos de peso hasta darse un golpe de manera casi cómica en la nuca contra los buzones del portal. Segundos antes se había escuchado un prolongado y estruendoso rugido de fiera amenazante que provenía de la más que bien dentada boca del pastor alemán. Sus colmillos se alzaron como cuchillos intimidantes listos para clavarse en la más dura de las pieles como si esta fuera mantequilla. El eco producido por la oquedad del portal hacía aún más temible el aviso de Jazz. Tomás, el portero, que se encontraba agazapado en la garita, se estremeció al escucharlo.

Mario sintió un gran alivio, tosió y respiró profundamente al sentir su tráquea liberada. Tanto Juan María como él experimentaron un subidón de adrenalina tras la inesperada intervención de su ayudante de cuatro patas.

Pero ¿qué se cree el imbécil este? Si vuelve a ponerle la mano encima a uno de los miembros de mi manada, le arranco un brazo. Ya estás avisado, rubito.

—Bueno, bueno, bueno, tranquilo, que estos perros no atacan —le decía el hombre de la chaqueta de cuadros a su compañero—. Están entrenados solo para guiar. En cualquier caso, amigos —continuó dirigiéndose a Juan María y a Mario—, simplemente hemos venido a traer un mensaje. No queremos que nadie sufra daños, ¿verdad? —le preguntaba con sonrisa socarrona al rubio, que se colocaba la chaqueta y no paraba de rascarse la nuca—. Mirad, mis queridos amigos, como ya sabéis, los relojeros hacen relojes, los zapateros zapatos y los panaderos hacen pan. ¿Hasta aquí lo vais entendiendo, chicos? Pues bien, puesto que sois unos buenos muchachos, e incluso tenéis la inteligencia suficiente para comprender el significado de la canción de los oficios, poco más tenemos que deciros. A partir de ahora dedicaos otra vez a entreteneros con vuestros papelitos y vuestras maquinillas, pantallas y todos

esos cacharros que usáis para los escaneos, y dejad a los demás que hagamos nuestro cometido en paz, ¿OK? Es una lástima que no esté por aquí vuestro amigo ese de la chupa de plástico negro a quien le gusta jugar a los detectives, pero sabemos que os portaréis bien y que le daréis el recado de nuestra parte, así nos evitaréis dar otro viaje.

—Vemos que nos conocen sobradamente. Creo que sería de justicia que al menos nos dijeran quiénes son ustedes y si hablan en su propio nombre o alguien los envía —propuso Juan María en tono conciliador.

Los dos hombres se miraron y se rieron. Después ambos dirigieron una mirada redentora al especialista en escaneos.

—Nosotros somos vuestros amigos, no tenéis nada que temer si os portáis bien. ¿Tenemos acaso pinta de que nos mande alguien? —Volvieron a reír sarcásticamente—. Por mi parte ya está todo dicho —terminó el moreno mirando a su compañero con complicidad.

—No quisiéramos volver a repetir lo que ya os hemos dicho, pero si se diera el caso, mantén a raya a ese chucho o le llenaré la cabeza de plomo con esta —dijo el rubio enseñando la pistola que llevaba bajo la chaqueta—. Tu amiguito el sordo que te cuente ahora el juguetito que llevo encima. No me gusta especialmente usarlo, pero si es necesario y no tengo otro remedio... En fin, amigos, que tengáis un buen día.

Los dos hombres se marcharon, y el rubio, al darse la vuelta, se rascó una vez más la nuca con la mano izquierda y, segundos más tarde, hundió con un potentísimo derechazo la puertecilla del buzón del 2.º H mientras profería entre dientes.

—Estupito busón.

Los ojos del comisario Gonzalo Ramírez hacía tiempo que no se llenaban de vida. Este miraba expectante e incluso algo esperanzado a Nicolás. Cuando se desconoce algo tan importante como es el paradero de tu única hija, cualquier noticia, aunque esta sea perturbadora, abre una puerta a la esperanza. Si el carro hacía ruido, era porque estaba rodando. Gonzalo se conformaba con el chirrido de las ruedas; lo prefería al silencio.

—En Valencia, la tierra de mi madre, hay un refrán que dice: «Mientras el

carro va, hace ruido». Yo ahora le doy la vuelta al significado de este dicho y pienso que mientras el carro haga ruido, estará en marcha. Usted y su equipo han encontrado las piezas de un rompecabezas que sin duda resolverán. Antes no teníamos ni siquiera la caja del puzle. Le felicito, Nicolás.

—Agradezco sus palabras, comisario, pero no sé si será demasiado esperanzador el haber descubierto que alguien nos la quiere jugar. Todavía nos queda mucho por hacer, mucho que investigar y espero que mucho por descubrir. ¿Ha encontrado ya algo en ese chisme? —preguntó Nicolás señalando con la barbilla el ordenador de Gonzalo.

—Verá, el amigo Javier Ximénez no parece una persona especialmente problemática, aunque tiene toda la pinta de ser la oveja negra de su familia. No tiene antecedentes penales, pero su nombre sale en varias denuncias, en unas ocasiones como denunciante y en otras como denunciado. Cosas de poca monta que finalmente imagino que siempre se han resuelto por acuerdo sin llegar a juicio.

—¿Cosas como qué, comisario?

—Amenazas, alguna bronca en bares, escuchas ilegales, incumplimiento de la Ley de Protección de Datos, etcétera. Lo típico de un detective privado...

—¡Comisario!

—Déjeme terminar, mi querido amigo. Lo típico de un detective que utiliza métodos expeditivos, no como usted: un gran profesional.

Era de las pocas veces que el ambiente entre ambos hombres tenía algo de distendido. Nicolás aceptó la broma de su cliente de buen gusto. Estaba de buen humor y además se notaba que depositaba en el detective algo más que confianza: era su última esperanza.

—Javier Ximénez tiene el despacho en Usera. Pediré información a algún contacto que tengamos por la zona, pero según lo que veo ya no solo en nuestros ficheros, sino en la red, el perfil de este señor está claro. Un detective privado decadente que con tal de trincar unos euros trabajaría para cualquiera. No es nuestro enemigo, Nicolás. Mi olfato de poli me lo dice. Hay alguien detrás de él a buen seguro.

—Estoy con usted, comisario. Dudo que haya secuestrado a su propio hermano. Es más, afirmarí que ni siquiera sabe de la desaparición de este. Alguien que tenga algún interés en despistarnos lo ha contratado con el fin de

hacerse pasar por Alberto. No se deben llevar demasiado bien y habrá aceptado algunas monedas por un trabajo que a primera vista parece sencillo. Supongo que ni Javier dispone de toda la información y desconoce cuál es el fin último de su misión. «Usted vaya a tal sitio, hágase pasar por su hermano y pregunte por fulanito y menganito. Ya le advertimos de que ambos no estarán, pero usted insista dos o tres veces con que quiere verlos y después márchese».

—Por unas monedas o algunos tragos me atrevería a aventurarme.

Cansado de escuchar parlotear a los dos humanos, comencé a chuparme una patita. Nicolás inmediatamente me retiró la cabeza en otra dirección para que no lo hiciese. Como no llegue pronto mi amiga soy capaz de escaparme.

—¿Qué hace?

—Nada, que cuando se aburre se chupa las patitas y luego le salen heridas. Creo que echa de menos a la agente Paula Niza. ¿Dime, Mila? —contestó el detective al teléfono—. Comisario, le dejo. Ha pasado algo grave en mi oficina, después lo llamo y le daré detalles.

Son muchos miles de años los que ambas especies llevamos conviviendo. Es inevitable que la una y la otra adopten costumbres, manías e incluso comportamientos comunes, pero los perros y los humanos, por suerte para los primeros sobre todo, siempre seremos distintos. Desde el primer momento, incluso antes de abrirse la puerta del ascensor y toparse con aquellos dos humanos, Jazz ya estaba alerta, no bajó la guardia ni un solo instante. La valentía, el miedo, el instinto resolutivo y la capacidad de acción de Mario y Juan María fluctuaban de una u otra manera según sucedían los acontecimientos. Jazz, por el contrario, estuvo en un estado de alerta constante, dispuesto a controlarse, pero también a avisar a sus adversarios si estos daban algún paso que supusiera una amenaza para él o su manada. Incluso estaba preparado para el ataque.

Tras regresar a la oficina me bebí medio cacharro de agua y después lamí la temblorosa mano de Mario, que se había sentado frente a Milagros al igual que Juanma. En segundos llegó María José. Todos parecían muy alterados. Pero, chicos, si no ha pasado nada. Esos dos no volverán por aquí y si regresan con esos modales, mis colmillos probarán el sabor de la carne

humana. Eso sí, ya puedes, Mario, duplicarme la ración de pienso si además de guiarte tengo que hacer de guardaespaldas.

Nico abrió la puerta trasera del coche y me hizo subir rápidamente al asiento, cogiéndome prácticamente en brazos. Intuí que algo grave estaba pasando pues normalmente solía dejar que montara por mí mismo en los vehículos, aunque cada vez me van pesando más los años y mis patitas traseras se resisten a sostenerme en determinados momentos y situaciones.

—¿Lo ayudo, jefe? —preguntó el taxista con aire campechano al notar que el detective no acertaba a encajar la pieza del arnés de seguridad de Cross con la del cinturón del taxi.

—No se preocupe, ya está —contestó Nico con voz temblorosa, tras escucharse un clic más que deseado por todos—. Me quedo aquí atrás con él. Diríjase hacia la calle Atocha. Corra, corra, corra todo lo que pueda, por favor, se lo ruego, me haré cargo de cualquier incidencia.

El conductor miró a los dos ocupantes por el espejo retrovisor. Ambos, humano y perruno, tenían el semblante serio.

—¿Se encuentra... ¿Se encuentran bien?

—Más o menos. Ha ocurrido algo grave en mi oficina, por eso tenemos tanta prisa. Gracias por preguntar —decía Nico mientras intentaba calmarse acariciando a Cross.

—Bueno, espero que se solucione. He pensado que igual el peludito se había puesto enfermo, pero ya veo que está bien sano. Y no se preocupe usted, buen hombre, que todo tiene remedio. Mire nosotros la que tenemos montada... Imagino que se habrá enterado de todo el lío de la huelga... Dicen que la cosa ya se va arreglando, pero dese cuenta: todo es política, política, política y nosotros los pobres, ya seamos taxistas o conductores de esas empresas que no quiero ni nombrar, a palmar y a darnos de palos unos contra otros. Política, política y política. Si son todos iguales, mismo perro, distinto collar. Y ya sabe que esto último para mí es un decir, que soy taxi dog friendly.

Nicolás oía las palabras del taxista como si este estuviera encerrado en un frasco de cristal que apenas dejara pasar el sonido. Su mente estaba en la calle Atocha. Mientras tanto, el taxi circulaba a toda velocidad por las calles de

Madrid hacia Marioscaneos.

—Nico y Cross vienen de camino —dijo Milagros al colgar el teléfono—. ¿Qué hacemos, chicos?

—Pienso que deberíamos denunciar esto a la policía. Mira cómo te ha dejado el cuello el bestia ese —decía María José acariciando los moratones de Mario.

—De momento vamos a esperar a ver qué dice Nico. ¿Estás bien, Juanma? Te noto muy callado.

Ahora que me estaba quedando frito se abre la puerta del despacho de repente. Estaba tan relajado que ni había oído ni olido a nadie. ¡No gano hoy para sustos!

Nicolás entró por la puerta de Marioscaneos con el semblante más serio que jamás habían visto sus amigos. Abrió la puerta casi de un empujón y tiró las llaves encima de la mesa de las revistas, como las podría haber lanzado hacia cualquier otro lugar. Quería tener las manos libres. Hizo sentarse a Cross, el cual no le prestó demasiada atención yéndose a saludar a su colega.

—¿Có... có... có... cómo estáis, chicos? ¡Me cago en todo lo que se menea! No pensaba que esto llegaría tan lejos. Quiero que os apartéis del caso. Lo venía pensando en el coche. Me voy a alquilar una oficina. No puedo permitir que os pase algo a vosotros, jamás me lo perdonaría. Pero ¿qué tienes en el cuello?

A punto estaba de que se le saltaran las lágrimas. No parecía asustado; era una mezcla sutil de preocupación, rabia y coraje. Por suerte, los dos matones hacía tiempo que se habían marchado. El detective habría actuado de forma impredecible de habérselos cruzado tras amenazar y agredir de aquel modo a sus dos amigos. Miró el cuello de Mario y apretó los puños; miró el rostro de Juan María y tragó saliva. Al darse la vuelta y ver a Milagros se le encogió el corazón. No quería ni pensar que aquellos dos hombres habían pisado el mismo suelo que pisaba cada mañana con su silla de ruedas y que habían estado a escasos metros de ella.

—Vamos a tranquilizarnos, Nicolás —pedía Mario, pronunciando a propósito el nombre completo de su amigo—. Estamos juntos en esto y nadie se va a marchar a ningún lado, al menos por este motivo. Tenemos que hacer dos cosas de inmediato: primero, averiguar quiénes son esos dos miserables y,

después, hablar con el comisario Gonzalo. E incluso el mismo comisario nos puede ayudar a identificarlos. Hablaré con Tomás, el portero, para que nos facilite las imágenes y si no quiere o no puede dárnoslas, que venga el mismísimo comisario a pedírselas.

—No será necesario —dijo Juan María, quien hasta el momento había permanecido en silencio manipulando nervioso su reloj y su teléfono móvil.

Todos miraron a la vez al especialista en escaneo de documentos. Todos los móviles sonaron a la vez, cada uno con su tono correspondiente. No hacía falta que nadie dijese nada para que supiera todo el equipo que aquello era un mensaje del grupo de whatsapp de Marioscaneos y que lo había mandado Juan María.

—Ese eres tú —preguntó Nicolás.

—¿Por qué lo sabes?

—Muy fácil: eres el único al que no le ha sonado el móvil.

—Vaya —decía Juan María fingiendo sorpresa—. Veo que tu capacidad de deducción aumenta por momentos. Eres ya todo un Sherlock Holmes.

—Gracias, Juanma. Un momento, me estás tomando el pelo, ¿verdad? Tú siempre tienes el móvil en silencio.

Nicolás abrió el vídeo y soltó encima de la mesa de Milagros el teléfono como si este le quemara las manos.

—Mierda, mierda, mierda. ¡No puede ser! ¡Hijo de puta! —exclamó dando un manotazo a la mesa.

—¿Qué ocurre, Nico? ¿Es que los conoces? —preguntó María José más que asustada.

—Ojalá me equivoque, pero creo que a uno de ellos, sí. Mila, abre por favor la imagen en el monitor de tu ordenador.

Todos quedaron en silencio frente a la pantalla. Las imágenes aparecían borrosas, el sonido era estridente, un continuo frotamiento del micrófono del reloj inteligente de Juan María con las paredes del ascensor, sus pantalones vaqueros y la camisa. Entremedio se oía alguna voz que parecía haber sido grabada dentro de un bote de cristal. Lo que se escuchó con mejor nitidez fue el rugido de Jazz. Todos sonrieron orgullosos del colaborador de cuatro patas de aquel improvisado pero eficaz equipo de investigación. María José apartó la mirada del monitor cuando el hombre de pelo rubio y traje negro agarró a su

marido por el pescuezo. Se le saltaron dos lágrimas comedidas, pero que incluso Mario pudo percibir. Nicolás pasó de estar exaltado a una especie de estado de conmoción. Como si estuviera drogado o hipnotizado, se separó del grupo y con la mirada perdida comenzó a repetir una y otra vez:

—Es él, claro que es él. Es él, claro que es él.

Nadie se atrevía a preguntar; temían la respuesta, pero al mismo tiempo la necesitaban. Finalmente María José, ejerciendo más de psicóloga que de amiga, fue quien decidió desenmarañar aquel silencio.

—Pero ¿quién es? —le preguntó, poniéndole suavemente una mano en el hombro.

—Es el tío aquel que vimos en el despacho del comisario, ¿lo recuerdas, Mario?

—Cierto, es él. Recuerdo su voz. Aunque esta mañana el desgraciado ha hablado más que el otro día. Tiene un acento así como ruso, polaco o quizá alemán. El capullo me ha dejado sus huellas dactilares en el cuello —dijo mientras se tocaba la zona con la cara dolorida—. Pero, chicos, hay dos cosas que me preocupan sobremanera: la primera es que este sujeto es policía, y me suena que Gonzalo dijo que pertenecía a la comisaría del distrito de Salamanca; y la otra es que no sabemos quién diablos era su acompañante.

16

Sueños rotos

—Andrés Cifuentes y Damián Tertsch, comisario y subcomisario del distrito de Salamanca —exponía Gonzalo tras ver el vídeo que le mostraba Nicolás.

Dejó el móvil del detective sobre la mesa con sumo cuidado, como si este portase una carga explosiva. En verdad así era: las imágenes no podrían ser más destructivas a ojos de Ramírez. Rendido, dejó caer la espalda contra el sillón, los hombros fornidos y musculosos de hombre de mediana edad pero bien cuidado a base de ejercicio constante, parecían ablandarse y caían gomosos, viscosos y derrotados, empujados por la gravedad de unos brazos sin fuerza. Se llevó las manos al rostro en un gesto de desesperación. Nicolás le observaba sin atreverse a decir nada. Gonzalo no sabía por dónde empezar. Las imágenes habían caído sobre él como un chaparrón de agua helada. Los ojos los tenía enrojecidos a punto de estallar. En aquel momento no cabía más desesperación, más sensación de traición, desilusión, miedo, rabia e impotencia en aquel hombre acostumbrado a lidiar con situaciones más que difíciles. Esto superaba lo que había sufrido desde la desaparición de Jimena.

—El mismo señor Tertsch estuvo aquí en mi despacho cuando usted vino con su amigo Mario, no sé si lo recordará. —Nicolás asintió con la cabeza—. Ustedes se cruzaron con él y se lo presenté. Creo que le puse alguna excusa como que eran unos amigos amantes de los perros interesados en visitar las instalaciones de la unidad de guías caninos del Cuerpo Nacional de Policía. Sabe lo que eso significa, ¿verdad? Pasó por delante de sus narices sabiendo a

ciencia cierta quiénes eran ustedes. El muy hipócrita se había presentado aquí como una plañidera a pedirme disculpas por no haberme informado de la muerte de la amiga de mi hija. Él y Cifuentes no solo son compañeros de profesión para mí. Son, o mejor dicho eran, amigos personales. ¿Se imagina, Nicolás? Amigos personales desde la academia, cuando éramos poco más que tres mocosos que querían ser policías —reconocía Gonzalo con rabia inclinándose sobre la mesa y apretando fuertemente con la mano derecha una grapadora—. Andrés regenta con su mujer un centro de terapias alternativas al que asisto un par de veces por semana. Ya le había hablado de este lugar; se encuentra en Villaverde Alto. Tertsch es copropietario junto a sus cuatro hermanos de un restaurante de comida española y alemana, donde también suelo ir a comer o a cenar a menudo con Silvia, mi pareja, o con algún amigo, hasta había pensado invitarlo un día a usted.

Me encontraba a aquellas alturas de la mañana al borde de la desesperación. La chica de la coleta no venía y el ambiente para colmo estaba cada vez más cargado. A Nicolás lo notaba triste y preocupado; a Gonzalo, enfadado, pero no era un enfado cualquiera. Se trataba de un tipo de rabia similar a la que tienen otras especies no domesticadas: era una furia de fiera descontrolada. No pasé miedo pues sabía que a Nicolás y a mí no nos haría daño, pero la espesura de su odio me saturaba. Al principio estuve un rato lloriqueando reclamando a Paula —ya me había aprendido su nombre— pero después cambié los lloriqueos por suspiros. Deseaba que todo aquello terminase lo antes posible.

—Sí, recuerdo perfectamente lo del centro de terapias alternativas, pero desconocía que este fuese de un amigo y compañero suyo. Respecto a lo del restaurante de los Tertsch, le agradezco el intento de invitación. Quizá algún día lo visitemos. Comprendo el dolor que siente con todo esto, comisario, pero no se preocupe por nada. Deje el asunto en mis manos; mi equipo y yo nos encargaremos de estos dos individuos —dijo el detective en tono paternal.

—Esto no puede estar pasando —se decía Gonzalo negando con la cabeza—. Pensar que he estado yendo como si nada a practicar yoga al centro de Cifuentes y a comer al restaurante de Tertsch, cuando son dos miserables que se atreven a amenazar como si fueran dos matones de la mafia a sus amigos. Incluso de vez en cuando salimos juntos a correr o a tomar algo. Cuando

éramos jóvenes quedábamos a menudo las tres parejas. Nuestros hijos se conocen y son amigos de la infancia, aunque ahora ya casi no tienen relación. Y ahora mírelos —mostraba el comisario levantando los brazos y dejándolos caer después sobre los reposabrazos del sillón sin soltar la grapadora, la cual cada vez apretaba con más fuerza—, mezclados en algo turbio. ¡Qué cojones! ¡Mezclados en-la-desaparición-de-mi-hija! —dijo separando con rabia cada palabra al mismo tiempo que estampaba la grapadora contra la pared de enfrente—. Perdona, Cross, mi niño, que te he asustado.

El comisario se levantó del sillón y miró pensativo la grapadora que, partida en dos sobre el suelo del despacho, se debatía ya entre la vida y la muerte con sus tripas metálicas al aire. Recogió las grapas esparcidas, los dos fragmentos y los tiró a la papelera. Se acercó al golden retriever, que lo observaba atento y jadeante. Le acarició la cabeza pidiéndole perdón por haberlo asustado. Se derrumbó por completo y comenzó a pensar en voz alta, demasiado alta, entre sollozos.

—Por qué no seremos como vosotros, maldita sea esta mísera especie de mentirosos y traidores a la que no le importa nada más que el poder y el dinero. Vosotros sois puros; nosotros solo llevamos veneno dentro. Maldita especie la nuestra. Nicolás —dijo mirando al detective—, le ruego que ahora me deje solo y que mañana venga a visitarme. Si le parece bien, diseñaremos una estrategia, un plan de acción. Ahora tenemos que ser prudentes. Dígale a los suyos si a usted también le parece oportuno, claro, que actúen como si nada, como si Tertsch y Cifuentes no hubieran sido descubiertos. Estoy seguro de que estos dos mendrugos infravaloran las capacidades de sus dos amigos y piensan que un sordo y un ciego son plenamente vulnerables.

Tras el susto que me llevé con el golpe, Gonzalo se puso de cuclillas frente a mí y comenzó a acariciarme la cabeza. Aproveché y me volví a tumbar, pero esta vez panza arriba para permitirle que me rascara la barriga, pues sé que esto les relaja mucho a los humanos. Vale, lo reconozco, y a mí me encanta, pero prometo que esta vez lo hacía más por él que por mí. Cuando comenzó a lloriquear al estilo humano me incorporé y le lamí el brazo. Quería consolarlo.

—Así será, comisario, descanse ahora. Mañana nos vemos. Si no le importa, vendremos todo el equipo.

Cuando la normalidad no llega por sus propios medios, esta se debe buscar o forzar. De no ser así, la vida se convertiría en un sucesivo encadenamiento de desdichas. La mañana en Marioscaneos estaba siendo algo gris y espesa. Aunque no se comentase apenas el suceso del día anterior, todos lo llevaban en la cabeza y le daban una y otra vuelta. Mario escribía en su despacho pulsando las teclas del ordenador con gran velocidad y energía. Juan María de vez en cuando lo miraba mientras se movía a uno y otro lado archivando documentos o manipulando los escáneres. Milagros, más silenciosa, ultimaba en su mesa un trabajo. Jazz había decidido ponerse a sus pies y se durmió arrullado con el suave sonido del clic del ratón y la rítmica e imperceptible — a oídos de los humanos— respiración de la analista de datos.

—Mario —llamó al jefe en voz alta—, ¡Mario! —repitió alzando más la voz—. Juanma, ¿está Mario contigo? Aisss, qué cosas tengo —dijo para sí sonrojándose—. Si llega a estar aquí Nico, se habría burlado de mí por llamar a gritos al bueno de Juanma.

Parecía que, a falta de normalidad, todos buscaban tranquilidad. Todo estaba en silencio, o casi, pues mi jefe le metía unos meneos a las teclas que tuve que salir del despacho e irme con mi amiga Mila, ya que no me dejaba dormir. Me he despertado al escuchar los gritos y el sonido del motorcillo de la silla de ruedas. Tengo la boca reseca. Esperaré a que pase Mila para ir a beber agua, no vaya a ser que me pille una patita como aquella vez que acabamos lloriqueando los dos, yo por el dolor y ella por la pena.

—¿Nos estabas llamando? Al jefe dale un toque, que con esos cascos oye menos que yo —indicaba Juan María señalando con el taco de folios que portaba en una mano a Mario.

Milagros sonrió y por un momento se olvidó de las preocupaciones. Se sentían unidos y hermanados. La forma de ser y la generosidad de todos los miembros de Marioscaneos hacía que el clima fuese casi siempre relajado y enriquecedor tanto en el plano laboral como en el personal. Miró a Mario: llevaba unos enormes cascos que le hacían tener una pinta algo ridícula, inusual en él, pues pese a su ceguera siempre era un hombre preocupado por su imagen. La delgadez de su rostro y la delicadeza de sus facciones desentonaban con aquella diadema de color verde y bastante ancha que

sujetaba los dos enormes redondeles que cubrían las orejas del gerente de Marioscaneos. Se acercó despacio a él para no asustarlo, pues se le veía enfrascado en su tarea, y le dio dos golpecitos en el brazo.

—Dime, Juanma —contestó Mario.

—No, soy Mila.

—Ah, ya decía yo que habían sido muy suaves los toques.

—Juanma, ¿es que me tratas mal al jefe?

—Qué va, pero a veces está tan sumergido en su mundo que hay que darle un buen meneo para que se entere.

—¿Qué me cuentas, Mila? —saludó Mario mientras se quitaba los cascos de la cabeza.

—Ya está lista la página. Cuando quieras los llamas, les doy las claves y les explico un poco cómo va todo. Ha quedado muy chula, bueno, chula dentro de lo chula que puede quedar una página con ese contenido, vaya. Al entrar suena una versión MIDI del Cara al sol. Y cuando accedan a la zona restringida para usuarios registrados sonará Yo tenía un camarada, también en formato MIDI. Ambas músicas se pueden detener si molestan para la navegación simplemente pulsando «escape». He puesto el contenido que me mandasteis Juanma y tú y he añadido un directorio de las distintas asociaciones de Amigos y Familiares de la División Azul que hay en todo el mundo. Jo, lo fliparíais, hay un montón... Si falta alguna, que la pongan ellos. Es una página fácil de mantener. ¿Quieres que la abra en tu ordenador y te la explico con más detalle?

—No, no será necesario. Enhorabuena por el trabajo. ¿Os dais cuenta, chicos? Hemos salvado el bache en el que estábamos metidos hace unos meses, tenemos más trabajo con el caso de Nico y además hemos conseguido diversificar la actividad de la empresa con lo de la página web. Estoy estudiando el tema y cuando tenga una propuesta más firme os la planteo, pero irá en esa línea. No solo podríamos hacer páginas web, sino que además sería factible poder trabajar en su mantenimiento y su actualización. Aunque imagino que será ya un mercado muy trillado.

—No sé cómo te caben tantas cosas en la cabeza, Mario —dijo Juan María mientras sacaba documentos de una caja—. Yo también te felicito, Mila. Eres un genio. Por cierto, ¿en Cuba y Venezuela también hay asociaciones de esas?

Los tres se echaron a reír.

—Gracias por vuestras palabras, chicos. Ahora, jefe, si no te importa, me voy a poner con una tarea que me encargó Nico y que he ido dejando por el desenlace de los acontecimientos que todos conocemos. Luego os lo cuento — explicó la analista girando con gran destreza su silla de ruedas en dirección a su puesto de trabajo.

Milagros era uno de esos casos que demuestran que no es incompatible tener por cerebro algo similar a una CPU y al mismo tiempo, un tierno corazón. Analizar datos, corregir los documentos que Juan María escaneaba, diseñar plantillas, programar o construir páginas web eran para ella tareas remuneradas que le gustaba hacer. Estos trabajos eran como nadar relajadamente en aguas limpias, agradables y tibias, pero donde verdaderamente disfrutaba era buceando entre los restos oxidados de algún naufragio, de algún barco pirata o buscando algo que reluciese dentro de una alcantarilla. Milagros decía a sus amigos más íntimos que un verdadero informático se siente más realizado abriendo puertas por las que solamente él sabe pasar que trabajando para una gran compañía acomodado en un despacho de un moderno palacio de hormigón, acero y cristal. Nada más pensar en la tarea que tenía por delante, la adrenalina corrió por sus venas a gran velocidad como lo hacen los bytes a través de un cable de datos.

Un primer intento frustrado. «Bueno, raras veces esto sale a la primera», pensó cuando intentó y no pudo reventar la contraseña de la cuenta de correo electrónico de Alberto Ximénez. Probó por todo tipo de vericuetos, con todo tipo de programas propios y ajenos, hasta que lo consiguió.

¿Qué ruido ha sido ese? Ah, parece que ha sido Mila. Se la ve contenta.

Cuando vio que el buzón de correos se abría ante ella con la misma facilidad que si fuera el suyo propio, no pudo evitar dar una fuerte palmada que volvió a despertar a Jazz y tararear una cancioncilla al tiempo que hacía el baile de la victoria contoneándose divertida y sensual en su silla de ruedas. Pero su rostro cambió de alegre a serio en cuestión de segundos.

—Pero ¿qué narices es esto? —murmuró mientras veía totalmente vacías todas las carpetas de la cuenta de Alberto—. Han borrado hasta el maldito buzón de elementos eliminados. Voy a probar con la de Linda.

Consiguió salvar la contraseña del correo de la diputada fallecida, incluso

con mayor facilidad que con la de Alberto, pero esta vez no hubo palmada en el aire ni bailecillo. Estaba expectante a ver si en aquella cuenta habría al menos algo que le pudiera ofrecer a Nicolás, pero corrió la misma suerte. Todos los buzones de correo habían sido borrados. Cerró el puño y dio un inusual golpe con rabia al teclado.

«Joer, Mila, no gano hoy para sustos», pensé levantando la cabeza y mirando hacia arriba a ver si estaba todo bien. Enseguida su suave mano comenzó a acariciarme el entrecejo y me volví a dormir.

—¿Dónde estás, Nico?

—Saliendo de la comisaría de la calle Leganitos. ¿Todo bien? Ahora iré para allá, pero cuéntame.

—Mejor me espero entonces a que llegues, pues el tema es muy delicado para contártelo por teléfono.

—Dame un discreto y pequeño anticipo, preciosa, que estoy en ascuas.

—Imagino que recuerdas que me mandaste una tarea y que la tenía pendiente de realizar.

—Refréscame un poco la memoria —dijo Nicolás tras un breve silencio.

—Me pediste que mirase en dos sitios a ver si encontraba algo.

—¡Ah, vale, ya sé por dónde vas!

—Pues digamos que he conseguido entrar en ambos lugares.

—No dudaba que pudieras hacerlo.

—Sí, pero no ha servido para nada. Alguien se me ha adelantado y se ha llevado todos los caramelos. La cesta estaba vacía. Te cuento más detalles cuando llegues.

Milagros había hallado la nada más absoluta en los correos de Linda y de Alberto, pero incluso el vacío cumple una misión en el mundo. El hecho de que hubiese alguien interesado en borrar la correspondencia electrónica de una persona muerta y de otra desaparecida ya era algo, y no precisamente poco.

Cuando Nicolás llegó a Marioscaneos le contó todos los detalles. Había averiguado cuáles eran las fechas de las últimas veces que se había iniciado sesión en ambas cuentas. Sintió un escalofrío cuando descubrió que ambas

fechas eran posteriores a la muerte de Linda y a la desaparición de Alberto. Por tanto, aquí estaba la solidificación de la inexistencia. El vacío de los buzones de correo tenía un significado. Ahora tocaba descubrirlo y ver si era posible averiguar quién o quiénes habían borrado el contenido. Intentó rastrear toda la operación, pero le fue imposible encontrar una dirección IP o cualquier otra pista que la condujera hasta el ejecutor.

—Quienes hayan hecho esto, Nico, saben lo que se traen entre manos o al menos tienen los medios necesarios para hacerlo bien.

—Sé más concreta, por favor, que ya sabes que los ordenadores y yo no somos precisamente íntimos amigos.

—Pues que quien esté al otro lado, o es una persona con altos conocimientos de informática o dispone de las herramientas necesarias para no dejar rastro. A mi juicio estamos ante un pirata informático profesional, un policía o ambas cosas.

El personal de la comisaría del distrito Centro ya estaba más que acostumbrado a la presencia de Cross y de Nicolás. Estos también se habían familiarizado sobradamente con el lugar. Cross conocía el olor característico del aire que rellenaba aquel espacio. Pese a que por allí cada día pasaban diferentes personas, a veces no eran solamente los policías los que repetían visita. Algún carterista, proxeneta, palanquero, trilerero, alguna prostituta o yonqui ya habían visto los pequeños ojos de Cross en más de una ocasión. Por tanto, para el golden, el escenario oloroso, visual y auditivo, aunque era variado cada vez, solía tener una base común.

María José recordaba haber estado allí cuando era niña acompañando a su padre a denunciar el robo de una cartera. Parecía que el tiempo no había pasado por ese lugar, y quizá fuera así, pues continuaban existiendo los mismos problemas de siempre. Se escenificaba cada día la eterna función. Aunque los actores fueran variando, los personajes siempre eran los mismos. Juan María no recordaba haber pasado ninguna vez dentro aunque sí le sonaba haber visto la fauna del lugar desde el exterior. Para Milagros todo era nuevo, por eso estaba más nerviosa que el resto de sus amigos humanos, y también por una cuestión de perspectiva visual. Estaba acostumbrada a estar casi

siempre por debajo de los demás, a mirar a los ojos de la gente alzando la cabeza, pero tener allí a todo aquel esperpéntico teatro formando un griterío difícilmente soportable por mucho tiempo la desquiciaba. Apretaba fuerte, con ambas manos, los dos brazos de la silla de ruedas. Miraba tímida y temerosa a las personas que estaban enfrascadas en múltiples discusiones. La mayoría de estas eran ininteligibles, pero tanto o más desquiciantes para ella que si pudiera entenderlas. No fue necesario pedir permiso ni anunciarse ante el policía de la entrada. Nicolás y Cross ya tenían en la comisaría una autoridad no escrita en ningún contrato que la mayoría de agentes ya conocían. Incluso más de un delincuente habitual, algún asiduo parroquiano del «yo no he sido, señor inspector», llamaba a Cross por su nombre.

El comisario Gonzalo Ramírez tuvo una cierta sensación de frescura al recibir al equipo de Nicolás. La vida del comisario del distrito Centro de Madrid no era ni mucho menos rutinaria, pero era la primera vez, eso sí, que recibía a un grupo de jóvenes civiles, ajenos al Cuerpo Nacional de Policía, para colaborar en una investigación. Esto tonificó su estado de ánimo recientemente intoxicado por las noticias del día anterior. Ahora se sentía más policía que nunca, al menos si lo veía desde un punto de vista más romántico, si es que el hecho de ser policía pudiera tener algo de romanticismo para alguien. Era como cuando de pequeño jugaba a policías y ladrones. Y por otro lado estaba la gran admiración que sentía por ese grupo de chicas y chicos, tres de los cuales miraban de frente a la vida con una discapacidad importante, pero con unas capacidades asombrosas. Lo hacían rejuvenecer. Tener allí a su psicóloga privada también lo tranquilizaba. Se sentía esperanzado y vivo. Observaba los cinco rostros de los humanos que se sentaron alrededor de su mesa y no pudo evitar pensar en Jimena. Se dijo a sí mismo en silencio: «Ellos y estos dos magníficos peludos de cuatro patas te van a encontrar».

—Paula —pidió el comisario a su agente tras descolgar el teléfono—, por favor, estoy en una reunión muy importante. Que no venga nadie a mi despacho, y también diles a los de la centralita que no me pasen ninguna llamada hasta nuevo aviso. Cuando termine, te llamo para que saludes a tus dos amigos y a sus cinco acompañantes. Gracias por todo.

Gonzalo se levantó del sillón con un manajo de llaves en la mano mientras los cinco humanos (incluyendo a Mario) y los dos perrunos, lo seguían con la

mirada. Cerró la puerta de su despacho con dos vueltas de llave. Sorprendiendo a todos, cogió una silla vacía y la colocó al lado de Milagros. Señalando hacia su sillón miró a Nicolás.

—Detective, le ruego que presida usted esta reunión.

Nicolás enmudeció. Le temblaba todo el cuerpo. Sentía vergüenza al mismo tiempo que alegría y desconcierto. No podía decir que no ante un gesto de humildad tan grande y ni siquiera se atrevía a preguntar el porqué de todo aquello. Todos experimentaron sensaciones muy raras, pero se contuvieron de expresarlas. Los que más, después del detective, evidentemente, fueron Mario y Milagros. El primero se vio obligado a disimular una risilla nerviosa, cosa que no pudo hacer con un más que visualmente notable sonrojo. Imaginaba en aquella situación a su gran amigo, el desenfadado Nicolás, ocupando el sillón de todo un comisario. Se sentía orgulloso de él, pero también lo embargaba cierto sentido del ridículo. Milagros se vio obligada a mantener la compostura, a contener unas ganas de llorar provocadas por la emoción, pero no pudo hacer lo mismo con una sonrisa que le dibujó el orgullo que sentía por su amigo, ni con un enrojecimiento del rostro cuando su mirada se cruzó con la de Nicolás.

—Bueno, en primer lugar, gracias a todos y todas por estar aquí y en especial a usted, comisario, por invitarnos a su despacho y permitirme dirigir esta reunión.

Nicolás informó al comisario de las últimas averiguaciones llevadas a cabo por su equipo y los puso al día con la información que Gonzalo le había proporcionado. Abrió su libreta por la última página escrita y clicó varias veces el botoncito del bolígrafo con gesto ritualista sacando y metiendo alternativamente la punta de este mientras pasaba enérgicamente las hojas hacia atrás hasta llegar al punto que buscaba.

—Tenemos tres sujetos a los cuales debemos investigar con todas las herramientas que estén a nuestro alcance —continuó el detective mirando alternativamente a Milagros y al comisario—: Javier Ximénez, Tertsch y Cifuentes. Don Gonzalo, me gustaría preguntarle si habría alguna manera de protegernos a la hora de poder usar ciertos métodos de investigación que sean un tanto... Entiéndame, comisario, es difícil averiguar ciertas cosas si un investigador privado tiene que actuar siempre dentro de los márgenes de la

ley. ¿Cómo es esa palabra que utilizas para estas cosas, Mario? —preguntó inocentemente el detective.

—¿Métodos expeditivos? ¿Poco ortodoxos?

—Sí, eso, más o menos. Ya sabe usted que nuestra especialista ha indagado en las cuentas de correos de Linda y de Alberto. No quisiéramos meternos en un lío gordo por tomar atajos que no debemos, pero pienso que en ocasiones será inevitable.

—Me temo, mis queridos amigos —reconoció el comisario—, que poco puedo hacer a ese respecto salvo mirar para otro lado. No está en mis manos concederles ningún tipo de inmunidad. Todos estamos aquí bajo la misión de encontrar a mi hija y no seré yo quien les ponga palos en las ruedas, pero mi poder es limitado. Por otro lado, sí que puedo poner a su disposición, dentro de mis posibilidades, los medios con los que cuenta la policía, conseguir órdenes de registro, etcétera, aunque esto último conllevaría abrir una investigación oficial del caso. Les soy plenamente sincero —dijo llevándose ambas manos al corazón—. Egoístamente yo no quería levantar demasiado polvo con este asunto de mi hija, pues aspiro a la Jefatura General de la Policía en Madrid. Aunque por otro lado les juro que actué de tal modo porque hacer pública su desaparición no me ayudaría en nada a la hora de encontrarla, pero sí que me podría perjudicar, y gratuitamente, en mis aspiraciones. Ahora todo eso me da igual, pero sigo siendo de la opinión de que no debemos levantar la liebre, sobre todo cuando estamos trabajando con la certeza de que dos miembros de la policía andan interesados en que ustedes no indaguen en la desaparición de mi hija.

—Lo entendemos —dijo Mario tras pedir la palabra con un gesto de la mano a Nicolás— pero ¿usted no tendría a alguna o algunas personas de confianza dentro del Cuerpo que pudieran ayudarnos?

—Sí —contestó rascándose la barbilla—, pueden contar conmigo y con la agente Niza. Paula es de mucha confianza y, además, se llevaba muy bien con Jimena. No eran amigas íntimas pero solían tomar algún que otro café cuando mi hija venía a visitarme. Paula está al corriente de lo que ustedes hacen aquí, este tipo de visitas de civiles y con tanta frecuencia no son habituales en el despacho de un comisario a no ser que este se traiga algo entre manos —confesó sonriendo—. Y Niza ni siquiera ha hecho una sola pregunta al

respecto. Si usted quiere —dijo dirigiéndose a Milagros—, puede venir a utilizar nuestros ordenadores para realizar tantas pesquisas como quiera. Así se asegurará de que nadie pueda buscarle un problema por usar métodos expeditivos o poco ortodoxos con sus medios personales. Y Nicolás, si me permite un consejo en calidad de amigo, yo que usted no me preocuparía de estos detalles. Piense que es absurdo. Usted ya está trabajando en todo esto sin un contrato legal y sin licencia, ¿le parece poco? —concluyó Gonzalo sonriendo con complicidad.

Tanto mi anciano amigo como yo levantamos las cabezas del suelo y comenzamos a menear las colas al escuchar el nombre de Paula, pero tras pasar unos minutos y comprobar que no venía y que los seis humanos seguían de cháchara, nos volvimos a dormir esperando tiempos mejores.

—Me acaba usted de tranquilizar, comisario —reconoció Nicolás con ironía—. Pero lleva razón, ¡qué coñ...! ¡Qué demonios!, el caso merece la pena y todo sea por su hija, don Gonzalo, y por usted.

—Se lo agradezco profundamente, Nicolás, y en cuanto a usted, Milagros, ya sabe; todo cuanto podamos ofrecerle desde aquí estará a su disposición.

—Gracias, comisario. Lo pensaré, ya que en mis ordenadores, tanto en los personales como en el de trabajo, tengo instalados mis programas y los tengo configurados con mis truquillos —dijo mirando de reojo a Mario tras darse cuenta de que estaba haciendo esta confesión delante de su jefe—. Pero ya le digo, comisario, que es de agradecer y que seguramente sus medios me puedan ser útiles. Sobre los medios de la Policía a mí me gustaría decir algo también, y es que cuando... —Se paró unos segundos tragando saliva.

—Habla, Mila, habla con toda tranquilidad, que el comisario no creo que ordene por eso tu detención inmediata —dijo Nicolás intentando quitar hierro al asunto.

—Cuando entré en las cuentas de Linda Paesa y Alberto Ximénez, alguien se me había adelantado y había borrado todo su contenido, sin dejar rastro alguno salvo la fecha y hora del inicio de la última sesión. Con lo cual, quiero decirle, comisario, que quien lo hiciera lo hizo muy bien y probablemente utilizando los medios de la Policía.

Gonzalo suspiró apesadumbrado. Todavía no había encajado el golpe del desenmascaramiento de sus antes amigos Cifuentes y Tertsch.

—Sí, Milagros, la felicito por su trabajo. Tendremos que investigar a esos dos sujetos y al hermano de Alberto Ximénez, haciendo, eso sí, el menor ruido posible. Creo que ellos nos conducirán hasta alguna pista. Que yo sepa, ni Cifuentes ni Damián Tertsch tienen grandes conocimientos de informática, con lo que sospecho que no son los dos únicos policías que andan pringados en esto.

—De visitar a Javier Ximénez ya me encargo yo. Veníamos hablándolo en el coche. Con Cifuentes y Tertsch tenemos un problema y no es otro que ambos nos conocen. Me atrevería a asegurar, además, que no solamente a Mario y a mí, sino a todo el equipo..., pero no se preocupe, comisario, que le hemos traído una solución. Ahora mismo se la expondrá Marijose.

Ramírez miró de inmediato a su psicóloga y la vio en ese instante de un modo diferente, no solo por el lugar que ocupaba, sino por lo insólito de la situación. Estaba sentada entre su marido y Juan María con las piernas cruzadas y un cuaderno pequeño en el regazo.

Su aspecto era relajado. Parecía que llevaba toda la vida haciendo el papel de miembro de un equipo de investigación. Gonzalo tuvo entonces un motivo más para admirar a esa mujer y a todo el grupo en general.

—Espero que nuestra idea, pese a lo que pueda aparentar en un principio, no le parezca descabellada. Como usted sabe, y no le puedo dar más detalles al respecto por el debido cumplimiento del secreto profesional, tanto por mi consulta de psicóloga como por los despachos de Marioscaneos pasa todo tipo de gente. Tenemos la gran suerte de poder contar con un variadísimo plantel de lo más selecto e «inselecto» de Madrid y alrededores. —(«Sí, hasta amigos y familiares de la División Azul», hubiera dicho Nicolás de buena gana y con rabia)—. Pues bien, contamos con la posibilidad de que Isabel Campos pueda convertirse en nuestra colaboradora. Imagino que este nombre no le dirá nada, pero con una mínima búsqueda en internet le saldrán infinidad de resultados, ya que ganó en la edición de 2012 un premio Goya.

Todo el equipo esbozó una sonrisa de orgullo cuando María José dijo estas últimas palabras. Gonzalo abrió los ojos como platos y miró a todos uno a uno, incluyendo a Jazz y a Cross.

—¿Va a trabajar para nosotros una actriz famosa? —preguntó con aire infantil el comisario, mientras el resto se aguantaba las ganas de reír.

—No, don Gonzalo, pero su profesión nos será incluso más útil que si fuera actriz. Isabel Campos ganó el premio Goya al mejor maquillaje y peluquería en 2012 con la película Sueños de arena.

El comisario observaba cada vez más intrigado a su psicóloga. La idea de que una actriz famosa pudiera colaborar en el caso de la desaparición de su hija, el cual precisaba, entre otras cosas, de una discreción absoluta, lo había descolocado al máximo, pero una vez aclarado que esta no era la profesión de la mencionada Isabel Campos, cambió el desconcierto por una curiosidad difícilmente contenible. ¿Qué pintaría allí (y nunca mejor dicho) una maquilladora?

—Isabel, junto al fallecido José Antonio Sánchez, José Quetglas y Josefa Morales, es una de las mejores profesionales de este país en el mundo de la caracterización.^[5] Es capaz de convertir a una actriz de veinticinco años en una anciana decrepita, a un viril actor de cuarenta y tres años en una sensual camarera de veintisiete o a un joven apuesto en un zombi de aspecto horripilante. Si quiere, le puedo mostrar imágenes de su trabajo que sin duda le sorprenderán.

—No será necesario, Marijose. Creo plenamente en usted y en ustedes, pero explíqueme un poco cuál será su papel en el caso.

—Muy sencillo, comisario. El peso de la investigación lo estamos llevando a cabo seis personas y dos canes —dijo sonriendo y mirando al suelo fresco donde reposaban ambos perros—. Por sus características no sería bueno que involucrásemos a más gente..., tenemos que preservar, dadas las circunstancias, el anonimato. No podemos dejar rastro alguno y mucho menos cuando andan por ahí sueltos Javier Ximénez y esos dos... esos dos compañeros suyos que hicieron esta barbaridad —dijo señalando las marcas moradas del cuello de Mario—. Y que directa o indirectamente nos han amenazado a todos. Necesitamos realizar tareas de vigilancia y exploración principalmente de dos escenarios. Uno sería el restaurante del señor Tertsch y el otro, el centro de yoga de Cifuentes, ya que ambos son los lugares públicos donde más se mueven estos dos.

—Está muy claro —afirmó el comisario, pero interrogó a María José con la mirada mientras con las palmas de las manos hacia arriba indicaba un gesto de no comprender cuál sería el papel de la estrella de la caracterización.

—Seremos nosotros mismos quienes realizaremos esas labores de vigilancia. Con la ayuda de Isabel Campos y su ilimitado talento podremos hacernos pasar por cuantas otras personas deseemos.

—Ya me imagino a mi atildado amigo Mario convirtiéndose en un conductor de autobús urbano calvo y barrigón —murmuró Nicolás en voz baja.

—Nico, por Dios, que estás dirigiendo la reunión, compórtate —reprochó Mario con tono asertivo—. Además, ¿acabas de buscar la palabra «atildado» en Google o qué? —continuó diciendo bajando la voz.

Gonzalo disculpó al detective con un gesto de la mano como queriendo decir que no le venía nada mal una chispa de humor a todo esto. Después, y tras respirar profundamente, se dirigió brevemente a todos.

—Evidentemente, esta propuesta tiene todas las características para poder ser catalogada de locura, pero es tanta la confianza que tengo en ustedes que sin duda alguna le doy el visto bueno. Jóvenes con su talento son los que necesita este país. Permítanme que les dé mi más sincera enhorabuena y les exprese toda mi admiración.

Todos sonrieron agradecidos. Cross comenzó a mover el rabo mientras seguía tumbado, percibiendo el buen ambiente, y Jazz hizo lo mismo segundos después. Nicolás dio por terminada la reunión y mientras todos se levantaban para despedirse de don Gonzalo pasó las hojas de su cuaderno hacia atrás con gran rapidez. Estaba prácticamente seguro de que no se había dejado nada en el tintero, pero hizo esto último de modo instintivo. Llegó hasta las anotaciones que realizó el día de la entrevista con Alberto Ximénez, y ya iba a cerrar el cuaderno, pues aquella parte de la investigación ya había sido ampliamente informada al comisario, cuando vio una palabra escrita, un apellido que lo hizo palidecer. Todos lo percibieron y lo interrogaron con un espeso silencio. Levantó los ojos del papel, clavándolos duramente en los del comisario.

—Don Gonzalo, ¿quién es Amanda Tertsch?

17

Someone like you

La señora padecía una evidente hemiplejia y utilizaba para desplazarse una silla de ruedas sencilla y sin motor. La manejaba con fuerza y destreza con sus propias manos. Se detuvo ante la puerta del centro de yoga y la observó durante unos segundos con el fin de decidir cuál sería la manera más eficaz de abrirla, si es que esto le era posible. Era una puerta formada por dos hojas: la izquierda estaba fijada con dos cerrojos, uno abajo y el otro en la parte más alta; la derecha era la que se abría para permitir el acceso o la salida del local. Ambas hojas tenían sendos barrotes gruesos de aluminio que hacían la función de tiradores. La mujer se aproximó todo lo que pudo con la silla de ruedas y le puso el freno. Comenzó a abrirla con bastante dificultad, pero logró hacerlo. A continuación, quitó el freno de la rudimentaria y básica silla de ruedas y la dejó deslizar unos centímetros hacia delante para poder sujetar con el reposapiés derecho la puerta una vez abierta. Sonaron unos pasos rápidos desde el interior del local que se dirigían hacia ella.

—Señora, no sabe cuánto lo siento..., le pido mil disculpas, no me había dado cuenta. Estaba mirando unas cosas en el ordenador y...

—No se preocupe, que casi lo estaba consiguiendo —contestó con una sonrisa.

—La verdad es que son ustedes admirables. Pase, por favor, está usted en su casa, Teresa.

La encargada del centro había tuteado a Teresa cuando telefoneó

interesada en apuntarse a las clases de meditación, pues le había parecido, por su voz fresca y juvenil, que como mucho tendría veinticinco o treinta años. Ahora se sentía doblemente mal. Por un lado, por no haber estado más atenta a la puerta pese a que sabía que a las 17:30 tenía una cita con Teresa, quien previamente había avisado de su discapacidad; y por otro lado, al ver que esta rondaría los setenta años, porque ella la había tratado como a una veinteañera. Ángela rogó a Teresa que le permitiese guiar su silla de ruedas hasta la recepción. Agarró con ambas manos los dos asideros traseros y caminó con sumo cuidado en dirección al mostrador mientras miraba desde arriba el cuidado cabello de la señora. Era totalmente blanco, pero fuerte, brillante y aún lleno de vida pese a los años.

—Ahora simplemente le abriremos una pequeña ficha y esta misma tarde podrá asistir a su primera sesión de meditación —le explicó ya desde el otro lado del mostrador—. Las clases las suele dar Andrés, mi marido, pero en ocasiones las da alguna de las monitoras o yo misma. Es que Andrés es empleado público y a veces le cambian el turno y no puede atender las sesiones.

—Entiendo, pero seguro que todos ustedes serán magníficos maestros y me ayudarán de forma estupenda —dijo la nueva alumna acentuando aún más las arrugas de su rostro al sonreír.

—No tenga la menor duda —confesó Ángela clicando el ratón del ordenador y devolviéndole la sonrisa a Teresa—. Ahora simplemente necesito su DNI, que me diga su domicilio en caso de que no sea el mismo que figura en el documento y, por último, preciso un número de cuenta para pasarle las cuotas.

Teresa por unos instantes pareció ida. Ángela la observó pacientemente sin preocuparse, pues ya estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de personas y supuso que estaba procesando lentamente la información que le acababa de dar. Finalmente, reaccionó y abrió la cremallera del bolso.

—Hija mía, no te imaginas el despiste que llevo siempre encima. Me he traído el monedero, pero la documentación la llevo en otra cartera y me la he debido dejar en casa. Si no te importa, el primer mes lo pagaré en efectivo y, en cuanto al DNI, ese sí que me lo sé de memoria —dijo sonriendo como sintiéndose orgullosa de sí misma por ser capaz de recordarlo.

—Por supuesto, no tiene que preocuparse por nada. Así lo haremos. Mire, por ahí viene Andrés. Va a conocer a su maestro media hora antes de comenzar la sesión.

Cifuentes le dio la mano a Teresa y se fijó en aquellos ojos negros tan enérgicos y en su rostro surcado de arrugas. El maestro de yoga y meditación, y comisario del distrito de Salamanca, dedujo rápidamente, dada su amplia experiencia en el trato con la gente, que aquella mujer había sufrido mucho, pero aún le quedaban bastantes fuerzas para mantenerse firme ante la vida y seguir empujando con sus propias manos la silla de ruedas que de una manera u otra la ayudaba a caminar.

—Un placer tenerla aquí en nuestro humilde templo —saludó Cifuentes adoptando un tono místico muy distinto al utilizado el día que amenazó junto a Tertsch a Mario y a Juan María—. Voy unos minutos a mi despacho y a las seis en punto comenzamos la clase. Ahora Ángela le irá presentando al resto de alumnos según vayan llegando. Se sentirá muy a gusto; son todos gente estupenda.

Teresa agradeció las palabras de su futuro maestro de meditación y lo siguió con la mirada hasta un despacho que se encontraba al final del pasillo. Cifuentes introdujo un código en un teclado numérico que había a la derecha de la puerta.

—¿Un despacho de un maestro de yoga y meditación con código de seguridad? ¡Qué coño es esto! —exclamó Nicolás mientras veía las imágenes con el resto de sus compañeros en el ordenador de Milagros.

—Verdaderamente flipante —dijo Juan María con un susurro.

—¿Son nítidas las imágenes? —preguntó Mario a su mujer.

—Son increíbles, Mario. Hemos hecho una buena inversión con estas cámaras.

—Sí, ahora solo falta pagarlas antes de que el banco nos embargue —reconoció Nicolás—. No, en serio, es un material alucinante. ¿Y qué me decís de los micros? ¿Y de la superinterpretación de Milagros? Espero que mañana no tenga agujetas por empujar esa silla de alquiler —ironizó Nicolás mientras miraba la motorizada y sofisticada silla de Milagros que se encontraba recargando las baterías en un rincón junto a la mesa de las revistas.

—Mila tiene un par de ovarios bien puestos —contestó María José—, y el

trabajo que ha hecho Isabel Campos supera mis expectativas. Lo único que me contó es que quizá las lentillas puedan irritarle los ojos si las lleva puestas más de dos horas, pero Mila habrá salido ya para entonces del centro. Era necesario ponérselas, pues el azul de los ojos de Mila es inconfundible —dijo mirando a Nicolás, quien asentía sonriente y orgulloso.

Todos estaban exultantes, eufóricos de alegría. Ya habían pasado los nervios de los primeros minutos y la operación había sido perfectamente diseñada y estaba saliendo incluso mejor de lo previsto. Todo había resultado creíble y normal, y habían aceptado la inscripción pese a que la infiltrada no llevaba la documentación correspondiente. El número de DNI pertenecía a una señora de Madrid cuyas características e identidad coincidían con la de Teresa-Milagros, y además esta no tenía ningún teléfono fijo ni móvil registrado a su nombre, con lo que se reducían considerablemente los riesgos en caso de que Cifuentes indagara. No obstante, para tranquilidad de todos, el comisario Gonzalo Ramírez y la agente Paula Niza se encontraban estacionados en un coche a menos de ochocientos metros del centro de yoga de Cifuentes, y podían visualizar toda la operación desde una tableta que previamente la audaz analista de datos había configurado mientras la convertían en doña Teresa. Mario tenía la mirada baja. Por un lado, no era de extrañar, pues no necesitaba fijarla en el monitor del ordenador como el resto de sus compañeros, pero fue el gesto que tenía su rostro el que llamó la atención de todos.

—¿Estás bien? —le preguntó su mujer acariciándole el brazo.

—¡Sí! —exclamó levantándose de la silla—. Pero ¿son muy muy muy nítidas?

Había decidido tranquilizarme pese al ambiente eufórico de los cuatro humanos. Segundos antes de que se sentaran alrededor del ordenador de mi amiga Mila había estado olisqueando su silla vacía. Era la primera vez que la veía sin ella encima y me preocupé. Yo pensaba que eran inseparables y me preguntaba dónde estaría. Estuve lloriqueando unos segundos hasta que Mario me consoló y me tumbé utilizando uno de sus pies a modo de almohada. Como ya he dicho, todos estaban algo exaltados, pero pensé que serían cosas de humanos y logré abstraerme hasta el punto de entrar en un estado de relajación profunda que me permitió dormir a ratos. Pero de repente Mario se levantó

de la silla sin pensar ni siquiera en que mi cabecita estaba reposada en su pie. Me pidió disculpas con algunas caricias mientras hablaba a su mujer y a sus amigos. Creo que les voy a dejar a sus cosas y me tumbaré al lado de la silla de Mila a esperarla.

—¿Y ahora qué vena te ha dao, jefe? —le dijo Nicolás mirándolo sorprendido.

—¿Joder, es que no os dais cuenta? Haciendo un zoom podemos tener el código de acceso de la puerta del despacho de ese hijo de su madre.

—Modera ese vocabulario, jefe. Pese a que te estás volviendo un chabacano reconozco que has tenido una gran idea. Puede haber mucha información en esa guarida. ¿Sabéis hacer eso vosotros? —preguntó Nicolás a sus tres compañeros.

—Yo puedo intentarlo. Además, las imágenes se están grabando en todos los discos duros a la vez. Aunque, si lo preferís, podemos esperar a que venga Mila, que ella sin duda lo hará mil veces mejor que yo —respondía Juan María.

—No sé si podré esperar tanto. Estoy de los nervios.

—Vale, Nico, voy mientras a mi ordenador a ver qué puedo hacer.

—¿Las puedes ver y tratar desde allí? —preguntó sorprendido el detective.

—Mila lo ha dejado todo perfectamente configurado. Podemos ver, manipular, tratar y analizar todas las imágenes, sonidos y datos que capte el equipo de sensores, cámaras y micros instalados en la silla de ruedas, desde los tres ordenadores de la oficina y desde la tableta del comisario. Pero ¿tú con quién crees que estás trabajando? —decía Juan María camino de su despacho.

Nicolás continuó mirando la pantalla mientras emitía un silbido de admiración. Ahora en el monitor se veía como iban llegando varias personas al vestíbulo del centro de yoga, alumnos de la clase de meditación de las seis. Él y María José iban informando a Mario de todo lo que pasaba.

—Lo siento, chicos, pero no he podido sacar ninguna conclusión útil de las imágenes —anunció Juan María saliendo del despacho que compartía con su jefe mientras miraba un papel con anotaciones—. Mañana las vemos todos con Mila, a ver si hay más suerte.

—No te preocupes —dijeron sus compañeros dándose la vuelta para que este pudiera leerles los labios.

Amanda Tertsch era tal y como Nicolás se la había imaginado en el coche de camino a su despacho en la Asamblea de Madrid. Salvo en el color del pelo y de los ojos, no se parecía en nada a su hermano Damián. Tenía un rostro cálido y hermoso que a Nicolás le recordó a las protagonistas de los telefilmes alemanes que se emiten los fines de semana después de comer. Esos que solía ver a medias, cuando abría de vez en cuando los ojos en sus siestas de sofá. Antes de comenzar a hablar la observó unos segundos mientras esta sonreía. «Es verdaderamente hermosa y desprende mucha candidez», pensó.

—En primer lugar quisiera darle las gracias por recibirme. Imagino que una política como usted estará muy ocupada.

—No tiene que agradecerme nada, Nicolás. Estoy a disposición de los ciudadanos.

Pese a la amabilidad que desprendía Amanda Tertsch, Nicolás no terminaba de creerse que hubiera accedido a mantener una reunión con él sin preguntar ni siquiera por qué quería verla. La inteligencia natural del detective era más que suficiente para deducir que lo había recibido más por quién era él que por el motivo de la visita. Y todo esto estaba cargado de indicios que lo llevaban a pensar que su hermano lo habría informado del trabajo que estaba realizando y que por tanto no había tenido más remedio que recibirlo sin hacer más preguntas, precisamente por eso, para obtener las respuestas necesarias de él.

Creo que es la primera vez en mi larga vida de perro que una humana me ignora de esta manera. No es por presumir, pero suelo llamar la atención, por mi carita de bueno, por la pinta de peluche que tenemos todos los golden, modestia aparte, o por mi belleza natural, pero esta señora, nada de nada. Me trata como si yo no existiera. En contadas ocasiones, tanto en mi vida de perro guía con Mario como ahora de jubilado y acompañante de Nico, había infundido miedo en personas que tenían fobia a los de mi especie, pero no recuerdo haber tenido nunca esta sensación de inexistencia. Creo que se me está ocurriendo una idea que llevaré a cabo en el preciso instante de nuestra

marcha, para que esta señora tenga un efímero pero suficiente recuerdo de mi visita.

—En verdad, señora diputada, estoy aquí más en calidad de investigador que de ciudadano —le explicó Nicolás mientras observaba un par de botes de crema facial de una marca conocida que estaban en un lateral de la mesa junto a su correspondiente tique de compra.

—Disculpe, es que vengo de hacer unas compras de un supermercado cercano —dijo Amanda algo azorada mientras lo guardaba todo en un cajón—. Continúe, por favor, Nicolás.

—Le decía que estoy aquí más en calidad de detective privado que como ciudadano de la Comunidad Autónoma de Madrid. —Al decir esto, Nicolás observó con más detenimiento el rostro de la diputada, que a buen seguro sabría de su condición de investigador sin licencia, pero esta no varió ni un ápice el gesto—. Si le parece bien, comencemos ya con las preguntas y le dejo con sus quehaceres —continuó Nicolás mientras miraba un pósit pegado en un portalápices que rezaba «Llamar a Pablo para aclarar el tema del máster». La diputada se dio cuenta y giró el portalápices, de manera que la nota no quedase a la vista de Nicolás—. Usted era amiga personal de Linda Paesa, la cual fue militante de Izquierda Unida y posteriormente del Partido Popular. Su amistad se remonta digamos que a los tiempos más izquierdistas de Linda. Esta, nada más ingresar como afiliada en el PP, comenzó a trabajar con usted en la creación de una Comisión de Servicios Sociales en el partido. No es difícil deducir, por tanto, que fue usted quien introdujo a Linda Paesa en su organización, ¿no es así?

Probablemente no quedaba lugar, por pequeño que este fuera, a que ninguno de los miembros de Marioscaneos y del improvisado equipo de investigación que rodeaban a Nicolás dudara de que Milagros era la mejor entre todos ellos manejando cualquier cosa que llevara teclas, pantalla, cables o botones, pero también se les pasó por la cabeza la posibilidad de que fuese la mejor de todo Madrid, de toda España o incluso simplemente que fuera la mejor.

—Estuve zumeando desde mi ordenador, pero solo conseguía poner la imagen más borrosa según me acercaba más al teclado numérico de Cifuentes.

—¿Zumeando? —preguntó Mario levantando las cejas.

—Hacer zum, me lo enseñó Mila —contestó Juan María buscando la aprobación de su compañera, la cual se limitó a contestar con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza mientras sus ojos se adueñaban del monitor del ordenador y su mano derecha dirigía el ratón como si dirigiese el mismísimo universo.

—¡Lo tengo! —exclamó la analista de datos dando una palmada y haciendo un breve bailecillo que interrumpió al darse cuenta de que no estaba sola—. ¡Lo tengo!

—¿Tienes el código? —preguntaron Mario, María José y Juan María al unísono.

—Todavía no, pero lo tendremos. Mirad. —Señalaba con el dedo índice a la pantalla.

—¿Yo también miro? —preguntó Mario.

—Por supuesto, jefe, tú tendrás que mirar el primero. Observad el movimiento de los dedos de Andrés. Esperad, lo pongo a cámara lenta y en bucle. El orden es el mismo que el de un teclado numérico estándar de ordenador. La mano de Andrés comienza a teclear en la fila inferior del bloque numérico y parece hacer dos pulsaciones. Esto lo deduzco no porque pueda ver bien el movimiento de los dedos, sino porque he dividido al cincuenta por ciento el tiempo empleado en introducir la contraseña de cuatro dígitos. Cuando nos sabemos una contraseña más que de sobra, lo hacemos de forma rítmica y uniforme. Con lo cual, a buen seguro, las dos primeras cifras del código serán un 1, un 2 o un 3, en ambos casos. Después sube la mano a la fila intermedia; el dedo índice está tapando el número 1, pero aparte de que según la imagen parece no pulsarlo, sería absurdo que subiera la mano a la fila intermedia para pulsar una tecla de la fila baja. Al tapar el 1 fíjate que aunque no se ve demasiado claro, es fácilmente deducible que el 4 queda a la vista, con lo cual ya lo podemos descartar de la tercera cifra del código. Es decir, que esta será un 5 o un 6.

—¡Un momento! —exclamó Juan María levantándose de la silla.

—¿Has dado con algo más? —preguntó Mario al especialista en escaneos.

—No, simplemente quiero ir al servicio, que con la intensidad de esta información... pero que me estoy meando ¡leñe! Y también cogeré papel y

boli, que me estoy liando con tanto número. Qué caña, qué nitidez de imágenes ha conseguido, qué fenómeno es nuestra Mila —iba susurrando camino del servicio.

«No eres el único que necesita hacer pis aquí», le hubiera dicho de buena gana a Juanma si las cuerdas vocales de los perros estuvieran preparadas para hablar el mismo lenguaje que el de los humanos. Pero mucho me temo que hasta que no lleguen Nico y Cross esta gente no nos sacará al jardín.

Amanda Tertsch no perdía ni la compostura ni la candidez aun cuando la primera pregunta de Nicolás pudiera resultar bastante incómoda. El detective pensó que la mujer tenía grandísimas habilidades sociales desarrolladas por los muchos años dedicados a la política y por una supuesta afición a la meditación y demás técnicas de cuidado mental y desarrollo personal, a juzgar por sus amistades.

—Amigas, éramos grandes amigas, casi como hermanas. Nos unían muchas cosas y sí, es cierto que nos hicimos más íntimas en los tiempos en que ella aún militaba en esa organización filocomunista, pero tengo que aclararle algo, señor García, yo no introduje a Linda en mi partido ni he introducido a nadie jamás. Linda Paesa era una persona adulta, con mucha personalidad. Nunca habría intentado convencerla y mucho menos, embaucarla. Le puedo asegurar que entró con gran convicción en el PP. Yo sabía que aparte del carné que cada una pudiéramos llevar en el bolsillo, luchábamos por los mismos objetivos.

—¿Que son...? —preguntó el detective no con demasiada amabilidad.

—Mejorar el estado de las cosas y que el hombre y la mujer experimenten una revolución interior que los haga capaces de conseguir un cambio en el modo de relacionarse con los demás.

Nicolás no pudo evitar arquear las cejas ante el simplismo de la respuesta. Dibujó enérgicamente una raya horizontal en su cuaderno debajo de lo que acababa de anotar y alzando la mirada de nuevo buscó los ojos de Amanda.

—Por favor, hableme de su hermano.

—Tengo cuatro hermanos: una chica y tres chicos. Nuestra relación es estupenda y además somos socios en una humilde empresa familiar que heredamos de nuestros padres: un restaurante de cocina alemana y española.

—Disculpe, pero cuando le he preguntado por su hermano me refería concretamente a Damián. —«A buen seguro usted lo sabe», habría añadido de no comprometer al comisario Ramírez.

—Le puedo decir que es el mayor de los cinco y que mi relación con él es igual de buena que con el resto. Somos una familia muy unida.

—Ya —dijo el detective, consciente de que le estaba dando una información fiel a lo que le había preguntado, pero inútil deliberadamente para los fines que perseguía—. ¿Ha notado en Damián últimamente algún tipo de comportamiento extraño, como que se ausente más de la cuenta, que no esté demasiado volcado en la familia o en el negocio familiar? No sé... cualquier anomalía.

—No, Damián sigue siendo el mismo de siempre. Un hermano mayor quizá algo más protector de lo normal desde que faltan mis padres, pero tan cariñoso y familiar como siempre.

—¿Qué opinión le merece su amigo Andrés Cifuentes y qué relación tiene usted con él?

—Le contesto a esto de igual manera que lo he hecho con el tema de Linda Paesa —manifestó Amanda afablemente—. Mi hermano es un hombre adulto, y aunque tengo una muy buena opinión de Andrés, jamás juzgaría ninguna de sus amistades. Yo al señor Cifuentes lo conozco a través de Damián. Son compañeros de trabajo y además asisto siempre que mi tiempo me lo permite a un centro de yoga que tiene en Villaverde Alto.

—Le ruego que me dé más información de su hermano y de Andrés —le pidió Nicolás con toda la amabilidad que le fue posible.

Decididamente me duermo. Este sitio es aburridísimo. Todos los que había dentro de ese edificio y que nos fuimos cruzando por los pasillos camino del despacho donde ahora estamos parecían vestir igual, oler igual, mirar igual e incluso probablemente pensarían igual. Y ahora esta soporífera conversación entre Nicolás y la señora de la sonrisa de plástico. Me duermo, decididamente me duermo. Por cierto, qué zapatos más feos que calza.

—Señor García, quiero atenderlo lo mejor que pueda. Me estoy esforzando al máximo, créame, pero supongo que sabrá cuál es la profesión de Damián y de Andrés. Yo no puedo facilitarle más información de la que ya le he dado. Amén del derecho que ambos tienen a salvaguardar su privacidad,

por cuestiones de seguridad no debería darle más datos sobre dos personas que pertenecen al Cuerpo Nacional de Policía. Le ruego que me entienda.

—Está bien, no habrá más preguntas en ese sentido, pero permítame hacerle la última.

—Estaré encantada de responderle siempre y cuando sepa o pueda hacerlo —contestó Amanda sin dejar de sonreír.

—¿Conoce usted a Jimena Ramírez Bilbao?

—No, creo que no.

—Frecuentaba el mismo centro de yoga que usted y que Linda.

—Ah, vale. Es posible que sí la conozca. Creo que es la chiquilla esta rubita que hizo buenas migas con Linda y con Alberto Ximénez, su exmarido, quien por otro lado supongo que será el que le habrá hablado de mi existencia. Además, me parece que el papá de esta nena es también compañero de mi hermano, pero hace mucho tiempo que no la veo por allí.

—Está bien, señora Tertsch, no la molesto más —dijo Nicolás haciendo que Cross se levantase—. Todo un placer, Amanda —se despidió el detective dándole la mano a la diputada, mientras esta le plantaba dos cariñosos besos en sendas mejillas.

—El placer ha sido mío, Nicolás. Aquí me tiene para lo que necesite.

No podría ser de otra manera, la habilidad de Milagros, la capacidad de análisis de Mario, el sosiego que Juan María infundía y el conocimiento de María José sobre el comportamiento de las personas eran la mezcla perfecta para dar con aquel código. Todo eran conjeturas, probabilidades, posibilidades e intuiciones, pero el equipo tenía la seguridad de que lo lograría.

—Por tanto, la tercera cifra será un 5 o un 6 —proponía Milagros mientras Juan María hacía vertiginosas anotaciones, la mente de Mario entraba en estado de ebullición y la psicóloga miraba con calma a unos y otros.

—Vamos a por la cuarta y última —continuó la analista mientras clicaba el ratón y se acomodaba ceremoniosamente en su silla—. Mirad. —Señaló con el dedo índice tras detener la imagen—. Vuelve a tapar el 1, el 2 y el 3 con el índice, corazón y anular respectivamente y... ¡eureka! Ralentizamos al máximo

la imagen y podemos observar como el único dedo que mueve es el pulgar. Con lo cual, chicos, la cuarta cifra a buen seguro que es el cero patatero — exclamó mientras se aplaudía a sí misma.

—Enhorabuena, Mila, hiciste ayer un trabajo encomiable grabando esas imágenes y ahora te estás superando tratándolas —dijo el gerente de Marioscaneos—. Juanma, revisa tus notas y corrígeme si me equivoco. La primera cifra es un 1, un 2 o un 3, y la segunda cifra comparte con esta las mismas probabilidades. La tercera sería un 5 o un 6, y la cuarta y última es la única que tenemos segura.

—Exacto jefe, el 0 —afirmó tras leer los labios de Mario y volver a clavar los ojos en el papel.

—Mila, ¿podrías repasar los fotogramas, los instantes en los que pulsa las tres primeras cifras?

—Ya lo he hecho varias veces, Mario. La calidad es buena pero no da para tanto. Debe de ser un teclado muy sensible que no requiere demasiada presión y por ello es más fácil visualizar cómo pulsa el 0 con el pulgar, porque con la posición que adopta una mano en un teclado numérico este es el dedo que realiza un mayor esfuerzo dentro de los parámetros de fuerza muscular tan bajos en los que nos estamos moviendo.

Mario se levantó inquieto, rascándose la cabeza. Jazz parecía tomárselo como un juego y lo rodeó una y otra vez queriendo llamar su atención.

—Me voy a mi ordenador, tendré que hacer un cálculo de probabilidades. Cuando tenga algo os aviso —dijo cerrando la puerta de su despacho como quien cierra la de un cuarto de baño en búsqueda de intimidad fisiológica.

Vaya dos días que me lleva el jefe. Ahora le ha dado por levantarse sin avisar, aunque hoy, al contrario que ayer, me ha resultado divertido. Pero Mario, hazme caso, que estoy aquí. He tenido que hacer virguerías para colarme en el despacho antes de que cerrara la puerta. Como esta situación se prolongue mucho y no me lleve al parque o al campo a soltarme para correr y jugar libremente, habrá rebelión y destrozo.

María José sonrió y negó con la cabeza. Milagros y Juan María la interrogaron con la mirada: «¿Qué ocurre? Tú lo conoces mejor», le querían decir.

—No todo en la vida se deduce mediante cálculos. Estaba más que atenta

escuchando vuestras deliberaciones y lleváis razón en todo, os felicito. Creo que habéis dado en el clavo y que no podríais estar más acertados, pero pensad una cosa. Ahí está ahora mi marido encerrado con Jazz en su despacho saliéndosele los sesos por las orejas —mencionó entre risas—. Y probablemente, valga la redundancia, salga con un cálculo de probabilidades bastante acertado y útil para nuestros fines, pero lo que os decía es que aparte de probabilidades numéricas, debemos aplicar, y perdonad mi deformación profesional, la psicología. Ahora cuando salga Mario con los pelos revueltos, sudoroso y extasiado enarbolando una o varias hojas impresas, deberemos analizar otros factores también.

—¿Cuáles? —preguntaron a un tiempo Milagros y Juan María.

—Debemos llamar a Gonzalo y averiguar la edad de Cifuentes, su fecha de nacimiento, la de sus hijos, la fecha de su matrimonio, el número de DNI, de licencia profesional y ver cuál nos puede encajar en las posibilidades que previamente hayamos calculado.

Nicolás conducía de camino a Marioscaneos y no pudo quitarse durante algunos minutos de la cabeza la imagen de Amanda. Le parecía mentira que aquella mujer tan dulce, educada, amable y, por qué no decirlo, tan bonita, pudiera ser hermana del tosco y embrutecido Damián, el mismo que había visto en las imágenes grabadas por el reloj inteligente de Juan María agarrando a Mario del cuello hasta dejarlo prácticamente sin respiración. Pensó en varias familias de su barrio, en la de la tienda de ultramarinos. Cerrada hace años, estaba regentada por Mercedes y su marido, Floren, quienes tuvieron dos hijos: Santi, el pequeño, que desde los doce años ayudaba en sus ratos libres a sus padres con el negocio y que sacaba tiempo para todo, incluso para terminar la Primaria con las mejores notas del colegio; mientras que Ramón iba siempre rezagado con los estudios y apenas pasaba por la tienda, y cuando lo hacía era de modo huidizo, como si todas las miradas de los parroquianos fueran de reproche: «A ver si aprendes de tu hermano». Y menos mal que no aprendió, pues Santiago poco después de comenzar el instituto volvió a destacar de nuevo, pero esta vez como el que más dinero sacaba de la caja de la tienda de sus padres, como el que más

cabinas telefónicas reventaba o como el que más dinero birlaba a los visitantes de la Casa de Campo a punta de navaja si era necesario para poder financiarse su adicción a la heroína. Finalmente, el melancólico Ramón terminó su licenciatura en Humanidades, y ahora vive felizmente dando clases de Lengua y Literatura en un instituto de Guadalajara, sin más penas que las que siente al recordar a su hermano Santi, el cual reposa pacíficamente y para siempre en el cementerio de La Almudena. Seguro que, al igual que sus antiguos vecinos, Amanda y Damián habían recibido el mismo porcentaje de cariño y de buena educación por parte de sus padres, pero a Nicolás le parecía como si se hubieran criado en ambientes totalmente opuestos. Tuvo que aplicar una actitud dura, casi descarada y molesta con el interrogatorio hecho a Amanda, y esta en todo momento había sido comprensiva con él. «No he conseguido gran cosa con la reunión, pero al menos creo que he podido comprobar que nada tiene que ver esta mujer con el bestia de su hermano», pensaba Nicolás mientras encendía el aparato de música y ponía AC/DC a todo volumen con el fin de dispersar los pensamientos que ya le resultaban agotadores.

—¿Tres? —preguntó Amanda Tertsch tras marcar el teléfono móvil de su hermano Damián.

—Sí, dime, Uno.

—¿Que te diga? Te he estado llamando para avisarte y estabas con el móvil apagado o fuera de cobertura —dijo una desconocida Amanda con toda la dureza que su rostro y su voz podían reflejar—. Me ha llamado a primera hora de la mañana el gilipollas ese que va por ahí con el perrito jugando a los detectives. Le he tenido que recibir en mi despacho —continuó mascullando—. Menos mal que se ha ido igual que vino. No ha sido capaz de sacarme ni un gramo de información.

—Pero ¿el ciego o el otro?

—El otro imbécil.

—Bueno, Uno, no te pongas así, que no pasa nada, esa gente anda muy perdida y no darán problemas. Y perdona que no te pudiera atender antes. Estaba en una reunión.

Ahora Amanda, apretando el teléfono de su despacho con la mano derecha, a punto de que este estallara en pedazos, se parecía, o mejor dicho era idéntica, a su hermano Damián, con la única diferencia de que tenía el pelo largo.

—¿Que no? Están hurgando donde no deben y eso ya es un problema, y bastante gordo, para La Congregación. ¡Joder! Y para colmo... y para colmo el chucho de las narices se ha meado —balbuceó Amanda mientras miraba el pequeño charquito amarillento que Cross había dejado en el suelo del despacho—. Tenéis que hacer algo con este sujeto, y no me refiero a acorralarlo en un ascensor como si fueseis dos matones de instituto. Quiero algo más definitivo.

Damián Tertsch quedó pensativo y en silencio unos minutos, estaba sentado en su coche, estacionado indebidamente en una calle sin apenas tráfico. Observó un par de palomas que picoteaban unas migas de pan en la acera de enfrente.

—¿Tres?

—Sí, estoy, estoy aquí. Mandaré a Treinta y tres y sus chicos para que se ocupen del tema.

—¿A esos burros?

—Si me das el visto bueno, sí. Tanto Dos como yo ya nos hemos expuesto bastante y eso sí que es un peligro grave para La Congregación.

—Bien, pero ocupaos Dos y tú de diseñarlo todo y de explicárselo a esos mendrugos mil veces si fuera necesario. No quiero ni un solo error; que no dejen una sola pista.

—¿Concretamente cuáles son las órdenes?

Amanda, a punto de perder la paciencia con su hermano mayor y tras mirar al techo poniendo sus ojos azules casi en blanco, resopló y le espetó enérgica y secamente:

—Sacrificar esta oveja para salvar al resto del rebaño, retirar esta piedra para poder seguir por el camino. ¿Te queda claro?

18

Pisa el acelerador

—1150, 1160, 1250, 1260, 1350, 1360, 2150, 2160, 2250, 2260...

—¡Cállate ya, por favor, Nico, que me estás mareando!

—Pero jefe, si me has pedido que te la lea..., además fuiste tú quien escribiste esta lista insufrible.

—Es que me estabas recordando a los niños de San Ildefonso.

Mientras el resto del equipo reía por la riña pueril entre Mario y Nicolás, llamaron a la puerta del despacho. Era el comisario Gonzalo Ramírez. Jazz y Cross fueron los primeros en levantarse para saludarlo. El pastor alemán lo hizo frotando su hocico en los pantalones del policía, y Cross con una revista entre los dientes que le ofrecía a Ramírez, habiendo sido previamente robada de la mesa donde estaban colocadas con el fin de poder entretener a algún cliente que tuviera que esperar a que Mario saliera de su despacho en los tiempos de mayor apogeo de Marioscaneos.

Gonzalo tomó asiento, y como previamente había acordado en conversación telefónica con María José, sacó de una carpeta un folio escrito a bolígrafo con distintas numeraciones que comenzó a leer en voz alta a todo el equipo.

—Andrés Cifuentes nació el uno de octubre de 1969 o, lo que es lo mismo, el uno del diez del 69...

Nicolás dio una patada por debajo de la mesa a Mario. Los más de veinte años de amistad entre ellos bastaban para que el gerente de Marioscaneos

supiera que su amigo le estaba diciendo: «Venga, valiente, atrévete a decirle al comisario que también parece un niño de los que canta la lotería de Navidad».

—Tiene cincuenta años, las cuatro últimas cifras de su DNI son 8832...

Las matrículas de los dos vehículos que tenía registrados a su nombre, la fecha de nacimiento de su mujer, la edad de esta, las fechas de nacimiento de sus dos hijos, los años que ambos tenían e incluso su número de agente del Cuerpo Nacional de Policía fueron varias de las cifras que Gonzalo fue leyendo mientras los rostros de los miembros del equipo pasaban del aburrimiento al hastío y más tarde, a la desilusión. A todo esto se unió el resoplar de los dos perrunos.

Creía que la monotonía de aquellas palabras me estaba provocando un sueño soporífero por culpa de la edad, pero comprobé que el amigo Jazz se durmió incluso antes que yo.

—Esto es todo lo que tengo —reconoció Gonzalo mirándolos uno a uno.

—Bueno, al menos lo hemos intentado —decía Nicolás con los ojos aún fijos en el listado de probabilidades que Mario había escrito el día anterior—. Yo al menos no veo ni una sola coincidencia, salvo su edad, cincuenta años, que podrían ser las dos últimas cifras del código, pero las posibilidades de combinación con las dos primeras tomando como referencia el trabajo que realizasteis el otro día tratando las imágenes mientras yo me reunía con Amanda Tertsch, son muchas.

—Demasiadas —contestó Juan María desanimado—. Además, hemos de tener en cuenta un riesgo enorme. Se supone que el sistema permitirá a lo sumo tres errores, que suele ser lo habitual, y si nuestra Teresa se equivoca —confesó mirando a Milagros—, a la tercera vez saltará algún sistema de alarma, con lo cual no solamente pondremos en peligro la operación sino todo el caso, y lo que más me preocupa, expondremos a Mila a un riesgo enorme.

Todos bajaron la vista menos Nicolás, que miró a la analista de datos queriéndole decir «Eso, por encima de mi cadáver».

—¡Veintiún años! ¡Jimena tiene veintiún años! —gritó Mario, de modo que asustó a los dos perrunos y a los seis humanos—. ¡2150! ¡Ese hijo de... ese hijo de su madre es tan retorcido que ha puesto como código la edad de su hija, don Gonzalo, y la de él! —continuaba Mario fuera de sí, mientras Gonzalo lo observaba boquiabierto.

Allí últimamente no ganábamos para sustos. Cross parece más acostumbrado que yo, o será que pasa ya de ellos. Nos habíamos quedado fritos del sueño que nos dio esa manera de hablar tan monótona y, de repente, cuando estábamos en lo más profundo... ¡Zasca! Mario se levanta y comienza a dar voces mirando a todos lados..., con lo tranquilo que era mi amigo de dos patas. Seguro que si nos pusiéramos nosotros a ladrar sin sentido nos caería una bronca. Tomo nota, y si mi anciano amigo se suma, aquí nos revelamos los perrunos ante el jaleo humano.

El ambiente del restaurante era tranquilo pese a que se encontraba repleto de público. La decoración era igualmente discreta y moderada, como el tono de voz de la mayoría de sus comensales. Un murmullo amorfo y débil, junto a una música de cámara a bajo volumen, eran los dos únicos sonidos que se escuchaban. Había gente de todas las edades, y algo indicaba que la clientela era habitual o al menos estaba informada del lugar por alguna guía profesional o alguna web del sector; no eran gentes de paso. Cuando entraron los dos jóvenes, algunos de los comensales se los quedaron mirando. La estética de los dos chicos no era comparable a la de ningún parroquiano del local en aquel instante, pero no fue eso lo que motivó las miradas, por otro lado discretas, ya que era habitual que jóvenes con indumentaria similar fuesen de vez en cuando a comer o cenar al Sevifrankfurt. Lo que provocó la discreta curiosidad de algunos fue que jamás se había visto por allí concretamente a aquellos dos hípsteres.

—Quítate ya el sombrero —le susurraba Nicolás a Juan María, ya una vez situados en una mesa.

—Creo que los hípsteres no se lo quitan ni en los interiores, y por cierto, habla más bajo, que te van a oír.

—Bastante sabrás tú si he hablado alto o bajo.

—Claro que lo sé, soy sordo, no gilipollas, pero creo que llevas razón con lo del sombrero. Me siento ridículo con él puesto aquí dentro. Y tú te deberías quitar el cárdigan, que aquí tienen la calefacción a tope y vas a dar el cante.

—¿Qué me quite el qué? —preguntó Nicolás a punto de estallar de risa.

—La chaqueta, coño, la chaqueta. Y deja de tocarte las gafas, que te vas a

cargar la microcámara y no se va a grabar nada.

—Joder, Juanma, es que estoy muy, pero que muy nervioso.

—Juanma, no —decía en voz baja el especialista en escaneos—, Pedro. Yo soy Pedro y tú eres Pablo. No me digas que ya se te ha olvidado, encima que tuvimos que ponernos los nombres de Los Picapiedra para que te acordases...

—Pedro, Pablo, Pedro, Pablo —repetía Nicolás con una voz inaudible.

En el despacho de Marioscaneos, Mario se llevaba las manos a la cabeza, tras haberse reído ya unas cuantas veces. El miedo y la risa se alternaban por lo arriesgado y a la vez cómico de la situación. María José le acariciaba el brazo queriéndole decir que todo saldría bien.

—¡Y el muy mendrugo seguro que sigue sin quitarse el cárdigan!

—No, Mario, no se lo puede quitar —negaba Gonzalo—. Debajo de ese cárdigan es donde lleva la pequeña pistola que le presté. Juan María lo sabe, pero el chico debe de estar muy nervioso y no se acuerda. Nicolás no se atreve a decírselo, supongo que por precaución.

El comisario había insistido, pese a las primeras reticencias de Milagros y del resto, que uno de los dos debería llevar un arma. «Probablemente os metáis en un avispero y es mayor el riesgo que podéis correr no yendo armados que llevando una pistola, aunque sea de bajo calibre», les había dicho Gonzalo. Al único que le hacía ilusión era al propio Nicolás, aunque le temblaron las piernas cuando Gonzalo le ajustó el arma a la funda sobaquera que llevaba bajo la chaqueta. Aquella era de un tamaño más pequeño que su querida réplica de la Walther PPK, pero era de verdad; podía disparar balas auténticas, herir de verdad e incluso... (al pensar esto notó cómo le subía desde el estómago a la garganta un intenso y ácido reflujo) podía matar a una persona.

Andrés Cifuentes y Damián Tertsch se encontraban tomando café dos mesas más allá de la de los dos hípsteres. Damián los había mirado nada más entrar, pero después no les prestó demasiada atención. Juan María y Nicolás ya habían acordado previamente no hacer el más mínimo comentario ni el más pequeño gesto si veían por allí a alguien relacionado con el caso. Sabían que el hecho de cumplir esta norma a rajatabla garantizaba en gran medida el éxito de la operación, y se deberían limitar a captar con las microcámaras

instaladas en las gafas de ambos todo tipo de detalles que más tarde analizarían.

Entró en el restaurante un joven alto y fornido con el pelo rasurado que se dirigió directamente, sin tener que buscarlos con la mirada, a la mesa que ocupaban Cifuentes y Tertsch. Tras saludarlos con un apretón de manos, estos se encaminaron, seguidos por el muchacho, a un pasillo que se abría al fondo del establecimiento.

—¿Van al servicio juntos? —preguntó Milagros al ver la escena desde el monitor de su ordenador.

—Conozco el restaurante —contestaba Gonzalo—. Y sí, van en dirección a los aseos, pero justo al lado de estos hay un reservado. Mila, pon mientras las imágenes de la cámara de Juanma, a ver si su perspectiva nos dice algo más.

—Ahí las tiene, comisario —ofreció la analista de datos tras tres clics de ratón.

—Fijaos en la mesa. Aparte de las tazas de café hay platos manchados de comida. Son las dos de la tarde y ni siquiera lo eran cuando se han grabado estas imágenes; serían menos diez o menos cuarto y ya habían almorzado y tomado café —dijo el comisario mirando a la psicóloga en busca de alguna hipótesis.

—Bueno, imagino que Tertsch tendrá costumbres alemanas y comerá antes que nosotros, y que su compinche se habrá solidarizado con él, pero hay otra posibilidad.

—¿Cuál? —le interrogó el comisario con la mirada.

—Que hayan decidido comer pronto, porque tengan algo importante que hacer. Para empezar, reunirse con el chico ese. ¿Os habéis fijado qué pinta de bestia tiene?

Milagros detuvo las imágenes en el preciso instante en que la cámara de Juan María captaba un primer plano del rostro de Nicolás. La analista de datos miró con gesto muy grave al comisario y a María José.

—Se ha puesto pálido y está sudando —declaraba María José—. No hace falta ser psicólogo para darse cuenta de que está prácticamente conmocionado.

Milagros activó su silla de ruedas y retrocedió un metro señalándole el teclado a la psicóloga para que se pusiera al mando. Tras estacionar la silla y

con la mano puesta en la boca comenzó a temblar y a llorar de forma contenida.

—No le pasará nada, tranquila. Esos tres están ya en el reservado, y Nico y Juanma están fuera de peligro. Imagino que comerán rápido y se marcharán..., allí poco más tienen que hacer —le decía María José con una mano puesta en el ratón del ordenador y la otra en la rodilla de su amiga.

El comisario pensó que lo suyo sería si Cifuentes, Tertsch y el chico no tardaban demasiado en salir, que Nicolás y Juan María se esperasen y, si se marchaban del restaurante, los siguieran para recabar más información, pero dado el estado de ansiedad de Milagros no se atrevió a opinar.

—Bueno, Pablo, ¿qué te vas a pedir? —dijo Juan María mientras miraba la carta a través de las gafas sin graduación que la maquilladora Isabel Campos le había prestado para acompañar el resto de la caracterización.

Pablo-Nicolás no contestaba y Pedro-Juan María levantó la vista de la carta. Su amigo tenía la mirada fija en la esquina por donde los tres individuos se habían dirigido al reservado. El detective tardó en reaccionar y en coger una servilleta de papel para secarse los chorros de sudor que le caían por la cara y temió que la barba postiza se le pudiera despegar. Pedro-Juan María observó que, aparte de estar más pálido que el plato blanco aún vacío que tenía delante, a Pablo-Nicolás le temblaba la mandíbula inferior y temió que, dado su estado de ansiedad, se pudiera ir al traste la operación. Aquello no tenía buena pinta. ¿Habría que llamar a una ambulancia? ¿Superaría Nicolás lo que todos pensaban que era un repentino ataque de miedo escénico?

—Nico..., Pablo, tranquilo, que todo saldrá bien. Respira profundamente, picamos algo para disimular y nos largamos. Te veo muy mal, amigo.

Pablo-Nicolás introdujo la mano derecha por debajo del cárdigan buscando algo. «¿Va a sacar la pistola? ¿Qué está sucediendo?», se preguntaron todos mentalmente, tanto los que estaban siguiendo la misión desde el cuartel general instalado en Marioscaneos como Juan María. Nicolás sacó la mano de debajo de la chaqueta mientras sujetaba temblorosamente con el dedo pulgar e índice una pastilla que de inmediato se introdujo debajo de la lengua.

—¿Estás bien, tío?

—No, pero imagino que en media hora esto me hará efecto y me

tranquilizaré. Es un ansiolítico que me dio... ya sabes... Teresa.

—Bien, no te preocupes, que va todo sobre ruedas —le decía Juan María con tono tranquilizador.

—No, no va todo sobre ruedas. A ese que ha entrado al reservado con los dos piezas estos lo conozco y no de algo bueno precisamente.

Pedro-Juan María se limitó a responder poniéndose el dedo índice sobre los labios rogándole silencio.

—¿Se han decidido ya los señores? —interrumpió un camarero.

—Sí —improvisó Pedro-Juan María—. Yo tomaré un gebratene fleisch y mi amigo un plato de chucrut, y le pone una taza de gazpacho andaluz, que está un poco acalorado, y para beber tráiganos agua.

—Todo correcto, caballero, menos lo del gazpacho, supongo que habrán oído hablar de nuestro restaurante. Somos muy conocidos en Madrid —reconocía con orgullo el camarero— y estamos especializados en cocina germana y andaluza, pero en noviembre, como no nos lo suelen pedir, no ponemos el gazpacho en la carta. Ahora mismo les traemos su comida. Sean bienvenidos a nuestra casa.

—¿Querías que me tomara un gazpacho andaluz estando a ocho grados de temperatura? —decía Pablo-Nicolás ya visiblemente más recuperado—. ¿Y qué carajo es eso del «chebretene flipe» y el «chuchut»?

El ambiente era ya bastante más relajado, tanto en el despacho como en el restaurante, aunque todos tenían la incertidumbre de quién sería aquel gorila que se estaba reuniendo en secreto con Cifuentes y Tertsch y que Nicolás parecía conocer bastante bien.

—Yo qué sé, ¿es que he tenido tiempo para pensar? He pedido lo que mejor sonaba —le contestó Pedro-Juan María mientras se tocaba la barba postiza con cuidado—. También tienen flamenquines, pero no lo había visto. Están buenísimos, a veces en el bar Ana los ponen en el menú. Aunque no sabía que era un plato andaluz. Imagino que lo será, pues el nombre no suena muy germánico.

El comisario se acariciaba pensativo el mentón y su rostro recordaba a los galanes de los años cincuenta. Estaba intentando construir un plan rápidamente que permitiese seguir a Cifuentes, a Tertsch y al chico tras la reunión que estaban manteniendo, si resultaba que este fuera en la misma dirección que los

dos policías. Pensaba que no era buena idea que esto lo llevaran a cabo los dos hípsteres pintorescos que aún comían en el Sevifrankfurt, pues podrían descubrirlos fácilmente. Además Milagros a buen seguro se lo impediría.

—Marijose —le espetó Ramírez a la psicóloga—, ¿nuestra colaboradora Isabel Campos estaría disponible para hacer un trabajo de extrema urgencia ahora?

María José quedó pensativa unos segundos.

—Creo que vive por el barrio del Pilar, pero desconozco si estará ahora en casa ni lo que tardaría en venir y en hacer lo que sea que esté pensando.

El comisario volvió a acariciarse el mentón ultimando mentalmente su plan.

—Querría que me caracterizara para plantarme en la puerta del Sevifrankfurt con un coche que evidentemente no debería ser el mío, para poder seguirlos cuando salgan del restaurante y que Juanma y Nico den por terminada su misión y se retiren.

—Yo le puedo ofrecer una alternativa, comisario —contestó Mario.

Todos lo interrogaron con una mirada que él naturalmente no veía pero que a buen seguro sí que sintió.

—Creo que usted siempre viste de traje y corbata.

—Cierto.

—Pues bien, así no se puede presentar allí; no tardarían en reconocerlo. Hagamos un intercambio de ropa, yo le puedo prestar mi camisa, que es más informal, y también se puede poner la chupa de Nico. Isabel dejó algunas cosas en el armario del despacho de Marijose que nos podrían servir. Hay unas gafas como las que llevan ahora Juanma y Nico.

—Yo les puedo instalar en tres minutos una cámara y conectarla al sistema —interrumpió Milagros con entusiasmo, tras un buen rato en silencio y cabizbaja.

—Genial, todo un detalle. Además, creo que hay también alguna peluca: la de pelo blanco que se puso Mila el día que fue al centro de yoga. No es de un pelo demasiado largo y seguro que con algunos arreglillos podemos darle un peinado más masculino. Tenga en cuenta que usted va a ir dentro de un coche y que nadie se va a fijar demasiado en los detalles. Ahí están las llaves del Fiat de Juanma, casi nunca lo trae y seguro que Tertsch y Cifuentes no lo conocen.

El comisario sopesó la planificación de Mario y le pareció excelente.

—Bien, hagan el favor de traer todo ese material y pasaré al despacho de Mario a cambiarme. Cuando esté listo ustedes ya me ayudarán con los retoques.

—Creo que debería ir con él —le decía Mario a su mujer mientras el comisario se cambiaba en el otro despacho—, así puedo hacerme cargo de las comunicaciones con vosotras y gestionar el regreso de Nico y Juanma. Le vendrá bien a Gonzalo mi ayuda. Cariño, vamos a tu armario y con cuatro cosillas me conviertes en algo, en algo lo menos parecido a mí —le dijo sonriente a María José.

Le puso una gorra de béisbol, le cambió sus perennes gafas de sol por otras transparentes sin aumento y le añadió una chaqueta vaquera de un paciente adolescente que se la había dejado hacía unas semanas.

—Seréis el papá de pelo blanco progre y moderno, que lleva a su hijo rapero en el coche. Por cierto, Mario, creo que debería ir con vosotros.

Mario miró la barriga de su mujer (estaba ya de ocho meses) y después puso ambas manos suavemente sobre ella.

—No puedes venir, cariño, no podéis venir —rectificó.

María José asintió con un gesto que su marido no podía ver, con un «llevas razón» que sí pudo oír y con una lágrima que se deslizó por su mejilla y que Mario pudo sentir con los labios al abrazar y besar suavemente a la psicóloga.

Milagros consiguió retener la carcajada, pero le apareció una amplísima sonrisa en el rostro cuando vio salir a todo un comisario del distrito Centro de Madrid con la camisa de cuadros de Mario, la chaqueta de cuero falso de Nicolás, unas gafas redondas de pasta y la peluca que ella misma había utilizado en la «Operación Teresa».

—Venga aquí, comisario. Tome asiento y veremos qué puedo hacer con ese pelo. —Milagros sacó de su bolso un cepillo y un bote de fijador y consiguió masculinizar la peluca que había pertenecido días antes a la señora Teresa.

—Mire a ver qué le parece —le propuso prestándole un pequeño espejo redondo.

—Me veo raro y horrible, no me conozco.

—De eso se trata, comisario —confesó la analista de datos—. Y por aquí creo que llega alguien que se acaba de fugar del instituto o algo así. Aquí

tenéis las llaves del Fiat. ¿Sabrías llevar al comisario hasta la plaza de garaje, jovencito?

—Planta menos 3, plaza 418. Oye, me gusta que me tratéis como un mozo, pero espero que no me perdáis el respeto, que soy vuestro jefe —decía Mario colocándose bien la gorra—. ¿Está preparado, comisario?

—Así es.

Mario no se despidió de nadie, no era especialmente supersticioso, pero no quería que el riesgo que entrañaba el hecho de participar en la operación tomara tintes demasiado dramáticos. Cuando Jazz vio que su amigo de dos patas cruzaba el umbral cogido del brazo de don Gonzalo —o quien fuera aquel extraño del pelo blanco— que olía en buena medida a Nicolás y Mario tuvo que ser sujetado fuertemente por María José y calmado a base de una buena dosis de caricias.

¿Y dónde irá el chico este así vestido?, yo porque lo conozco por el olfato, pero como se le crucen sus padres no van a saber si es él. Amigo Cross, a ti también te ha dejado Nico hoy por aquí. No te preocupes, que mañana o nos llevan a correr al campo o la liamos parda.

—¡Mario! —exclamó Milagros—. Recuerda que con la aplicación que te instalé en el móvil puedes escuchar a Nico y a Juanma o mostrarle al comisario las imágenes. Y buena suerte.

—Buena suerte —repitió María José.

Suerte, amigos, suerte allá donde vayáis, vosotros que sois libres y mandáis en el mundo. Que nosotros nos quedamos aquí, resguardados del frío y de todos los peligros. Jazz, a ti también te dejan, mi joven amigo. Imagino que te gustaría haberte ido con ellos pese a las pintas tan raras que llevan. Yo casi que prefiero quedarme aquí contigo y con las chicas, que no nos faltará de nada. ¿Sabes lo que echo de menos? Darnos una buena fiesta de naturaleza tú y yo. De esas de correr y correr hasta no poder más, hacer pis y caca donde nos dé la gana y revolcarnos por la tierra, la yerba o el barro.

Gonzalo iba pensando camino al aparcamiento si alguna vez había guiado a una persona ciega. Estaba algo tenso. Mario se dio cuenta, le dijo que no se preocupase por nada y que caminase con normalidad, que seguiría sus pasos cogido de su brazo. A esas horas estaba de turno el portero al que llamaban el Pelucas y que era con el que peor relación tenían los chicos del equipo de

Marioscaneos. Estaba adormilado cuando vio pasar a ese hombre estrafalario de pelo blanco mitad hippie, mitad intelectual del siglo pasado, guiando a un adolescente que al parecer era ciego. El Pelucas pensó que quizá habían subido en el turno anterior, pues él no recordaba haberlos visto pasar, pero no tuvo tiempo para salir de la garita y darles las buenas tardes en busca de una más que jugosa información que le amenizase la jornada. Imaginó que el chico sería algún amigo o familiar del gerente de Marioscaneos por aquello de ser invidente y que a este lo acompañaba su padre o su tío ya jubilado.

—Va muy bien este coche —decía el comisario con la intención de sacar un tema de conversación—. ¿Sabes algo de los chicos?

—Los estoy escuchando y están hablando sobre la comida que les han servido. Al parecer han tenido que pedir al tuntún y tienen una discusión muy peculiar. Nico y Juanma siempre están igual, pero se quieren mucho. Les voy a poner un whatsapp, a ver si han salido los tres del reservado.

—Perfecto, Mario, pero no te preocupes, que Mila y tu chica también están observando el restaurante desde vuestra oficina. ¡Hacemos un equipo genial!

En pocos minutos el silencio volvió a ser protagonista en el interior del vehículo y los dos hombres iban pensando de qué podrían hablar con su acompañante. Pese a la rapidez e intensidad con la que estaban surgiendo los acontecimientos no se había generado entre los dos la suficiente confianza. Mario empezó a palpar el salpicadero del vehículo con sumo cuidado.

—¿Quieres algo, Mario? —preguntó amablemente el comisario.

—Sí, busco la radio.

El comisario realizó una inspección visual a todo cuanto tenía delante e intentó abrir algo que parecía una puertecita de la cual podría salir un equipo de música..., pero nada, no se abrió.

—Vale, pues ya que les pregunto si han salido esos tres, le diré a Juanma que me diga dónde y cómo se pone la radio en su coche.

«Din», sonó rápidamente el móvil de Mario y la voz mecánica de su programa especial para ciegos que le reproducía todo aquello que salía en pantalla leyó el mensaje:

No, no han salido, por aquí todo bien. Imagino que

ya habéis escuchado el cabreo que tiene Nico con la comida, ja, ja, ja, pero así se olvida de lo que quiera que sea que le ha provocado el ataque de ansiedad. Por cierto, ¿para qué coño querría yo una radio en mi coche?

* * *

Dieron un par de vueltas a la manzana para inspeccionar el lugar. El comisario reconoció un Mercedes de color negro: era el vehículo particular de Tertsch, aparcado a escasos metros del restaurante. Encontraron un aparcamiento ideal, lo suficientemente alejado de la puerta del Sevifrankfurt para que no los vieran cuando saliesen, pero con un ángulo perfecto para poder observar el vehículo de Tertsch. Mario desconectó los auriculares y le prestó su móvil al comisario activando el altavoz a todo volumen.

—Pero es que esto sabe muy raro, tío. Yo no soy demasiado de verduras..., si acaso unas acelgas con huevo, judías con jamón o coliflor con bechamel como la prepara mi madre, gratinada y todo, pero es que esto tiene un sabor muy ácido.

—Lo siento, Nico... Pablo, es que el nombre chucrut me sonaba a carne potente.

—¿A carne? —preguntó el detective mirando el plato de col verde que tenía delante con los ojos tan abiertos que casi se le salían de las gafas.

Juan María tuvo que aguantarse la risa al ver la expresión de su amigo y miró a todas partes comprobando si alguien se estaría dando cuenta de aquella ridícula conversación.

—Pues menudo hípster estás hecho —susurró Juanma—. Hay muchos hípsteres que son vegetarianos.

—Sí, como tú, cacho cabrón, que menuda carnaza te estás comiendo... Esa

pieza debe de pesar por lo menos medio kilo.

El comisario de vez en cuando se miraba en el espejo del coche para ver si todo seguía en su sitio, y cuando lo hacía sentía una pizca de vergüenza y una gran admiración por lo rápido que el equipo había preparado todo aquello.

En el despacho de Marioscaneos, María José y Mila, junto a los dos perrunos, seguían en directo la conversación entre Nicolás y Juan María, inquietas por lo delicada y peligrosa que podría llegar a ser la operación pero divertidas ante su sentido del humor.

—Pues el que no va a pasar por hípster vegano vas a ser tú, amigo mío —decía Nicolás mirando la pieza de carne roja que estaba cortando Juan María.

—Si quieres compartimos.

—Te acepto la mitad del «gebratene flipe» ese, pero no quisiera torturarte con la col ácida.

El comisario miraba la pantalla del móvil de Mario con cierta nostalgia. Había pasado buenos momentos en el Sevifrankfurt rodeado de lo que él creía que eran buenos amigos, con su mujer Pilar Bilbao, con su compañera actual Silvia Bilbao o con Jimena. Nada volvería a ser como antes. Descubrir que alguien, como su examigo Tertsch, se había convertido en el mismo demonio, que probablemente estuviera implicado o incluso dirigiera alguna secta o similar que pudiera estar tras la desaparición de su hija, resultaba tremendamente duro para el comisario, pero más difícil se le haría, si se diera la ocasión, tener que fingir ante Damián Tertsch y Andrés Cifuentes que todo estaba en su sitio. Sabía que no regresaría a aquel lugar en calidad de amigo del hermano mayor del clan familiar que lo regentaba.

—Qué jaleo llevan con la comida, ¿verdad, don Gonzalo? Yo tampoco había probado nunca la comida alemana. Eso del chucrut lo había oído como insulto estereotipado hacia algún alemán en Malditos bastardos, una película de Tarantino, pero a mí el nombre, al igual que a estos dos, también me sonaba a carne.

—Los alemanes tienen una gastronomía fantástica, pero determinados sabores resultan muy diferentes a los del sur de Europa. A mí el chucrut me encanta, pero entiendo que a Nicolás le haya resultado raro al probarlo por primera vez. Lo importante es que ha superado la crisis de ansiedad. Por un

momento he pensado que tendríamos que abortar la operación. Lo veo un chico muy centrado y con un par de cojones..., no sé qué ha podido pasarle. Estoy intrigado y preocupado por ese joven que está reunido con mis dos compañeros y que Nicolás ha reconocido.

—Si lo hubiera conocido hace unos meses, habría tenido una impresión muy distinta de cómo es el verdadero Nicolás. Sí, siempre ha sido el bromista del grupo, el gamberro, el rebelde y espero que lo siga siendo aunque sea a su nueva manera, pero es un chaval muy inteligente. Apenas tiene estudios, pero sabe adaptarse como un camaleón a cualquier circunstancia de la vida. Los dos somos hijos únicos y nos queremos como hermanos.

—Se van —dijo la voz robótica del móvil de Mario tras recibir un whatsapp de Juan María.

Gonzalo Ramírez salió del vehículo y se posicionó tras él, dejándose ver, pero algo agachado con el fin de aparentar menor estatura. Se puso el teléfono en la oreja y fingió conversar, mirando de reojo a los tres hombres que, montados ya en el Mercedes, giraban a la derecha dejando atrás la calle del SeviFrankfurt.

—Vamos, Mario. Esto es pan comido —dijo Ramírez mientras se ponía al volante de nuevo—. Tú mantente en contacto con las chicas y con Nicolás y Juan María. Coordina su salida. Que cojan un taxi y se vayan a la oficina.

—Perfecto, comisario.

El Mercedes estacionó provisionalmente en doble fila en la avenida Monte Igueldo. Dos chicos de morfología similar al acompañante de los dos policías salieron de una cafetería. Andrés Cifuentes le dio a uno de ellos algo desde la ventanilla y este, con gran disimulo, le pasó a su acompañante parte de lo recibido. Ambos muchachos se quitaron las chaquetas y metieron la mano con el puño cerrado en la manga derecha, como si estuvieran pegando o pinchando algo en el interior de la prenda. Se las volvieron a poner, se montaron en el coche de Tertsch y reanudaron la marcha.

—¿Para qué cojones hacen todo eso? —se preguntaba el comisario en voz alta tras describirle la escena a Mario.

—No se preocupe, comisario, que las imágenes las está grabando Milagros con la cámara de las gafas que usted lleva puestas y mañana las analizaremos con detenimiento. Pero sí, es un ritual raro de narices.

—Voy a intentar seguirlos sin arriesgar demasiado, hasta donde pueda. Milagros, qué grande es esa chica. Bueno, todos ustedes lo son, pero jamás había conocido a nadie que manejase la informática y la tecnología como ella. Además, vale para todo, impresionante la interpretación que hizo en el centro de yoga.

En la parte trasera del coche de Tertsch iban los tres jóvenes con pinta de haber salido de un gimnasio o de un programa televisivo de citas. Tenían unos pectorales que parecían que iban a reventar las camisas y unos bíceps que tensaban, a punto de romperlas, las mangas de las americanas. De vez en cuando miraban hacia atrás, posiblemente tras ordenárselo Andrés Cifuentes o Damián Tertsch. El comisario cada vez que se percataba de esto aminoraba la marcha y se dejaba adelantar por otros vehículos.

—Gracias, comisario. En efecto, Mila es la mejor. Estoy preocupado, pues en breve tendrá que volver a la guarida de Andrés Cifuentes a probar el código. Si la tuviéramos aquí, seguro que habría instalado algún localizador al Mercedes y no tendríamos ni que seguirlo para saber adónde se dirigen.

Gonzalo miró con admiración a Mario arqueando las cejas.

—Hijo, estáis vosotros más preparados que la Policía Nacional. No te preocupes, que llevo en esto muchos años, aunque quien va al volante del otro coche también se las sabe todas. Si observo alguna actitud extraña, como que aceleran repentinamente, miran demasiado hacia atrás o dan algún rodeo, me desvío y finalizamos la persecución. Pero de momento todo va bien, Mario. Seguimos en dirección a Vallecas. Todo indica que se dirigen al polígono.

Finalmente el Mercedes aparcó en un edificio industrial, una nave que parecía ser o haber sido un almacén. Delante de la fachada había un solar muy amplio donde muchos viandantes aprovechaban para soltar a sus perros para que jugaran y corrieran. Se bajaron todos menos Tertsch, que emprendió de nuevo la marcha.

—¡Nos vamos, Mario! —exclamó el comisario mientras aceleraba dando un brusco giro en dirección contraria—. No voy a seguir a Tertsch, es demasiado arriesgado. Tendremos que averiguar qué narices es ese edificio.

—Si el GPS y la búsqueda que acabo de hacer en internet no me engañan, es una imprenta que cerró hace cinco años —decía Mario mientras manipulaba su móvil—. Pertenece a una editorial que solamente imprimía textos

evangélicos.

—Masones, Sannyasins y ahora evangélicos —pensó Gonzalo en voz alta.

—Tengo un whatsapp de Nico. Ya habrán cogido el taxi. Voy a leerlo y sigo buscando en internet información sobre la nave.

*Vamos ya para la oficina. Casi me da un infarto.
¿Sabes quién era el gorila que se ha reunido con
los dos polis en el reservado? El jefecillo del
grupo de neonazis que nos atacó al salir del Club
de Tiro.*

19

Vértigo

Hacía tiempo que los dos perrunos no se veían los hocicos tan de cerca bajo una de las mesas del bar Ana. Esa tarde había un par de perros más en el local, entre ellos, un mestizo acompañado de una humana de unos veinte años que estaba siendo acariciado mientras su amiga leía un libro y tomaba café. El otro peludo era un pastor alemán que debería ser un cachorro de unos siete meses y que lloriqueaba al tener a sus congéneres inaccesibles por la correa que le ataba. Cross y Jazz no hicieron demasiado caso a los dos extraños de dos patas ni a los de cuatro, estaban mirándose el uno al otro, probablemente pensando lo mismo.

—Oye, Mario, ahora que veo a ese cachorrito que quiere venir a saludar a nuestros perrunos, estoy pensando que este finde, si el trabajo nos lo permite, podríamos llevar a los perros al campo.

—Sí, falta les hace, y a nosotros nos vendrá de maravilla.

El señor que acompañaba a mi congénere y paisano estaba desesperado y no sabía como calmar a su joven amigo. «Este no es lugar para cachorros», pensé. Al final, el hombre y el peludo se marcharon, supongo que a dar un paseo. El perro que acompañaba a la chica estaba tranquilo aunque no dormía, parecía disfrutar de las caricias e incluso de la lectura de su amiga humana. «¡Campo! He oído y reconocido la palabra humana “campo”. ¡Lo han dicho, Cross!». Al parecer, mi amigo el golden también lo había escuchado, pues levantó aquellas dos flácidas pero suaves orejotas de los de su raza.

A primera hora de la mañana se había reunido el equipo con la excepción de Juan María, que debía sacar trabajo atrasado, y Gonzalo Ramírez, que tenía cosas que hacer en comisaría. Analizaron las imágenes desde todas las perspectivas y a varios ritmos de reproducción, acercando y alejando tanto objetos como personas con el zoom. Nicolás había reconocido al Tato, el jefecillo del grupúsculo de cabezas rapadas con los que tuvieron un mal encuentro en la salida del Club de Tiro y que Nicolás solventó haciéndose pasar por policía. «Paradojas del destino, saco mi Walther PPK para espantar a aquellas bestias haciéndome pasar por poli y más tarde termino con una pipa de verdad bajo la chaqueta y colaborando para el comisario del distrito Centro de Madrid», pensó.

Al ver las imágenes grabadas por la microcámara que llevó Gonzalo instalada en las gafas postizas, Nicolás también reconoció a los otros dos rapados que se subieron al Mercedes negro de Tertsch en la avenida Monte Igueldo. Nicolás recordó que guardaba en su teléfono varias fotos de los DNI de los neonazis, lo que facilitó a Ramírez su identificación. No tardó el comisario en llamar a Marioscaneos con algunos resultados. El Tato estaba fichado y había pasado algunas horas en los calabozos de plaza de Castilla y otras en distintos juzgados, pero lo más significativo fue que su expediente delictivo era archiconocido en la comisaría del distrito de Salamanca, un lugar idóneo para conocer a un comisario y a un subcomisario a los cuales les pudiera ser útil para alguna causa el buen hacer expeditivo de la banda del Tato. Los otros dos chicos no estaban fichados, pero vivían en el mismo barrio que su líder, y el skinhead que no fue ese día con sus camaradas en el Mercedes de Tertsch era de Villaverde Alto.

—No podremos, Mario —dijo Nicolás tras levantar la vista de su teléfono móvil—. Me comenta el comisario que este fin de semana debería montar guardia en el solar que hay frente a la nave del paseo de Hormigueras.

Mario pensó de inmediato en la experiencia de la tarde pasada, los nervios, la risa contenida al verse a sí mismo y al comisario disfrazados. La tensión provocada por el riesgo que corrieron al poder ser descubiertos como perseguidores de aquellos cinco ocupantes que la mente de Mario imaginaba, sin equivocarse, siniestros. Por último recordó el volantazo que dio Gonzalo

para salir a toda prisa en la dirección opuesta a la de Tertsch, pero había algo, un detalle que Mario buscaba en la memoria, poniendo el cincuenta por ciento de su cerebro a trabajar en dicha búsqueda y la otra mitad, a intentar llevar una conversación normalizada con el detective.

—Te puedo acompañar —decía Mario con aire distraído—. Nos podemos llevar a los perrunos y soltarlos para que jueguen en el solar. Está vallado y apenas hay tráfico, ¿no?

—Sí, por lo que he visto en las imágenes parece un sitio seguro para ellos. Es una buena idea, aunque hubiera molado más ir a algún pueblo de Segovia o de la sierra, pero ya tendremos tiempo. Esta semana será de vértigo.

Tras el breve descanso que estaban haciendo los dos miembros del equipo, Nicolás se tendría que marchar a interrogar a Javier Ximénez. Había decidido ir solo y por sorpresa. No se fiaba de él y no quería poner a nadie en riesgo, aunque probablemente el único riesgo que corría era que no se encontrase en su despacho, dada la vida disoluta que este llevaba.

Si le daba tiempo después, picaría algo por Usera y regresaría a la oficina para unirse al equipo y reforzar el operativo del «asalto» por parte de Milagros al despacho de Cifuentes. Esta vez le tocaba a él acompañar a la agente Niza, que ya era casi como una más del grupo, para cubrir las espaldas de Milagros desde algún punto próximo al centro de yoga. Los demás seguirían la retransmisión en directo desde los despachos de Marioscaneos.

—Claro, vosotros habéis visto el solar en las grabaciones, ¿nunca habías pasado por allí siendo tú de Vallecas?

Nicolás se quedó unos segundos pensando la respuesta.

—Supongo que sí, pero ni me habré fijado, tras la crisis cerraron muchas naves, aunque por lo que se veía en el vídeo esa no estaba en mal estado. Igual esta gente la ha comprado o alquilado, Gonzalo lo está investigando. Imagínate, Mario, la de mierda que le vamos a sacar a esos malnacidos. Estamos quizá en la cota más alta de la investigación, tenemos localizado el nido e identificados a algunos de los polluelos. Me juego el pellejo a que la pobre Jimena está allí y vete a saber en qué condiciones. Anoche me costó mucho dormir, pensaba y pensaba y concluí que si no llegan a estar estos dos piezas por medio, me refiero a Tertsch y a Cifuentes —dijo bajando la voz— ya habríamos desmantelado la secta, la organización o lo que narices sea.

Hubiéramos encontrado a Alberto Ximénez, a Jimena y cada uno estaría en su sitio, unos libres y otros en el trullo. También estuve pensando de qué modo poder instalar algo... no sé, uno de esos equipos de cámaras y micros que maneja Mila, pero no para nosotros sino que pudiéramos conseguir ponérselo a ellos. ¿Te imaginas lo que avanzaríamos si viéramos, escucháramos y grabáramos todo lo que Tertsch, Cifuentes y sus esbirros hicieran? Bueno, paga esto que voy sin una chapa, y te dejo, que se me hace tarde.

¿Y ahora qué hace Mario? Nico y Cross ya se han marchado, desde aquí abajo huelo que ya no le queda nada en el plato ni en la taza. ¿A qué espera ahí sentado y pensando, por qué no se tumba, que es como mejor se piensa? Ya voy siendo casi un perro adulto y cada vez los entiendo menos.

—Chao, Ana —se despidió Mario de Gerardo, el padre de esta, quien se encontraba solo en el bar, y él mismo les había servido.

—Adiós, Mario —contestó el hostelero con resignación.

Ni siquiera al oír la voz del hombre el gerente de Marioscaneos se dio cuenta de la equivocación, ahora que Cross y Nicolás se habían marchado, iba con Jazz camino del despacho con el cien por cien de su capacidad mental en busca de aquel recuerdo de la tarde anterior que le faltaba. Persecución, avenida Monte Igueldo, Mercedes negro, espera, teléfono móvil, peluca de pelo blanco, gorra de béisbol, chaqueta vaquera, gafas de pasta, acelerones y reducciones de marcha, perrunos correteando por el solar, nave abandonada, recuperada y probablemente rehabilitada, radio, equipo de música en el coche de Juan María... ¡Era eso! ¡Por fin tenía lo que buscaba! Hizo que Jazz acelerase el paso al máximo, pasó como una exhalación delante de Pablo el portero, al cual no escuchó, y lo dejó con la palabra en la boca.

—Hey, Mario, ¿ya habéis desayu...?

Pulsó el botón del ascensor decenas de veces, como si esto fuese a ayudar a que bajara antes. Tiqui tiqui tiqui tiqui, no llegaba. Sopesó la posibilidad de subir los cuatro pisos por las escaleras, pero lo descartó. Tardaría más y pese a su nerviosismo debía ser más pragmático. Tiqui tiqui tiqui tiqui, seguía sin bajar. Radio, equipo de música en el coche de Juan María. Cámaras, micrófonos, ver y oír al adversario, ver y oír, ver y oír, ver y oír, ver y oír.

Juan María y él, un invidente y un hipoacúsico. No había terminado de abrirse del todo la puerta cuando Mario y Jazz se metieron en el ascensor.

—¿Dónde está Juanma? —gritó Mario nada más entrar en el despacho.

Milagros se encontraba sola y María José estaba ya atendiendo en su consulta. Miró a su jefe asustada y sorprendida. Mario era un gerente asertivo y educado, bastante cuidadoso con el trato a sus empleados, no entendía esa actitud. Miró a Jazz como si este le pudiera dar alguna respuesta.

Mario me estaba recordando a cómo respiramos los perros tras correr mucho o en un fatigoso día de calor. No me extraña que la buena de Mila me mirara así. Y eso que ella es una humana como Mario, pero al parecer ni siquiera los de esta especie se entienden entre sí.

—Pero... pero Mario, si tú mismo le habías dicho a primera hora que se pusiera a escanear en vuestro despacho mientras nosotros...

Nervioso y jadeante buscó con la mano derecha una silla en la que sentarse, inhaló y exhaló cuatro o cinco veces de forma profunda y bajando la voz le dijo a su empleada:

—Lo siento, Mila, te pido disculpas, pero es que vengo muy nervioso. Necesito a Juanma, dile que salga, por favor, que a mí me tiemblan hasta las piernas, creo que he descubierto algo que va a hacernos avanzar mucho, pero que mucho, en la investigación.

Milagros hizo un giro más que habilidoso con la silla y se dirigió al otro despacho.

Pasó con su Toyota por el portal donde Javier Ximénez tenía la agencia de detectives. Todo el barrio estaba formado por edificios idénticos. «¿Cómo haríamos antes para encontrar aquí una calle y un portal concreto sin GPS?», se preguntó mientras daba una vuelta a la manzana en busca de aparcamiento. Según la dirección encontrada en internet, la oficina estaba en el portal cuatro, segundo B. Nicolás supuso que aquella sería la única oficina del bloque y, muy probablemente, la única del barrio. La zona no pegaba ni con cola para montar allí una agencia de aquel tipo. Era un barrio trabajador, una construcción de los años setenta con pinta de haber sufrido muchos cambios y altibajos en las últimas décadas. En las plantas bajas había algunos locales

cerrados con carteles de «se vende» o «se alquila», una frutería y la panadería que estaba justo al lado del portal número cuatro, ambos negocios, regentados por familias de origen chino. Por un instante Nicolás dudó de si debería o no entrar en uno de los establecimientos para poder averiguar algo de Javier Ximénez antes de subir.

Todos los bloques tenían delante sencillos jardincillos rectangulares con uno o dos escuálidos árboles y estaban rodeados de setos bajos algo descuidados que en otros tiempos cumplirían la función de reverdecer el paisaje gris hormigón y oxigenar poco, pero algo al fin y al cabo, los pulmones de una clase trabajadora viva e ilusionada por los cambios que estaban por venir en sus vidas tras entregarles las llaves de aquellos pisos vistos hacía meses sobre plano y por los acontecimientos que renovarían para siempre aquel barrio, aquella ciudad y todo el país. Cross aprovechó para dejar su impronta en forma de orina en los setos, con lo que Nicolás tuvo unos segundos más para decidir finalmente que iría al grano, nada de visitas a la panadería o a la frutería.

—¿Sí? —contestó una voz ronca a través del deteriorado portero automático.

Nicolás habría jurado que aquella voz era la de Alberto Ximénez en pleno proceso gripal y por eso tardó unos segundos en responder.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —Se escuchó de nuevo la voz con cierto acento arrabalero que distaba y mucho del refinado tono de su hermano Alberto.

—Disculpe, mi nombre es Pablo García y vengo... ya sabe, necesito sus servicios.

Sonó de inmediato un ruido similar al de las chicharras, que no era otra cosa que el vibrato que liberaba la cerradura al cumplir su misión de cerrar la puerta. «A Javier Ximénez no deben de sobrarle los clientes», pensó Nicolás. Él no habría abierto con tan escasas explicaciones. El interior del portal olía a lejía y poco más, al menos para el detective. Cross, con su desarrollado olfato, sí que sacó algún otro matiz de los escalones. Nicolás, al comprobar que el edificio no tenía ascensor, se alegró de que el despacho de Javier estuviera en un segundo piso y no en un cuarto como estaba Marioscaneos.

Ximénez dejó la puerta del piso entreabierta mientras escondía en un armario una botella de whisky barato, tiraba a la basura un vaso de papel y se

apresuraba hacia el lavabo a enjuagarse la boca con colutorio. Nicolás golpeó suavemente con los nudillos y pidió permiso para entrar. Javier Ximénez apareció en el pasillo y, tras abrir la puerta de par en par, clavó sus ojos en Nicolás.

—¿A qué ha venido usted? —le preguntó reconociéndolo e intentando aparentar calma. Cada uno se encontraba a un lado de la puerta. Javier no hizo el más mínimo gesto para invitarlo a pasar.

—Ya se lo he dicho, necesito sus servicios.

—No, eso es imposible y usted lo sabe.

—¿Le importaría que entrara, charláramos cinco minutos y así me explica por qué no puede ser? Me encuentro un poco incómodo aquí de pie.

Javier Ximénez miró a Cross y, tras sopesar la situación unos segundos, se dio media vuelta dejando la puerta del piso abierta, lo cual Nicolás interpretó como un sí reticente y retador.

—Tome asiento —le propuso Javier señalando una silla cuya tapicería despellejada dejaba ver una espumilla amarillenta y una calva de cartón piedra.

Mira que a nosotros nos gustan los olores raros, pero aquel era rancio y asfixiante y estornudé un par de veces. Nico tampoco estaba a gusto. Lo miré: tenía el hocic... la nariz arrugada y sus ojos recorrían la habitación con curiosidad y desconcierto disimulado.

—Usted dirá —dijo con tono neutro Javier Ximénez.

En verdad, ninguno de los dos hombres tenía demasiado claro quién tendría que hablar primero. Nicolás había ido allí a buscar a Ximénez con un objetivo concreto: saber por qué se presentó en Marioscaneos haciéndose pasar por su hermano Alberto, pero un minuto antes, Ximénez lo había retenido en la puerta como si intuyera o incluso supiera a lo que venía. No fue hasta que lo tuvo ante él en aquel destartado despacho cuando cayó en la cuenta de que Javier lo conocía, quizá mediante fotografías solamente.

—La razón de mi visita, señor Ximénez, es muy clara y está relacionada directamente con el motivo por el cual usted no se ha tragado mi mentira. Nada más verme la cara, usted sabía que ni me llamo Pablo ni vengo requiriendo sus servicios. Alguien le ha debido enseñar imágenes mías o usted me ha estado vigilando.

—No sé de qué me habla, señor...

—García. El apellido sí es cierto, y mi nombre de pila, Nicolás, pero este solamente lo reservo para familiares y amigos. Afortunadamente, usted no se cuenta entre ellos.

Javier encajó el golpe como buenamente pudo, pues bastantes problemas tenía ya como para buscarse más con ese joven que ejercía, aunque sin licencia, la misma profesión que él.

—Está bien, señor García. Le agradecería que me dijera qué quiere de mí y para qué se ha presentado en mi agencia sin avisar.

Nicolás contuvo una risa sarcástica cuando escuchó la palabra «agencia» y miró de nuevo las manchas de humedad del techo, el gotelé ennegrecido de las paredes por el humo de la combustión de millones de cigarrillos, un radiador de chapa que calentaba la estancia y una ventana de hierro pintada a mano de color verde que se encontraba abierta con el fin de hacer aquel lugar mínimamente respirable.

—¿Para qué cojones vino usted a nuestras oficinas haciéndose pasar por su hermano Alberto, por entonces desaparecido?

Javier se quedó unos segundos en silencio conteniendo hasta la respiración. Nicolás notó en su expresión que evidentemente el sujeto al cual se enfrentaba sabía de qué iba aquella historia, pero también percibió sorpresa en su mirada.

—No sé de qué me está hablando, señor García. Es cierto que tengo un hermano con ese nombre, pero ni siquiera tenemos relación. No por nada —dijo con un gesto de la mano queriéndole quitar importancia al asunto—, somos radicalmente distintos y punto.

—No he venido aquí, señor Ximénez, a hablar de su vida familiar. Le he hecho una pregunta y le exijo que la conteste.

Javier Ximénez miró con sus ojos abotargados fijamente a Nicolás con la intención de dejarle bien claro que lo que le iba a decir a continuación no admitía oferta transaccional alguna.

—Esta conversación ha terminado y ahora le ruego que usted y su perro abandonen de inmediato mi despacho, tengo mucho trabajo que hacer.

No estaba dispuesto a marcharse de allí humillado y sin resultados. Pese a la furia que le provocaron las palabras de Javier Ximénez, Nicolás sopesó

rápidamente las consecuencias que podría tener llevar a cabo lo que su instinto básico le pedía. Miró a Cross, que ya estaba más tranquilo, y lo ató con la correa a la mesa, luego echó un vistazo a Javier y pensó que este no debería ser una pieza demasiado importante en el engranaje, quizá era un mero freelance que había intentado hacer un trabajo sucio para alguien importante para el caso. Se arrojó como lo hubiera hecho un tigre a una presa, con las manos abiertas, agarró por las solapas de la chaqueta a Ximénez y sintió de inmediato un aliento rancio, espeso y sobrecargado de humo, etanol y toda suerte de bacterias que probablemente convivían en numerosas colonias a lo largo y ancho de todo el sistema digestivo. A Ximénez no le dio tiempo a reaccionar ante el ataque felino de Nicolás, el cual no era excesivamente fuerte en apariencia, pero tenía un cuerpo fibroso, lleno de vida, cuyos músculos se tensaban ante el más mínimo estímulo. Nicolás vio una vieja máquina de taladrar papel y encajó la flácida nariz de Javier entre la base y el perforador.

—Si no quieres que te deje la napia preparada para un piercing o incluso para dos, dime antes de cinco segundos a qué viniste a buscarnos a la calle Atocha.

Javier Ximénez, al parecer, estimaba su imagen e integridad física más de lo que cualquiera hubiera pensado al ver su aspecto de incorregible bebedor y fumador a tiempo completo. Lo confesó todo, que Damián Tertsch y Andrés Cifuentes le habían pagado mil quinientos euros en efectivo y un vale de quinientos euros de El Corte Inglés para que se comprara un traje nuevo a cambio de hacerse pasar por su hermano Alberto, con el cual tenía un gran parecido, y convencer a Nicolás y a Mario de que todo estaba en su sitio, que Linda se había suicidado por causa de la depresión que padecía, que Jimena no estaba desaparecida, pues él mismo (el falso Alberto) había estado con ella el día anterior y que todo eran paranoias de un mal padre que se había liado con la prima de su propia hija y que esta no quería saber nada de él. Nicolás dio por buenas las explicaciones y estuvo a punto de soltar el cuello de Javier y sacar su nariz de las fauces de la perforadora, pero le vino a la mente Pilar Bilbao.

—Si es cierto eso que dices, ¿por qué la madre de Jimena también la da por desaparecida?

El gesto de Ximénez y su contestación resultaron convincentes a Nicolás. Estaba claro que aquel hombre quería seguir teniendo dos y no cuatro agujeros en la nariz.

—No sé nada en absoluto de esa señora. Estos dos polis me encargaron eso y punto. Es más, le juro por mi vida que acabo de enterarme de que mi hermano Alberto está desaparecido.

Juan María salió de su despacho desconcertado tras leer los labios de Milagros, mientras Mario acariciaba la cabeza de Jazz con manos temblorosas, sentado junto a la mesa de las revistas.

—Pero... pero, jefe, ¿qué haces ahí sentado, te ha dado algo?

—No, pero, casi. Joder, joder, joder, Juanma, vale que tenemos trabajo atrasado y que no podemos descuidar una cosa por otra, pero es que resulta que tú, precisamente tú, eras hoy imprescindible para la investigación —decía Mario con el rostro iluminado, habiendo pasado en segundos de un estado constreñido por los nervios a otro pletórico.

Arrastró la silla en la que estaba sentado hasta la mesa de Milagros. Jazz se levantó, bebió algo de agua del cacharro que compartía con Cross y se tumbó entre Mario y la analista de datos.

—Mila, abre las imágenes del restaurante; Juanma, acerca una silla y siéntate, por favor.

—Quítate ya el sombrero.

—Creo que los hípsteres no se lo quitan ni en los interiores, y por cierto, habla más bajo, que te van a oír.

—Bastante sabrás tú si he hablado alto o bajo.

—Claro que lo sé, soy sordo, no gilipollas, pero creo que llevas razón con lo del sombrero, me siento ridículo con él puesto aquí dentro. Y tú te deberías quitar el cárdigan, que aquí tienen la calefacción a tope y vas a dar el cante.

—¿Que me quite el qué...?

—La chaqueta, coño, la chaqueta. Y deja de tocarte las gafas, que te vas a cargar la microcámara y no se va a grabar nada.

Milagros y Mario no pudieron reprimir unas risas al oír de nuevo la conversación que surgía, gracias a la calidad del equipo, con una nitidez asombrosa de los altavoces del ordenador de Milagros.

—Fijaos, chicos —avisó Mario cogiendo con cada una de sus manos el brazo de sus dos amigos—, Mila y yo nos estamos riendo por la conversación que teníais Nico y tú —dijo clavando en Juanma la mirada inteligente que se adivinaba tras sus gafas de sol habituales—, pero tú no te reías. Apuesto a que estabas pendiente de las imágenes que grababan las cámaras instaladas en vuestras gafas de pasta, es lógico. Tu cámara seguro que casi siempre enfocaba los labios de Nico, para que pudieras comunicarte con él, pero la cámara de este, ¿dónde enfoca, Mila?

—Al rostro de Tertsch, al de Cifuentes, al del Tato, en ocasiones sigue los movimientos del camarero, a Juanma o a veces enfoca al plato...

—Suficiente, Mila. Busca un plano en el cual la cámara de Nico enfoque el rostro de Tertsch, por ejemplo.

—Este mismo —decía la analista tras cinco o seis toques de ratón.

—Haz un zoom lo más nítido posible sobre los labios de Damián.

—Ya, jefe —contestó con tono ilusionado sabiendo ya por dónde iban las intenciones de Mario.

—Déjalo que se reproduzca. ¿Qué nos cuentas, amigo Juanma? —preguntó el gerente de Marioscaneos subiéndose las gafas con aire ritualista con el dedo índice en un gesto de «aquí tenéis mi descubrimiento»:

En cinco minutos llegará Treinta y tres. Sí, mejor lo hablamos en el reservado, luego vamos a buscar a dos de sus chicos para iniciarlos y él se encargará del resto de las órdenes. Tiene que salir perfecto, Dos, perfecto. Queramos verlo o no, La Congregación está en riesgo. Uno está muy cabreada. Me contó que informará al Supremo

cuando hayamos quitado esa piedra del camino, pero antes no. Mira, ya está aquí, terminate el café, por favor.

Nicolás llegó con rostro compungido a las oficinas de la calle Atocha. Al final le había dado tiempo a regresar antes de comer, aunque la verdad es que hubiera dado igual, pues el detective tenía la boca del estómago cerrada.

—Alegra esa cara, Carvalho, que tenemos buenas noticias —detalló Mario tras intuir por ciencia infusa el estado de ánimo de su amigo.

—Yo también traigo buenas noticias, al menos eso creo, pero vengo agotado.

—¿Te ha hecho sudar Javier Ximénez? —preguntó Juan María, quien sí podía ver el rostro de Nicolás.

—Literalmente —se limitó a contestar mientras miraba a Milagros—. Ya os lo contaré, ahora prefiero que seáis vosotros quienes me alegréis el día.

Los tres le estuvieron relatando al detective la conversación que, gracias a Juan María y a su capacidad para leer los labios, habían conseguido extraer de las imágenes grabadas.

Durante unos minutos se estuvieron regodeando más en el bosque que en los árboles.

—¡Cómo no se nos había ocurrido antes! ¡Es una fórmula magistral! ¡Nos enteraremos de todo! —decían entusiasmados unos y otros.

—Bien, pero ahora... no es que os quiera aguar la fiesta, sino que deberíamos centrarnos en el material que hemos hallado y después, según se desarrollen los acontecimientos, veremos las utilidades que tiene este método, que a buen seguro serán muchas y buenas.

—¿«Uno»? ¿«Treinta y tres»? ¿«Supremo»? ¿«Congregación», ¿«iniciarse»? Pero ¡qué coño es esto! —exclamaba Nicolás con los ojos abiertos como platos mientras leía las anotaciones que Juan María le había pasado escritas en un folio—. Sea lo que sea, parece algo muy gordo —continuó diciendo mientras levantaba la vista del papel y miraba uno a uno a sus tres amigos.

Menudo día de emociones, primero la ansiedad eufórica de Mario,

después la exaltación de todos y ahora llegan Nico y Cross, alterados y con algo de tristeza en la mirada. El golden nada más llegar y soltarlo Nico ha venido a echarse unos buenos tragos de agua y se ha tumbado con aire melancólico mirando a la nada. ¿Qué han visto tus pequeños ojos?, ¿qué ha olido tu negro y ancho hocico?, ¿qué han escuchado tus peludos oídos?, qué extraño estás, querido Cross. Decidí levantarme con sigilo dado que los humanos estaban en todo lo suyo y cogí una revista, la acerqué donde estaba Cross y ambos comenzamos a despedazarla. En segundos mi amigo parecía haberse olvidado de todos sus males.

—Ahora te toca a ti, Carvalho —le dijo Juan María al detective.

—No, si al final me tendré que cambiar el apellido. Os cuento que Javier Ximénez lo ha cantado todo, pero que este trabaja por libre, no pertenece, o eso creo al menos, a la organización esa.

—La Congregación —apuntó Milagros.

—La Congregación. Ha confesado que Damián Tertsch y Andrés Cifuentes le soltaron lana para que viniera aquí a convencernos de que Jimena está bien y de que Linda Paesa se suicidó. Es decir, intentaron desviarnos del caso sin utilizar métodos violentos que pudieran dejar rastro. Les salió mal y por eso vinieron luego directamente ellos y os montaron el pollo del ascensor. He puesto al comisario al día y él dice que se cree que Linda Paesa verdaderamente se suicidó. Ha tenido acceso mediante un contacto al informe de su autopsia.

—Cuyo informe estará supongo en la comisaría del distrito de Salamanca, donde...

—Sí, donde Zipi y Zape son comisario y subcomisario —interrumpió Nicolás a Mario—. Eso sí, os ruego que no me preguntéis cómo he conseguido la información, mañana os lo cuento, que hoy traigo el estómago revuelto y no me siento precisamente orgulloso de mí mismo.

Milagros le miró tiernamente. «Ego te absolvo a peccatis tuis», parecía decirle.

Los ocho corazones del equipo de investigación, seis humanos y dos perrunos, latían más rápido de lo normal en los últimos días. Tenían la experiencia de encontrarse agazapados, observando los movimientos del adversario, sufrían la tensión de poder ser descubiertos y convertirse en el

cazador cazado por un giro inesperado de los acontecimientos, pero ahora el ritmo iba a subir unas décimas. Había que pasar a la acción, abrir puertas que escondían misterios, iluminar sombras, y descubrir el lado más oscuro de aquellos que pudieran tener de una forma u otra a Jimena.

Teresa llegó puntualmente a las 18:30 a la sesión de meditación de los martes, esta vez le sería más dificultoso alcanzar un estado de relajación y reposo mental. Tenía una arriesgada misión por cumplir. La imagen de un teclado numérico aparecía constantemente en sus pensamientos, 2150.

20

Amasijo de huesos

Una vez más, le describían cómo iban desarrollándose los acontecimientos vistos en directo a través de la pantalla: Milagros estaba junto al resto de compañeros de clase, realizando los ejercicios de meditación, pero a Mario le costaba concentrarse en las explicaciones que le daban. Existía un detalle que al parecer todos, menos él, habían pasado por alto, la piedra que había que quitar del camino; probablemente Damián Tertsch se referiría a cualquier otro hecho que no tuviera que ver con ellos, se intentaba decir mentalmente, o quizá la piedra era Jimena o Nicolás, el comisario o todo el grupo. Se le erizó el cuero cabelludo cuando pensó en María José y en la niña que llevaba dentro.

—Cerrad los ojos, inhalad profundamente, retened el aire en los pulmones unos segundos y exhalad dejando que este salga libremente, sin realizar ningún esfuerzo. Ahora seguimos respirando lentamente, pero esta vez llenamos primero de aire la zona abdominal, despacio, despacio, muy bien, y permitimos que el aire entre al plexo solar y al tórax, para que finalmente, realizando un pequeño esfuerzo y elevando ligeramente los hombros, llenemos sin forzar apenas toda nuestra capacidad pulmonar. Retenemos unos segundos y soltamos el aire, esta vez alargando la exhalación todo lo que podamos, pero poco a poco, libremente.

La agente Niza y Nicolás veían y escuchaban desde el vehículo particular de esta la clase de meditación en una tableta fijada en el salpicadero. Cross, sentado entre las piernas del detective, estaba algo jadeante y no le quitaba el

ojo de encima a la agente.

Qué dulce y delicada es, pero qué fortaleza y energía tiene. Intuyo su nobleza, tanto que me recuerda a una perra. No suelen ser habituales estas características en los humanos. El tono y las palabras de un humano que salían de uno de esos cacharros rectangulares que tanto les gustan, junto a una musiquilla tranquila, me provocaron bastante sueño, pero no tenía espacio para tumbarme. Apoyaré la cabecita en la pierna de Nico y continuaré mirando a Paula hasta que mis párpados, que ya comienzan a pesarme, me lo permitan.

Mario había sugerido al resto del equipo que en esta ocasión el comisario estuviera con ellos en el cuartel general en Marioscaneos, ya que este era el único, a excepción de Milagros, que conocía el centro de yoga de Cifuentes y así podría orientar desde fuera si se hiciera necesario.

—Fijaos —comentaba Gonzalo—. Yo he estado en numerosas clases de meditación con Andrés Cifuentes y no se suele mover de su sitio. Se ha salido en dos ocasiones del campo visual de las cámaras, lo cual quiere decir que está observando la clase desde diferentes perspectivas.

—Sí, me había fijado, pero creo que no debemos darle importancia —solicitaba María José—, ya que no se ha acercado a Mila-Teresa. Yo lo atribuyo a que está nervioso por cualquier otro suceso que nada tiene que ver con la sesión que está dirigiendo.

—Pues quizá eso sea aún más preocupante —añadía Juan María tras leer los labios de la psicóloga.

Las palabras del especialista en escaneo sacaron a Mario del callejón sin salida en el cual sus miedos y sus pensamientos le habían metido.

—Juanma, dale al comisario el papel donde has anotado la conversación que has leído a través del vídeo. Gonzalo, analice por favor las palabras de Tertsch detenidamente y cuéntenos qué le parecen. Mientras tanto ellos dos se ocuparán del monitor, hasta que Mila no salga de la clase, la cosa estará tranquila en el centro de Cifuentes.

—¿«Uno»? ¿«Dos»? ¿«Treinta y tres»? ¿«Supremo»? ¿«Congregación», ¿«iniciarse»? —enumeraba el comisario arqueando las cejas y repitiendo prácticamente las mismas palabras que hacía unas horas había pronunciado Nicolás. Tras esto volvió a clavar la mirada en el papel y un sudor frío le comenzó a caer por la frente, se lo apartó delicadamente con un pañuelo y

levantando la vista repitió varias veces en voz baja, lo suficientemente baja como para que solo los oídos privilegiados de Mario pudieran oírlo—: Cuando hayamos quitado esa piedra del camino, cuando hayamos quitado esa piedra del camino, cuando hayamos quitado esa piedra del camino...

Un maestro de meditación que recorría inquieto el ancho de la sala de un lado a otro mientras sus discípulos intentaban conectar sus mentes y almas con la fuente de energía universal no era precisamente lo más apropiado. Incluso Teresa, que apenas había dado un par de clases con el maestro Cifuentes, notó que el estilo no era el habitual en él. Este intentaba con una voz algo temblorosa disimular su intranquilidad, cosa que hacía perfectamente, era policía y maestro espiritual, la mezcla idónea para poder tener y aparentar equilibrio en cualquier situación. Andrés sabía que no había ningún ojo humano en la sala que pudiera observarlo, al comprobar uno a uno que todos los alumnos tenían los párpados bajados y que seguían sus instrucciones, pero desconocía que cuatro ojos tecnológicos le estaban observando y grabando y que al otro lado de estas cámaras había cinco cerebros humanos y dos perrunos que observaban y más tarde analizarían cada movimiento que Andrés hiciera.

Finalmente llegó el momento que todos esperaban y que al mismo tiempo temían, la clase había terminado. Sonrisas, paz interior, miradas limpias de unos alumnos a otros, y todo tipo de alabanzas a las diosas y dioses del equilibrio corporal y mental. Se escuchaban suspiros por doquier. Finalmente, el grupo se disgregaría y sus integrantes se convertirían de nuevo en individuos que regresaban a sus quehaceres, sus ansiedades, sus problemas, bajando del cielo del reposo al infierno de lo cotidiano.

Tan solo dos alumnos permanecían en el centro, pues ambos querían o quizá necesitaban ir a los lavabos.

—Si necesitas ayuda, no tienes más que pedirla —le decía Ángela, la encargada del centro, a Teresa, cuando esta le preguntó por el aseo de las chicas—. En ese pasillo, la segunda puerta. Mira, Jorge va para allá —señaló al joven que se dirigía al baño de los hombres.

—No te preocupes, que me las apaño, voy bien sola, mis brazos son fuertes y me hacen llegar a cualquier lugar.

Milagros de inmediato se dio cuenta de que la frase «Mis brazos son

fuertes» no era la que Teresa hubiera tenido que pronunciar. Se mordió el labio inferior y observó la reacción de Ángela. Efectivamente, esto provocó que la encargada observase los fibrosos brazos de Teresa, que no pasaban por los de una señora de setenta años sino más bien por los de una mujer que, como mucho, llegaría a los treinta, y que además estaba acostumbrada al ejercicio constante. Milagros-Teresa decidió atajar la situación haciendo un rápido giro de noventa grados con la silla y abriendo la puerta del servicio mientras contestaba a la mirada desconfiada de Ángela diciéndole:

—Toda la vida haciendo rodar esta silla le hacen a una tener mejores brazos que los de Rafa Nadal.

Esperó unos segundos tras la puerta del aseo hasta escuchar los pasos que indicaban que la encargada regresaba a la recepción, después entró en uno de los compartimentos, levantó la tapa del retrete, la cerró segundos más tarde y tiró de la cadena. Agudizó el oído y le pareció que no había nadie en los baños femeninos. Escuchó al fondo del pasillo una puerta que alguien cerraba con cuidado y un pitido que sin duda correspondía al sistema de seguridad del despacho de Andrés. Pudo oír unos pasos dirigiéndose a la recepción.

—Me marcho, cariño, que tengo trabajo.

El corazón de Teresa-Milagros y los de los demás miembros del equipo se aceleró, los músculos se tensaron y el silencio se podría haber cortado con un cuchillo.

Era el momento. La puerta del aseo de mujeres respecto de la recepción tenía el ángulo justo y perfecto para que no se pudiera ver a quién salía de allí siempre y cuando lo hiciera hacia la derecha, es decir, en dirección al despacho de Andrés Cifuentes. Sin embargo, no era nada difícil oír que alguien salía del aseo femenino, por la proximidad a la recepción y por el silencio que a esas horas ya reinaba en el centro.

Si la operación se hubiera intentado llevar a cabo desde el servicio de los hombres, habría sido imposible pasar inadvertido, este se veía perfectamente desde la recepción. Teresa salió del aseo abriendo y cerrando la puerta sin hacer el mínimo ruido, algo casi increíble teniendo en cuenta que la silla que manejaba era manual. Tanto la frente de Nicolás como la de Paula Niza, que seguían apostados en el coche, como las de María José, Mario, Juan María y Gonzalo comenzaron a chorrear. Todos se mantuvieron en silencio como si

Ángela, la guardiana del templo, pudiera escucharlos a ellos también. María José lo rompió con un aplauso que sus compañeros secundaron en el despacho en el momento que Milagros-Teresa salía del cuarto de baño. En el coche de Niza ocurrió prácticamente lo mismo. Nicolás emitía aullidos de alegría sentado en el asiento del copiloto y Cross jadeaba con más fuerza mientras los dos humanos aplaudían con fervor.

«¡Primera prueba superada!», parecían decir unos y otros al unísono.

Mientras Nicolás veía cómo la imagen se acercaba a la puerta del despacho de Andrés, pensó que ahora vendría lo difícil y no pudo evitar echarse la mano instintivamente al arma que guardaba en la funda sobaquera que el comisario le había prestado.

—Tranquilo, Nico, todo saldrá bien —recitaba Paula, quien, vestida de paisano, se ajustaba la pistola en la funda del cinturón tras sacarla de un compartimento del coche.

2150: Milagros empujaba con las dos manos las ruedas de la silla de alquiler, sus compañeros veían cómo se iba acercando y agrandando la imagen del teclado numérico. 2150: caminaba con sigilo, pero igualmente con decisión, no le quedaba más remedio. 2150: el equipo había decidido que tan solo introduciría la combinación que Mario había deducido, veintiuno cincuenta, las edades de Jimena y Cifuentes. Teresa recordó que el teclado emitía un bip cada vez que se pulsaba una tecla. No tenía precisamente tiempo para dudas, pero existía la posibilidad de que Ángela lo escuchara desde la recepción.

—«¿Qué hace? ¿Por qué pone ese cojín encima? ¿Irá a introducir otra combinación distinta a la acordada y no quiere que la veamos?» —se preguntaron todos mentalmente.

—Eso es para amortiguar el sonido de los cinco bips que hará el teclado tras introducir la contraseña y pulsar «aceptar» —decía Mario tras explicarle su mujer la escena—. Y yo que pensaba que se había puesto ese cojín como atrezo para fingir que a la señora Teresa le dolían los riñones de estar todo el día sentada en la silla.

2, bip, 1, bip, 5, bip, 0, bip, ahora sí, los cuatro números habían sido pulsados, ya no eran una quimera. La puerta se abriría o la esperanza se cerraría y habría que continuar con el plan, pero sin contar con la información

que allí pudiera guardar Cifuentes. «Aceptar», bip. Teresa notó palpar las venas del cuello y sintió un placentero alivio cuando sonó un clic que accionó la cerradura de la puerta.

En Marioscaneos se pusieron todos en pie, incluyendo Jazz, y en el vehículo de Paula dieron todos un bote, incluyendo Cross. Milagros hizo un barrido a toda la superficie del despacho con las cuatro cámaras que llevaba instaladas en la silla, intentaba concentrarse en ello pese a la distracción que inevitablemente le provocaba todo lo que allí veía. Con un pañuelo en la mano intentó abrir los tres cajones con los que contaba la mesa del despacho, pero estaban cerrados con llave.

—¿Qué narices es todo eso? Sal ya, Mila, sal corriendo de allí —le decían unos y otros a las pantallas como cuando se habla a los deportistas a través del televisor—. ¡Bien, ya sale!

Cerró la puerta con sumo cuidado, todo había ido bien, las imágenes habían sido perfectamente grabadas y ya estaban disponibles para su estudio. Ángela parecía no haber oído el mínimo ruido y por tanto ya solamente quedaba despedirse de ella y salir del centro. Milagros hizo el camino de vuelta con una sensación radicalmente distinta a la experimentada anteriormente. Ahora estaba ufana por el éxito de la misión, aunque conservaba el recuerdo del nerviosismo y el miedo. Detuvo la silla unos segundos antes de dar el giro hacia la recepción para consultar el móvil, para ver si había noticias del equipo: leyó dos mensajes de whatsapp, uno de Nico y otro de María José, en los cuales la felicitaban por su buen hacer, le mandaban infinidad de emoticonos positivos y le rogaban que fuera pronto a la oficina, pues un eurotaxi la estaba esperando en la puerta del centro.

Cuando cerró la tapa de la funda del teléfono y lo guardó en el bolsillo apenas tuvo tiempo para empujar las dos ruedas de la silla, cuando una mano se posó en uno de los reposabrazos y la detuvo de golpe. Milagros no pudo reprimir un grito de terror breve y espontáneo, levantó la mirada y clavó sus ojos en los de la persona que la había frenado bruscamente.

—Cuidado, Teresa, que me atropella —decía sonriendo a la señora el joven que había entrado en los servicios masculinos—. Disculpe, no pretendía asustarla, solamente quería seguir teniendo dos pies con cinco dedos cada uno.

—Lo siento, Jorge, hijo mío, iba distraída y ni te había visto. Ya tengo una

edad... y me asusto con cualquier cosa, no te preocupes.

—Yo ya me marchaba del centro, pero me ha pedido Ángela que la avisara de que hay esperando un eurotaxi ahí fuera, imagino que será para usted.

El joven se fijó en que Teresa no había rebasado en su trayecto de vuelta la puerta del aseo de señoras, aún le quedaban unos pasos de rueda para llegar, y Milagros leyó en el rostro del joven que algo no le encajaba.

—Me quedo tan relajada después de las sesiones que no me apetece coger el metro, por eso he pedido un taxi y fíjate si estoy desinhibida que ya me iba en la dirección contraria a la salida, por eso me has visto aquí, y me he dado la vuelta cuando he topado con esa puerta que hay al final del pasillo.

«Excusatio non petita, accusatio manifesta», pensó Mario, quien naturalmente no había podido ver el rostro interrogador de Jorge. María José ejerciendo en aquel instante al cincuenta por ciento como psicóloga y al otro cincuenta por ciento en calidad de compañera de vida de un invidente, adivinó los pensamientos de su marido.

—Le ha tenido que dar esa explicación pues el chico no dejaba de mirar una y otra vez a la puerta del cuarto de baño, a la del despacho de Cifuentes y al rostro de Mila.

Una esvástica, una sauvástica, la hoz y el martillo, la escuadra y el compás, un crucifijo cristiano, una figura de buda, una jamsa árabe, una mezuzah, una mala con el rostro de Osho esculpido, un taijitu e innumerables figuras más, que formaban símbolos filosóficos, políticos y religiosos saturaban el despacho de Andrés Cifuentes. Todos ellos estaban hechos de simple arcilla, sin más color que el de esta, y parecían del mismo tamaño. En el centro de la estancia había una mesa de ordenador con tres cajones cerrados con llave y encima se encontraba un martillo de hierro de grandes dimensiones. Repasaron una y otra vez las imágenes, unos identificaban algunos símbolos y otros los demás, atropellándose al hablar. Aquellos símbolos que desconocían, Milagros, con sus mágicas manos y sus programas milagrosos, los buscaba con rapidez y los encontraba en la red, y a continuación les leía al resto su significado y

procedencia.

—Taoístas, masones, cristianos, judíos, musulmanes, budistas... nazis y comunistas. ¿Qué tiene que ver todo esto con La Congregación esa de las narices? ¿Serán todos una panda de piraos pertenecientes a grupos extremistas de estas ideologías? Deberíamos tomarnos unos días de estudio, dividirnos las distintas filosofías y religiones, empaparnos bien cada uno de dos o tres y después juntarnos y sacar conclusiones —decía Nicolás con tono desesperado.

—No tenemos demasiado tiempo, Nicolás —contestó el comisario con gesto agotado—. Quiero que comprendan que poco me importa el porqué y mucho el dónde y el cómo. Mi hija está en manos de esos pirados y el bueno de Alberto Ximénez seguro que también. Deberíamos planificar un asalto a la nave del polígono de Vallecas. Claro que antes necesitaríamos solucionar una serie de trámites legales con sumo cuidado, pues tenemos en el ajo a dos jefes de policía.

Todos miraron comprensivamente a Gonzalo, quien a aquellas alturas pasaba ya más tiempo en Marioscaneos que en su propia comisaría. Era natural que los planes de La Congregación fueran para él secundarios en comparación con la desaparición de su hija Jimena. Todos tenían claro que, dada su sensibilidad espiritual, la habían captado, quizá retenido o... lo demás... lo demás también entraba dentro de lo posible, pero preferían apartarlo rápidamente de sus pensamientos. Mario permanecía callado. Era evidente que estaba analizando minuciosamente la situación.

—Os entiendo a los dos. Tras esas figuras que me habéis descrito sin duda alguna existe algo, pero Gonzalo lleva razón, no hay tiempo para que nos convirtamos de la noche a la mañana en expertos en semiótica y simbología. Gonzalo debería hablar con algún juez que sea de su confianza y conseguir una orden de registro para que la Policía Nacional pueda entrar en esa nave sin que, como les llama Nico, Zipi y Zape se enteren. No obstante, aún tenemos muchos cabos sueltos, algunos de ellos los podremos atar seguramente tras la labor de vigilancia que Nico y yo vamos a hacer este fin de semana. Volviendo al tema de las figuritas de barro, creo que por cuestión de tiempo no debemos centrarnos exclusivamente en lo que significan una a una. Es, a mi juicio, al conjunto a lo que debemos dar importancia: mismo tamaño y mismo material.

—Creo que te sigo, pero concreta más, cariño —le dijo a Mario la

psicóloga.

—No sé. Evidentemente esto es tan solo una teoría, pero pienso que el tamaño simboliza la forma de poner todos los pensamientos a la misma altura, todos los valores filosóficos, religiosos y políticos. No sé si por amor o por odio, no sé si pretenden crear una nueva ideología tomando lo mejor de cada una, una especie de sincretismo, o que simplemente quieren destruirlas todas e implantar un pensamiento único en el conjunto de la sociedad para después dirigirla desde un sistema dictatorial. Aunque dado que aquí están entrando en juego muchas ideologías dispares y antagónicas, me inclinaría a pensar que estos pseudoiluminados pretenden implantar una sinarquía. Ya sé... —continuaba con una risilla irónica—, ya sé que es demasiado pretencioso pensar que hay un grupo o una secta que intenta gobernar el mundo desde una nave industrial de Vallecas y desde un centro de yoga y meditación de Villaverde Alto, pero el fanatismo ciega y esto no es una de mis bromas de invidente, el fanatismo ciega a la gente y les hace vivir en otra realidad. El mundo se convierte para ellos en lo que desearían que fuera y no en lo que realmente es. Respecto del material del cual están hechos todos estos objetos...

—¡El martillo! —gritó Juan María interrumpiendo a Mario—. Cuando lo he visto en las imágenes, además, Mila, lo has enfocado en varias ocasiones, creo que simboliza lo que Mario dice: las figuras son de arcilla, un material fácilmente destructible. Pienso que simboliza la destrucción de las ideologías en pro de un pensamiento único. Disculpa la interrupción, Mario —concluyó el especialista en escaneos dejándose caer en el respaldo de la silla.

—Tranquilo, Juanma, me podéis interrumpir las veces que queráis. Las ideas mejor soltarlas o apuntarlas. Todas son válidas y no debemos arriesgarnos a perderlas, pero yo iba a plantear otra cuestión. La arcilla no es otra cosa que la tierra mezclada con agua.

—Silicatos de aluminio, concretamente —interrumpió Milagros tras teclear rápidamente en su ordenador.

—Gracias —continuó Mario—, las figuritas quizá nos estén diciendo que La Congregación sostiene que todos los pensamientos han nacido de la Tierra y que todos son legítimos o todo lo contrario, que todos son dignos de ser destruidos, como plantea Juanma.

El comisario atendía con suma atención y en silencio las deliberaciones de los jóvenes y con una voz casi inaudible se dirigió a ellos.

—Mis queridos amigos, aparte de estar de acuerdo con todo lo que dicen debo expresarles una preocupación. Milagros pudo abrir ayer tarde perfectamente la puerta del despacho de Andrés, lo cual es una gran noticia, pues la información obtenida parece decirnos bastante de los planes de lo que ellos denominan La Congregación, pero el hecho de haber podido confirmar que la verdadera contraseña es la combinación de la edad de mi hija y la de ese miserable me preocupa profundamente. No sé si Cifuentes tiene algún tipo de fijación u obsesión con mi hija —concluyó Gonzalo con la voz quebrada por la emoción.

Un pastor alemán joven y enérgico fue soltado al mismo tiempo que un golden retriever adulto y sosegado en un solar donde múltiples y maravillosos ejemplares de la especie perruna correteaban, ladraban y jugaban a las peleas, a atraparse y a dominarse los unos a los otros. Al principio los dos perros no se sentían demasiado identificados con el lugar, pero bastaron un par de vueltas a modo de exploración, pasar revista a unos cuantos anos con el olfato, y hacer varias marcas urinarias de identidad, para que ambos se encontraran integrados en el paisaje vivo del solar. Los amigos humanos de estos dos peludos parecían dos viejas glorias del heavy metal español que rondaban los cuarenta y tantos largos. Uno de ellos tenía una melena morena que rodeaba una calva irreparable, el otro llevaba el pelo aún más largo, con abundantes canas, pero sin entradas ni tonsura. Ambos vestían pantalones ajustados, chupas de cremalleras y camiseta que proporcionaba publicidad gratuita a dos viejas bandas de rock duro, una alemana y otra inglesa.

—Sabía que me tocaría ser el calvo —decía uno de ellos al otro, susurrándole al oído.

—No te mosquees, Santi, que yo lo tengo más chungo que tú, teniendo que hacerme pasar por no ciego.

—Tú lo haces muy bien, no se te nota nada, Sebas, además esas canas te quedan total, tronco.

—Oye, Santi, aquí estamos apartados más o menos, ¿no? Quiero decir que

si estamos solos.

—Sí, Sebas, en otro banco cercano hay unas chicas con tres perros, están algo alejadas, más de veinte metros, pero recuerda que... que alguien nos escucha.

Sebas-Mario ya contaba con eso, pero no encontraba el momento para estar a solas con su amigo desde hacía días, obvió las cámaras y los micros que lo podían ver y oír desde la calle Atocha y desde el vehículo de Juan María que estaba a menos de un kilómetro y en el cual Gonzalo Ramírez se encontraba con una tableta.

—¿Es que fui el único que se dio cuenta de una de las frases que dijo Tertsch en el Sevifrankfurt y que Juanma leyó en sus labios?

Nicolás-Santi se rascaba la calva postiza, lo cual daba más credibilidad al personaje y a la vez tranquilizaba al actor.

—No, yo también me di cuenta y te diré por qué no he dicho nada, os lo contaré a todos, incluyendo a quienes nos escuchan al otro lado de los micros. Seguro que te refieres a lo de quitar una piedra del camino. Pues bien, a buen seguro que la piedra soy yo.

En Marioscaneos, Milagros palideció. Juan María se sintió confuso, la cámara de Mario no había captado bien los labios de Nicolás, pero uniendo una información con otra supo de lo que hablaban. A María José le dio un vuelco el corazón y se tocó la barriga, y el comisario bajó la ventanilla del Fiat para respirar aire fresco. «Lo sabía, yo también lo sabía, pero te protegeré, querido Nicolás», musitó Ramírez con una voz inaudible.

—Sí, Santi, por desgracia tengo prácticamente las mismas sospechas que tú. Eres la cabeza visible de todo esto. Cuando terminemos hoy hablaremos con quien tú ya sabes, aunque ya nos está escuchando, para que te proporcione una protección especial. Intuyo que además van a intentar dar un paso más pronto que tarde, recuerda los nervios que tenía Cifuentes cuando vimos las grabaciones de la sesión de meditación.

Mario pensaba que la otra posibilidad era que Jimena fuese la piedra que había que quitar del camino, pero no se atrevió a decirlo, máxime cuando el padre lo escuchaba al otro lado del micro.

—No te preocupes, Sebas, tronco... —le dijo a su amigo remarcando el acento macarrónico para quitarle hierro al asunto—, que todo saldrá bien.

Ahora vamos a lo que vamos, vamos al lío, colega, lo malo es que por aquí no podemos pillar unas birras.

Cross se acercó a un joven que se disponía a entrar a la nave, le olisqueó las piernas y más tarde el codo derecho, esta última parte del cuerpo la estuvo oliendo obsesivamente hasta que el humano traspasó la puerta de entrada. Al joven parecía sonarle de algo aquel perruno, pero miró alrededor y no vio a ningún humano con quien pudiera relacionarlo.

—Sebas, ya he visto un pájaro entrando en el nido, además es un polluelo cuyas plumas conozco bien.

—OK, no des más bola, tronco, luego lo vemos en nuestra kely.

—Deberías atar a Cro..., atar al golden —se corregía Sebas-Mario mientras pensaba que no les habían puesto nombres falsos a los perrunos—, que como un pájaro lo reconozca nos quedamos sin nido y sin polluelos.

En Marioscaneos se miraron unos a otros buscando alguna respuesta tras escuchar las palabras de Mario y del detective. Gonzalo en el coche dio un puñetazo al volante, iba a dar un segundo golpe aún más fuerte, pero recordó que el vehículo no era suyo.

—¡Hijo de la gran puta, tenías que ser tú, con esa carita de niño bueno!

Dos hombres altos de unos cincuenta años, bien vestidos y de físico bien conservado, se acercaban a pie a la nave. Uno de ellos había aparecido por la esquina derecha del edificio, era moreno, de mirada tranquila y rostro inexpresivo, Jazz se acercó a él y directamente le olisqueó el codo derecho. El hombre se dio cuenta y se lo tapó con la otra mano mientras sonreía al perro, se detuvo y escrutó rápidamente uno a uno a todos los humanos que había en el solar con sus amigos peludos; se encogió de hombros y miró al otro hombre que también se acercaba a la puerta desde la parte central del solar, tras haber pasado al lado del banco donde estaban sentados Nicolás-Santi y Mario-Sebas. Este era rubio de gesto duro y ojos azules, tenía porte germánico y cuando el pastor alemán se le acercó para olerle igualmente el codo derecho, no sonrió, se lo quitó de encima con un seco y severo «¡No!» mientras se tapaba el codo con la mano izquierda, visiblemente malhumorado, y entraba en la nave.

—Tenemos que largarnos de aquí, Sebas, que ya no solamente son polluelos los que están entrando en el nido, acaban de pasar dos águilas

imperiales. Llama de un silbido a Jazz y pégate a mi brazo, ponte el auricular, que los chicos te irán dando instrucciones para llegar hasta el coche —decía Santi susurrando a su amigo—. No te preocupes, que lo tenemos muy cerquita.

—Da unos cuatro pasos hacia delante, gira menos de cuarenta y cinco grados a tu izquierda, sigue al frente, pégate más a Nico, que te estás separando, cuidado con el bordillo, ahí tienes la puerta del coche —decía María José a su marido a través del micrófono.

Cuando subieron al monovolumen plateado que Milagros les había prestado, y que previamente habían customizado a base de adhesivos de Iron Maiden, AC/DC, Megadeth o Metallica («Madre mía, veremos si luego salen bien todas esas pegatinas»), había pensado la analista en su momento), tanto los dos humanos como los dos perrunos emitieron un largo suspiro. La operación había concluido con éxito, aunque se habían rozado algunos límites y se habían corrido ciertos riesgos. Nicolás, tras mirarse en el espejo interior y reírse de su aspecto, miró a Mario, sacó una llave USB de uno de los bolsillos de la chaqueta y la introdujo en el equipo de música del vehículo.

—¡Pero qué bien te quedan esas greñas canosas, tronco! Y ahora... ¡ahora llegó la hora del rock and roll!

—Espera, Nico, porque ya te puedo llamar Nico, imagino. Antes de que me tortures con música ruidosa, aclárame un detalle, que estoy en ascuas. El rubio y el moreno tengo claro que eran Tertsch y Cifuentes, no cabe ninguna duda, pero ¿quién narices era ese chico que has reconocido y que ha pasado a la nave antes que Zipi y Zape?

21

Por meter entre mis cosas la nariz

La mente de mario giraba en un carrusel envuelto en una música viscosa y politónica y por el que pasaban con extrema rapidez todo tipo de pensamientos. Estaba sentado con Jazz entre sus piernas en el asiento de un taxi, y María José iba detrás. Habían estado de visita en el ginecólogo; todo iba perfecto en cuanto al embarazo se refiere. Mientras escuchaba el recuerdo del latido de su hija proveniente de la monitorización, fuerte, veloz, cargado de vida y futuro, también oía dentro de su cabeza frases sueltas, inconexas o no, que a lo largo de los últimos días había escuchado en el mundo real: «Una piedra que había que quitar del camino, la nave de Vallecas, zum zum zum zum, el latido del corazón de su hija que sonaba como un látigo restañando dentro del agua, figuras de arcilla, La Congregación, pensamiento único, el sincretismo, zum zum zum, Carlos, Carlos, Carlos, zum zum zum, Carlos, es Carlos. Dentro de un mes ustedes ya serán padres de una niña pletórica de salud, escuchen, zum zum zum, Carlos, es Carlos, el joven que ha entrado antes que Andrés Cifuentes y Damián Tertsch es el amigo de Jimena. Una piedra que había que quitar del camino, figuras de arcilla, zum zum zum».

Los niños que salían por la puerta principal del colegio formaban una aguda y única voz ininteligible. A María José todos le parecían iguales: unos iban vestidos con chándal, otros con pantalones vaqueros, con zapatillas de deporte la mayoría y algunos con zapatos de cordones, pero todos igual de invisibles e inaudibles, hasta que salió Toni. Los libros, los cuadernos y el

estuche que llevaba dentro de la cartera a cada bote que daba al caminar hacia su madre hacían el ruido de un gigantesco sonajero.

—¿Y Jazz?

—Con papá, esperando en un taxi.

—¿Por qué no han bajado?

—Le ha llegado una notificación importante al móvil y se ha quedado escuchándola, vamos a verlos —dijo la madre cogiendo la manecita siempre caliente y algo pegajosa de Toni.

¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene!

El pastor alemán, ante la certeza de la llegada de su amigo cachorro humano, tras haber olido cerca su inconfundible aroma, intentaba trepar por la puerta del taxi.

—Quieto, Jazz, que vas a rayar el cristal.

—No se preocupe, que los perros son así de efusivos y yo les entiendo. Mi cuñada tiene uno igual que este.

Quiero salir, quiero salir, quiero salir a lamerle la carita y a olisquearlo. Quiero meter mi hocico por las aberturas de su cartera que huele a bocadillo lejano.

Cuando vio de nuevo a Mario en el taxi haciendo lo posible por contener la alegría de Jazz, María José supo que algo no iba bien. Este le dio un beso a su hijo y forzó una sonrisa, sacó los auriculares del bolsillo y manipuló su móvil. Inmediatamente se oyó el sonido de mensaje entrante en el whatsapp de María José, y al ver que era su propio marido quien se lo mandaba desde el asiento delantero del taxi estuvo a punto de preguntarle, pero inmediatamente cayó en la cuenta de que ese sería el único método para comunicarle algo sin que el taxista y Toni se enterasen.

«Es Nico, no puedo contarte más. Luego te llamo, ahora os dejo en casa y me marchó con este mismo taxi a Vallecas».

«OK, ten mucho, muchísimo cuidado».

Mientras Cross aprovechaba para hacer el último pis en el árbol más próximo al portal de su casa antes de subir a comer, Nicolás se tomó un momento para hacer una llamada. Primer tono, en la tierra del parterre crecía una mancha

amarillenta. Segundo tono, un abundante chorro caía sobre el pequeño charco que se estaba formando y hacía un ruido similar al de la sidra cuando se escancia. Tercer tono, un olor ácido entraba por las fosas nasales de Nicolás y giró la cara hacia un lado. Cuarto tono, Cross terminó y olisqueó su propio pis comprobando que era su olor el predominante y miró a Nico, quien seguía con el teléfono puesto en la oreja.

¿A qué espera este? Tengo hambre.

Quinto tono, saltaría el contestador, pensó Nicolás, pero escuchó la voz de Carlos. Le parecía igual de inocente que la última vez que hablaron, incluso dudó por un momento si sería él el joven que vio entrar a la nave de La Congregación.

—Buenas tardes o buenos días, pues yo aún no he comido. Imagino que me recordará, soy Nicolás García, estuvimos hace unas semanas reunidos en casa de Marta para hablar de Jimena.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, como le dije en aquel momento, me gustaría volver a reunirme con usted.

Se hizo un silencio que para el detective tenía infinidad de significados, todos ellos englobados en la categoría de un «creo que este sabe más de la cuenta».

—Estaría encantado, Nicolás, si es que el vernos de nuevo sirviera para algo. Yo creo que Jimena se marchó porque quiso marcharse y punto, no hay que darle más vueltas. Ya aparecerá si quiere aparecer. Además, tengo que decirle que estoy muy ocupado con unos trabajos, ya sabe cómo es la vida de los autónomos.

«Ya lo creo, que andas muy ocupado últimamente», pensó Nicolás mientras sopesaba el contraataque.

—Entiendo, Carlos, pero no se preocupe. Se trataría de vernos cinco o diez minutos y a la hora y en el lugar que usted elija. Estaré veinticuatro horas disponible para usted.

—Bien, quedemos el próximo jueves a las nueve de la noche en la cafetería Millenium, en Aluche. Le mandaré la dirección.

—No se preocupe, yo mismo la buscaré. Gracias por su amabilidad, nos vemos el jueves.

—Sí, el jueves.

Los dos interlocutores cortaron la comunicación a la vez, se guardaron los móviles en el bolsillo interior de la chaqueta y mirando unos segundos a la nada, tuvieron prácticamente la misma sensación. Había algo que les decía que esa reunión no se iba a producir jamás.

Cross olfateaba la parte inferior de la puerta de cristal y aluminio blanco del portal de su casa, era algo que solía hacer con cierta frecuencia. Pero en esta ocasión Nicolás notó que lo hacía con más intensidad que nunca. Su hocico sonaba como lo hace una aspiradora al pasar por un suelo irregular, era un sonido intermitente que a veces interrumpía uno o dos segundos para tomar aire y hacerlo con más fuerza. Cuando Nicolás abrió la puerta, Cross quería seguir olisqueando la parte exterior, Nicolás le hizo pasar y este cedió. Camino del ascensor continuó, pero ahora venteando la atmósfera e investigando las novedades olfativas del día. «Otra vez algún vecino ha sacado la basura fuera del horario», pensó Nicolás.

Al llegar a la puerta del piso Cross cesó de oler el aire, miró a su amigo de dos patas y poniéndose tras él comenzó a tirar con gran tesón de la correa en dirección a la escalera.

—¿Y ahora por qué te ha dado por correr, colega? ¿Quieres ir a ver a Jazz? ¿Pero es que no vas a comer hoy, glotón mío? —«Igual es que se está desencadenando una tormenta eléctrica y yo aún no la he percibido, pero él sí», pensó Nicolás tras hacerle previamente en voz alta las preguntas a Cross —. Vamos, vamos, no seas tontorrón, que no pasa nada, que aquí está Nico para protegerte, no tengas miedo, mi niño. El caso es que el cielo está despejado, bastante despejado diría yo, para ser noviembre.

Con toda la fuerza y el cariño que pudo emplear Nicolás, finalmente logró que Cross atravesara casi en brazos el umbral de la puerta. Cerró y le quitó la correa, y se quedó parado en la entrada.

—Tú sabrás lo que haces, grandullón, voy a prepararte la comida, ya verás como así se te pasa todo esto —decía Nicolás con tono agotado, pero riéndose.

Al entrar en el salón se quedó mirando la estancia de pie unos instantes, no veía nada raro, sin embargo lo sentía. Imitando a Cross olfateó el aire y se rio al verse de esta guisa, pero pronto cambió el gesto al recordar que había

abierto la puerta de la calle sin dar los dos giros de llave habituales. «¿Me habré olvidado de echar la llave esta mañana?», se preguntó. «Iría con los párpados pegados, con tanto trajín no duermo bien últimamente, me despierto con el tiempo justo y la cafeína no me hace efecto hasta pasadas casi dos horas. Tengo que andar más espabilado», continuó reprochándose. Escuchó un ruido y se puso alerta, el corazón se le salía de la camiseta. Dio media vuelta y regresó a la entrada. Cuando comprobó que el ruido no era otra cosa que Cross arañando la puerta respiró profundamente, pero no le dio tiempo a relajarse.

—¡Menudo susto me has dado! Voy a bajar las persianas, que ahora sí que tengo claro que se avecina una tormenta.

Cross continuaba arañando desesperadamente la puerta, quería salir de allí como fuese. Desgastaría la madera y el acero si fuera necesario para procurarse una vía de escape. Al mismo tiempo miraba y ladraba a Nicolás, suplicando, o más bien exigiendo. Advirtiéndolo, pero apremiándolo.

—Ya lo creo que se avecina una buena tormenta, Nicolás, y en cuanto a lo de comer... no seáis maleducados, hoy tenéis invitados, tendréis que poner un par de platos más. —Escuchó que una voz poderosa y de alguien bastante más alto que él le decía por detrás.

Dudó entre darse la vuelta o escapar sin perder un solo instante. Optó por lo segundo, pues poco le interesaba al detective quién se había colado en su casa y mucho lo que esta persona podría llegar a hacerles a él y a Cross. Dando un gran paso hacia delante se abalanzó sobre el picaporte de la puerta, le dio tiempo a abrirla, y Cross escapó cuando el hueco fue lo suficientemente ancho para que cupiese. Nicolás tuvo menos suerte. De la habitación de invitados salió otro hombre que se lanzó en plancha al suelo para agarrarle de los tobillos con la habilidad de quien está entrenado para el combate. Arrastró a Nicolás hacia dentro, a este le dio tiempo a sacar el teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta y a mandar una escueta nota de voz a través del whatsapp: «¡Mario, mi casa!».

Como surgida de la nada, como si se tratase de un cazabombardero capaz de traspasar la barrera del sonido, apareció una bota militar de grandes dimensiones que impactó contra la mano de Nicolás haciendo que el teléfono iniciara un breve pero intenso vuelo sin piloto hasta la planicie de uno de los

sofás del salón.

—Pero ¡qué haces, imbécil! En el móvil puede haber información muy valiosa para Uno, espero que no te lo hayas cargado.

—Lo siento, Treinta y tres, es que creo que le ha dado tiempo a mandar un mensaje —contestó el matón a quien parecía ser su jefe más inmediato, ambos hombres eran más que conocidos por Nicolás.

—¡La madre que os parió! Me habéis jodido la mano, cabrones, ¿y os estáis preocupando por mi móvil? Ayudadme a levantarme y charlemos, creo que no soy quien buscáis, debe de haber un malentendido.

La masa muscular de Nicolás a duras penas era equivalente a la de uno de los brazos de los dos intrusos, pero este sabía que bajo aquellas cabezas rapadas las neuronas destacaban por su ausencia. «Treinta y tres, nada de nada, eres el Tato. ¿Uno? Creo que el apellido Tertsch anda detrás de este numerito», pensó Nicolás.

—De verdad, chicos, estoy dispuesto a colaborar y a daros toda la información que necesitéis, pero debéis ayudarme. Tengo la muñeca rota.

—Ni hablar, todo lo que tengas que decirnos dínoslo desde ahí, lo que le pase a tu mano nos importa una mierda. Cuarenta y cuatro, ¿has desbloqueado el móvil?

—No puedo, es un cacharro muy raro y empieza a hacer cosas extrañas cuando le toco la pantalla.

—Ya te he dicho que lo habías jodido, guárdatelo y ayúdame a atar a este, que nos lo llevamos ya.

—Disculpen de nuevo, caballeros —decía el detective casi aguantándose la risa ante la hosquedad de sus visitantes—. Disculpen, el móvil no se ha roto, lo que ocurre es que tengo instalados muchos juegos infantiles para que juegue mi sobrina de tres años y esto a veces provoca que las demás aplicaciones salgan medio locas. Si me lo acerca, se lo desbloqueo y podrá ver cuanto quiera en el dispositivo.

Todo había sido un farol. Nicolás aprendió a jugar al póquer a los ocho años. Le enseñó el hijo de un jugador empedernido de Vallecas a él y a una parte del barrio. Más tarde Nicolás enseñó a jugar a Mario con cartas marcadas en braille, y no tardó el alumno en superar al maestro, pero el detective seguía siendo un avezado farolero. Lo que no tenía demasiado claro

era con qué cartas estaba jugando. Él jamás había visto en su teléfono ese comportamiento extraño que Cuarenta y cuatro describía. Aunque apostaba más por que alguna mano lejana le estaba ayudando a jugar la partida, que por la idea de que su móvil había salido loco tras el impacto de la bota con puntera de hierro.

—Está bien, dáselo —ordenó el Tato a Cuarenta y cuatro—, pero que lo desbloquee y te lo devuelva inmediatamente, nos tenemos que largar ya mismo de aquí. Voy preparando las cuerdas mientras tanto —concluyó al tiempo que abría una mochila de explorador.

Cuando Nicolás tuvo ante los ojos la pantalla del móvil, supo a ciencia cierta a quién se debía aquella obra. Parecía que al aparato le había dado un repentino ataque de esquizofrenia, todo daba vueltas, todo se encendía y se apagaba, todo se unía para después separarse y todo se difuminaba. No hubo manera de hacerlo funcionar.

—Ya está, funciona perfectamente, tenga —confirmó amablemente a Cuarenta y cuatro haciendo un gesto para que se agachara a cogerlo.

Mientras Treinta y tres (el Tato) medía, ordenaba y seleccionaba con cierto interés infantil las cuerdas, una mordaza y un rollo de cinta americana, Cuarenta y cuatro recibía una potente patada de Nicolás en la mandíbula que lo hizo retroceder a la fuerza y caer al suelo de espaldas tras partir el cristal de la mesa. Nicolás miró al Tato, quien detuvo inmediatamente sus quehaceres, y no le atacó, pues pensaba que mejor sería huir que entretenerse en una lucha desigual con aquella bestia de gimnasio.

Sin embargo, este no tenía entre sus preferencias salir del piso de Nicolás con las manos vacías, sin la presa que los Tertsch y Cifuentes le habían ordenado capturar. Le tiró lo primero que encontró a mano y que tuviera la suficiente contundencia para aplacarle, aunque fuera unos segundos, los que Nicolás le llevaba de ventaja al Tato. Una figura en forma de elefante de la suerte le trajo poca de esta al detective, ya que le impactó de lleno en la cabeza, y aunque no perdió el conocimiento le provocó un zumbido agudo y constante, como los que emiten los audímetros que se utilizan en los reconocimientos médicos. También unas ganas irrefrenables de vomitar, cosa que no hizo porque tenía el estómago vacío, y un viscoso dolor integral surgieron en cuestión de segundos. Hizo todo lo posible por no caer al suelo.

Vio los fragmentos de cristal de la mesa, cogió el de mayor tamaño, y pensó que aquello sería una buena arma.

—Suelta eso, gilipollas, queremos llevarte vivo o casi vivo ante nuestro jefe y al final la vas a cagar por idiota. ¿Hoy no tienes tu pipa para defenderte, capitán? ¿O es que era una réplica?

—Claro que era una réplica, Tato, ¿o prefieres que te llame Treinta y tres? —dijo Nicolás esgrimiendo el fragmento de vidrio como si fuera una espada—. Me alegra que tu inteligencia ralentizada haya tardado menos de cuatro meses en deducirlo. Sal de mi casa y llévate a tu amigo —continuaba diciendo el detective mientras miraba de reojo al otro gorila que intentaba aturdido levantarse del suelo.

El Tato, sin mediar palabra, le propinó a Nicolás una patada en el rostro que acabó con toda esperanza de que este pudiera escapar de allí, pero antes el detective tuvo tiempo para clavar la punta del cristal en el musculoso antebrazo de Treinta y tres.

—¡Hijo de puta! Me ha rajao. ¡Vamos, levántate y ayúdame a hacerme un torniquete, que me desangro! ¡Me ha rajao, el muy cabrón me ha rajao!

—Ya, Ta..., digo Treinta y tres, pero es que creo que yo me he roto un brazo.

Como si fuera un bebé de ciento cinco kilos de peso, el Tato comenzó a gimotear. Mientras sorbía sus propias lágrimas y mocos arrancó un trozo de la funda del sofá para hacerse un vendaje tosco que aseguró todo lo fuerte que pudo con la cinta americana que llevaba en la mochila.

—Vamos, coño, levántate y ayúdame a atarlo, que si se nos escapa, Uno nos corta los huevos.

—No llores, Tato, no llores que ya voy —decía Cuarenta y cuatro con la voz quebrada mitad por el dolor, mitad por la emoción de ver a su superior de aquella manera—. Y tranquilo, que la señora Tertsch no se enfadará, le llevaremos como sea su pieza.

—Si no tuviera el brazo así, te molía a palos, Cuarenta y cuatro. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no digas nombres?

—Perdón, pero no te preocupes, que este está medio atontao de la Mawashi Geri que le has dao en toda la camocha —decía al tiempo que él y el Tato maniataban a Nicolás.

—Escúchame bien, le damos un par de vueltas con la cuerda esta, lo aseguramos con la cinta americana, le ponemos la mordaza y nos largamos a buscar a los otros dos. Tal y como estamos, no podemos llevárnoslo.

—¿Y por qué no los llamas por teléfono para que vengan ya?

—Porque no podemos correr el riesgo: hasta el ciego ese sería capaz de darnos una paliza si nos pilla en este estado. Vámonos y ya veremos quién coño conduce ahora.

El corazón se me salía del pecho, me había refugiado en el rincón de los buzones. Allí encorvado, con el rabo entre las piernas, oía ruidos violentos pero lejanos que me daban mucho miedo. Sonó el ascensor y me refugié debajo de la escalera. Olía a sangre, sudor y lágrimas, pero bajo esos fuertes olores reconocí las identidades de los dos humanos, por llamarlos de algún modo, que se habían colado en mi casa. Cuando se marcharon subí en busca de Nico, pero la puerta del piso estaba cerrada, y la arañé para que me oyera. Escuché un grito como ahogado, parecía que alguien o algo le estaba tapando la boca. Olfateé por debajo de la puerta, Nicolás estaba dentro, no había duda. Sonó el timbre, ese que hace un ruido muy fuerte y tras el que suele venir una visita, pero Nico no abrió la puerta. Lloriqué unos instantes y decidí que tendría que ir a buscar ayuda.

Llegué con Mario al portal de Nico y Cross como tantas veces lo habíamos hecho, pero esta vez había algo muy distinto en el ambiente. Mario venía muy serio en el taxi y aún lo estaba. Cuando llamó al timbre, le temblaba la mano.

—Abre, Nico, joder, abre, dime que estás bien, Nico, por Dios —repetía Mario entre dientes golpeando la puerta con el puño de la mano derecha—. ¿Por qué lloras ahora, Jazz? ¿Qué has oído, qué has visto? ¿Qué es ese ruido que suena tras el cristal?

Comencé a arañar desde dentro para hacerme oír por Mario. Jazz ya me había visto, olido y escuchado. Tranquilo, cachorro, que vamos a salir de esta.

—¡Es Cross! ¡Es Cross, seguro que es Cross!

A Mario le cambió la expresión del rostro, pero en segundos se sintió

paralizado: no sabía cómo abrir la puerta. Iba a sacar el móvil para llamar al comisario cuando, de repente, se abrió. Con gran destreza Cross se había abalanzado sobre el picaporte. A punto estuvo Mario de caer al suelo por estar apoyado en el tirador.

—Dios mío, Cross, al menos tú estás bien. Vamos arriba a buscar a Nico.

Mario pensó que, de haber alguien peligroso arriba, Cross habría hecho lo posible por impedir que subieran. Lo hicieron por la escalera, Cross iba suelto y Jazz guiaba al invidente.

—Nico, soy Mario, ¿puedes abrirme? —decía el gerente de Marioscaneos pegando la boca en la parte interna del marco de la puerta, y después pegó la oreja en el mismo lugar, buscando la respuesta de su amigo.

—Mmmche, emmmml che —farfullaba Nicolás con la mordaza puesta gritando todo lo fuerte que podía.

—¿El coche?

—Mmmmsimmmm.

—¿Qué le pasa al coche?

—Mmmchemmm mmmchemmm mmmjodermmm.

—¡Lo tengo! Tienes un juego de llaves en el coche.

—Mmmmsimmmmm mmmmmñommmm.

Mario me dio la orden de quedarme allí custodiando a mi amigo de dos patas, fueron unos momentos muy duros que se me hicieron eternos hasta que pude oír las pisadas de Mario y Jazz, junto al tintineo de unas llaves.

Mario me ordenó que buscara el coche de Nicolás, esto lo solía hacer cuando quedábamos con él, pero esta vez era distinto, ya que Nico y Cross no venían. Lo encontré fácilmente, Mario se puso a toquetearlo para comprobar que fuese el de Nico. Qué desconfiados, estos humanos... Me quitó el asa metálica del arnés y comenzó a golpear con ella fuertemente el cristal del coche de nuestro amigo hasta que consiguió romperlo, quitó el seguro y nos subimos por el otro lado, el del conductor.

Una señora que pasaba por allí con un andador y que rondaría los ochenta años, se había quedado pasmada viendo toda la escena desde el principio.

—Luego dicen... luego dicen que el barrio está ahora mejor que nunca, menos mal... Este mundo cada vez está peor, lo que me faltaba ya por ver antes de morirme, un ciego robando un coche para llevárselo. ¿Ahora qué hará

con él, atracar un banco? Adónde hemos llegado, Dios mío, adónde hemos llegado —repetía la señora mientras se santiguaba.

—¡Ya tengo las llaves, Jazz, vamos arriba!

Juan María, a petición de Mario, cerró la puerta de la oficina con llave y cerrojo. El equipo se reunía al completo y la gravedad del asunto requería la máxima seguridad y discreción. Milagros tragaba saliva cuando miraba a Nicolás. Apenas tenía un centímetro cuadrado de la cara que no estuviera amoratado, inflamado, enrojecido o con alguna costra.

—Por suerte, ya tenemos un motivo que justifique la orden de registro a la nave del paseo de Hormigueras.

«Menuda suerte», pensaron todos al mirar la mano derecha y el rostro del detective.

—Le debo la vida a mi amigo Mario, os debo a todos, y en especial a Milagros, que el caso no se fuera antes de ayer al traste. Cuando avisé a Mario de que estaba en peligro como buenamente pude, él llamó a Mila. Nuestra pirata favorita destrozó desde la distancia y virtualmente hablando mi teléfono móvil. Tendríais que haber visto la jeta que pusieron esos dos cuando vieron la pantalla inutilizable. Como se suele decir, no hay mal que por bien no venga y esto —aseguraba señalándose la mano derecha escayolada y el labio partido —... esto tiene cura. Esos dos mendrugos serán juzgados entre otras cosas por allanamiento de morada, agresión e intento de secuestro y además se han convertido en la hebra perfecta para que tiremos de ella y salga todo el hilo y toda la madeja que esconde esa Congregación del Ultimátum, sí, del Ultimátum. Como ahora os explicará el comisario, ha aparecido documentación en un domicilio registrado que demuestra que así se hacen llamar. Lo importante es que sigo vivo y que, aunque se hayan llevado el teléfono, no van a poder extraer la más mínima información. Gonzalo —dijo Nicolás pasándole la palabra al comisario.

—Nicolás, para el resto del mundo, usted se encuentra en paradero desconocido desde el día de la agresión, está durmiendo en casa de un contacto mío, cada vez que tiene que salir contamos con los servicios de la maquilladora Isabel Campos. Ni siquiera ella sabe dónde está, pues siempre

la llevamos con los ojos tapados. Hoy no hemos contado con sus buenos oficios pues Nicolás prefería venir ante ustedes con su propio rostro.

—Espero que esto termine pronto —pedía Nicolás sonriendo—. Entre otras cosas, para que se me curen las heridas, que con tanto maquillaje se me están reblandeciendo y me van a quedar cicatrices, y entonces sí que voy a parecer uno de esos detectives chungos y atormentados de las novelas y series de televisión. Además, el otro día quise salir a estirar las piernas por mi nuevo barrio y lo tuve que hacer disfrazado de quinceañera, eso sí, ligué más que en toda mi vida. Perdón, Gonzalo, continúe.

—Poco más tengo que añadir al respecto, ustedes son personas responsables y discretas y no hace falta que les diga que Nicolás es un testigo protegido buscado por una supuesta organización criminal. También les ruego al resto que tomen todo tipo de precauciones, aunque el Cuerpo Nacional de Policía les está dando desde este momento una protección especial. También les informo de que Nicolás había concertado una reunión con Carlos, el amigo de mi hija —decía el comisario con gesto apesadumbrado—. Evidentemente, Nicolás no acudió, pero mandamos un informador al lugar y Carlos tampoco asistió. Desmantelaremos esa congregación, liberaremos a Jimena y a Alberto Ximénez y los autores materiales e intelectuales pagarán por todo lo que han hecho, incluyendo la miserable agresión a nuestro amigo —decía el comisario mirando emocionado a Nicolás—. Por desgracia, ha sido esto último lo que ha justificado la orden de registro, que no será otra cosa que un asalto en toda regla al cuartel general de La Congregación del Ultimátum.

»Gracias a las investigaciones realizadas por todos ustedes, y sobre todo a la información que obtuvo el otro día Nicolás en su casa, sabemos que esta organización está fuertemente jerarquizada, sus miembros se denominan cada uno con un número. Sospechamos que el orden de estos no obedece al momento en el cual ingresan en La Congregación, sino que se debe al puesto de mando que cada uno ocupa en la jerarquía. Así por el número Uno responde Amanda Tertsch, quien tiene potestad para dar órdenes directas a cualquier miembro y que tan solo obedece a alguien a quien denominan “Supremo”; Andrés Cifuentes, número Dos; Damián Tertsch, el Tres; y sabemos que el Tato, el jefecillo de los neonazis es el Treinta y tres, y el compañero que intentó junto a él secuestrar a Nicolás es el Cuarenta y cuatro. Gracias a las

cámaras que dejaron instaladas en un banco de la explanada de la nave del paseo de Hormigueras y a la labor de vigilancia que realizaron Mario y Nicolás, hemos identificado, además de a los sujetos ya mencionados, a un químico cuya reputación no tiene la mínima mácula: el catedrático Félix Valls. Sin embargo, tras un registro realizado en su domicilio, hemos encontrado documentación que delata varios contactos internacionales en el mercado negro de armas, y sospechamos que La Congregación, cuyo nombre completo es La Congregación del Ultimátum, quiere fabricar o comprar armas químicas de extenso alcance. Finalizo dándoles una mala, una dolorosa noticia para mí, en cuanto a lo personal se refiere. Supongo que todos ustedes se habrán preguntado quién es el Supremo: pues bien, todas las pruebas apuntan a que es el joven informático Carlos Toledo, amigo personal y, por qué no decirlo, pretendiente de mi hija Jimena. Supongo que ella participaría en un principio en todo esto, dadas sus inquietudes sociales y espirituales, hasta que viera alguna cosa que no le gustara, los métodos violentos de los Tertsch, el fanatismo de Cifuentes, etcétera. Por la proximidad afectiva que Carlos tenía con ella no le habrá sido difícil retenerla, y esperemos —decía agachando apenado la cabeza— que no hayan ido mucho más lejos. Carlos es una persona carismática, joven, nada sospechoso y con grandes conocimientos de informática. Sin duda a él se deben los borrados de correos electrónicos y todo tipo de manipulación de pruebas. Incluso hemos averiguado que la nave del paseo de Hormigueras sigue siendo propiedad de una empresa estadounidense dedicada a la edición de libros de una de las iglesias evangélicas, pero los miembros de esta confesión no tienen al menos contacto directo con La Congregación. Son meros arrendadores del inmueble, el cual, por cierto, está alquilado a nombre de una asociación comprometida con el medio ambiente y el equilibrio emocional que solamente tiene tres socios: Amanda, Damián y Andrés. Deduzco que a Carlos no lo involucraron en esto precisamente por proteger a quien verdaderamente es el Supremo.

»Un dato más y ya concluyo. Lo que quiero mencionarles a continuación tiene para mí un cierto carácter agridulce: les informo de que el trabajo de ustedes, el magnífico trabajo que han desempeñado dirigidos por el futuro y gran detective don Nicolás García, ya ha concluido. Lo que resta de este caso será llevado a cabo por la Policía Nacional a través de sus Cuerpos

especializados. No vamos a permitir que se sigan poniendo en riesgo sus vidas, las vidas de unos ciudadanos ejemplares como ustedes. En nombre del Cuerpo, en nombre de Pilar Bilbao y en el mío propio, les doy mi más sincera y profunda enhorabuena y toda mi gratitud: estaré en deuda con ustedes durante toda la vida. Aquí le entrego, Nicolás, el cheque con la cantidad acordada a la cual le hemos sumado otros cien mil euros para el resto del equipo, siendo conscientes tanto Pilar como yo de que ninguna cantidad será suficiente.

El comisario, tras finalizar la reunión, se despidió afectuosamente de todos sus colaboradores, jamás en todos sus años de carrera había contado con un equipo tan cohesionado y preparado como lo era este grupo de siete civiles, simples civiles humanos y perrunos. Todos se quedaron con algo roto en el alma y sumergidos en un silencio parecido a la pena al ver salir por la puerta al comisario.

—Bueno, chicos, parece ser que esta novela policíaca en la que hemos vivido estos días ha terminado —decía Milagros—, pero de igual manera que algo concluye, siempre llega el comienzo de algo nuevo. Nicolás ahora se nos independizará de Marioscaneos y montará su propia agencia, y además tendremos en cuestión de días un nuevo ser entre nosotros, y aunque sus padres no quieran decirnos aún cuál será su nombre, todos estamos deseando que llegue el momento.

—Coincido contigo, mi querida Mila —decía Nicolás—, en buena parte de lo que has dicho, pero hay algunos matices que aclarar. Vienen nuevos tiempos, es cierto, abriré mi propio despacho, lo que no significa que estos dos proyectos, Marioscaneos e Investigaciones Cross, deban separarse, más bien todo lo contrario, a partir de ahora se abre una etapa de colaboración mutua que sin duda alguna dará muchos frutos y buenos resultados para todos. También estamos de acuerdo en que estos dos malos amigos que tenemos en común con nuestro querido Juanma —decía Nicolás guiñando un ojo, el que menos inflamado tenía y sonriendo a duras penas con sus hinchados labios—, que serán papá y mamá en breve, no quieren soltar prenda y se hacen los misteriosos con lo del nombre de la niña. Y por último y para nada menos importante, no coincido contigo, queridísima Mila, en que esto haya

terminado, pienso que el caso aún tiene muchos flecos sueltos. Habrá que llegar hasta el final, saber cómo y dónde está Jimena, el paradero de Alberto Ximénez y averiguar si la muerte de Linda Paesa fue o no un suicidio. Además, aunque confío en la gran profesionalidad del comisario, opino que un asalto frontal y directo a la nave no es una buena idea. Tengo diseñado un plan alternativo que os mostraré —decía sacando un cuaderno de anillas de color rojo—. Si me dais ahora el visto bueno, mañana se lo presento a Gonzalo.

Los dos perrunos se levantaron del suelo al mismo tiempo y a los humanos se les abrieron los ojos como platos.

22

Todo es más sencillo

En ambos laterales del camión que se encontraba aparcado frente a la nave del paseo de Hormigueras se podía ver un anagrama que representaba una pipa de calabaza sonriente y un rótulo que rezaba «frutos secos la gamonita». En su interior estaban Milagros, María José, Juan María, Gonzalo Ramírez, Nicolás y Cross.

Olía a comida por todas partes, me dejaron suelto y estuve un buen rato olfateando, pero allí no encontré gran cosa, salvo algún granito crujiente o alguna cáscara perdida entre las ranuras de aquella habitación de chapa. Los humanos estaban nerviosos y eufóricos mientras instalaban todo tipo de aparatos.

—Creo que ya está todo, ¿verdad, Milagros? —preguntó el comisario a la analista de datos.

—Sí, todo está OK —contestó mirando en el interior del camión—. Podemos avisar ya a Mario. La maquilladora hace una hora que ha terminado con él y con Jazz. Están aparcados a trescientos metros de aquí en el coche de Niza, en el lugar que nos indicó.

—Perfecto. Amigos, quiero darles una vez más las gracias a todos, y en esta ocasión, en especial a Milagros, por su profesionalidad a la hora de instalar el dispositivo tecnológico del operativo, y a usted, Nicolás, por abrirme los ojos y ofrecerme este magnífico plan de acción. Verán como todo saldrá bien —expuso remarcando cada sílaba de estas tres últimas palabras.

Ese día estrené arnés y correa nueva, en vez de ser ambas cosas de color marrón, ahora eran blancas. Además, me habían cambiado algo el aspecto, la parte inferior de mi lomo, mi barriga y las cuatro patitas ya no eran color fuego, sino negras, como casi todo el resto de mi cuerpo. Todo era divertido. Lo que más, las pintas que tenía Mario. Daban ganas de abalanzarse sobre él y mordisquearle juguetonamente.

Un señor que rondaría los cincuenta años, alto, grueso e impecablemente trajeado, se disponía a entrar en el recinto de la nave industrial. Indudablemente era invidente, pues estaba siendo guiado por un pastor alemán probablemente cruzado con alguna otra raza, pues este era de color negro en su práctica totalidad. El señor tenía un rostro amable, rechoncho y sonriente, una incipiente alopecia y lucía una barba larga pero muy cuidada.

—Buenos días, hermano, usted debe de ser Mil, pero ¿no lo acompaña su padrino, el hermano Cinco? —le preguntó el portero, que no era otro que Cuarenta y cuatro, uno de los esbirros neonazis de la banda del Tato.

En la base de operaciones (el interior del camión) se miraron con preocupación unos a otros.

—Sí, es que creo que me he adelantado a la cita, tenía tantas ganas de iniciarme... —contestó Mario impostando la voz para dar más credibilidad a su papel.

El guardián, con esa presunción de inocencia que muchas veces se otorga a las personas ciegas, le respondió con tres palmaditas en la espalda y un «no se preocupe, hermano Mil».

El plan propuesto por Nicolás no estaba ni mucho menos exento de riesgos, pero era la única alternativa a un asalto directo que pudiera poner la vida de Jimena y de Alberto Ximénez en peligro. Todos confiaban en la rapidez mental de Mario, en su intuición y en su gran poder de improvisación. Nadie del equipo sabía que ese día iban a iniciar a un hermano, ni que el número mil se lo otorgaban a los recién iniciados, como más tarde se enterarían. No sabían nada absolutamente de cuál era la forma de penetrar allí. Por tanto, el plan inicial, el del comisario, se activaría de inmediato ante el mínimo fallo.

—¡Primer escollo superado! —exclamó Juan María—. ¡Tenemos dentro a nuestro hombre! Bueno, y a nuestro perro.

—Sí —contestaba algo aliviado el comisario—. Pero ¿no os dais cuenta de que todo esto tiene mucho de macabro, algo de tenebroso y bastante de cutre? Mirad qué pintas lleva ese cabezarapada vestido con una túnica blanca con el número Cuarenta y cuatro bordado o serigrafiado...

—Serigrafiado —apostilló Milagros tras dos clics de ratón que le permitieron capturar y acercar la imagen.

—La estética es una mezcla entre monjes de un nuevo orden mundial y jugadores del Real Madrid. De no ser porque esos mal nacidos tienen secuestrada o abducida a mi hija me reiría de sus pintas y todo.

—Sí, es un tanto surrealista, pero ya lo dijo Mario, cuando las personas se obcecaban en planes como estos, no ven más allá de sus narices —decía la psicóloga esperando inquieta el desarrollo de la operación.

Cuarenta y cuatro palpó el impostado grueso brazo derecho de Mario, y la tensión en el centro de operaciones volvió a subir.

—¡Aquí lo tenemos! ¿Recordáis cuando fueron a iniciarse los dos nazis con el Tato, Cifuentes y Tertsch? Antes de subir al coche les pusieron algo en el interior de la manga derecha de las americanas. Cuando estuvimos Mario y yo vigilando desde el solar, junto con Jazz y Cross, a cada miembro de La Congregación que entraba en la nave le olfateaban el codo derecho —aseguraba Nicolás exaltado por haberse aproximado a un descubrimiento, pero preocupado por las consecuencias que la ignorancia de ello por parte del infiltrado les pudiera traer.

—Mila, ¿puedes comunicarle esto a Mario a través del microauricular que le implantamos en el oído? —preguntó María José preocupada.

—Sí, lo puedo hacer, pero opino —aseguraba mientras le pedía con la mirada aprobación a Nicolás y al comisario— que debemos dejar pasar unos segundos y confiar en la intuición de Mario. Comunicándonos ahora con él podríamos distorsionar la información. El uso de este aparato está reservado para casos de máxima urgencia. Nosotros desde aquí tenemos otra perspectiva de las cosas, confiemos en las capacidades de nuestro agente. Espero que si le hacen quitarse algo de ropa para registrarlo solo sea la chaqueta del traje. De no ser así quedarían al descubierto los materiales utilizados por Isabel Campos para convertirlo en un señor obeso.

—Imagino que llevarán un microchip identificativo colocado siempre en el

codo derecho y esto es lo que intenta buscar este cenutrio que aún tiene por lo que veo alguna marca de la suela de mi zapatilla en la jeta —concluyó Nicolás sonriendo maliciosamente mientras se tocaba la frente, todavía malograda.

La mente de Mario pasó a trabajar al cien por cien, aunque su corazón apenas se aceleró. Cuarenta y cuatro seguía cuidadosamente palpándole primero el codo, luego alrededor de este y, finalmente, la práctica totalidad del brazo.

—Pues no le encuentro la semilla, querido hermano Mil, se le ha debido caer, pero no se preocupe, que a mí al principio también me pasaba. Todos, incluso nuestros jefes y hasta el Supremo, algún día fueron un número mil —decía Cuarenta y cuatro con un orgullo bobalicón—, pero las normas aquí son muy estrictas y sin la contraseña no puedo dejarle pasar.

«¿Microchip? ¿Seré iluso? ¡Una puta semilla! Esa es la contraseña para pasar al templo de estos majaderos».

Cuarenta y cuatro parecía que estaba sacando esa tarde su lado más humano, y probablemente sería porque recordaba aquella mañana en la que habían confundido a un invidente y a su amigo con dos homosexuales, rojos y antipatriotas, aunque más tarde descubriera que aquellos dos encarnaban junto al resto del equipo, algo todavía peor desde la perspectiva de su ideología: el máximo peligro para La Congregación. Pero esta vez Cuarenta y cuatro no quería meter la pata con este señor.

—Lo siento, comisario, creo que mi plan comienza a hacer aguas —dijo Nicolás con tono arrepentido—. ¿Avisamos a Mario para que se retire y ordenamos el asalto?

Gonzalo Ramírez se limitó a contestar al detective con un gesto de la mano, como queriéndole decir: démosle unos segundos más, por favor.

—Por tanto, hermano Mil, permítame que llame al hermano Dos y que él mismo decida.

A Mario le vino la imagen de Cifuentes nada más escuchar este número. No quería toparse con Andrés ni por el bien de su integridad ni por el del éxito de la operación.

—Lleva usted razón, hermano —contestaba Mario—. Ante todo, la seguridad de nuestra Congregación del Ultimátum, pero no moleste a Dos por mi culpa. Me marcho a esperar a mi padrino, el hermano Cinco, y veremos qué

se puede hacer.

Cuarenta y cuatro se quedó mirando al señor invidente unos instantes, y dedujo que este conocía bastante bien La Congregación, pues su padrino Cinco era uno de los miembros que más rápido había ascendido y todos le tenían gran respeto y devoción. Observó aquella cara seria a la vez que afable que le inspiraba confianza con aquella barba larga y cuidada que le daba aspecto de sabio. Parecía que Cuarenta y cuatro no se atrevía a tomar ninguna decisión a la ligera. Por un lado no quería desobedecer las normas y por otro haría lo posible por no crearle más molestias a aquel hombre. Mientras tanto, Gonzalo Ramírez alertó al dispositivo que había camuflado en otro camión comercial dos calles más abajo de la nave y que contenía dos unidades de veinticinco agentes armados preparados para el asalto.

—Sí, no hay ningún problema, hermano. Imagino que se me habrá caído con los nervios de la primera vez y este tragoncete se habrá comido la semilla. Así que me marchó —afirmó mientras acariciaba a Jazz.

No sé de qué iba todo esto, pero algo me olía a que me estaban echando las culpas de alguna cosa que no había hecho yo.

Cuarenta y cuatro miró tiernamente al perro y después al señor.

—¿Sabe qué le digo, hermano Mil?

En el camión del equipo todos apretaron los puños, y en el de las unidades de policía se ajustaron las armas.

—Pues le digo que sería una lástima que alguien tan especial como usted se quedara sin su iniciación, además, precisamente hoy, que como le habrá contado el hermano Cinco, tendremos el lujo de escuchar hablar al Supremo. No todos los hermanos hemos tenido esa suerte en el día de nuestra iniciación —aseguraba Cuarenta y cuatro mientras buscaba embobado algo en un cajón—. Deme su chaqueta y yo mismo le colocaré la semilla. Ya sabe que el hermano Treinta y tres le está esperando para darle su túnica de iniciado. En cuanto llegue su padrino, le diré que me he tomado la libertad de concederle el paso.

A Mario, al escuchar el número del Tato, se le removieron las tripas e incluso Jazz experimentó algo parecido.

Gonzalo Ramírez revocó la orden de alerta a las unidades de asalto y estas pasaron de nuevo a un estado de vigilancia.

—Milagros —decía el comisario tras colgar el teléfono por el que se comunicaba con sus efectivos—, ¿daría tiempo de analizar las imágenes de esa maldita semilla? Ya sé que suena a algo superficial, pero en estas cosas a veces es donde uno encuentra por sorpresa la información más útil.

—Lo intento, comisario —contestaba la analista con tono marcial mientras tecleaba rápidamente.

—Mientras tanto Nicolás y yo seguiremos supervisándolo todo desde nuestros monitores. María José, usted ya se debe ir preparando, como acordamos. Paula Niza la está esperando en un Opel Corsa verde y destartalado. Lleva peluca rubia y gafas de sol —indicó Gonzalo a una María José también caracterizada de mujer mulata de pelo rizado en avanzado estado de gestación.

—Espere un segundo más, por favor, comisario.

—No, ni hablar Marijose —se interpuso Milagros—. No puedes estar aquí.

—Además, no pretenderás que se te adelante el parto y vuestra hija nazca en un camión de frutos secos. Tendríais que llamarla Pistacha o algo así —ironizaba Nicolás haciendo sonreír a todos mientras se levantaba animando a su amiga a que saliera del camión.

El olor de estos dos me era familiar y el recuerdo no era de algo precisamente bueno, pero como veía que pese a que mi amigo Mario llevaba esas pintas tan raras, no estaba ocurriendo nada anormal, pues este no estaba reaccionando violentamente, yo continué alerta, pero calmado, más o menos como él.

Treinta y tres, al ver que quien cruzaba el pasillo tras haber cumplido el trámite de rigor de la contraseña y presentación por parte del padrino al primer guardián era un invidente acompañado de su perro guía. Aunque estos eran totalmente distintos, no pudo evitar acordarse de los dos ayudantes del detective, el uno humano y el otro perruno, que hacía unos meses deberían haber capturado sin éxito, lo que casi les cuesta un proceso de depuración dentro de La Congregación del Ultimátum. No los recibió con demasiado agrado influido por una idea subconsciente de que los perros guía y los ciegos no le traían demasiada buena suerte últimamente, pero, como buen hermano y miembro disciplinado, Treinta y tres cumplió con su cometido rutinario:

recogerle la semilla debidamente adherida en el interior de la chaqueta a la altura del codo derecho, entregarle la túnica de iniciación e indicarle dónde se podía cambiar. También le facilitó una bolsa de tela de color blanco donde debería depositar sus ropas y las pertenencias de lo que ellos llamaban «su vida anterior». Mario y el resto del equipo se encontraron de repente con otro gran problema. Los micros y las cámaras estaban instalados en el traje, y además el relleno que proporcionaba a Mario el aspecto de hombre grueso probablemente se notaría debajo de la túnica. En cualquier caso, si Mario lograba solucionar eso, tardaría más de lo normal y podría levantar fundamentadas sospechas ante los dos guardianes.

—Comisario, ¿qué hacemos? —preguntaba tembloroso Nicolás—. Dificilmente podemos evacuar ya a Mario, se encuentra demasiado infiltrado y lo cogerían. Por tanto, tampoco podemos dar la orden de asalto sin poner a nuestro agente en riesgo.

—¡Díganos, por Dios, qué hacemos entonces! —exclamó Juan María también tras girar su silla para mirar fijamente a Gonzalo.

—Solo podemos hacer dos cosas, queridos amigos: dar gracias que su mujer se acaba de marchar a casa y, la otra, confiar plenamente en la capacidad de nuestro agente.

En cualquier otra situación similar no hubiera desperdiciado la ocasión para jugar con todo aquello. Mario comenzó a quitarse del cuerpo toda suerte de espumas, unas más duras, otras blanditas y algún que otro plástico, y todo aquello era muy mordible. Sabía que no debía hacerlo, y mi instinto perruno pudo más que mis ganas de jugar. Me limité a observar cómo de forma veloz y con gran destreza Mario se quitaba y se ponía todos estos artilugios y una ropa que olía a nueva.

Los dos guardianes se quedaron cuchicheando cerca de la puerta del vestuario donde Mario hacía algo de ruido pese al sumo cuidado con el que se quitaba el impoluto traje y el relleno de su fingida obesidad para posteriormente intentar colocárselo de nuevo lo mejor posible bajo la túnica pese a no poder ver y aunque no había ganado ningún premio Goya en la categoría de maquillaje y peluquería. Lo hizo como lo hacía todo: casi perfecto. Ahora solamente faltaba encontrar los micrófonos y las microcámaras.

—Treinta y tres, este tarda mucho y mira cuánto ruido hace.

—No me extraña que no asciendas en La Congregación, y si has llegado a ser Cuarenta y cuatro ha sido gracias a mí, no tienes la más mínima sensibilidad. Los ciegos, como no ven, se visten más lentos, y esos ruidos que escuchas probablemente sean porque se esté chocando con las paredes del vestuario. Anda, vete ya a tu puesto, que yo acompaño al hermano cuando termine —le decía el Tato a su camarada como se lo diría un padre autoritario con tono redentor a un niño de cinco años tras haberlo humillado.

En el camión del equipo se miraban unos a otros con bastante complicidad al escuchar las palabras pronunciadas desde la más absoluta ignorancia de ambos guardianes, y los nervios se iban templando poco a poco. Puesto que Mario manipulaba, agitaba y doblaba con suma rapidez el traje en el cual estaban instalados los dispositivos audiovisuales, en los monitores se visualizaban imágenes vertiginosas de las paredes, el suelo, el techo, el rostro caracterizado de Mario y alguna toma en primer plano de Jazz, como si las cámaras estuvieran instaladas en una centrifugadora. En segundos los micrófonos dejaron de emitir sonidos y las cámaras se fundieron en negro.

—¡Mila, Mila, Mila, deja un momento lo de la imagen de la semilla y mira esto! ¡Hemos perdido a Mario! —gritaba Nicolás dando puñetazos a la mesa plegable donde se encontraba instalado su ordenador.

El comisario se aflojó el nudo de la corbata, se secó el sudor con un pañuelo y miró a Milagros buscando una respuesta.

—No os preocupéis, no ha sido para tanto, mirad. Os lo pongo en vuestros monitores. Esto es lo que ha pasado, nuestro agente gerente es un chico listo, solo espero que tenga un estómago a prueba de bombas.

Juan María, Nicolás y Gonzalo observaban en sus monitores unas imágenes ralentizadas en las cuales podían ver cómo Mario arrancaba varios botones del traje gris marengo y segundos más tarde se visualizaba una impecable dentadura humana y una cavidad oscura, en la cual se perdían para siempre estos artilugios tecnológicos.

—Es un fenómeno —afirmó emocionado su amigo Nicolás—. Así si registran la ropa no encontrarán rastro alguno de nuestro plan. Tan solo me preocupan dos cosas: la primera, que esos chismes tengan algún componente peligroso para la salud de nuestro agente; y la segunda, que nos quedamos

desde ahora sin la posibilidad de continuar con la misión. Ya no podemos ver ni oír nada de lo que pase ahí dentro.

—Querido Nico... en poco más de dos horas estos dispositivos estarán ya fuera del aparato digestivo de Mario —contestó calmadamente Milagros—. Y respecto de lo segundo, nos quedan las cámaras y los micros de nuestro agente canino —concluyó mientras los activaba en su ordenador y cuyas imágenes y sonidos comenzaban a reproducirse en las pantallas y altavoces de los ordenadores—. Casi pillamos al jefe en calzoncillos, haré una captura para mandársela a Marijose y que vea lo guapo que está con esa túnica.

—Eres un genio, Mila. Ah, acuérdate de desactivar los ordenadores cuando nuestro amigo Mario expulse las cámaras y los micros por el ano, que tenemos que respetar su derecho a la intimidad y no quisiera tener guardado un recuerdo tan escatológico en nuestros discos duros —concluyó Nicolás ya relajado y socarrón.

A estos humanos cada vez los entiendo menos. ¿Es que quieren imitarnos? ¿No se pone a sus años a comerse los botones de la chaqueta? Yo no quiero saber nada de esto, que igual cuando llegemos a casa Marijose me echa las culpas a mí. Y a ver si salimos de este cuartucho, que ya va oliendo a humanidad.

—¿Se encuentra bien, hermano Mil? —decía el Tato golpeando tímidamente la puerta con los nudillos de la mano izquierda, ya que la derecha la llevaba vendada por culpa de un corte que le hicieron con un vidrio en una pelea que tuvo con cierto detective privado a quien intentó secuestrar.

—Sí, ya mismo salgo. Aquí tiene, hermano, las ropas de mi vida anterior —dijo Mario entregándole el traje en la bolsa de tela blanca—. Lo que sí le ruego es que me traiga si es posible un vaso de agua. Tengo la garganta muy seca por la emoción.

—Bien, ahora se lo traigo. La ropa luego se la daré para cuando vuelva a mezclarse con los profanos.

Aquel vehículo cuyas paredes de metal no habían visto hasta entonces más actividad que la carga y descarga de sacos llenos de frutos secos, esa mañana, gracias a sus inquilinos, fueron testigo de todo tipo de imágenes surrealistas. El comisario atendía continuamente a su monitor salvo cuando ojeaba el móvil, revisaba notas y apuntaba otras tantas en su cuaderno. Milagros clicaba

y tecleaba desenfrenadamente manipulando los audios y las imágenes de los micros y cámaras respectivamente, y analizaba todo tipo de datos a una velocidad vertiginosa, mientras Juan María tomaba notas e informaba de las conversaciones leídas de los labios de Treinta y tres y Cuarenta y cuatro en caso de que estas no hubieran sido recogidas nítidamente por los micros.

—¡Lo tengo! ¡Es una semilla de chía!

—¿Qué coño es eso? —murmuró Nicolás entre dientes.

—He utilizado un programa reconocedor de imágenes y mirad, ya mismo os saldrá en el cuadrante superior de vuestras pantallas.

—¿Van a hacer una plantación hippie estos piraos? —se mofó Nico antes de disculparse con la mirada ante Gonzalo, pues pensó más tarde que no era demasiado apropiado banalizar con el asunto ni con las acciones de quienes muy probablemente tenían secuestrada a su hija.

—Tranquilo, Nicolás, que no nos viene mal una nota de humor en esta mañana —dijo el comisario acompañando la frase con un gesto redentor de la mano.

—Os resumo: la chía es un alimento que está ahora muy de moda sobre todo en estos ambientes místicos en los que andamos metidos últimamente. Son muchísimas sus propiedades nutritivas, por lo que veo. Que si vitamina C, vitamina E, niacina, riboflavina, retinol... una lista casi interminable. Mario nos hablaba del sincretismo simbólico de esta gente, y aquí pienso que está reflejado también, al igual que lo estaba en las figuras de arcilla del despacho de Andrés Cifuentes. Es una semilla que se consumía en tiempos precolombinos en América y ahora, como he dicho, está de moda, ¿lo pilláis? Por un lado sus multipropiedades y por otro la unión del viejo y el nuevo mundo. Además, mirad, aquí dice en este artículo que puede aumentar exponencialmente su tamaño al entrar en contacto con líquidos y jugos gástricos. Aumento exponencial, ¿no es eso una de las metas principales de cualquier organización que aspire a controlar el mundo?

—¿Y no hubiera sido más fácil poner una contraseña alfanumérica como todo dios? —preguntó Nicolás.

—Llevo treinta años de carrera policial con y sin tecnologías y les aseguro que la policía no es tonta. Siempre damos con las contraseñas que utilizan las mafias de la droga, de la prostitución, del juego ilegal, etcétera, para entrar en

sus guaridas. Es tan fácil como poner un micro. ¿Cierto, Milagros? —concluyó el comisario lanzando una mirada de admiración a la analista de datos.

—Espero que le traigan pronto ese vaso de agua, que se estará medio ahogando con los micros y las cámaras que todavía tendrá alojados en la garganta. También me he dado cuenta de que incurren en cierto ritualismo masónico, con eso de dejar las ropas del viejo mundo y todo eso al iniciarse. Los conocimientos de Mario en la materia le han servido de mucho. Bueno, y que hace veintidós años le enseñé a jugar al póquer, pues menudos faroles se ha marcado el amigo —dijo Nicolás con orgullo—. Pero ni masones, ni Sannyasins, ni nazis, ni precolombinos, estos son una panda de compiyoguis y flipaos a los que se les va a terminar el juego hoy mismo.

Mil entraba del brazo de su hermano Treinta y tres en la gran sala. Con unos movimientos de correa hizo que Jazz se moviera circularmente con la intención de que las cámaras captaran diversos planos del lugar.

Pero ¿qué haces, Mario? Que ahora no tengo ganas, además no voy a hacer caca aquí en este salón, que para eso me has educado. Qué raro estás hoy, poniéndome a dar vueltas aquí dentro. Me tumbo y se acabó.

Todos los asistentes se arrodillaron y Treinta y tres indicó a Mil que hiciera lo propio, mientras le susurraba al oído que eso significaba que Uno no tardaría en salir para anunciar el discurso del Supremo.

—¡Hostia puta! —chilló Nicolás a riesgo de que lo oyeran incluso fuera del camión.

—Sí, yo también lo he visto —decía el comisario.

—Yo también he reconocido a más de un pez gordo... No sé si me da más miedo que risa el ver a esos mandamases con sus túnicas blancas y su numerito —dijo Milagros mientras con un gesto le rogaba a Nicolás que bajara la voz.

—No, no, no, no, no me refiero a eso. Mirad el monitor aquel —exclamó señalando a una pantalla de grandes dimensiones colocada en la pared frontal del interior del camión y que captaba las imágenes del exterior. Había sido instalada para prevenir posibles ataques al centro de operaciones en caso de que este fuera descubierto, pero también para tener un control visual de quién entraba o salía de la nave y de todo aquel que rondara las inmediaciones. La pantalla se dividía en ocho fracciones que reproducían cada una las imágenes

de su cámara correspondiente.

—No puede ser, no es posible —decía Gonzalo atónito mientras miraba a dos jóvenes que salían en una de las imágenes.

—Ellos son los verdaderos Cinco y Mil. Hay que detenerlos inmediatamente, comisario, o esto se va a la mierda —decía Juan María utilizando un tono y un vocabulario totalmente inusuales en él.

23

Cuidado con el perro

Irremediablemente habría que actuar con precisión y máxima rapidez. Gonzalo pensó en un principio que sería bueno que Milagros tratara rápidamente las imágenes para ver si Juan María podía extraer alguna conversación mediante la lectura de los labios del chico y de la chica que iban camino de la nave y que no eran otros que Marta, la mejor amiga de Jimena, y Carlos Toledo, el informático, pero no había tiempo para tanto. Si estos entraban a la nave y los guardianes los identificaban como lo que eran, el verdadero hermano Cinco y la verdadera iniciada, Mario correría una suerte impredecible, amén de la posibilidad de que toda la operación se fuera al traste.

Una joven de pelo rubio que conducía un pequeño y destartado vehículo que se le caló en medio de la calle pidió ayuda a Carlos y a Marta. La chica iba acompañada por un señor de unos cuarenta años.

—Disculpad, ¿os importaría ayudarnos a empujar el coche? Este trasto tiene ya veinticinco años y se me cala cada dos por tres. Mi primo os ayudará.

—Llevamos prisa, lo sentimos mucho —dijo Carlos con desconfianza mientras ponía la mano encima del bolsillo donde guardaba su carísimo móvil.

—Sí, lo lamentamos. Preguntad allí, a los chicos del solar —contestó Marta sujetando fuertemente su bolso.

Los ocupantes del Opel Corsa aceptaron las disculpas y se quedaron de pie en el sitio. La pareja de amigos continuó su camino murmurando que a saber qué intenciones tenían, aquí en esta zona te quitan la cartera a nada que

te descuides. Antes de que pudieran seguir opinando sobre la seguridad de la zona, ambos fueron detenidos, atados con bridas y subidos al asiento trasero del pequeño vehículo por la agente Niza y su compañero, los cuales llevaron a los jóvenes al camión donde se encontraban las unidades de asalto.

—Gracias, comisario —le decía Paula Niza a Gonzalo a través de su teléfono móvil mientras se rascaba la cabeza por debajo de la peluca—. Sí, se las daré de su parte al agente Giraldo. Los hemos registrado y no van armados. Hemos confiscado sus móviles y ahora los analizaremos, pero hemos encontrado algo muy raro, comisario, disculpe que me dé la risa. Los dos llevaban adheridas en el interior de las mangas derechas de las chaquetas unas semillas envueltas en plástico transparente.

Los cuatro miembros del equipo comenzaron a nombrar con los ojos clavados en las pantallas a diversos personajes públicos. Un conocido director de un diario de tirada nacional, una expresidenta de la Comunidad de Madrid, un candidato por Falange Tradicionalista y de las JONS a la alcaldía de la capital, un presentador de un canal de televisión comarcal, amén de los ya investigados Tertsch, Cifuentes, el químico Félix Valls, los neonazis y un líder anarquista que Nicolás reconoció. Según los iban nombrando parecía que estaban ojeando una revista del corazón más que estar pasando por el punto más álgido de una operación policial.

—Joooooder —exclamaba Nicolás arrastrando la palabra y emitiendo un largo silbido de asombro después—. Menuda panda de compiyoguis tenemos aquí, mis queridos amigos.

Una vez eliminado el peligro de verse obligados a frenar en seco el plan de Nicolás y pasar al ataque por culpa de la repentina aparición de Marta y Carlos, en el camión todo volvió a la normalidad. A todo lo que se podría llamar normal, dadas las circunstancias. Ahora la atención la tenían fijada en lo que iba a comenzar, el discurso del Supremo de La Congregación del Ultimátum.

Les había quedado claro que Carlos no era el Supremo, pues todo apuntaba a que se trataba del número Cinco, padrino de la hermana Mil. Por tanto, el equipo puso en marcha todos sus mecanismos sensoriales, intelectuales y tecnológicos para una vez empezado el discurso intentar averiguar quién ocupaba el puesto más alto de La Congregación.

Jazz estaba tumbado y se mimetizó a la perfección con el ambiente, ya que entró en un absoluto estado de relajación. Los humanos congregados en la estancia principal de la nave miraban a un púlpito en el cual probablemente se encontrara ya el Supremo. Este estaba cubierto por una estructura en forma de cúpula de cristal traslúcido y tenía una puerta del mismo material en uno de los laterales. Apenas se podían adivinar a través del cristal las siluetas de dos figuras humanas: una de ellas estaba de pie y la otra se encontraba sentada en lo que parecía un gran trono. Una puerta lateral se abrió y de ella salió la hermana Uno, Amanda Tertsch. Mirando de frente al auditorio puso las manos en cruz con las palmas hacia arriba, y parecía querer recoger del cielo la energía universal. Dibujando con ellas un semicírculo juntó ambas manos con los brazos estirados por encima de la cabeza, cerró los ojos y estuvo así unos segundos. Vestía una túnica color verde esmeralda, al contrario del resto de hermanos, que la llevaban blanca. Abrió los ojos y extendió los brazos hacia delante, como queriendo regar al resto de discípulos con toda la plenitud energética de la cual se había apropiado. Todos cerraron en ese momento los ojos. Treinta y tres, antes de hacerlo, miró al hermano Mil, quien permanecía con ellos abiertos, y dudó si sería oportuno decírselo, pero la disciplina de La Congregación del Ultimátum estaba para él por encima de cualquier palabra inapropiada e inoportuna y le susurró al oído:

—Hermano Mil, aunque comprendo su situación, sé que no se ha dado cuenta, pero es que antes de que el Supremo hable es obligatorio mantener los ojos cerrados para percibir mejor su sabiduría.

Amanda Tertsch se arrodilló frente al resto y cerró también los ojos hasta que sonó un casi imperceptible chasquido de activación de un sistema de megafonía. En el camión todos se miraron en silencio, pero el desencanto no tardó en llegar. Una voz que parecía masculina salía de los numerosos altavoces instalados en la gran sala y este sonido era perfectamente recogido por los micrófonos de alta precisión que Jazz llevaba en su arnés, pero la voz estaba distorsionada, tratada de tal manera que era irreconocible. Dedujeron que tan solo Amanda, la número uno de La Congregación, conocía la verdadera identidad del Supremo.

—Milagros —apremió el comisario—, dime por favor que esa voz, que está camuflada con algún programa informático, se puede descodificar con

otro.

La analista de datos estuvo pensando unos segundos, algo distraída mientras sonaban las primeras frases del Supremo.

—Me temo, comisario, que eso es imposible, y en caso de poderse hacer no sería hoy mismo cuando podría ofrecerle unos resultados mínimamente fiables.

Hermanas, hermanos de la tierra y de la vida, del tiempo, del espíritu y de la materia. Se va acercando día tras día la hora en la que renacerá un mundo nuevo en el cual hayamos conseguido desterrar para siempre el sufrimiento de todas las especies y seres vivos que habitan nuestro planeta. Nosotros no conoceremos ese día, pero seremos la semilla y otros serán el agua que la hará brotar para que se convierta en un nuevo árbol frondoso, fuerte y vigoroso. Aquellos que lleguen tras nosotros tendrán que nutrir con amor y sobre todo con futuro sus raíces, tronco, ramas y hojas. Tendremos todos desde el principio la difícil tarea de podar aquellos brotes que pongan en peligro el equilibrio y la fortaleza de este árbol que será la obra de todos los hermanos y las hermanas que estamos hoy aquí y los que con buen criterio se irán sumando exponencialmente, dada la pureza de nuestros fines, a esta causa a lo largo de los años.

El ser humano, a través de su historia, ha tenido

que confiar su esperanza y salvación a divinidades imaginadas. Han sido tantas y tantas las decepciones que se han llevado los hombres que finalmente en lo no tangible es en lo único en que confiamos. No voy a culpabilizar a las religiones e ideologías ni de la totalidad ni de buena parte de todas las desgracias de los males de la historia de nuestras civilizaciones, pero sí que hemos de tener claro que esta ha sido la única vía de escape para que el hombre pudiera huir de sí mismo, de su propia maldad, y justificarse ante él y ante los demás, lo cual ha contribuido sobremanera a que el ser humano dejara de confiar en sí mismo. Llegará el día en que nuestra congregación crezca lo suficiente como para que podamos convertir todos los pensamientos, ideologías y filosofías en barro, y poder destruirlas con el potente martillo de la verdadera y única libertad. Nosotros seremos quienes entreguemos a la humanidad aquello que realmente jamás ha tenido, que no es otra cosa que saber que su propia salvación se encuentra dentro de ella misma. Hemos generado dioses vengativos, justicieros, misericordiosos o redentores. Hemos creado demonios que tenían que hacer el trabajo sucio que a estos dioses se les escapaba. ¿Y todo esto para qué? Para no darnos cuenta de la venganza.

La justicia, la misericordia y la redención ya están aquí, en la Tierra, no es necesario buscarla en ningún otro sitio. Cada uno de nosotros lleva dentro a Dios y al diablo.

Nos empeñamos en buscar la verdad y hemos de saber, queridos hermanos, que esta simplemente no existe, salvo en la muerte. Nos obsesionamos a veces con la mentira y esta tampoco existe, salvo en la vida, pues la existencia es el verdadero espejo de la mentira. Para conseguir el nuevo mundo que todos los que estamos aquí queremos, tendremos que impartir métodos que a ojos de los profanos, de los no iniciados o de los necesitados de ser depurados puedan resultar horribles, pero os aseguro, hermanos, que sin estas acciones el nuevo mundo será inalcanzable. Tendremos que impartir una justicia cruel, pero esta crueldad será intrínsecamente justa. Día tras día, paso a paso, nuestro pensamiento será como un triángulo equilátero, en el cual en uno de los lados estará la igualdad de todos los hombres y mujeres del planeta; en otro, la libertad absoluta y en el tercero, la solidaridad que será el sostén que nos ayude a que este nuevo mundo que veremos nacer tenga garantizada una continuidad infinita.

—Todo esto me suena a discurso nazi —decía Nicolás dando a entender,

por su tono, que estaba asqueado.

—Pues a mí me está sonando a comunismo estalinista —expresó Milagros, algo más prudente.

—¿Igualdad, libertad y fraternidad? Pero ¿ese no es el lema por excelencia del liberalismo revolucionario? Incluso me atrevería a afirmar que la comparación del triángulo equilátero algo tiene que ver con la masonería —añadió Juan María.

—Sí, pero los inicios de la masonería son ancestrales respecto de la Revolución francesa —decía Nicolás encogiéndose de hombros—, aunque desde el surgimiento de la burguesía y hasta hoy día la masonería está muy extendida en el pensamiento liberal y viceversa. Menuda amalgama, tengo un cacao mental ahora mismo que lo estoy flipando, chicos —concluyó el detective volviendo a expresarse en su estilo más vallecano.

Hasta entonces todos habían permanecido escuchando perplejos y en silencio el discurso del Supremo. Juan María también tuvo acceso a él gracias a que Milagros tecleaba con gran rapidez el contenido del discurso y las palabras de este iban saliendo en la pantalla del ordenador del especialista en escaneos. Intentaron analizar el significado de aquellas metáforas que les resultaban tan peligrosas como simplonas, pero que no les fueron para nada indiferentes. Los pensamientos de los cuatro miembros del equipo se filtraban y clasificaban en grupos dentro de sus cabezas tales como la razón, el miedo, los prejuicios ideológicos de cada uno, pero sobre todo estaban fuertemente impregnados de desconcierto. No encontraban motivos para juzgar íntegramente ni para bien ni para mal lo que hasta ese momento habían escuchado. Gonzalo había sido el único cuyos pensamientos habían transcurrido por otros derroteros, dada su unión emocional directa con quien pudiera ser una víctima de aquella «justificada crueldad» mencionada por el líder supremo de La Congregación del Ultimátum. Al ver que el comisario no opinaba aún, los otros tres miembros, como si hubieran sido activados a la vez por un resorte, dirigieron la mirada hacia él. Tenía el rostro compungido a la vez que cargado de odio y terror, la mandíbula apretada a punto de hacerle saltar la dentadura en mil pedazos. Con el retraimiento natural que otorga en las ocasiones más delicadas el hecho de preguntar lo obvio, ninguno se atrevió a decirle nada y se limitaron a esperar que él mismo se expresara si es que

quería hacerlo.

—Yo no sé si aquí hay nazismo, comunismo, liberalismo o todo a la vez, pero comprenderán, mis queridos amigos, que la frase que más me ha afectado es en la que este fanático menciona que sus métodos, sean cuales sean, justificarán sus fines, y como entenderán, me hacen estremecer de miedo y de dolor al pensar que mi hija está en sus manos. En cuanto termine este maldito discurso y Mario haya salido de la nave y esté a salvo, daré orden de asalto y yo mismo entraré para participar en él, en las detenciones y en el posterior registro, el cual espero que finalice con el hallazgo de Jimena viva y en perfecto estado.

Todos se dieron cuenta de que no mencionó a Alberto Ximénez, algo comprensible por lo profundamente afectado que se encontraba, razón de peso para haberse olvidado del masón socialista, pero pronto quedó más que justificada la ausencia de esta mención cuando el comisario, apretando con toda la rabia y el odio que pudo ambos puños, continuó hablando:

—Y sospecho que a Alberto Ximénez también lo encontraremos, pero ni muerto ni retenido sino sentado en el trono que hay oculto bajo esa maldita cúpula traslúcida desde la que está dando el discurso. Seré yo mismo quien le ponga las esposas a ese ser oscuro que es en realidad y que siempre ha sabido esconder tras ese rostro afable y esas maneras tan políticamente correctas.

Un espeso silencio se apoderó de la estancia, solamente roto por el discurso del Supremo que seguía sonando. Los tres miembros restantes del equipo no se atrevieron aún a rebatir ni a afirmar la teoría del comisario, y finalmente fue Milagros quien intentó bajar la intensidad del momento.

—Bueno, compañeros, si me permitís cambiar de tema, me gustaría comentaros un pequeño dato técnico que he averiguado —explicaba Milagros endulzando el amargor que el comisario había dejado en el ambiente—. Hay infinidad de programas de tratamiento, modulación y distorsión de voz. Unos pueden convertir la voz en más aguda, en más grave... como cuando escuchamos en determinados reportajes de radio o televisión testimonios de personas que deben ser protegidas por cuestiones de seguridad. Pero el programa que está utilizando esta gente es diferente, aunque nada complejo; yo misma podría descodificarlo en una tarde libre —dijo sonriente y segura de sí misma, pero sin el menor rastro de soberbia.

—Nadie lo dudaría, preciosa —decía Nicolás.

—La única función que tiene este programa es que sea cual sea la voz que registre a través del micro correspondiente esta siempre sonará igual. Veo imposible, como dije antes, poder tratar ahora una pista de sonido para descodificarla y escuchar la verdadera voz de quien se encuentra bajo la cúpula, pero coincido con el comisario, y no basándome ya en cuestiones técnicas sino intuitivas, que Alberto Ximénez tiene bastantes papeletas en este sorteo.

Juan María, el comisario y Nicolás asintieron con la cabeza, y con gesto apesadumbrado continuaron atendiendo a las palabras del Supremo de La Congregación del Ultimátum.

Para que la mujer y el hombre libre que surjan de este nuevo orden mundial que estamos construyendo puedan caminar hacia la plenitud tendremos que desbrozar el camino de todo aquello que impida nuestro avance. No hay que asustarse por esto último, hermanos, tampoco vamos a llevar a cabo ningún acto sin parangón. Hace casi ochenta años la práctica totalidad del planeta se vio inmerso en una guerra atroz, en la cual todavía la mayoría se atreve a colocar en un lado a los buenos y en el otro a los malos cuando se refieren a los dos bandos que intervinieron en ella. Cuando lo único cierto es que todas las víctimas fueron seres inocentes como lo son en cualquier guerra.

Los «malos» llevaron a cabo un exterminio injusto y atroz durante el tiempo que duró la contienda, y los «buenos» tuvieron que demostrarles que eran

capaces de poder llegar a ser aún más bárbaros que ellos lanzando dos artefactos atómicos que asesinarían en tres días a centenares de miles de personas inocentes en Hiroshima y Nagasaki.

La diferencia se encuentra en que nosotros, en caso de vernos obligados a limpiar la mala hierba que pueda impedir el crecimiento de nuestro robusto árbol, que será sostén de la auténtica libertad, lo haremos de modo selectivo y minucioso. La nuestra será una obra llevada a cabo sin prisa pero sin pausa. Ni Dios juega a los dados con el universo ni nosotros lo haremos tampoco. Allanaremos la senda por la que hemos de caminar libremente, sin levantar tan siquiera polvo. De esta manera el mundo interiorizará y comprenderá mejor nuestra obra. Nadie se podrá poner en contra, pues demostraremos con hechos que este es el único camino que le queda a la humanidad para alcanzar la verdadera libertad, seguridad y felicidad plena. Solamente así se abrirán las grandes alamedas por las que pase el hombre libre.

¡Hermanos, larga vida a nuestra Congregación!

De nuevo el silencio y la estupefacción, pero sobre todo el desconcierto, se apoderaron del equipo, sin hablar de la intensidad con la que el quinto miembro, el de cuatro patas, estaba viviendo el momento. Al mismo tiempo

que intentaban analizar y sacar conclusiones de los fragmentos que habían podido escuchar del discurso del Supremo, seguían con atención los acontecimientos audiovisuales desde sus ordenadores. Sus mentes rumiaban una información espesa e indigesta difícil de interpretar, al menos con la rapidez que exigía el poco tiempo con el que contaban.

Los hermanos permanecieron unos segundos con los ojos cerrados en silencio, como saboreando e interiorizando las palabras del Supremo. Mario hizo lo propio y estaba a la espera de nuevos movimientos. Más tarde, sin ningún orden y poco a poco fueron abriendo los párpados, desperezándose y mirándose con rostros cargados de plenitud los unos a los otros. Algunos miraban al cielo, aunque esto fuese en sentido figurado, ya que lo único que podían ver eran las vigas y el tejado de la nave. Otros, visiblemente emocionados, lloraban en silencio y algunos alzaban las manos en dirección al púlpito, como queriendo dar o recibir la energía divina de su Supremo.

Treinta y tres puso su mano izquierda sobre el brazo derecho de Mario.

—Todo esto es maravilloso, ¿verdad, hermano? Aquí todos somos igual de felices y nos sentimos plenos tras las palabras de nuestro Supremo. Ahora descansaremos unos minutos y después comenzará la ceremonia de su iniciación. No será necesario que él esté pero, por lo que veo, su padrino no ha venido aún. Le habrá surgido algún impedimento y la discreción aquí es una de las prioridades. Supongo que luego le contarán que todo ha salido bien.

Mario, pese a no percibir apenas la mano del Tato sobre su brazo gracias al relleno que le había puesto la maquilladora Isabel Campos, deseaba con toda su alma que aquel hombre no tuviera el mínimo contacto con él. Pensó que ahora vendría el plato fuerte de la jornada y que tendría que extremar al máximo sus capacidades de improvisación en una ceremonia de la cual no tenía ninguna idea.

Si los humanos ya son raros, aquí lo son el doble, parecen un rebaño. Todos hacen los mismos movimientos, las mismas acciones y parecen tener los mismos pensamientos y las mismas emociones. Espero que Mario no le dé por unirse a esta panda de ovejas de dos patas.

—Justicia cruel y crueldad justa, buenos y malos, bárbaros que tienen que ser más bárbaros que los bárbaros, nuevo mundo, Dios no juega a los dados con el universo, caminar por las grandes alamedas —decía Nicolás leyendo en

voz alta sus apuntes—. Es un discurso potente y embaucador, atractivo y en cierto modo ilusionante, y creo que aquí está el peligro de esta gente, me surge una enorme duda respecto del nombre de La Congregación: ¿por qué no se hacen llamar La Congregación de la Esperanza o algo así, si a lo que aspiran es a generar un nuevo orden mundial casi paradisiaco?

—No lo sé, cielo, pero seguro que terminaremos descubriéndolo —decía Milagros con voz agotada—. Este señor claro que es un embaucador, como cualquier líder de cualquier secta. Lo escuchas y te va dirigiendo de tal manera que difícilmente puedes tener excusa alguna para contrariar su discurso. Ha puesto a Truman, a Hirohito y a Hitler al mismo nivel, y tal y como lo ha expresado lleva toda la razón del mundo. Lo mismo te parafrasea a Einstein, con lo de los dados de Dios, como hace lo propio con el socialista revolucionario Salvador Allende hablando del hombre libre y las grandes alamedas.

Juan María permanecía en silencio revisando las anotaciones de sus compañeros, ya que a él no le había dado tiempo a tomar notas mientras leía los subtítulos «caseros» de Milagros. El comisario intentaba relajarse acariciando a Cross, quien se había puesto panza arriba. Gonzalo levantó la cabeza y se dirigió a las personas.

—Puesto que no contábamos con el tema de la ceremonia de iniciación, voy a dar de nuevo orden de alerta a las unidades de asalto. Es bastante probable que ocurra cualquier cosa que ponga a Mario al descubierto y se enteren de que es un infiltrado. Menos mal que contamos con la ventaja de que Marta y Carlos Toledo están incomunicados y probablemente se encuentren ya en dependencias policiales. Milagros —continuó el comisario adoptando tono de mando—, ante cualquier hecho que signifique que nuestro agente haya sido descubierto, dele orden inmediata de evacuación. Confiamos en que sabrá encontrar cualquier excusa y que Jazz le conducirá diligentemente hasta la salida. En ese momento daré la orden de asalto. Voy a avisar a las unidades. Ustedes, mientras tanto, sigan por favor atentos a los acontecimientos —concluyó Gonzalo teléfono en mano.

Amanda Tertsch tenía aspecto de semidiosa con aquella túnica color verde esmeralda, su cabello rubio largo y suelto, unos ojos azules en toda su plenitud mística y aquel halo de hermosura sobrenatural que la envolvía. Al cuello

llevaba una llave de oro que pendía de una fina cadena hecha del mismo material. Se arrodilló ante la puerta de la cúpula que cubría el púlpito poniendo las manos juntas en un gesto de plegaria, como queriendo pedir permiso en silencio a su Supremo para entrar y tras ponerse de pie de nuevo abrió con la llave la cerradura. Salió en menos de un minuto y si antes ya estaba pletórica ahora parecía salirse la magia del cuerpo. Buscó a alguien con la mirada, encontró a Andrés Cifuentes y sonriendo fue hacia él.

—Por favor, Mila, date prisa y dame rápidamente esos labios de la rubia que los lea —pedía un Juan María nervioso.

—Aquí los tienes, y la rubia se llama Amanda y es la hermana número uno de La Congregación. Como te oiga llamarla de esa manera... —decía Milagros intentando distender el ambiente.

—Venga, Juanma, por Dios, dinos algo ya, yo mismo tomaré nota, no podemos perder más tiempo —solicitó Nicolás.

—Dos, no veo al hermano Cinco por aquí. Él es el padrino de la iniciada de hoy. No, no puede ser..., estoy segura de que era una chica.

Por desgracia, solamente una de las cámaras instaladas en el arnés de Jazz podía enfocar los labios de Amanda, pero no se podían tomar imágenes de la boca de su interlocutor, ya que se encontraba de espaldas. Aun así, lo escuchado parecía ser suficiente para que el equipo comenzara a darse cuenta de que algo no iba bien. Cifuentes se dio la vuelta y se dirigió al Tato. Ahora sí que podría Juan María leerle para bien o para mal los labios.

—A ver si me aclaras esto, Treinta y tres, ¿dónde está la iniciada de hoy? Pero qué señor ciego ni que niño muerto. ¿Y el padrino? ¿Dónde está el puto hermano Cinco?

«Joder, qué palabros gastan los místicos estos», habría dicho Nicolás si la vida de su mejor amigo no estuviera en peligro.

—¡Mario, busca la salida! ¡Agente descubierto! —ordenó Milagros a través del micro que tenía conectado al microaltavoz del oído de Mario.

En cuestión de segundos el gerente de Marioscaneos tenía a Treinta y tres cogido a su brazo derecho y a Cuarenta y cuatro a su izquierdo.

—¡Mierda! —resonó la voz de Nicolás en el interior del camión, mientras de un puñetazo partía el tablero de la mesa plegable y caía estrepitosamente al suelo todo su equipo informático.

Mientras tanto, en la nave, Mario intentaba zafarse de los dos gorilas y a punto estuvo de conseguirlo, pues los dos estaban aún doloridos por las lesiones sufridas hacía días en el piso de Nicolás. Además, el relleno que llevaba bajo la túnica dificultaba el agarre a ambos guardianes. Este comenzó a descolocarse y pronto la barriga postiza, los michelines y los brazos de espuma fueron cayendo por debajo de la túnica de Mario.

—¡Soltadme, soltadme, soy el hermano Mil, vengo de parte de Carlos Toledo, mi padrino! —Y en ese preciso momento recibió un potente rechazazo en la mandíbula por parte de Andrés Cifuentes, que gritaba al infiltrado:

—¡Aquí no hay nombres, maldito impostor!

—¡Llévadlo junto a Veintisiete a la celda de depuración! —gritó Amanda Tertsch, que había perdido ya a esas alturas todo su esplendor místico en detrimento de un rostro duro con aire psicopático.

Un Damián Tertsch rabioso y colérico intentó abalanzarse sobre el prisionero antes de que los guardianes se lo llevaran, pero Jazz se interpuso clavándole los colmillos hasta poder saborear uno de los huesos del brazo derecho. Finalmente lo soltó y salió corriendo.

—¡Coged a esa fiera endemoniada también! —gritaba el alemán mientras Jazz giraba por un pasillo raudamente y lograba que sus perseguidores lo perdieran de vista de inmediato.

¡Cógeme tú si puedes, paisano, que si te acercas te meto otro bocao! Escuchaba a mis espaldas un griterío humano que daba miedo, pero pronto me vi a salvo. Corría a todo galope por unos pasillos solitarios. Me lancé con todas mis fuerzas sobre el picaporte de una puerta y conseguí abrirla a la primera. Allí vi algo que me espantó, pero que sin embargo no me dio miedo. En la habitación había un humano, pero deduje rápidamente que no me iba a hacer daño por dos razones obvias. Era alguien conocido por mí, aunque esta vez olía muy diferente a cuando estuvimos en su acogedor despacho y además se encontraba atado de pies y manos a una cama. Me escondí debajo, pues escuchaba cada vez más cerca los gritos de mis perseguidores.

—¿Lo habéis reconocido? —decía Milagros.

—Sí —contestó el resto del equipo.

No fue necesario que la analista de datos acercara las imágenes para que sus tres compañeros pudieran identificar a Alberto Ximénez, quien se

encontraba atado a una cama de madera sin colchón alguno. Vestía una túnica negra, pesaba unos quince kilos menos y tenía una cara demacrada cubierta en buena parte por una barba de tantos días como los que llevaba desaparecido.

—Todavía no voy a ordenar el asalto. Vamos a esperar a ver si hay forma de tener noticias de Mario —propuso el comisario intentando tranquilizarse.

—Será imposible, comisario, con Jazz metido bajo esa cama nos hemos quedado sin forma de poderle seguir el rastro —contestó Milagros sin atreverse a comentarle nada a Gonzalo sobre que ambos habían fallado estrepitosamente al afirmar que Ximénez era el Supremo.

Precisamente en el momento más duro y complicado de la operación el equipo tuvo un inesperado golpe de suerte. Escucharon unos pasos que se acercaban a la celda en la que estaba retenido Ximénez y en la cual Jazz estaba escondido bajo la cama. Se pudo oír como varias personas entraban en la estancia, aunque desde aquella perspectiva las cámaras no podían filmar más que seis pies descalzos bajo tres túnicas blancas. El pastor alemán contuvo la respiración para no ser descubierto. Sin embargo, ellos sí que pudieron escuchar todo lo que los micros de Jazz registraban.

—No sé qué coño hacía la puerta abierta, aunque da lo mismo. Veintisiete no está precisamente para muchas fugas. De momento lo ataremos aquí en la silla. Trae rápidamente bridas, cinta americana y cuerdas... —Se escuchaba nítidamente la voz del Tato dándole órdenes a alguien.

—No sé, Treinta y tres, te juro que yo no me la he dejado abierta. Habrá sido Ciento cuatro al traerle el desayuno o uno de Los Principales, cuando han venido a hacerle la limpieza de espíritu, dejarían abierto, pues aquí huele ya más a muerto que a vivo. ¿Traigo una túnica de las negras?

—Eso que lo decidan Dos o Uno, que yo no lo veo demasiado lógico. Sería absurdo que a un no iniciado que yo lo hicieran pasar por un proceso de depuración.

—Vale, hermano, ya mismo vuelvo con el material. —Se pudo oír la voz de Cuarenta y cuatro—. ¿Traigo también una venda o un pañuelo para taponar los ojos al prisionero?

Se escuchó una respiración profunda de resignación, mezclada con una rabia contenida que probablemente iría acompañada por una mirada de odio del hermano Treinta y tres a su pupilo.

—Anda ya, si esta persona es ciega, ¿qué venda va a necesitar para que le tapemos los ojos? ¡Venga, date prisa!

24

Jaque al rey

—¿Mario?

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —contestó con un tono desconfiado a una voz débil que intuyó que salía del cuerpo de alguien que estaba tumbado.

—Querido amigo, nos conocimos hace un mes en mejores circunstancias. Soy Alberto Ximénez.

Mario permaneció en silencio unos segundos, intentando ordenar ideas antes de arrancar una conversación sin saber de qué lado estaba su interlocutor. Recordaba la reunión mantenida en el despacho del Grupo Municipal Socialista en las oficinas consistoriales de la calle Mayor. Aquel día Alberto les había dicho no saber nada del paradero de Jimena, se había puesto además a disposición del comisario, de Nicolás y de todo el equipo para aclarar cualquier incógnita y ahora estaba en el mismo recinto que servía de templo principal para La Congregación, que a buen seguro tenía retenida a la hija del comisario Gonzalo Ramírez.

—Señor Ximénez, no sé si será oportuno decirle que me alegra verle, aunque en estas circunstancias cualquier compañía es prácticamente de agradecer, pero perdone la simpleza de mi pregunta —decía Mario pausadamente—. ¿Usted pertenece a todo este tinglado?

Para entonces solamente escuchaba las voces de aquel señor y de Mario. También eran sus olores los únicos que percibía, pero decidí quedarme allí en

guardia unos instantes más por si acaso regresaban mis perseguidores.

—Querido Mario, si usted pudiera ver en qué circunstancias me encuentro, deduciría que apenas tengo fuerzas para estar con un bando o con otro, me conformo cada día con poder estar unos minutos más conmigo mismo. Llevo atado a un tablón de madera con patas desde el mismo día de mi secuestro.

»En aquella reunión que tuvimos el cuatro de noviembre, si mal no lo recuerdo, no les conté todo lo que sabía, pero tampoco les mentí. Formé parte de la fundación de La Congregación de la Libertad Evolutiva, que era como se llamaba el proyecto en un principio. Linda Paesa, mi exmujer, también. Andrés Cifuentes, ese cándido caballero que tiene toda la pinta de ser un maestro de yoga inofensivo, equilibrado y pacífico, fue quien comenzó a introducir determinadas ideas de exterminio en el grupo inicial. Poco a poco todos fueron aceptándolas, y los únicos disidentes fuimos Linda, Jimena y yo.

«Una muerta, una desaparecida y un secuestrado», pensó Mario sin atreverse a decirlo para no herirle.

—Linda Paesa ciertamente se suicidó —continuó relatando Ximénez pareciendo leer los pensamientos de Mario—. Por desgracia, tuve que escuchar sus planes horas antes mientras me los narraba mirándome a los ojos, y después tuve acceso a una carta de despedida escrita de su puño y letra. No obstante, todos sabíamos que tarde o temprano lo que ya por entonces se llamaba La Congregación del Ultimátum se la habría quitado de en medio, como hizo días más tarde conmigo y como practicó hace un año con la pobre Jimena. Amanda, Damián y Andrés tenían tres obsesiones: que Linda terminaría por denunciar los planes de La Congregación a la policía e incluso que aprovecharía su poder político para hacerlos públicos con la consiguiente autoinculpación; la segunda obsesión era que pensaban que yo revelaría tarde o temprano su plan a la masonería, cosa que jamás hubiera hecho, pues en un principio los fines no eran incompatibles con los de mis hermanos masones, y cuando los medios y el fin en sí dejaron de serlo yo me limité simplemente a apartarme de La Congregación; y la tercera obsesión era que no podían perder a Jimena. Esta era la persona que reunía según ellos las cualidades para guiar al grupo, para hacerlo crecer exponencialmente y para que cualquier miembro que fuese entrando en él poco a poco renunciase a su ideología en detrimento de los planes de La Congregación. Tenían muy claro cuáles eran las enormes

capacidades de Jimena, un gran carisma, candidez, poder de persuasión, credibilidad, unas ganas inagotables de cambiar el mundo... Pero sobre todo veían en ella algo que para todos los que la conocimos siempre ha sido indescriptible; tenía un aspecto mesiánico que iba mucho más allá de la apariencia. Opino que puesto que no pudieron vencerla ni convencerla para que dirigiera este proyecto atroz, se la quitaron de en medio, aunque aún me queda la esperanza de que esté viva y sufriendo un proceso de depuración similar al mío. Fíjese qué expectativas tenemos. Dudo que la muerte sea peor que sufrir esto durante un año. Llevo esta túnica negra desde que me arrebataron la blanca, la que significaba la pureza y la lealtad a La Congregación. Ahora llevo la negra porque, como ellos dicen, he vuelto a caminar por las tinieblas del viejo orden. Todas las mañanas tras el desayuno viene a hablar conmigo uno de los cinco hermanos principales: Uno, Amanda Tertsch; Dos, Andrés Cifuentes; Tres, Damián Tertsch; Cuatro, Félix Valls; y Cinco, Carlos Toledo, y me largan un sermón sobre la necesidad de aglutinar todos los pensamientos, coger lo más puro de cada religión, filosofía e ideología y después destruir el resto para crear un nuevo y único pensamiento mundial y un único ser humano, gobernado por una especie de sinarquía sincrética, como lo llaman.

En el camión de los frutos secos, un padre se tapó los oídos durante unos segundos para no tener que soportar más dolor.

—Me surge una duda, señor Ximénez —decía Mario tras sacudir la cabeza intentando quitarse los postizos de la calva y la cara que habían comenzado a despegarse tras el forcejeo con los dos guardianes—. ¿A qué se debe el término «Ultimátum» en el nuevo nombre de la secta?

—Sí, ese es el plato fuerte. No sé si estará preparado para escuchar tal barbaridad.

—No se preocupe, Alberto, deme la noticia, que casualmente me pilla sentado —decía Mario en tono sarcástico.

—Admiro su buen humor. Bien, digamos que se han dado un plazo para llevar a cabo estos planes que de forma bastante resumida le he narrado y en caso de no conseguirlo...

—Destruirán el mundo —soltó Mario entre risas mientras se movía dentro de las posibilidades que las ataduras le ofrecían.

—Exacto, sé que esto le sonará a los planes de Lex Luthor más que a los de unas personas mínimamente instruidas, algunas de ellas con sólidos conocimientos científicos y culturales.

—Y ese plazo tendrá alguna fecha.

—Así es, la tiene y no es precisamente ningún número místico, cabalístico ni simbólico el que esta gente escogió para el fin de la humanidad. Decidieron que fuera el primer día de un año escogido al azar, determinaron que la primera cifra del año a elegir fuese el dos para poder llevar a cabo sus fines dentro de este milenio y las otras tres restantes, imagínese qué excentricidad, las sacaron utilizando un bombo de bingo casero.

—No me joda, Alberto. Disculpe mis palabras, pero es que son tan cutres que no... no me lo puedo creer, me suena casi a cachondeo. Aunque para el caso, el método es lo de menos, que se lo pregunten a Nostradamus. Y por curiosidad, ¿cuál fue la fecha?

—El año 2150.

Mario, atado a la silla en la celda, Milagros, Juan María y el comisario, sentados frente a las pantallas en el camión palidecieron al darse cuenta de que habían logrado abrir el despacho de Cifuentes de pura casualidad, no era la combinación de su edad con la de Jimena la que el maestro de yoga había utilizado como clave, sino el año en el cual su congregación tenía planificado terminar con la humanidad. Gonzalo sintió un ligero alivio dentro de sus posibilidades al poder descartar por fin una posible obsesión perversa de Andrés Cifuentes con su hija.

—¿Se encuentra bien, Mario? Pese al maquillaje que aún le queda lo noto demasiado pálido.

Mario pensó unos segundos lo que iba a decir, ya que no sabía si le beneficiaba dar datos a un interlocutor del que aún no se fiaba al cien por cien y optó por transformar lo que hubiera sido una confesión en un interrogante.

—¿Quién es Félix Valls?

—Ya le he contado que es el hermano Cuatro de La Congregación. Lleva relativamente poco tiempo, al igual que Carlos Toledo, pero ambos han ascendido más rápido que nadie, pues son muy necesarios en este momento. Valls es un reputado químico, aunque supongo que no cuenta con los medios, contactos ni conocimientos suficientes para poder generar un arma química

que... yo también me río... pueda destruirla la humanidad. Digamos que es el elegido para diseñar los inicios del plan B, ya que tienen un margen de ciento treinta y dos años para hacerlo.

—Manda narices, ¿cómo no vamos a reírnos, Alberto, de estos chiflados? Peligrosos, eso sí, pero chiflados perdidos. Antes todo el mundo pensaba que el apocalipsis sería cosa de Dios y ahora ya hay franquicias que quieren privatizarlo y todo. Interpreto que el plan A sería poder conseguir el nuevo mundo que ellos predicán, y el B, la destrucción total.

—Exacto, y antes de que me pregunte cuáles son los motivos por los que Carlos Toledo ha ascendido tan rápido como el señor Valls, se debe a que es un joven con enormes capacidades y conocimientos en materia de nuevas y viejas tecnologías.

«Claro, conocimientos necesarios para adelantarse a nosotros en la inspección expeditiva de los correos electrónicos suyos y de su difunta exmujer o para tenernos casi tan vigilados como nosotros los hemos tenido a ellos», pensó Mario en silencio.

Escuchaba ruidos lejanos, pasos apresurados por los pasillos y un continuo abrir y cerrar de puertas, ¿me seguirían buscando? Pensé en abandonar mi escondite y hacer lo posible por liberar a Mario y a ese señor que parecía que también lo estaba deseando. Cuando iba a salir escuché un golpe brusco, probablemente de alguien que abría la puerta. Me asusté y retrocedí a mi escondite.

—¡Aquí no está! Y el ciego sigue atado y bien atado a la silla. Supongo que el chucho se habrá escapado a la calle. Ya no será un peligro, hermana Uno, no se preocupe, que está todo bajo control —decía Cuarenta y cuatro tras volver a cerrar la puerta de la habitación que hacía la función de celda.

Mario escuchó el ruido provocado por Jazz al moverse bajo la cama de Ximénez, pero aunque el sonido parecía serle más que conocido, no se atrevió a preguntar pensando que el preso se estaría acomodando dentro de sus escasas posibilidades e interrogarle al respecto sería una invasión de su intimidad, pero fue el mismo Alberto quien le sacó de dudas.

—Querido Mario, con la conversación tan profunda que hemos tenido y con mis facultades mentales tan mermadas tras tantos días retenido y atado a esta tabla, se me había pasado un detalle muy importante y que sin duda le

endulzará algo su amarga estancia en esta maldita celda. No estamos aquí solos. Bajo mi cama se encuentra su buen amigo, el pastor alemán, no lo había reconocido al entrar, al igual que a usted, pues ambos venían caracterizados.

—¿Jazz? —preguntó Mario con tanta alegría como prudencia—. Dios mío, estás aquí. No sé si alegrarme o preocuparme..., ojalá pudieras huir de todo esto que no va contigo ni con los de tu especie.

No pude aguantar más, al escuchar su voz que pronunciaba mi nombre, salí de mi escondite y comencé a morder con todas mis energías todo aquello que le ataba a la silla hasta conseguir liberarle. Después, él mismo me ayudó, pero con sus manos, nada de mordiscos, a liberar al otro señor, que aunque tenía uno de esos olores tan fuertes que no gustan a los humanos, Mario se aguantó.

—Cuánto siento, Mario, que tenga que soportar todo esto. Apenas me dan oportunidad para ir al baño y mantener unas condiciones mínimas de higiene. Lo lamento, amigo.

—No hay nada que lamentar, Alberto, usted es una buena persona.

—No, no se confunda, Mario —decía mirando al pastor alemán, que seguía trabajando con su potente mandíbula en la tarea de liberarlo—. Ni los que están ahí fuera, ni usted, ni yo, somos los buenos. Los únicos seres verdaderamente nobles son ellos —dijo mientras miraba a Jazz esbozando lo que probablemente sería una de las pocas sonrisas auténticas que se permitió en los últimos días.

El comisario llevaba unos minutos con el teléfono en la mano preparado para dar la orden, pero era muy difícil elegir el momento apropiado. Hasta entonces tuvo cierta tranquilidad al estar Mario, Alberto y Jazz encerrados en la celda, pues en caso de dar comienzo el asalto parte de una de las unidades podría ir rápidamente a protegerlos, pero ahora se había complicado la cosa si estos salían de la habitación.

Paradójicamente para Ximénez, ahora que era casi libre, es cuando su vida estaba más en peligro. Los tres corrían el riesgo de ser alcanzados por los guardianes, por fuego amigo o ser víctimas de algún plan de suicidio colectivo o similar que La Congregación del Ultimátum tuviera diseñado para estos casos.

—Milagros —gritaba Gonzalo—, exija a Mario que no salgan de la habitación. Voy a dar orden inmediata de asalto.

—Lo siento, comisario, pero el microaltavoz ha sido dañado por la agresión que nuestro agente ha sufrido por parte de Andrés Cifuentes y creo que no me está oyendo, pero ¡un momento! —exclamó la analista tecleando con avidez y clicando el ratón—. ¡Ya lo tengo! Jazz lleva un pequeño altavoz que le puse en el collar camuflado en una chapita para casos de emergencia y espero que sea lo suficientemente potente como para que nos escuchen.

Comencé a dar vueltas a mi alrededor, pues escuchaba un ruido que parecía una voz y al mismo tiempo notaba una vibración en el cuello. Que no fuera una pulga o algo así.

—Escuchadme, soy Milagros, os hablo desde el centro de operaciones. No salgáis de la habitación, ha comenzado el asalto.

Alberto Ximénez, como si hubiera envejecido treinta años en veinte días, hizo un gran esfuerzo por incorporarse y a duras penas con la ayuda de Mario logró sentarse en la cama de madera que había sido su tumba en vida durante casi un mes. Esta fue la última imagen que el comisario vio a través de su monitor, pensó que si aquel hombre estaba en ese estado habiendo pasado allí tan solo unas semanas desde su captura, cómo estaría su pobre hija, que llevaba un año sufriendo probablemente el mismo proceso de depuración que él. Tragó saliva, comprobó que su chaleco antibalas estaba bien ajustado, apretó con fuerza su arma y desde la puerta trasera del camión ahora abierta observó cómo sus hombres entraban en la nave. Cuando llegó su momento saltó al suelo desde la plataforma del camión y a su espalda pudo oír como, emocionados, Juan María, Milagros y Nicolás le deseaban suerte.

Menuda se está armando ahí fuera, una jauría de humanos grita y grita, ¿por qué? Seguro que ni ellos mismos lo saben. No creo que se estén peleando por nada que merezca la pena, un hueso, un trozo de carne o cualquier otra presa imprescindible para sobrevivir. Nos quieren enseñar, pretenden domesticarnos, nos tachan de desobedientes e incluso a algunos de agresivos. Lo que estoy escuchando por los pasillos no creo que les sirva para darnos ejemplo de nada. ¿Dónde están sus instintos? Imagino que los perdieron el mismo día en que se dieron cuenta de que eran infinitamente superiores al resto de las especies, y así les va. Estoy deseando salir de este sitio de locos y recibir un lametón de mi buen amigo Cross.

—¡Las armas, coged las armas, nos están atacando! —gritaba desesperada

Amanda Tertsch.

—Imposible, están ya por todas partes —reconoció rendido su hermano mientras se dejaba caer en un butacón.

—¡Cuatro, reparte las cápsulas! —ordenó al químico Félix Valls mientras este intentaba huir igual que otros tantos rompiendo un cristal con una silla.

—¡Malditos traidores! —les gritaba Amanda—. ¡Malditos traidores! —exclamó entre sollozos—. ¡Dame a mí por lo menos una puta cápsula! No quiero estar viva para ver como todo nuestro mundo se hunde —le volvió a gritar al químico.

Félix Valls se limitó a tirarle a la cabeza la silla con la que había conseguido romper una de las ventanas, y mientras salía le gritaba: «¡Ahí tienes tu cápsula, maldita loca!». La libertad que le otorgó la traición a su superior le duró unos segundos, pues Cuatro fue retenido y esposado por dos policías que se ahorraron el trabajo de romper esa ventana cuando se disponían a sumarse a sus unidades de asalto.

Cuando el comisario Gonzalo Ramírez pasó a la gran sala de la nave, la mezcla estridente que habían formado los gritos de pánico, los intentos de fuga, la desesperación, los «¡manos arriba, Policía Nacional!», y los múltiples llantos ya se había apagado y daba paso a otra mezcla no menos desoladora. Ahora era el tiempo de los sollozos apagados, de los «qué hace una chica como yo en un sitio como este», los «todo ha terminado», del sonido de las botas del bando ganador pisando con ritmo pausado los cristales rotos. Era un escenario formado por todo tipo de hombres y mujeres de túnicas blancas con esposas que les sujetaban las muñecas y que se repartían a lo largo y ancho de la sala. Una otrora semidiosa de túnica verde esmeralda ahora se encontraba humillada, con el pelo revuelto, el rostro bañado en lágrimas mientras todas sus ilusiones y anhelos se le escurrían por el cuerpo en forma de torrentes de sudor frío. En su pecho todavía pendía una llave dorada que parecía haber perdido la vida y el brillo que una vez tuvo. Gonzalo miraba, pistola en mano, a uno y otro lado. La escena le producía más pena que gloria, pese al éxito de la operación. El asalto se había llevado a cabo sin disparar un solo tiro, puesto que a una de las partes ni siquiera le había dado tiempo a reaccionar.

El comisario miró con dolor y hastío fijamente a los ojos de su compañero Andrés Cifuentes y este agachó la cabeza. Después dirigió la mirada a Tertsch,

quien intentó mantenérsela unos segundos mientras permanecía esposado en el mismo butacón en el que había decidido rendirse.

—Ya te has salido con la tuya, comisario, o debería llamarte futuro jefe de Policía de la Comunidad Autónoma de Madrid —soltó Damián Tertsch, como quien no tiene ya más cartuchos que disparar y arroja el arma a los pies de su adversario.

—Me faltan dos cosas: que me devolváis a mi hija y poder detener yo mismo con mis propias manos a vuestro maldito Supremo —contestó apuntando con mano firme al entrecejo de Damián. Este le miró y esbozó una sonrisa desganada pero maliciosa.

—Señor comisario —contestaba Tertsch con retintín—. Me temo que está apuntando a la persona equivocada. La única que conoce el paradero de Jimena y la identidad de nuestro Supremo es la hermana Uno —dijo terminando de traicionarla mientras miraba con desprecio a quien era su hermana de sangre y hasta entonces también hermana de fe.

Gonzalo dirigió sus pasos hacia Amanda. El suelo crujía bajo sus pies al aplastar con las botas todo tipo de restos de materiales rotos. Encañonó sin dudar un instante a la diputada.

—Dígame dónde está mi hija.

Esta se negó a responder, el comisario quedó pensativo unos segundos y mandó a cinco de sus hombres que registraran toda la nave mientras él se dirigía a la puerta de la cúpula traslúcida donde se hallaba el trono del Supremo.

—¡Abra inmediatamente! ¡Abra, maldita sea! ¡Soy el comisario Ramírez!

Gonzalo apuntó con el arma a la figura humana que se adivinaba sentada todavía en el trono tras el cristal traslúcido, después apuntó a la cerradura y fue en ese momento cuando recordó las imágenes vistas desde las pantallas instaladas en el camión.

—Deme ahora mismo esa llave, señora Tertsch —le exigió pausadamente volviendo a apuntarla con la pistola.

Amanda permaneció inmóvil y en silencio. Gonzalo se acercó y sin dejar de encañonarla le quitó cuidadosamente con la mano que tenía libre la cadena que sujetaba la llave de oro y que le colgaba del cuello. No ofreció ninguna resistencia, tenía en el rostro un gesto agotado, pero la expresión era

totalmente neutra.

El comisario dio orden a dos de sus agentes para que lo cubriesen mientras abría la puerta de la cúpula. Bastó medio giro de llave para que se accionara la cerradura. Un perfume suave salió del recinto que cubría el trono del Supremo de La Congregación del Ultimátum. Gonzalo tragó saliva y dio orden inmediata a los dos hombres que lo cubrían para que se retiraran. Pasó dentro del púlpito y se puso frente al trono mirando con lágrimas en los ojos el rostro del Supremo. Vestía una túnica que tenía un hermosísimo color azul celeste acorde con el de sus ojos, pero que jamás podría imitar la fuerza mística y mesiánica de estos. Gonzalo cogió suavemente la mano de Jimena y le dijo: «Espero, hija mía, que algún día me perdones». Ella apretó la mano de su padre entre las suyas, lo miró dulcemente y permaneció en silencio. Al comisario, el hecho de tener que sacar en algún momento su mano de entre las de su hija le dolía como si le estuvieran arrancando la piel de todo el cuerpo. Dio media vuelta y se marchó.

—Procedan a la detención —ordenó con una voz prácticamente inaudible mientras miraba con dolor a uno de sus agentes.

Epílogo

Oxitocina, entuertos, fontanela, meconio, prueba del talón, ya no eran términos que a María José y a Mario les sonaran a chino, pero como todas las cosas importantes de la vida, aunque no ocurran por primera vez, siguen siendo siempre igual de grandes.

Pronto comenzaría el clásico desfile de madres y padres expertos en opinar y teorizar sobre el transcurrir de los primeros días tras el parto. «Debe dormir boca abajo con la cabeza hacia la derecha», «Si le da hipo, le podéis poner un hilo mojado con saliva en la frente», «Si duerme de lado, ponédle una toalla pequeña enrollada entre el cuerpo y el colchón», «El chupete, huy, el chupete, yo a mi Joseba no se lo pude quitar hasta los cuatro años»... Tampoco faltarían los avezados en estética y genética familiar. «La nariz es de Mario», «Los ojos son de la abuela María y los pies, de Marijose». La habitación de la planta de maternidad, haciendo honor a la sempiterna falta de originalidad de los hospitales, era blanca, hasta Mario lo sabría.

La familia se había quedado sola por primera vez desde hacía horas, concretamente desde que María José comenzara con las contracciones. Los padres de él, los de ella, las enfermeras, la matrona, el anestesista y todo un ejército de familiares y amigos, junto a otro formado por profesionales de bata blanca, habían acompañado a la pareja.

Toni había pasado la noche con Milagros y hacía unas horas que habían llegado al hospital. La analista de datos salió con la excusa de sacar un chocolate de la máquina para dejarlos solos a los cinco.

Toni estaba muy raro, sabía que la niña que había dentro de esa cunita de

metacrilato era suya, pero no se atrevía a expresar sus emociones. Había hecho tantas preguntas durante aquellos nueve meses que ya no le quedaban fuerzas para más. Estaba sentado en la silla que se encontraba más cerca de su hermana y la contemplaba con una mirada tímida y una leve sonrisa.

Jazz decidió ejercer de perro pastor al igual que seis años antes lo habría hecho Cross con Toni y se tumbó bajo el cuco. Nadie podía acercarse a la niña sin ser analizado por su hocico, ojos e instinto.

—Pues a mí me gustaría que estuviera aquí también Cross —decía Toni a sus padres—. Si estuvo cuando yo nací, ahora podría ayudar a Jazz a vigilar a mi hermanita.

—Ahora vendrá Nico, pero él no podrá pasar porque sabes, hijo, que Cross ya no es un perro guía —contestó María José desde la cama.

La madre disfrutaba pese al aturdimiento y el cansancio al ver la escena de su familia al completo. De vez en cuando se acariciaba inconscientemente el vientre donde había vivido su hija en aquellos complicados nueve meses. Tampoco había faltado esa mañana la visita de Juan María, de un Alberto Ximénez ya más recuperado, del comisario Ramírez ni de la agente Paula Niza.

Se abrió la puerta de la habitación y entró una celadora acompañando a un joven invidente que llevaba gafas de sol oscuras, una chupa de imitación de cuero e iba acompañado por un perro guía: un golden retriever con la carita emblanquecida por las canas y los años.

—Bien, señor Nicolás, aquí le dejo con sus amigos, cuando se marche, si no tiene a nadie que lo acompañe a la salida, avise a recepción —dijo despidiéndose amablemente la celadora.

Todos mostraron una enorme sonrisa ante la fechoría del detective cuando esta se marchó.

—¿Es que alguien pensaba que Cross iba a faltar al evento familiar más importante del año? —decía mientras se quitaba las gafas de sol.

Toni no tardó en ponerse en pie para abrazar a Cross, quien ya gimoteaba deseoso por conocer a la nueva miembro de la manada.

—Déjame la correa, Nico —decía el pequeño cogiendo al golden para llevárselo junto a su hermana—. Mira, aquí está nuestra hermanita, ¿sabes cómo se llama? Nuestros papás le han puesto de nombre Jimena.

Milagros, sentada al volante de su monovolumen, con la ventanilla bajada hablaba minutos más tarde con Nicolás, que se encontraba de pie fuera del vehículo para despedirse. A este le llegaba el olor de su perfume. Miró los labios de su amiga y pensó que nunca los había tenido tan cerca.

—Quiero felicitarte, Mila, por el extraordinario trabajo que has realizado en el caso. Eres la persona más inteligente que he conocido jamás, además de ser una mujer única.

—Vas a conseguir que me sonroje, pero aun así me atreveré a decirte que yo estoy muy sorprendida y emocionada por haber conocido en estos días a un Nicolás distinto, un Nicolás al que nadie ve.

Ambos se miraron en silencio y, antes de que Nicolás pudiera contestar, Milagros lo acercó hacia ella, cogiéndole delicadamente de la solapa de la chaqueta, y selló sus labios con un beso. A Nicolás su boca le supo a gloria y segundos más tarde, puesto que el beso se prolongó, le supo a chocolate de máquina, pero chocolate al fin y al cabo.

Cross gimoteó quizá por celos, pero después movió el rabo alegremente al ver que su amigo de dos patas optaba por dejar su coche en el aparcamiento del hospital y ambos subían en el asiento de copiloto del monovolumen plateado de Milagros, mientras esta accionaba el motor.

Me gustan las mañanas, las mañanas siempre traen cosas nuevas. Y menudas novedades, las de hoy.

Agradecimientos

A Laia, Aurora y Àngels, a todo el equipo de Duomo ediciones por su infatigable esfuerzo por hacer que mis libros recorran el mundo, por el cariño y el respeto que les muestran.

In memoriam

A Narciso Sánchez, por la huella imborrable que nos dejó, por el amor que derrochó sin medida alguna a su familia y a la naturaleza. Si fuera posible rellenar el hueco de su ausencia, merecería la pena volver a creer en Dios y en la eternidad. La vida nos lo arrebató a través de esa pena de muerte y esa muerte de pena que son los accidentes laborales que cada día suceden en todo el mundo.



EMILIO ORTIZ nació en Baracaldo, Vizcaya, en septiembre de 1974. Es licenciado en Historia. En la actualidad reside en Albacete. Comenzó a publicar en 2015, año en el que obtuvo el segundo premio del I Certamen Internacional Musas de Primavera con el relato «*Una sonrisa*». Apenas un año después, ganó el primer premio en la XI Edición de los Premios ANADE de cuento con el relato «*Las angustias de un dibujo*». Es aficionado a la escritura y a la lectura desde niño, pasiones que realizaba con mucho esfuerzo, sin poder llegar a concluir las con éxito, dado que era deficiente visual; hoy en día es ciego total. Al descubrir el sistema braille, retomó su afición por escribir y leer, actividades en las que profundizó, ya siendo adulto, tras aprender a manejar ordenadores y dispositivos móviles con software adaptado para ciegos.

Notas

[1] Estrofa de un grupo de rock urbano madrileño llamado Porretas. <<

[2] Las preguntas del concurso Saber y ganar corresponden al programa original del 12 de febrero de 2018. La descripción del concursante es fruto de la imaginación del autor. <<

[3] Canción Dulce introducción al caos, del grupo extremeño de rock Extremoduro, incluida en el álbum La ley innata. <<

[4] Canción del cantante Víctor Manuel titulada La oficina. <<

[5] Isabel Campos es un personaje de ficción, pero los maquilladores José Antonio Sánchez, José Quetglas y Josefa Morales han sido galardonados en distintas ediciones de los Premios Goya en la categoría de mejor maquillaje y peluquería. <<